Mundos plausibles, mundos alternativos

Geoffrey Hawthorn





CAMBRIDGE
UNIVERSITY PRESS

Mundos plausibles, mundos alternativos

Posibilidad y comprensión en la historia y en las ciencias sociales

GEOFFREY HAWTHORN

Traducción de Gloria Carnevali


CAMBRIDGE
UNIVERSITY PRESS

Editado por la Organización Editorial de la Universidad de Cambridge
The Pitt Building, Trumpington Street, Cambridge CB2 1RP
40 West 20th Street, New York, NY 10011-4211, USA
10 Stamford Road, Oakleigh, Melbourne 3166, Australia

Título inglés original: *Plausible worlds*
por Cambridge University Press 1991

Primera edición española como *Mundos plausibles, mundos alternativos* por
Cambridge University Press 1995

Impreso en Gran Bretaña por la University Press, Cambridge

Este libro se ha registrado en el catálogo de la British Library

Library of Congress cataloging in publication data

Hawthorn, Geoffrey.
[Plausible worlds. English]
Otros mundos plausibles : posibilidad y comprensión en la historia
y en las ciencias sociales/Geoffrey Hawthorn; traducción de Gloria
Carnevali de Hawthorn.
p. cm.
Includes index.
ISBN 0 521 47646 1 (paperback)
1. History–Philosophy. 2. History–Methodology. 3. Social sciences–Philosophy.
4. Social sciences–Methodology. I. Title.
D16.9.H3913 1995
901–dc20 94-17916CIP
ISBN 0 521 47646 1 en rústica
Compuesto por The Electronic Book Factory Ltd, Fife.



Índice

Prefacio y agradecimientos

Las posibilidades aparecen por doquier en las ciencias sociales. En la investigación empírica, las explicaciones que ofrecemos sugieren posibilidades, e incluso podría decirse que respaldan esas explicaciones. (La Armada Invencible, pensaron los españoles, fue derrotada por las condiciones atmosféricas. "Yo la envié a luchar contra los ingleses", se quejó Felipe II, "no contra los elementos." Por tanto, si hubiera hecho buen tiempo . . .) En la reflexión práctica, la posibilidad es en sí misma la cuestión. Si pensamos con claridad, disponemos de voluntad y tenemos las condiciones apropiadas, podemos hacer lo que queremos hacer; en caso contrario no. Sin embargo, las posibilidades permanecen inciertas en ambas situaciones. En la primera, normalmente no se experimenta. En la segunda, a veces se puede pero el experimento podría resultar un fracaso de alto costo. Por eso suele decirse que tenemos teorías; con ellas se respaldan nuestras explicaciones y se guía nuestra práctica. Pero las teorías también necesitan apoyo. Los contrafácticos y otros tipos de condicionales subjuntivos no desaparecen.

En este libro, me voy a ocupar de ellos. En el capítulo primero, considero brevemente la manera en que otros lo han hecho y presento mi propia posición. Esta comienza con la afirmación de que en la historia, en la sociología y en los estudios políticos, la comprensión de la posibilidad está en el núcleo mismo de la comprensión. Aunque sea en cierto sentido un asunto teórico, sugiero que ninguna teoría es capaz de resolverlo. Las respuestas a las interrogantes sobre los mundos humanamente plausibles no

provienen de las generalizaciones del científico social, ni de los mundos posibles del filósofo, ni de ningún otro método o modelo. Vienen dadas por discernimiento, particularmente en juicios de orden práctico. Y defiendo que los recursos que necesitamos para hacer tales juicios vienen dados precisamente en los detalles de los casos particulares. Ése es el motivo de los ejemplos que aparecen en los capítulos 2, 3 y 4. No se trata de puras ilustraciones para un argumento que pudiera exponerse en su ausencia. En los ejemplos mismos está el argumento. (De ahí su longitud, que se verá suavizada, espero, si consigo trasmitir parte de la fascinación que sobre mí ejercieron). No obstante, si el argumento que conllevan tiene fuerza, éste invita a reflexionar en términos generales sobre la explicación, la comprensión y el lugar de la teoría en la historia y en las ciencias sociales. La reflexión sugiere que las relaciones entre el razonamiento teórico y el práctico son estrechas. Pero si los procedimientos y conclusiones de cada uno giran sobre consideraciones de posibilidad, y las posibilidades no pueden conocerse, ¿qué conocimiento puede suministrar cada tipo de razonamiento? Y si, como también sugiere el argumento, las posibilidades humanas son ante todo particulares, y dependen de juicios, ¿entonces qué puede hacer allí la teoría? En el capítulo 5 sugiero algunas respuestas.

Comencé a pensar sobre los condicionales contrafácticos en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton en 1979–80. Allí me familiaricé con algo de la literatura filosófica y empecé a explorar el tema que hoy constituye el capitulo 4. Me siento agradecido por ese tiempo, por la invitación misma y por la maravillosa compañía. (Un colega francés visitante quien en mi charla sobre condicionales contrafácticos creyó oírme hablar de "falsificaciones" (counterfeits) – hizo un comentario interesante sobre la *Fuente* de Duchamp –

puede que haya entendido más de lo que él mismo suponía). Desde entonces me ha tomado mucho tiempo ver lo que quería decir y cómo decirlo. Al hacerlo, he contraído muchas deudas.

Los ejemplos, como dije, son intrínsecos al argumento. Mi más amplia deuda es con los autores cuyos trabajos comento. (Espero que al subirme sobre sus hombros, haya sabido mantener la instrucción china de no pisarles la cabeza.) El capítulo 3 empezó como un artículo para la Asociación Coreana de Relaciones Internacionales sobre la situación estratégica de Corea del sur en 1980. Le estoy reconocido a Kim Ho-jin por la invitación a Seúl y a John Thompson por sus consejos sobre lo que aquí aparece.

Gloria Carnevali me abrió los ojos, bajo el cielo del Orinoco, a la visión que los artistas del modernismo tenían del Renacimiento. Y viendo con ella la "Crucifixión con San Nicolás y San Gregorio" de Duccio en el Museum of Fine Arts de Boston cristalizaron mis pensamientos sobre el capítulo 4.

Stefan Collini, Anthony Pagden, John Thompson y dos lectores de la Cambridge University Press comentaron uno u otro de los tres borradores iniciales. Bernard Williams me hizo comentarios sobre los tres e incluso sobre un cuarto. Mi mayor deuda es con él. John Dunn, Richard Rorty y Mary-Kay Wilmers me ayudaron cada uno a seguir adelante gracias a sus observaciones. El hablar con Roberto Unger me permitió ver qué pueda ser una teoría social. En los cruciales momentos finales saqué mucho provecho de conversaciones (por separado y en conjunto durante una discusión en el seminario de Peter Hall en Harvard) con Charles Maier, Mike Miller, Judith Shklar y el mismo Peter Hall. Stefan Collini me facilitó el título. Jeremy Mynott ha sido un modelo de tacto y apoyo editorial.

Ninguna de estas personas es responsable por lo que digo. Sin

ellas, no obstante, no habría sido capaz de decirlo. Un tri
en el departamento de sociología de Harvard (el cual le agra
muy especialmente a Daniel Bell), las estaciones de radio d
de Boston, Nota Bene, un Compaq portátil y Carlos ocupa
menudo su lugar en mi regazo, todo ello hizo de mi intent
por concretarlo en palabras, algo mucho más placentero de
hubiera osado esperar.

Ca

Nota del traductor

En esta traducción de *Plausible Worlds* he tratado en lo posible de mantener inalteradas las idiosincracias estilísticas del autor, excepto en aquellos casos en que la claridad del contenido hubiese podido sufrir; todos y cada uno de los cambios en el texto fueron consultados con Geoffrey Hawthorn y en algunos casos él mismo sugirió una expresión alternativa en inglés que fuese más afín a la estructura gramatical castellana. El tener al autor en casa fue ciertamente de gran ayuda. También lo fue el haber tenido la inmensa suerte de contar con Francisco Álvarez, quien se hallaba en Cambridge preparando una edición bilingüe de Stuart Mill, y con franciscana paciencia leyó y corrigió el texto, proveyéndolo de la terminología filosófica adecuada. No tengo palabras para agradecer su valiosa colaboración.

1
Condicionales contrafácticos, explicación y comprensión

I

Dedicarse a lo que E. H. Carr llamó "juegos de salón sobre lo-que-podía-haber-sido" puede ser muy tentador.[1]

Granada fue vencida en 1492. Pero supongamos que no lo hubiera sido: supongamos con Philip Guedalla que Boabdil hubiese derrotado él mismo a Isabel y Fernando en Lanjarón un año antes. En retrospectiva, "era simplemente inconcebible", como hizo notar Grisley en su *Modern Europe*, "que la temeraria aventura de los Reyes Católicos hubiera tenido otro resultado que el que tuvo a la sombra de Sierra Nevada en 1491". Inteligentes, ingeniosos y organizados, los moros tenían asegurada la victoria sobre las fuerzas mal aliadas y escasas de Castilla y Aragón. Las consecuencias, por demás, han sido enormes. (Otros autores, incluyendo a Edward Gibbon, han pensado que de no haber detenido Carlos Martel a los moros cerca de Poitiers en 732, estas consecuencias habrían sido evidentes mucho antes). Grisley estuvo de acuerdo con Sir William Creasy: la batalla de Lanjarón había sido una de las más decisivas del mundo moderno.

La *Cambridge History of Islam* – en realidad una colección de ensayos preparados en las facultades de Granada y publicados

[1] E. H. Carr, *What is History?*, Harmondsworth: Penguin, 1964, p. 97.

bajo licencia en Cambridge – se dedica extensamente a las alianzas entre Granada y los poderes que en los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho ésta contrapuso unos a otros. La *History of the War in the Peninsula* de Napier registra la inestimable ayuda que el rey le dio a los británicos después del apresurado decreto de Napoleón en 1808 mediante el cual la casa de Boabdil cesaba de reinar y Pierre François Joseph Lefebvre, duque de Dantzick, debía gobernar a partir de entonces como Yussuf I. La alianza de Granada con Gran Bretaña a lo largo del siglo diecinueve (a pesar de las complicaciones causadas por la misteriosa desaparición de Swinburne cerca del serrallo real en 1865) aseguró la fuerza e independencia del reino. Y los reyes siguieron actuando con cautela.

Esto se vio claramente después de 1914. Cuando los bolcheviques llevaron a cabo su golpe en 1917 y Alemania perdió la guerra un año más tarde, Boabdil VII presintió la naciente debilidad de Gran Bretaña y la nueva fuerza de América. En combinación con lo remanente del Imperio Otomano y con ciertos estados islámicos hacia el este – los cuales vieron cuán facilmente podían quedar atrapados entre el régimen revolucionario en Moscú y los otros imperios europeos – efectuó diestras alianzas tanto con los Estados Unidos como con la nueva y ya bloqueada Unión Soviética. Entre tanto, el dominio que los moros tenían de los recursos del sur de Europa, sus avances en ciencia y tecnología, las ventajas adquiridas debido a los refugiados protestantes, su control sobre Gibraltar, y sus conexiones más allá del continente, junto con la energía para el comercio que siempre desplegaron, habían hecho de España el centro mercantil e industrial del mundo. Por estas razones y a pesar de la reserva de su aliado aislacionista y anti-imperialista del otro lado del Atlántico, Granada se convirtió en el imperio predominante del siglo XX. Desde los tiempos de Roma, no hubo

otro imperio territorialmente mejor conectado, y de todos ellos fue el más ilustrado.

Ernest Gellner explica por qué. "Debido a varios criterios evidentes", nos recuerda, "como el universalismo, el carácter escriturario, el igualitarismo espiritual, la ampliación de la participación completa en la comunidad sagrada no a uno, ni a unos cuantos, sino a todos sus miembros, y la sistematización racional de la vida social, el Islam es, de los tres grandes monoteísmos, el que más se acerca a la modernidad". La Cristiandad Medieval, tal como Ibn Weber lo expresó tan persuasivamente en *The Kharejite Ethic and the Spirit of Capitalism*, con su "visión barroca, manipuladora, viciada por el patronazgo, cuasi animista y desordenada del mundo", su convencimiento de que la justicia se puede comprar con donaciones y obras piadosas, "nunca hubiera podido enseñar a sus seguidores a confiar en la pura fe y a producir y acumular de una manera impersonal, ordenada y sistemática". Y para la época de la Reforma que se produjo en partes de Europa del norte, ella misma impulsada por la admiración hacia la apertura intelectual y el espíritu de aventura del Islam, ya Granada había asegurado su puesto de ventaja.[2]

No es difícil explicar cómo esta Europa del sur, más moruna después de 1491, llegó a ser lo que fue. Pero la explicación, no por ser entretenida, es menos ociosa. Esa Europa nunca existió.

---

[2] Philip Guedalla, "If the Moors in Spain had won", en J. C. Squire ed., *If it had Happened Otherwise: Lapses into Imaginary History*, Londres: Longmans, 1932, pp. 1–19. Yo he ajustado y embellecido sus especulaciones. (La derrota de un banda de moros merodeando cerca de Poitiers en 732 por la caballería franca de Carlos Martel, con la ayuda de los lombardos, puede no haber sido tan decisiva para los moros mismos,

Y no se entiende de inmediato que el pensar sobre cómo haya podido hacerlo, ilumine la que sí existió. ¿Qué importancia tendría, podemos preguntarnos, el que los moros hubieran logrado vencer a Carlos Martel y a los Reyes Católicos? O como Roy Strong se ha planteado, el que el hijo mayor de Jacobo I no hubiera muerto

---

tal como Gibbon y otros han sugerido. Las fuerzas moras en Occidente se hallaban debilitadas: aunque devastaron Autun en 725, ya habían sido vencidas cerca de Toulouse en 721. Más decisivo fue su triunfo contra las tropas chinas en Turquestán en 751 y sus dos derrotas en el centro del mundo bizantino en 739 y 747. No obstante, la victoria de Carlos Martel cerca de Poitiers le dio a los reyes carolingios un ímpetu considerable contra Roma. Tal como explico en el capítulo 5, el descalabro de los moros en España en el siglo XV no fue repentino. La propia memoria que ellos tenían de la España musulmana se desvaneció hasta principios del siglo XIX, cuando, viéndose en la necesidad de reivindicar un pasado más glorioso, algunos románticos europeos se lo revivieron para ellos (Bernard Lewis, *History: Remembered, Recovered, Invented*, Nueva York: Simon and Schuster, 1975, pp. 71–8). España no era la última oportunidad que tenían los moros en Europa; Jan Sobieski detuvo una avanzada turca en Viena en 1683. La colección de Squire incluye ensayos sobre la posibilidad de que Don Juan de Austria se hubiese casado con María, reina de Escocia; que Luis XVI hubiese tenido un átomo de firmeza; que Napoleón se hubiera escapado de Santa Helena para formar los Estados Unidos de América Latina; que Lee hubiese ganado la batalla de Gettysburg; y que la huelga general de 1926 en Gran Bretaña hubiese llegado a buen fin. También se puede consultar Daniel Snowman ed. e intro., *If I had Been . . . : Ten Historical Fantasies*, Londres: Robson, 1979, en donde los historiadores imaginan lo que ellos hubieran hecho en momentos críticos en la piel del Earl de Sherburne, Franklin, Juárez, Thiers, Gladstone, Kerensky, Tojo, Adenauer, Dubcek o Allende. Debo agradecer a Dorothy Emmet por mencionarme la colección de Squire y a Karl Sabbagh por mencionarme la de Snowman. Ernest Gellner, *Muslim Society*, Cambridge University Press, 1981, p. 7, cuya fantasía también he embellecido.

tan joven en 1621, y gracias a su evidente erudición y entusiasmo por las artes, hubiera utilizado su influencia como rey para inspirar ese renacimiento en Inglaterra, el cual, por lo que sabemos sobre tales renacimientos, nunca existió? O como se ha preguntado Robert Fogel, el que a la Confederación se le hubiera permitido separarse de los Estados Unidos, presentar un desafío a la democracia, y con su ejemplo político y poder económico cambiar lo que hoy en día tomamos por el curso "natural" de la política moderna? O, siguiendo la fantasía de Hugh Trevor-Roper, el que a principios de la década de los cuarenta no hubiera habido alguien con capacidad de liderazgo que amalgamara a Gran Bretaña; el que las señales alemanas no hubieran sido decodificadas; el que Mussolini no hubiese desviado a Alemania con su imprevisto ataque a Grecia; y el que Franco no le hubiera negado a Hitler el permiso de bajar hasta Gibraltar?[3]

¿Puede ser un gesto de desesperación, así lo creía el mismo Trevor-Roper, "el despachar como efímero un movimiento que, con un ligero cambio de suerte, hubiera podido dominar la historia

[3] Roy Strong, *Henry, Prince of Wales, and England's Lost Renaissance*, Londres: Thames and Hudson, 1986. Strong explica que la corte inglesa en el siglo dieciséis, a diferencia del resto de Europa, no había mostrado interés alguno por las artes. "El príncipe Enrique toma su lugar como la figura final de una serie de renacimientos truncados. Sidney fue muerto a los treinta y dos años, Essex fue ejecutado a los treinta y cinco, y el príncipe Enrique murió a los dieciocho." A su muerte, la vivaz y artística corte fue disuelta (pp. 224, 136). Robert W. Fogel, *Without Consent or Contract: The Rise and Fall of American Slavery*, Nueva York: Norton, 1989, pp. 413–17. Estas son cinco poderosas páginas y le agradezco a Judith Shklar el habérmelas señalado. Hugh Trevor-Roper, "History and imagination", en Hugh Lloyd-Jones, Blair Worden y Valerie Pearl eds., *History and Imagination: Essays in Honour of Hugh Trevor-Roper*, Londres: Duckworth, 1981, pp. 360–1.

de toda una era. "Si existe algo denominado sentido de la realidad" Robert Musil admitió en *The Man Without Qualities* – "y nadie va a negar que tiene su razón de ser – entonces también tiene que haber algo llamado sentido de la posibilidad". Pero normalmente ni en la historia ni en las ciencias sociales se ha visto con claridad qué se puede ganar con desarrollarlo. La mayoría de los historiadores y de los científicos sociales, si para algo han tomado en cuenta los condicionales contrafácticos, lo han hecho con nerviosismo y en escritos marginales. (Fogel y Charles Maier son los únicos en asumir que la historia, asi lo expresa Maier, nos da la visión que nos da "gracias a que los historiadores ponen al desnudo sus implicaciones contrafácticas").[4] Muchos resistieron la ironía de Musil y se mostraron de acuerdo con que un sentido de lo posible

[4] Charles Maier, "Wargames: 1914–1919", en Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb eds., *The Origins and Prevention of Major Wars*, Cambridge University Press, 1988, p. 251 (y el comentario final de Joseph Nye en su introducción a esta colección, p. 12). Ver también Fogel, *Without Consent*, p. 413: "Todo historiador que se ha propuesto dilucidar las causas de la Guerra Civil (ciertamente todos aquellos que argumentaron a favor o en contra de su necesidad) ha supuesto implícita o explícitamente lo que le hubiera pasado a la esclavitud si el desarrollo de algunos acontecimientos hubiera seguido un curso distinto del que realmente tomó. En verdad, gran parte de la voluminosa literatura sobre las causas de la Guerra Civil no es ni más ni menos que el ordenamiento de la evidencia sobre los hechos que condujeron a la Guerra Civil dictado por las distintas visiones de este mundo contrafáctico. Aunque no utilicen el lenguaje de los condicionales contrafácticos, David Blackbourn y Geoff Eley hacen la misma observación sobre la tendencia de muchos historiadores a considerar la "peculiaridad" de la Alemania moderna (*The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-century Germany*, Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1984). Para un ejemplo sobre la posición contraria, ver la nota 14 del capítulo 3.

"podría ser definido de buenas a primeras como la capacidad de pensar que todo pudiera ser 'igual de fácil', y de no concederle más importancia a lo que es que a lo que no es". Ellos podrían desde luego concederle a Musil que "las consecuencias de tan creativa disposición pudiesen ser considerables". Al fin y al cabo, la ficción existe. Pero la mayoría podría insistir en que estas consecuencias son del tipo que "a menudo hace ver como equivocado lo que los demás admiran y permisible lo que otros prohíben, o inclusive hacer de ambas cosas motivo de indiferencia". "Esos amantes de las posibilidades", podrían concluir, "viven en una red más fina, una red de niebla, de imaginaciones, fantasía y modo subjuntivo". Al fin y al cabo, si los niños dan señales de sucumbir en ella, se les pone freno, "se los arranca con fuerza", o al menos así lo creía Musil; en su presencia tales personas reciben los apodos de "cabezas rotas, soñadores, debiluchos, sabelotodos, criticones y fastidiosos".[5]

II

También se pueden hacer objeciones de principio. Se puede llegar con la suposición de que lo único que existe en cualquier mundo "es un vasto mosaico de asuntos locales sobre hechos particulares", como dice David Lewis, "una pequeña cosa aquí y otra allá". ("En honor del gran contradictor de las conexiones necesarias", Lewis llama a ésta la doctrina del "añadido humeano". Todo lo demás sobreviene, es un añadido, a los hechos particulares). Es

[5] Robert Musil, Eithne Wilkins y Ernst Kaiser trads., *The Man Without Qualities*, Londres: Pan, 1979, p. 12. Le estoy agradecido a Bianca Fontana por haberme indicado este pasaje.

posible discernir regularidades en y entre cosas particulares. Se las puede ordenar, a ellas y a las relaciones entre ellas, en escala de importancia. Se puede imaginar un conjunto completo de tales particulares y de las relaciones entre ellos. Podemos inclusive sugerir su predeterminación. Pero la última palabra la tienen los particulares del mundo, que acaecen. Y debido a que estos particulares son como son, y así acaecen, prevalecen sobre el pensamiento de que este mundo ha podido ser distinto de lo que es. Las otras posibilidades, si es que existen, se dan en otros mundos.[6]

Una segunda objeción vendria del lado contrario. El mundo es necesariamente como es. Leibniz, de quien proviene toda la discusión filosófica moderna sobre "mundos posibles", creía, por ejemplo, que éste y todos los mundos posibles que al principio de todos los mundos Dios tenía en mente, están habitados por individuos o cosas singulares. Cada individuo está definido por su concepto. El concepto es un conjunto de atributos que lo constituyen y que solamente él satisface. Estos atributos son simples y complejos. Los atributos simples son primitivos y "positivos",

[6] David Lewis, *Philosophical Papers*. vol. 2, Nueva York: Oxford University Press, 1986, pp. ix ss. Lewis admite que es difícil dar cuenta del azar, el cual *en tanto* azar, no es una propiedad del mundo (pp. xiv – xvi, 111–12). Sobre Lewis y otros mundos, ver la sección IV más abajo. La posición de Hume era en realidad más complicada: aunque estaba de acuerdo en que pudiera haber verdaderas necesidades, no obstante insistía en que no poseíamos ningún método digno de confianza para saber si las habia y de qué se trataban. Galen Strawson explica este realismo escéptico en *The Secret Connection: Causation, Realism and David Hume*, Oxford: Clarendon Press, 1989; ver también la sección IV en este capitulo.

aquellos que cada individuo posee intrínsecamente. Los atributos complejos son negativos o conjuntivos, los que tiene en virtud de sus relaciones con todos los otros individuos en todos los puntos, pasados, presentes y futuros del mundo al que pertenece. Los conceptos individuales pueden ser "conjuntamente posibles" (compossible) si se logra actualizarlos conjuntamente. La capacidad de ser "conjuntamente posibles" (compossibility) es al mismo tiempo un asunto lógico y empírico, un asunto de consistencia y de compatibilidad. Cada mundo consiste en un agrupamiento de elementos conjuntamente posibles que le pertenecen solo a él. Debido a las conexiones que cada individuo mantiene con todos los otros de su mundo, cambiar cualquiera de ellas significa cambiar el mundo mismo. De acuerdo con Leibniz, sólo podemos pensar contrafácticamente sobre mundos completos.[7]

Lo mismo sucede con Hegel y Marx. Para Leibniz, la comprensión total de las cosas singulares exige que comprendamos su necesaria relación con todas las otras cosas. Para Hegel, requiere que racionalmente captemos su necesaria relación con una sola cosa, la cual llegará a englobarlas a todas sin destruir la singularidad de cada una. El mundo que sí existe, no es aún manifiestamente racional, eso hay que admitirlo. Pero la tarea de la razón es llevarlo a ese estado, no pensar de qué otra manera hubiera podido ser, o cómo volverlo distinto de lo que es. Eso sería

[7] *Theodicy*, paras. 1–2, 7–10, 34, 37, 42, 52, 58, 174, 225, 291, 310–11, 349, 360 y 367; *Discourse on Metaphysics*, paras. 8, 9 y 13; *Monadology*, paras. 33, 37 y 38; la carta de Leibniz del 12 de abril de 1686 para von Hessen-Rheinfels, y sus comentarios a una carta de Arnaud escrita en mayo de 1686. Existe una útil revisión en Benson Mates, "Leibniz on possible worlds", en B. van Rootselaar y J. F. Staal eds., *Logic, Methodology and Philosophy of Science III*, Amsterdam: North-Holland,

contrario a la razón, y una equivocación. Por supuesto, a veces se pierde el rumbo. En 1875, por ejemplo, se dio lo que Marx describió como el "tañido democrático" de Gotha, la proposición de combinar los dos movimientos socialistas de Alemania en un Partido Socialdemócrata de los Trabajadores, una proposición, pensaba él, "infestada hasta la médula con la servil fe en el estado de la secta Lasallista, o lo que es aún peor, con una fe democrática en los milagros". Pero un desvío semejante no puede mantenerse. Los milagros no existen. El movimiento hacia la libertad está predeterminado. Es el movimiento hacia un posible mundo de reconciliación racional el cual es también un mundo necesario; un mundo dado en las premisas de una teoría, implícitas a su vez en la naturaleza del ser. Es un mundo al que se nos invita a trasladarnos imaginaria y prácticamente pero al que, aceptemos o no la invitación, estamos obligados a admitir racionalmente. En este argumento, la comprensión de lo que es tampoco le da cabida a lo que "podía-haber-sido" o a lo que "aún-podría-ser".[8]

1968, pp. 507–29; también Hide Ishiguro, *Leibniz's Philosophy of Logic and Language*, Londres: Duckworth, 1972. A pesar de Fabrizio Mondadori, "Reference, essentialism and modality in Leibniz's metaphysics", *Studia Leibnitiana* 5 (1973), 96, 101, sería prudente considerar la concesión de Leibniz a (lo que Lewis cree que son) las "contrapartes" en otros mundos en *Theodicy* para 414, como un lapsus; pero la interpretación de Leibniz no es una habilidad que pretendo tener. Louis Dumont es un raro ejemplo contemporáneo de sociólogo leibniziano: e.g. "La communauté anthropologique et l'idéologie", *L'Homme* 18 (1978), 83–110, especialmente 90–1, y *Homo Hierarchicus: le Système de Caste et ses Implications*, 2da edición, París: Gallimard, 1979, pp. i-xl (y mi breve comentario sobre el mismo en "Caste and politics in India since 1947", en Dennis B. McGilvray ed., *Caste Ideology and Interaction*, Cambridge University Press, 1982, pp. 233–4).

Una tercera objeción puede venir de un cierto holismo, pero de un holismo, según se ha dicho, más de forma que de contenido.[9] (Un holismo, es decir, que acepta la posición de Hegel con respecto al sujeto que conoce pero no con respecto al ser). El mismo Carr, a quien no le gustaban los juegos de salón sobre lo-que-podía-haber-sido, lo describió en una manera entonces familiar. Admitió que era "fútil espantar las ocasiones azarosas, o pretender que de una u otra manera no tuvieron efecto". De no haberse impresionado tanto por la nariz de Cleopatra, Antonio hubiera podido mantener el control en Actium. Trotsky, en el medio de sus maniobras con Kamenev, Zinoviev, Bukharin y Stalin, hubiera podido no agarrar (como agarró) un resfriado, no acostarse, y (como él pensaba) no perder una movida crucial en la lucha por la sucesión de Lenin. ("Uno puede prever una revolución o una guerra", dijo más tarde, "pero es imposible prever las consecuencias de una cacería de patos en otoño"). Boabdil ha podido vencer a los Reyes Católicos. "Pero en la medida en que las ocasiones

[8] Sobre la necesidad en Hegel, Charles Taylor, *Hegel*, Cambridge University Press, 1975, especialmente pp. 345–9. La teoría de Marx como una teoría de relaciones internas es explicada por Bertell Ollman, *Alienation: Marx's Conception of Man in a Capitalist Society*, Cambridge University Press, 1971. Algunos comentarios característicos de Marx sobre la necesidad y la libertad en Frederick Engels ed., *Capital*, vol. 3, Londres: Lawrence and Wishart, 1972, p. 820; los comentarios sobre el programa de Gotha en David Fernbach ed., *The First International and After: Political Writings Vol. 3*, Harmondsworth: Penguin, 1974, pp. 356, 357.

[9] La distinción entre los dos holismos, uno acerca de cómo es el mundo, el otro acerca de cómo lo entendemos, está bien expuesta por Susan James, *The Content of Social Explanation*, Cambridge University Press, 1984, pp. 1–9. Vuelvo sobre ello en el capítulo 5, secciones IV y V.

azarosas son accidentales", insistió Carr, "ellas no entran en ninguna interpretación racional de la historia, ni en la jerarquía de causas significantes para el historiador". "Si una causa particular, como el resultado accidental de una batalla", y aquí invoca a Montesquieu para respaldarse, "ha arruinado a un estado, es que existía una causa general que hizo que la caída de ese estado resultara de una sola batalla". "Así como el historiador selecciona de un océano de hechos", continúa Carr, "sólo aquellos que tienen sentido para sus propósitos, igualmente, de la multiplicidad de causas y efectos, él extrae aquellas que son históricamente significativas; y su grado de significación histórica es la habilidad con que él las hace encajar en su esquema racional de explicación e interpretación". (Es posible que la vida, para parafrasear a Kierkegaard, haya que vivirla hacia adelante, pero es un privilegio del historiador entenderla hacia atrás). "Todo lo que los devotos del azar y la contingencia dicen", concluyó Carr más bien desesperadamente, "es perfectamente cierto y perfectamente lógico. Tiene ese tipo de lógica implacable que encontramos en *Alicia en el País de las Maravillas* y en *A Través del Espejo*". Pero "el modo dodgsoniano no es el modo de la historia".[10]

El azar adquiere importancia cuando se puede demostrar que no es azar. Si no se puede, entonces aunque importe, no importa. El argumento es en sí mismo un poco dodgsoniano. Pero la objeción se puede hacer con argumentos más persuasivos. Es la aserción – aserción que Carr confundió, al igual que otros, con lo que él creía eran las propiedades del mundo – de que independientemente de cómo el mundo parezca ser o sea de hecho, entenderlo significa volverlo coherente. La coherencia es nuestra y en ella,

10 Carr, History, p. 105; Trotsky citado en p. 98, Montesquieu en p. 101.

los cabos sueltos de lo meramente posible no tienen cabida. Michael Oakeshott lo hizo notar hace más de cincuenta años. "Si un historiador, mediante un experimento ideal, se pusiera a considerar conjuntamente lo que ha podido suceder y lo que, según la evidencia que tiene, realmente sucedió, se encontraría estancado fuera de las corrientes del pensamiento histórico". Y es que ese lugar no existe. "En la medida en que la historia es un mundo de hechos", explicó Oakeshott, "(cosa que mal podría negarse) es un mundo de ideas y un mundo que es verdadero o falso según su grado de coherencia". En verdad, Oakeshott llegó inclusive a decir que en la construcción que es la historia, "es imposible", porque no tiene sentido, "distinguir las necesidades según su importancia". Nada es más o menos necesario, más o menos contingente, más o menos extraordinario. La indecisión de Antonio, el resfrío de Trotsky, la voluntad de Churchill, las habilidades de Boabdil, no son algo ni más ni menos crucial que la condición y el contexto de las fuerzas que dirigían o que cualquier otro hecho. "El pensamiento histórico" es "la búsqueda de un mundo de la experiencia que sea convincente en sí mismo". En este sentido interno, holista, de lo que significa explicar, el pasado, insiste Oakeshott, "se explica solo". "La relación entre sucesos viene dada siempre por otros sucesos y queda establecida en la historia mediante una completa relación de los sucesos."[11]

[11] Michael Oakeshott, *Experience and its Modes*, Cambridge University Press, 1933, reimpreso 1985, pp. 93, 128–9, 143–5. Sus comentarios (al igual que los de Carr) deben leerse teniendo en cuenta el animado y abiertamente ideológico debate en Gran Bretaña entre los años veinte y

III

La objeción proveniente de un Leibniz o de un Hegel es que la realidad es un todo y que debe serlo necesariamente. La objeción proveniente de lo que sería un Hume, niega lo último. Inclusive los escépticos en materia de metafísica admiten que la coherencia es el criterio para comprender lo que es. Pero cualesquiera que sean sus opiniones sobre la naturaleza del mundo y de su contenido, y acerca de las vías de acceso que tenemos a éste, los que ponen una u otra objeción a considerar lo meramente posible convergen en la convicción de que lo que deseamos explicar es lo real. Y están de acuerdo en que hay que localizarlo en un esquema de otros existentes, "mostrar sus conexiones reales con otras cosas reales".[12] Sería absurdo disputar esta meta, y yo no pienso hacerlo. Pero sí quiero respaldar los derechos de lo posible: argüir que tomarlo en

---

cincuenta sobre el azar y la necesidad en la historia. Pero las dos últimas oraciones de Oakeshott ponen al descubierto cierta falta de firmeza en su argumento. En p. 139 afirma, manteniendo su compromiso con la totalidad de la historia, pero extrañamente en desacuerdo con su propia posición de que la historia es un mundo de ideas valorado por su coherencia, que "la cuestión . . . no es nunca lo que debe, o ha podido suceder, sino solamente lo que la evidencia nos obliga a concluir que sí sucedió". Marx es un ejemplo obvio de un teorizador de relaciones internas (un holista de forma y contenido) quien por contraste asumió una actitud distante respecto a lo que la apariencia podría obligarnos a aceptar. (Ollman, *Alienation*, pp. 27 ss., pp. 249 ss.). Vuelvo brevemente sobre las explicaciones internas en el capítulo 5, secciones IV y V.

12 Robert Nozick, *Philosophical Explanations*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1981, p. 12.

cuenta es hacer algo más que dedicarse a juegos de salón sobre lo-que-podía-haber-sido.

Con esto no quiero proponer otra metafísica. Pero sí empiezo con algunas presuposiciones. Me inclino a creer que el mundo humano consiste de particulares contingentes. Y por lo tanto no estoy de acuerdo ni con los defensores de la necesidad ni con los holistas. Pero no voy a argüir en su terreno. Voy a empezar más bien con una paradoja inherente a la explicación del mundo que existe: una paradoja, creo, que tiene implicaciones para la comprensión de la historia y de las ciencias sociales en general, y para el conocimiento que racionalmente podamos aspirar a tener de los asuntos humanos. Y ésta es que en la explicación, las posibilidades aumentan a la par que disminuyen.

Un ejemplo aclarará esto. Vamos a suponer que deseamos explicar por qué el Partido Laborista obtuvo una proporción tan pequeña de los votos – apenas un veintiocho por ciento – en las elecciones generales británicas de 1983. Para ello habría que suplir algunos hechos generales. Podríamos señalar que el número de miembros y de votos había venido declinando desde 1951; que su mayor grupo electoral unificado, la clase trabajadora industrial, se hallaba en proceso de contracción (hay quien considera que "el grupo electoral natural" del Partido Laborista había disminuido hasta un treinta y cinco por ciento del electorado a principios de la década del ochenta); que una proporción menor de la clase trabajadora industrial (y en realidad una minoría de los obreros oficialmente calificados) votaba entonces por el Partido Laborista; que la ausencia de representación proporcional eliminaba la posibilidad de coaliciones con grupos de los otros partidos; y que el debilitamiento del partido coincidió con tasas de crecimiento económico bajas, con repetidas crisis en la balanza de pagos, aumentando así la

dificultad para fundamentar el gasto público al cual su política lo comprometía. También haríamos hincapié en la creciente división interna del partido. A finales de los años cuarenta y a principio de los cincuenta había existido una alianza difícil pero manejable entre la dirección, el grupo parlamentario, y los dirigentes de los sindicatos en contra de los estallidos intermitentes en las agrupaciones locales. (A finales de los cuarenta y la década del cincuenta esta situación fue amenazada seriamente tan sólo por Aneurin Bevan, pero su capacidad para hacerlo derivaba más de su poder personal y de su ambición que de ningún sector en el partido). En los años sesenta, no obstante, la alianza se hallaba sometida a una fuerte presión.

Habría que tomar en cuenta igualmente acontecimientos más específicos. Después de la tercera derrota electoral seguida en 1959, y la natural exacerbación de las diferencias entre derecha e izquierda, el entonces líder, Hugh Gaitskell, optó por enarbolar la bandera de la nacionalización con la que el partido estaba constitucionalmente comprometido, y también decidió insistir en la obligación que Gran Bretaña tenía por ser miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) – aunque él mismo tuviera sus reservas al respecto – de mantener abierta la opción de un poder disuasorio nuclear británico independiente. Esto agudizó la hostilidad hacia el partido parlamentario, por parte tanto de la izquierda como de algunos dirigentes sindicales más complacientes en el pasado. Las relaciones del grupo parlamentario con los sindicatos se vieron sometidas a una presión aún mayor cuando en el transcurso de la administración de Wilson se hicieron intentos por regular los conflictos industriales en 1969 y también debido al deterioro de las circunstancias económicas durante la administración del Partido Laborista después de 1974. Estos sucesos aumentaron la ira de los sindicalistas, tanto de la industria como de

los servicios públicos, respecto a los cortes en el gasto público que el Ministro de Finanzas se vio forzado a imponer para cumplir con las condiciones de un préstamo del Fondo Monetario Internacional (FMI) en 1976. Las tensiones crecieron conforme una generación más joven de izquierdistas tomó poder en algunos decaídos focos del partido localizados en las ciudades más grandes. En 1979, las autoridades del partido y muchos secretarios sindicales habían perdido el control tanto de los partidos locales como de los sindicatos. Y James Callaghan, el Primer Ministro Laborista, en el momento en que hubiera podido lograr a duras penas una victoria, en contra de todas las expectativas no llamó a elecciones generales. En 1980, la convención del partido, determinada a arrebatarle poder al sector parlamentario, el cual según ella, la había traicionado, se puso de acuerdo en revisar el procedimiento para la elección del líder, hasta entonces prerrogativa de los miembros parlamentarios, a fin de darle más voz – si es que iban a constituir una voz más decisiva – a los sindicatos y a los focos partidarios locales. El nuevo procedimiento se implementó formalmente en 1981 y en consecuencia, varios miembros parlamentarios del Partido Laborista se separaron para formar un nuevo partido. Un nuevo líder, podríamos concluir, elegido en 1979 y que congeniaba mejor con la izquierda más poderosa que los tres anteriores, peleó las elecciones de 1983 con un programa más agresivamente socialista que ningún otro propuesto por el Partido Laborista desde la guerra; y dijeran lo que dijeran los activistas, y a pesar de la pobre opinión que la mayoría de los votantes tenía del Partido Conservador en 1981, este programa tuvo muy poco respaldo.[13]

[13] Existen varias historias y recuentos de primera mano. Selectivamente, sobre las disputas entre 1955 y 1961, Philip M. Williams, *Hugh Gaitskell: A*

Este es el mero bosquejo de una explicación. (No obstante, se trata del bosquejo de una explicación, y no de otra cosa. Se plantea la pregunta "¿por qué?" y se la responde tomando un "grupo de contrastación", los partidos socialdemócratas en el resto de Europa que no presentaron esa decadencia, y luego se presentan hechos que ponen de relieve ese contraste.[14] Esto se hace conectando lo real mediante causas y razones, las dos conectivas de un modelo ampliamente aceptado sobre el funcionamiento del mundo humano.) El bosquejo de una explicación de la decadencia del Partido Laborista hasta principios de los ochenta sirve, no obstante, para mostrar la paradoja a la que me he estado refiriendo.

Por una parte, mientras más causas y razones tomamos en cuenta para lo que queremos explicar, más difícil es ver cómo la decadencia pudo haber sido distinta de lo que fue. El Partido Laborista casi no

---

Political Biography, Londres: Cape, 1979; sobre la década de 1970, David y Maurice Kogan, *The Battle for the Labour Party*, Londres: Collins, 1982; sobre los años setenta y principio y mediados del ochenta, Peter Jenkins, *Mrs Thatcher's Revolution*, Londres: Chatto and Windus, 1987; y para un análisis interesante sobre las razones de la decadencia del Partido Laborista (y en algunos aspectos una defensa persuasiva de la racionalidad intrinseca – por oposición a la más inmediatamente política – de las estrategias económicas que ha podido adoptar), Paul Whiteley, *The Labour Party in Crisis*, Londres: Methuen, 1983.

14 Esta caracterización de lo que es una explicación le debe mucho a Bas C. van Fraassen, *The Scientific Image*, Oxford: Clarendon Press, 1980, pp. 142–3, 153–7; Hilary Putnam, *Meaning and the Moral Sciences*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1978, pp. 41–5, y Putnam, *The Many Faces of Realism*, LaSalle: Open Court, 1987, pp. 3–40, especialmente pp. 6–8. Llego a argumentos más formales sobre la explicación en la sección siguiente; ver también capítulo 5, sección IV.

detentó el poder en los años cincuenta y nada pudo hacer para prevenir la poca atención que los Conservadores le dedicaron a la inversión en esos años. En todo caso, la economía estaba en proceso de debilitamiento y la clase obrera disminuía por razones que estaban más allá del control de cualquier gobierno. Aún retrospectivamente, es difícil ver cómo se hubiera podido evitar la división del Partido Laborista dadas las diferencias de opinión existentes en su seno sobre el control de la economía, y acerca de la compatibilidad (y la prioridad) de mantener el gasto social. Lo que ciertamente es difícil de ver es cómo, una vez que las crecientes dificultades económicas pusieron bajo presión la alianza entre los sindicatos y el grupo parlamentario (y también las relaciones entre los jefes de sindicato y sus propios miembros), se podía mantener la coalición entre los parlamentarios laboristas, los sindicatos y las organizaciones locales, reflejada en la entonces aceptada división de poderes entre el grupo parlamentario por un lado, y los sindicatos y la convención de organizaciones partidarias locales por el otro. Los problemas del Partido Laborista parecían simplemente inevitables. Y, en verdad, resulta natural que tras haber bosquejado una explicación, tratemos de hacerla parecer irresistible. Se trata de hacer creer que cualquier secuencia alternativa de sucesos nos llevaría tan lejos o tan atrás que sería indeterminada o poco interesante.

Sin embargo, la segunda parte de la paradoja a la que me estoy refiriendo es evidente casi de inmediato. En cualquier mundo que no sea leibniziano, una explicación sugiere otras opciones. Bajo la explicación, las posibilidades aumentan. Si el Partido Laborista hubiera sido capaz de mantener el número de sus miembros, o su voto en la clase obrera; si se hubiera dado cuenta de que esta clase estaba disminuyendo; si, a pesar de su dependencia de los sindicatos, en la convención del partido el grupo parlamentario se hubiese mantenido

firme en la anterior distancia politica, en la cual uno se ocupaba de política y el otro de asuntos industriales; si al mismo tiempo hubiera tratado de revisar cuidadosamente su programa a fin de atraer otra clase de intereses (como lo hicieron los socialdemócratas suecos y alemanes en los años cincuenta); si hubiera reducido su programa social insistiendo en la prioridad de mantener la libra esterlina en los años sesenta; si una mayor distancia politica con respecto a los sindicatos le hubiera permitido controlar los altos porcentajes de inflación y el aumento de salarios a principios y mediados de la década del setenta; si no hubiera tratado de recobrar su control financiero (y quizás también politico) en 1976 acudiendo al FMI y usando la autoridad del Fondo para cortar el gasto en servicios públicos que empleaban a muchos de sus partidarios nominales y cada vez más exigentes; si le hubiera prestado más atención a lo que estaba sucediendo en los partidos locales, o intentado atraer miembros más corrientes que compensaran a los activistas internos; si Callaghan hubiera tenido el valor de ir a elecciones generales el otoño de 1978; en resumen, si el partido no se hubiera colocado en una situación donde su propia constitución lo forzaba a hacer concesiones a la izquierda a finales de los setenta . . . La línea de explicación que he bosquejado para el mal papel del Partido Laborista en la elección de 1983 sugiere que si un conjunto de esas posibilidades se hubiera concretado, el partido habría podido salir mejor parado de lo que salió. Esto se debe a que la fuerza de una explicación gira en torno al condicional contrafáctico que implica. La implicación es que si tal y tal combinación de causas no hubiera estado presente, o que si tal y tal acción o serie de acciones no hubieran sido llevadas a cabo, las cosas habrían sido distintas. Si no creemos esto, entonces no deberíamos darles a las causas y a las acciones en cuestión la importancia que les estamos dando.

En la historia y en las ciencias sociales, las posibilidades en este sentido aumentan con la explicación por una u otra razón y normalmente por ambas a la vez. La primera es que conforme nuestra explicación imputa las llamadas causas, resulta aún más claro cuán contingentes son tales causas y sus condiciones. No tenía que ser inevitable, por ejemplo, la disminución del número de personas empleadas por la industria en Gran Bretaña, después de la cúspide alcanzada a principios de los años cincuenta. Esta disminución fue causada en parte por la cada vez menor competitividad de la industria británica, la cual fue causada a su vez por al menos un siglo de baja inversión, y en parte por cambios inconexos en las situaciones ventajosas que Gran Bretaña hubiera podido disfrutar en materia de comercio exterior. (Estos cambios se vieron acelerados más tarde por el petróleo, el cual hizo aumentar la demanda de productos manufacturados producidos en el país y paradójicamente sirvió para reducir los incentivos para la inversión manufacturera). Pero incluso si fuéramos a dar por sentados la decadencia de la inversión industrial, o el incremento en el comercio de productos no manufacturados, o cualquier otra cosa que haya causado la disminución de la clase obrera industrial, quizás porque de todas maneras se hubiera dado un distanciamiento con respecto a la industria manufacturera conforme "maduraba" la economía, el efecto que este cambio tuvo de hecho sobre la suerte política del Partido Laborista podía no haber sido tan severo si éste no hubiera aceptado sin cuestionar la consabida dependencia de los sindicatos.[15]

[15] Esto último está sugerido en la evaluación que Adam Przeworski hace de la suerte de los partidos socialdemócratas en otras partes de Europa occidental – no discute el caso británico – en los últimos sesenta o

En la historia y en las ciencias sociales, sin embargo, son muchas las explicaciones que no giran alrededor de las conexiones causales entre estados de cosas más allá del control humano sino alrededor de los razonamientos prácticos que hacen los sujetos agentes. Los razonamientos de orden práctico no están predeterminados por naturaleza, y ciertamente no por la naturaleza humana, que siempre sub-determina. Y tampoco es cierto que, excepto en la manera como estas cosas son vistas por racionalismos a ultranza, o sociologías, o racionalismos sociológicos, los razonamientos prácticos estén totalmente predeterminados por reglas o por razones. Ellos son condicionales, subjuntivos hipotéticos, asuntos de juicio contrafáctico. Ellos giran en torno a las creencias que los sujetos agentes tienen de lo que es posible a la luz de sus inclinaciones y de las circunstancias. ("Los condicionales hipotéticos simples", como dice Stuart Hampshire, "son el punto de cruce entre el razonamiento teórico y el práctico").[16] Los miembros

---

setenta años (*Capitalism and Social Democracy*, Cambridge University Press, 1985). Przeworski añade varias otras condiciones para el buen éxito electoral de estos partidos bajo el capitalismo: que no haya sino un partido de izquierda (de manera que los comunistas no sobrepasen a los socialdemócratas), que no haya partidos que giren en torno a estrechos vínculos comunitarios o religiosos (de manera que los trabajadores católicos, por ejemplo, no se alejen), y que los líderes de la izquierda no prefieran la pureza ideológica al triunfo electoral. (Para la evaluación pesimista de Przeworski sobre las evaluaciones contrafácticas de consenso en política, ver capítulo 3, nota 1.) Las razones para la declinación del empleo industrial británico en los años cincuenta son discutidas por R. E. Rowthorn y John Wells, *De-Industrialisation and Foreign Trade*, Cambridge University Press, 1987.

del Partido Laborista situados a la izquierda en los años cincuenta eran conservadores en muchos aspectos; pero por muy difícil que les hubiera parecido, no hubiera sido literalmente imposible que ellos hubiesen cambiado de opinión a la luz de los hechos, de cómo presentaban esos hechos los revisionistas, de las discusiones habidas en la Internacional Socialista, y sobre todo, de los futuros intereses electorales del partido. De igual manera, en ese momento a mediados y a finales de los años cincuenta, cuando las relaciones entre el grupo parlamentario y los sindicatos eran buenas, cuando cada uno aceptó una división política del trabajo y en el cual ambos se unieron contra la izquierda bevanita y sus aliados de los

[16] Stuart Hampshire, *Innocence and Experience*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1989, p. 16. Por supuesto que se pueden formular razonamientos prácticos de una manera causalmente condicional, sugiriendo que tal y tal cosa llevará a los agentes a decidir esto o aquello "a menos que cambien de parecer": pero debido a que tal como menciono al final de este capitulo y lo digo nuevamente al final del capitulo 5, una caracteristica importante – constitutiva más bien – de los razonamientos prácticos es que son particulares, y no generales, y porque el razonamiento práctico según la distinción de Aristóteles es dialéctico y no demostrativo, prefiero no hacerlo. Un ejemplo vivido reciente de racionalismo sociológico es el libro de Martin Hollis, *The Cunning of Reason*, Cambridge University Press, 1987, p.ej. en pp. 91, 172. Hollis se propone eliminar la indeterminación y el incómodo individualismo de la teoría canónica de la elección racional (ver p.ej. Jon Elster, "Introduction", en ed., *Rational Choice*, Oxford: Blackwell, 1986, pp. 12–16, y más brevemente *Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Cambridge University Press, 1989, pp. 22–9) sugiriendo una persona kantiana conducida por razones externas que derivan de las reglas implícitas en su posición social. Para la distinción entre razones externas e internas, y el punto de vista que Hollis rechaza directamente, ver Bernard Williams, 'Internal and external reasons', en *Moral Luck: Philosophical Papers, 1973–1980*, Cambridge University Press, 1981, pp. 101–13.

partidos locales reunidos, ambos hubieran podido hacer algo más para reconsiderar sus relaciones constitucionales. Y algunas de las decisiones del Gabinete entre 1964 y 1970 entre 1974 y 1979, como algunos de sus miembros recuerdan con dolor, habrían podido ser distintas.

Una explicación, en resumidas cuentas, localiza algo en la realidad mostrando sus conexiones con otras cosas reales. Su buen éxito como respuesta a la pregunta "¿por qué?" girará en torno a la plausibilidad del razonamiento – el modelo, mecanismo, o lo que J. L. Mackie llamó el "procedimiento" ("running on") alcanzado inductivamente – que invocamos para establecer la conexión.[17] La plausibilidad de este razonamiento girará en torno al condicional contrafáctico que él mismo sugiere. Y si sucede que el contrafáctico no es en si mismo plausible, no le daríamos a la explicación la confianza que de otra manera podríamos darle. Incluso si queda por decidir lo que en cualquier instancia hubiera sido posible – y lo normal es que asi sea si la posibilidad que nuestra explicación sugiere va contra los hechos, y no puede ser probada con ulterior evidencia – de todas formas tendremos que admitir que una u otra cosa ha debido darse.

Pero las posibilidades causales, si son meramente posibles, no se actualizan. Antes de los hechos, las posibilidades prácticas están a lo sumo actualizadas en los pensamientos de alguien, o son algo que un agente o un conjunto de agentes podía haber

[17] Mackie, quien considera un "hecho firme" el que nosotros razonamos inductivamente (*Truth, Probability and Paradox: Studies in Philosophical Logic*, Oxford: Clarendon Press, 1972, p. 118), explica su idea de los "procedimientos" alcanzados inductivamente en *The Cement of the Universe: a Study of Causation*, Oxford: Clarendon Press, 1974, p. 51.

hecho o podría aún hacer; después de los hechos, están presentes en la celebración o en la pesadumbre. Las posibilidades no son componentes de algún mundo o de alguna mente sobre los que podamos converger cognitivamente bien nosotros mismos o bien otros agentes reales, o acerca de las cuales, en caso de que esto sucediera, se pudiera afirmar que son ciertas, y por lo tanto, que las conocemos. No existe nada de ellas, como dice Robert Nozick, que se pueda "rastrear".[18]

Esta situación no es en si descorazonadora excepto para aquellos que sólo quieren hablar de lo real, o que desean algún otro tipo de certeza. Todo lo contrario. Antes bien promete ese tipo de entendimiento que se logra, tal como lo describe Nozick, localizando algo real en un espacio de otros posibles, mostrando "las conexiones que tendría con otras cosas no actualizadas": el tipo de entendimiento que obtenemos cuando, por ejemplo, vemos

[18] Nozick hace una formulación subjuntiva del conocimiento diseñada para desafiar al escéptico, y es que "una persona sabe que *p* cuando no sólo lo cree verdaderamente, sino cuando también lo creería verdaderamente y no lo creería falsamente. El no sólo tiene una creencia actualmente, también la tiene subjuntivamente. Es cierto que p y él lo cree; si no fuera cierto, no lo creería, y si fuera cierto, él lo creería. Saber que p es ser alguien que lo creería si fuera verdad, y que no lo creería si fuera falso . . . Saber es tener una creencia que *rastrea* la verdad que p" (*Explanations*, p. 178). (Existe mucha discusión sobre cuál es la mejor manera de rastrear un determinado p y lo que ese procedimiento produce; pero esto no afecta el argumento más amplio). No es probable que un conocimiento de este tipo sea posible sobre el contenido psicológico del mundo (Bernard Williams, *Descartes: the Project of Pure Enquiry*, Harmondsworth: Penguin, 1978, pp. 292–302). Sugerir que sea posible para lo que Nozick llama "bestness" (la cualidad de ser lo mejor), para los hechos éticos, es estirar la credulidad, aunque Nozick mismo cree que es posible: *Explanations*, pp. 319 ss.

cuán posible, incluso probable, fue la evolución de otras cadenas de especies en algún punto distante del pasado, y nos damos cuenta de cuán improbable fue la nuestra; cuando percibimos, al considerar la prosperidad de Europa desde finales del siglo XV, que una Cristiandad reformada habria podido no serle esencial, ni el Islam desfavorable; cuando, viendo lo poderosa que hubiera sido una nación-estado confederada en un momento en que la extensión de la democracia y de los derechos de las clases bajas en general, aún en los Estados Unidos, se hallaba lejos de estar asegurada, entonces caemos en la cuenta de que nuestra noción de "progreso" estaba todo menos que asegurada; cuando consideramos el destino de la socialdemocracia en la Europa del norte y del oeste desde los años cincuenta, vemos con mayor claridad lo que no sucedió en Inglaterra y por qué; cuando reflexionamos sobre nuestras vidas, vemos de qué otras maneras habríamos podido vivirlas.[19]

[19] Nozick, *Explanations*, p. 12. Stephen J. Gould, *Wonderful Life; the Burgess Shale and the Nature of History*, Nueva York: Norton, 1989, pp. 306 ss., donde bosqueja siete posibles opciones para la evolución del mundo y partiendo de la evidencia de los fósiles canadienses, que de antemano analiza en el libro, sugiere que el octavo, el único que nos incluye, dependió de la muy improbable supervivencia de un phylum. La paradoja de la explicación se puede evitar proponiendo modelos cerrados, práctica frecuente en algunas de las ciencias sociales no experimentales. A estos modelos se los suele llamar teóricos, y aún cuando las explicaciones que sugieren a su vez sugieren otras opciones, el hecho de que estas explicaciones derivan de modelos cerrados permite la evaluación interna de las varias opciones. Las teorias de la población estable en demografia y del equilibrio general en economia son teorias de este estilo. (Amartya Sen explica que en este respecto, el

IV

Pero en la búsqueda de este tipo de comprensión ¿cuáles de las innumerables posibilidades debemos considerar? Y ¿cómo decidir entre las que hemos considerado? Una respuesta a la primera pregunta ha sido: las posibilidades que nuestras explicaciones sugieren; una respuesta a la segunda: aquellas que son verdaderas. La primera pareciera más aceptable que la segunda. Las explicaciones, tal como dije anteriormente, sugieren ciertas opciones. Pero también dije que no es nada fácil ver cómo se puede afirmar de estas opciones que son verdaderas o falsas si sus antecedentes van en contra de los hechos. Y, sin embargo, ambas respuestas han sido dadas, juntas, en una familia de argumentos formales. Ninguno de estos argumentos se sostiene, y aunque lo hicieran, no está claro

---

interés de la idea de Piero Sraffa de la producción de mercancias por mercancias reside en el hecho de que, al elaborar esa idea, Sraffa evitó esa dificultad: 'Economic methodology: heterogeneity and relevance', *Social Research* 56 (1989), 299–329 en 303, 304–6). El pensamiento de Przeworski de que en las condiciones sociales y políticas que rigieron en Europa desde 1920, y permaneciendo lo demás igual, los partidos politicos de la izquierda pierden las elecciones si se mantienen atados politica y financieramente a los sindicatos, es un ejemplo más modesto. Deliberadamente restringe el problema a uno de estrategia electoral, y da una decisión sobre la alternativa que sugiere. Siempre suponiendo que existe suficiente garantia para el modelo en primer lugar, esta estrategia analitica es, en sus propios términos, perfectamente razonable. E incluso para aquellos que esperan explicaciones más densas, a menudo ayuda mucho a limpiar el terreno. Pero no es la mía: ver capítulo 5, sección III, especialmente la nota 5.

de qué forma podrían incidir sobre la comprensión de la historia y de las ciencias sociales. Pero si se entiende por qué no inciden, se vería mejor lo que sí podría incidir.

Las teorías explican y las teorías están constituidas por conjuntos de enunciados de leyes: así comienzan aquellos argumentos. Por lo general, se piensa que las leyes son causales. También se piensa que ellas implican condicionales contrafácticos. Hume aclaró esto. Una causa, argumentó, "es un objeto seguido de otro . . . donde todos los objetos similares al primero son seguidos por objetos similares al segundo. O", inmediatamente resaltó, "donde si el primer objeto no hubiera sido, el segundo no hubiera existido". Pero esta sugerencia – además del hecho, en este caso accidental, de que descuida la posibilidad de otra causa para el segundo objeto – está lejos de ser evidente. En ella confunde regularidades con causas. En cada una de sus partes le da a "causa" un sentido diferente. Y en la segunda parte, pero no en la primera, insinúa la necesidad.[20]

Regularidades, leyes y causas son cosas distintas. Tan regular como puede ser la mayoría de las regularidades en las ciencias humanas es que los países donde a la gente le gusta bailar han contraído en los años ochenta deudas insoportablemente altas. Dado el gusto por la danza, el cual suponemos que precedió la adquisición de los préstamos, podemos esperar la deuda. Sin

[20] Hume, L. A. Selby-Bigge ed., *Enquiries*, Oxford University Press, 2da. edición, 1902, p. 76. Sobre la convicción de Hume (en contra de la caracterización que Lewis hace de él como "el gran contradictor de las conexiones necesarias") de que había verdaderas necesidades, "poderes" necesarios, en el mundo, y su esperanza de poder determinarlas a través de las "impresiones" que ejercen en nosotros, Strawson, *Secret Connections* and Mackie, *Cement*, pp. 10-14.

embargo, pocas personas creerían que existe una conexión causal entre los dos. En verdad, la mayoría consideraría la conexión como algo puramente accidental, si es que en algo la consideran. De igual manera, pocos verían algún sentido o interés en la afirmación de que si a los ciudadanos no les hubiera gustado tanto el baile, la deuda del país no sería tan difícil de pagar. Las regularidades accidentales sí sugieren condicionales contrafácticos, pero no pueden sostenerlos. Las regularidades no accidentales, en cambio, sí pueden. Esos países de ingresos "bajo" y "medio", como el Banco Mundial los considera, cuyas balanzas comerciales parecían muy prometedoras en la década del setenta, habían acumulado deudas aterradoras en la década del ochenta. Aquí, el condicional contrafáctico es más plausible. Si sus balanzas comerciales no hubieran parecido tan prometedoras, sus deudas no serían ahora tan prohibitivas. Y sin embargo, tan poca necesidad hay en éste como en el primer ejemplo. En Polonia, la balanza comercial nunca pareció promisoria y sin embargo el país recibió muchos préstamos y su deuda es hoy grande. En Corea del sur, donde la balanza comercial parecía muy promisoria, y fueron aceptados grandes préstamos, en 1990 la deuda había sido pagada casi por completo.

Y sin embargo está claro por qué el tema de la regularidad, la causa y la necesidad surgen juntos en los argumentos formales que estoy considerando en esta sección. Se piensa que la necesidad, no la mera posibilidad o el accidente, está implícita en la idea de causa. También se ha dicho que una causa, y ciertamente una necesidad, implica una regularidad (si no al revés). Y los tres temas convergen en la idea de ley. Las afirmaciones de una ley (que pueden referirse a muchas instancias concretas, o a una sola) son aseveraciones conectivas que son verdaderas, universales, ni

tautológicas ni accidentales, y que sustentan condicionales contrafácticos. "Una definición satisfactoria de ley científica", como dijo Nelson Goodman hace ya más de cuarenta años, "una teoría de los términos de confirmación o de disposición que sea satisfactoria (y esto no sólo incluye predicados que terminan en 'ble' sino prácticamente todo predicado objetivo, tal como 'es rojo'), resolvería en gran parte el problema de los condicionales contrafácticos"; "inversamente, una solución a los problemas de los condicionales contrafácticos daría respuesta a preguntas críticas sobre las leyes, la confirmación y el sentido de la potencialidad". Si tuviéramos una teoría sobre leyes que se sostenga, de manera que supiéramos cuándo proyectar, o una teoría sobre condicionales contrafácticos que se sostuviese independientemente, de manera que supiésemos cuándo afirmarlos, podríamos en verdad decidir si algo contrario-a-los-hechos puede insertarse en el mundo y lo que sucedería a partir de entonces.[21] Los argumentos formales intentan penetrar este círculo de dos maneras distintas.

El primero enfrenta el asunto directamente.[22] Pero se ha topado repetidamente con dos dificultades. La primera, que podría

[21] Nelson Goodman, *Fact, Fiction and Forecast*, Cambridge MA: Harvard University Press, 4ta edición, 1983, p. 3, ensayo escrito por vez primera en 1946. Ha habido discrepancias sobre la diferencia entre la proyección de predicados simples, en los muy discutidos ejemplos "verde" y "verul" (verde y/o azul) y la proyección de leyes: la respuesta de Goodman al primer problema es que nosotros proyectamos y seguimos usando aquellos predicados que están "inmersos" en nuestra práctica, pero con el ejemplo "todas las esmerosas son verojas", Donald Davidson arguyó que esto no es válido para las leyes ("Emeroses by other names", *Journal of Philosophy* 63 (1966), pp. 778-80).

[22] En lo que sigue me baso sobre todo en Putnam, *Many Faces of Realism*, y Bas C. van Fraassen, *Laws and Symmetry*, Oxford: Clarendon Press, 1989.

denominarse el problema de la inferencia, surge de la afirmación "si es una ley de la naturaleza que A, entonces A". La inferencia en esta afirmación no recae en ninguna A, sino en una ley *de la naturaleza* que A. Quienes afirman esto deben ser capaces de mostrar cómo infieren que la necesidad existe en el mundo. Por supuesto que ellos pueden decir simplemente que la necesidad misma implica actualidad. Pero con ello introducen la segunda dificultad. Este problema, el de la identificación, consiste en poder mostrar qué tipo de hecho sobre el mundo es el que da a la "ley", en tanto algo distinto de una regularidad accidental, su sentido específico. La respuesta podría ser, "el hecho de la necesidad". Pero esto reformula el problema de la inferencia.

La segunda entrada al circulo está diseñada para evitar este dilema, y es más indirecta. Wilfrid Sellars la sugirió en 1948, dos años después del ensayo de Goodman, y desde entonces ha sido desarrollada por David Lewis y varios otros.[23] Este intento se acerca a la ley a través de la necesidad, y no *vice versa*, y lo hace adaptando la historia de Leibniz sobre los mundos posibles. Comienza con

---

La posición de van Fraassen es mucho más refinada de lo que aqui se sugiere. Pero como luego argumento que la relación entre leyes y explicación es más suelta de lo que muchos han supuesto, si es que existe en absoluto (éste es el punto principal de van Fraassen), y puesto que hay pocas leyes o ninguna en la historia y en las ciencias sociales, los refinamientos no vienen al caso. El punto de vista que Putnam y van Fraassen rechazan lo defiende D. M. Armstrong, *What is a Law of Nature?*, Cambridge University Press, 1983.

[23] Por interés histórico, Sellars, "Concepts as involving laws and inconceivable without them", *Philosophy of Science* 15 (1948), pp. 287-315. también Bas C. van Fraassen, "Report on conditionals", *Teorema* 5 (1976), pp. 5-25. Robert Pargetter, "Laws and modal realism", *Philosphical Studies* 46 (1984) pp. 335-47. David Lewis, *Counterfactuals*, Oxford: Blackwell, 1973;

la idea de que los antiguos enunciados modales, "es posible que A" y "es posible que no-A", pueden ser traducidos en forma esclarecedora al lenguaje de los mundos posibles y por ende serles asignadas sus condiciones de verdad. "Es posible que A" es verdad si y sólo si "hay mundos posibles en los cuales se da A". Esto se convierte entonces en el argumento de que si hay una proposición A tal que "es posible que A" y "es posible que no-A", entonces hay al menos dos mundos posibles, y por lo tanto al menos otro mundo distinto de éste. Lewis amplió este argumento para referirse a las leyes. El sugiere que existen innumerables teorías verdaderas, con lo que quiere decir que son grupos de oraciones verdaderas cerrados deductivamente. Pero algunas teorías son más simples que otras, y otras son más fuertes o más informativas. Las leyes son esas oraciones que describen regularidades comunes a esas teorías verdaderas con la mejor combinación de simplicidad y fuerza. Las leyes, no obstante, no solamente deben ser verdaderas. También tienen que ser necesarias. Lewis pretende que "es necesario que A" es verdad en un mundo si y sólo si A es verdad en cualquier otro mundo posible en relación a ese mundo. Cuando ve que debe referirse al problema de la inferencia y definir "necesario", lo hace estipulando la necesidad física. "Es necesario que A" se vuelve entonces "es físicamente necesario que A", y esto es verdad en un mundo si y sólo si A es verdad en cualquier otro mundo que es físicamente posible en relación a ese mundo. De igual manera," es físicamente necesario que A sea verdad en un mundo si y sólo si A está implicada en las leyes de ese mundo".

Papers 2, 122-6; "New work for a theory of universals", *Australasian Journal of Philosophy* 61 (1983), 343-77. Van Fraassen, *Laws and Symmetry*, pp. 65-93 y otras referencias allí.

Con esto se puede resolver el problema de la inferencia. Pero queda el problema de la identificación. Este aparece en el criterio de simplicidad, al hacer la pregunta: ¿simplicidad en qué lenguaje? El lenguaje más simple de hoy en día puede ser traducido mañana a otro aún más simple. (Lo cual sucede en las ciencias naturales). Esta dificultad se elimina aparentemente diciendo que preferiremos aquellas teorías que son más simples no en uno sino en cualquier lenguaje. Estas teorías, no obstante, pueden resultar demasiadas, y no tener sino tautologías en común. Lewis, por lo tanto, introduce una condición ulterior, y es que deberíamos preferir el lenguaje que destaca las distinciones reales o "naturales". Esto es ya de por sí difícil en las ciencias naturales. En el ejemplo de política económica que mencioné anteriormente, resulta completamente inútil. ¿Es mejor el lenguaje que selecciona aquellos países en los cuales las materias primas ocupan un lugar prominente en sus exportaciones? ¿O el que selecciona aquellos en los cuales se baila mucho, o aquellos hacia los cuales las reinitas nórdicas emigran en el invierno, o cuyos nombres han sido cambiados desde el siglo XVIII? Además, al hablar de otros mundos en los cuales las leyes son verdaderas, Lewis se ve presionado a decir que estos otros mundos son reales. Porque él cree que es lo particular de los mundos, tanto lo particular del mundo actual como los particulares de todos los otros posibles, lo que subsiste.

En estos dos aspectos, la moción de Lewis, aunque económica, se paga a un alto precio. No sólo exige un lenguaje canónico, es decir, correcto, el cual, como diría Quine, "ilustra" el mundo tal cual es, independientemente de quien haga la ilustración, y que por lo tanto no depende de vaguedades de circunstancia, cultura, psicologia o interés. También nos pide que creamos en la existencia de otros mundos independientes del nuestro, mundos

que aunque no tienen una relación causal con el nuestro – de manera que no podemos llegar a ellos mediante ondas de radio provenientes de las cimas montañosas de las Islas Hawai o gracias a una máquina de simultaneidad aún por inventar – son, no obstante, perspicuos. (Lewis no es el único que cree en esos mundos. Según reporta Nozick, la afirmación en el Talmud de que "Dios monta su veloz querubin y vaga por dieciocho mil mundos" es normalmente interpretada por los estudiosos del Talmud como queriendo decir dieciocho mil mundos distintos, desconectados unos de otros en el tiempo y en el espacio). Lo cual ya es bien difícil.[24]

Y puesto que las leyes que valen para el mundo actual pueden no ser valederas en otros, tenemos la libertad de creer que existe

[24] Lewis, *Counterfactuals*, p. 85; un resumen ulterior en "Counterfactuals and comparative possibility", en *Papers* 2, 3-31. Lewis confundió la expectativa de Arnauld en una carta a Leibniz (13 de mayo 1686): "O mucho me equivoco o no hay nadie que se atreva a concebir una sustancia posible pura, pues estoy convencido en mi mente de que aunque uno habla mucho de estas sustancias puramente posibles, nunca las concibe uno sino según la noción de aquellas que Dios ha creado (en el único mundo)." Lewis admite que cuando él propuso sus otros mundos, no encontró sino "miradas incrédulas". Kripke rechazó la implicación de que eran como paises extranjeros o cosas que podian detectarse con una especie de telescopio a lo Julio Verne. A Powers, la mera idea de estos mundos, distribuidos quizás como uvas pasas en un postre, le resultaba cómica. Putnam la declaró "chiflada". Quine descartó puntillosamente esos mundos como algo "desordenado", "criaturas de la oscuridad" acampando ociosamente en el pórtico del mundo real. (Saul Kripke, "Naming and necessity", en Donald Davidson, Gilbert Harman eds., *Semantics of Natural Language*, Dordrecht: Riedel, 1972, p. 271 (publicado nuevamente como *Naming and Necessity*, Oxford: Blackwell, 1980); los "Comments" de Lawrence Powers, sobre las "Propositions" de Robert Stalnaker, en Alfred M. Mackay, Daniel D. Merrill eds., *Issues in the*

al menos un mundo posible en el cual cualquier cosa es verdadera. Existe al menos un mundo (más allá de los dieciocho mil contemplados en el Talmud) en el cual los moros derrotaron a los Reyes Católicos, Trotsky ganó, los seres humanos son marsupiales y los cerdos tienen alas. Mas debido a la abolición de la identidad entre mundos, se nos impide hacer ninguna afirmación contrafáctica sobre los hechos particulares del mundo real. Boabdil, Trotsky, los seres humanos con bolsas en el cuerpo y los cerdos de todos los otros mundos son la mera contrapartida de sí mismos en éste. Al permitírsenos hablar de uno o varios en una multiplicidad de mundos, se nos está permitiendo decir demasiado sobre lo que

---

Philosophy of Language, New Haven: Yale University Press, 1976, p. 95; W. V. O. Quine, 'On what there is', en *From a Logical Point of View*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1953, p. 4; Mackie, *Truth, Probability and Paradox*, p. 84). Lewis recolectó éstas y otras críticas y les dio respuesta en *On the Plurality of Worlds*, Oxford: Blackwell, 1986, pasándole a sus críticos la responsabilidad de encontrar una formulación más económica para sus intuiciones modales. Un argumento afín versa no sobre la posibilidad de otros mundos sino sobre diferentes combinaciones de posibilidades en éste: D. M. Armstrong, *A Combinatorial Theory of Possibility*, Cambridge University Press, 1989. Stalnaker defiende el carácter de noción primitiva de los mundos posibles sugiriendo que un mundo práctico o causalmente posible es "a lo que la verdad se refiere, lo que la gente distingue en sus actividades racionales"; que "creer en mundos posibles es creer solamente que esas actividades tienen un cierta estructura, la estructura que la teoría de los mundos posibles ayuda a destacar" (*Inquiry*, Cambridge MA: MIT Press, 1984, p. 57). Mackie asumió un punto de vista semejante: la gente puede considerar distintas posibilidades; pero las posibilidades existen solamente en el contexto de esa consideración (*Truth, Probability and Paradox*, p. 92). También van Fraassen, *Laws and Symmetry*, p. 93. Sobre el Talmud, Nozick, *Explanations*, p. 670, n10.

no existe; pero obligados a no hablar sino del mundo real sólo podemos decir cómo es lo que existe. Por otra parte, se le hacen demasiadas exigencias a nuestras capacidades mentales. (Para cada proposición, Lewis quiere decirnos, existe al menos un mundo. Pero si dice igualmente que no hay suficientes oraciones en un lenguaje ordinario para expresar todas las proposiciones que hay, también sucede que las otras mentes contienen demasiados pocos mundos como para que todas las proposiciones contrafácticas que hay sean respaldadas).

Decir que no existen otros mundos reales semejantes al nuestro es pisar sobre seguro. Pero incluso si existieran, y fijaran nuestras afirmaciones modales de la manera en que Lewis sugiere, no nos ayudarian a decidir qué es lo que queremos decidir, qué son aseveraciones contrafácticas para este mundo. No podemos pasar de largo las actividades del único mundo que nos interesa señalando hacia otros, donde las actividades pueden o no ser distintas, o transformando a los agentes de este mundo en sus contrapartidas de otro lugar, y hacerlos razonar y actuar allí como queramos. Si lo hacemos, estamos esquivando el problema mismo. En definitiva, la dificultad en cada uno de los intentos de penetrar el círculo, el de Goodman, el primero y más directo, y el de Lewis, sirve para mostrarnos que el intento mismo puede estar equivocado. Si decimos que nuestras explicaciones dependen de las leyes, nos vemos forzados a admitir que ellas dependen de proposiciones de necesidad cuya inferencia es en sí misma difícil de especificar y cuya identificación (habiendo prescindido de los mundos posibles) con el hecho necesario en el único mundo que existe, incluyendo la necesidad causal, sigue siendo tan oscura como lo fue para Hume. Mejor seria olvidarse por completo de las leyes.

No se trata de una gran pérdida. Por el contrario. Esa nueva libertad nos permite concentrar esfuerzos en la explicación. Una explicación, como ya dije, es una respuesta a la pregunta "¿por qué?". Narra una historia dirigida por contraste a lo que queremos explicar. Logra su cometido, cuando lo hace, dando descripciones que en la convención de cómo narrar esa historia a ese tipo de audiencia, son relevantes *en tanto* explicaciones. Si las leyes, sean lo que éstas sean, existen, y si una explicación bien lograda las invoca, ello será a lo sumo algo accidental. (Aseveraciones que son simples, fuertes y verdaderas pueden no ser lo suficientemente informativas como para una explicación. Incluso si lo son, pueden no contener – si se refieren únicamente a lo que es físicamente posible desde luego que no – el tipo de información que, en la historia o en las ciencias sociales, necesitamos para explicar). Y si lo que ofrecemos como descripciones para la explicación viene moldeado en términos de "causas", no lo hacemos creyendo haber identificado algún poder – y mucho menos algún poder necesario – que funciona en el mundo, sino simplemente porque "causa" (y "razón", y otros términos por el estilo) sirven para decir que es una *explicación* lo que estamos ofreciendo.[25]

Las explicaciones no son algo fijo. No existe nada en el mundo

[25] Esto puede parecer excesivamente agnóstico. Pero incluso la inspección más casual de los argumentos menos metafísicos acerca de la causalidad sugiere que "causa" es una noción irremediablemente metafísica. Para aquellos que conocen la historia del argumento esto les debe parecer una reformulación del argumento de Duhem en el cual "causa" es metafísica, la ciencia no debe tener nada que ver con la metafísica, y el lenguaje causal es ajeno a las ciencias. Pero uno no necesita ser un

que nos diga lo que son. Y no existe siempre un buen argumento externo para imponer unas de cierto tipo, las que vienen en términos de teorías, por ejemplo, o de leyes, o de causas, o las que aparecen como explicativas en la historia y en las ciencias sociales, en forma de razones, y tampoco lo hay para descartar otras. Nosotros nos proponemos explicar los hechos y presentamos la información que nos sirve para hacerlo. Lo que esa información es, y en qué molde se presenta, depende de lo que se pregunta. Las explicaciones, podríamos decir, *en tanto* explicaciones, dependen del contexto. Si esto es así, y añadimos la suposición de que el mundo es contingente, o al menos, no conocidamente necesario, y la creencia también (cuyas implicaciones mencionaré en la sección VII de este capítulo y elaboraré en el resto del libro) de que el mundo humano se construye en parte por razonamientos prácticos de agentes particulares, entonces en la medida en que cualquier explicación en la historia y en las ciencias sociales aumenta las posibilidades conforme las reduce, sólo podemos considerar las posibilidades sugeridas en la explicaciones, y por lo tanto, mejorar

empirista excesivamente escéptico, o estar interesado en las ciencias, para captar la idea. Mackie no era un metafísico, y sin embargo cuando adopta su posición de que "una secuencia causal simple ejemplifica una pura ley de trabajo" que él admite puede ser observada, una ley "que es . . . una forma de persistencia parcial", que es "idéntica a algún proceso que posee continuidad cualitativa o estructural, e incorpora la inamovibilidad de las relaciones que constituye la dirección de la causalidad", ciertamente parece asumir que el mundo funciona de cierta manera y no de otra (*Cement*, pp. 229-30). Para un argumento atractivamente agnóstico impulsado por el deseo de salvar a la física a la par que a los "fenómenos", ver van Fraassen, *Scientific Image*, pp. 112-57.

nuestra comprensión considerando casos particulares. Tenemos que discutir ejemplos.

V

Yo tomo tres. El primero es el curso de la peste bubónica en Europa desde el siglo XIV hasta el siglo XVIII y de la fertilidad conyugal en las zonas rurales de Francia e Inglaterra aproximadamente cien años antes de la Revolución Francesa; el segundo, la política divisoria de la península coreana en 1945; el tercero, la pintura que Duccio llevó a cabo en Florencia y Siena a finales del siglo XIII y comienzos del XIV.

Cada uno se refiere a algo distinto. El ejemplo de los acontecimientos biológicos en la Europa moderna muestra que el escoger las opciones sugeridas por la mejor explicación disponible de lo que algunos han visto como hechos "estructurales" puede indicar que esos hechos no son tan estructurales después de todo. La política de Estados Unidos en Corea del sur entre 1945 y 1950 enseña por contraste, que escogiendo las opciones sugeridas por la mejor explicación disponible sobre una serie de decisiones prácticas puede mostrarse que seguir cursos de acción alternativa no es tan fácil como parece. El mirar la pintura de Duccio en comparación con la de sus contemporáneos, especialmente Cimabue y Giotto, famosos "precursores" del Renacimiento, muestra que seguir el hilo de las posibilidades sugeridas en una explicación puede conducir a que uno revise la descripción inicial de lo que debe ser explicado y por lo tanto, la pregunta misma. Juntos, los ejemplos también se refieren a un tema más general. La creencia de que el mundo es de una sola pieza, un "sistema", como a veces

se dice, o una "estructura", creencia que a menudo es motivada por el poco conocimiento que se tiene de sus interconexiones;[26] la creencia de que las decisiones están predeterminadas o son el efecto de una conspiración, la primera debido a una convicción residual de que la providencia está presente en los eventos, y la otra, de que existe una anti-providencia; y la creencia en un telos, por ejemplo, que los hechos ineluctablemente tendieron hacia un Renacimiento en la pintura; cada una de ellas son creencias que, con mayor o menor ingenio, han cerrado el camino a las explicaciones propuestas en uno u otro de los casos que tomo.

Ninguno de los ejemplos es trivial. En verdad, los condicionales contrafácticos sugieren el interés que cada uno de ellos tiene. Si la peste no hubiera exterminado una proporción tan grande de la población en Europa occidental después de la mitad del siglo catorce, la consiguiente mobilidad social habría podido ser menos considerable y los adelantos posteriores en materia de inversión y técnicas agrícolas hubiesen podido no ser tan grandes. De manera que dos de las causas probables del crecimiento económico posterior de Europa hubiesen podido faltar. Si la fertilidad rural en Francia a finales del siglo XVII y durante el siglo XVIII no hubiera sido tan alta, las condiciones de vida allí no hubieran sido tan bajas. Y así, uno de los incentivos para el cambio político alrededor de 1780 habría podido ser más débil. De no haber ocupado los Estados Unidos el sur de Corea, no

[26] Según la imagen de Turgenev, motivada por la esperanza de que agarrarle la cola a la verdad es agarrar (o al menos sacudir) el animal entero, no dándose cuenta de que la verdad es una lagartija, y deja la cola atrás.

habría habido guerra en la península en 1950, los Estados Unidos no hubieran tenido tan buena excusa para rearmarse en contra de la Unión Soviética y China, y el precio de las mercancías en los mercados mundiales hubiera podido no subir tanto ni tan rápido. Si Cimabue y Giotto hubieran sido más conservadores, el impulso hacia un mayor realismo ha podido no llevarse a cabo, al menos no en la pintura cristiana.

VI

Para usar el término que Fernand Braudel hizo famoso, tanto la pintura de Duccio en Siena y la política de los super poderes en Corea, como el fracaso del Partido Laborista inglés a finales de las décadas del setenta y ochenta, son ejemplos de lo *événementielle*. Fueron lo que Braudel y otros historiadores de los *Annales* después de él consideraron como instancias del tipo más pasajero: "fluctuaciones breves, rápidas, nerviosas, ultra-sensibles por definición", eventos de un tipo que son "a menudo explosiones momentáneas, manifestaciones superficiales". Han podido ser manifestaciones de "movimientos más amplios", pero aún entonces, fueron a lo sumo *conjonctures*, casos de lo que Braudel ocasionalmente llamó *moyenne durée*. Ciertamente contrastaban con la *longue durée*, con lo "permanente" o lo "lento", con esos tipos de fenómeno que, según el decir algo temerario de Braudel, incluso "resisten la marcha del tiempo". A principios de la Europa moderna, éstos se hallaban ejemplificados en lo que él llamó "el viejo régimen biológico", "una colección de restricciones, obstáculos, estructuras, proporciones y relaciones numéricas" la cual hasta el siglo XVIII había sido "la norma": las restricciones que según Braudel situaban "los límites

inflexibles entre lo posible y lo imposible" y limitaban "la libertad de los hombres y el papel del azar mismo".[27]

Braudel nunca tuvo una concepción estable de la conexión existente entre sus distintas *durées*. Y confundió el asunto aún más al no distinguir a menudo entre tipos de tiempo y tipos de acontecimientos. No obstante, en lo que Susan James sutilmente describe como el "holismo concesivo" de la escuela de los *Annales*, holístico en su intención de capturar el todo, permisivo en su

[27] Braudel, citado en James, *Content*, pp. 160-1; Miriam Kochan trad., *Capitalism and Material Life, 1400-1800*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1973, pp. 37, xiv; Sian Reynolds trad., *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, Londres: Collins, 1972, II, p. 520. También su "Histoire et sciences sociales: la longue durée", *Annales ESC* 13 (1958), 725-53, y para una caracterización más reciente, Sian Reynolds trad., *Civilisation and Capitalism, 15th to 18th Century: the Perspective of the World*, Londres: Collins, 1984, pp. 17, 71, *passim*. Aún más fuertes, y más resistentes a "la marcha del tiempo", en su duración de más de un milenio, son ese tipo de instancias supuestamente "estructurales", campos semánticos que son también campos de pensamiento; campos que son sistemáticos en la interdependencia interna de sus partes constituyentes, aunque cualquier instancia de ellos es "tan sólo una posible combinación entre otras". Estas son las estructuras del tipo de estructuralismo de Lévi-Strauss, "règles conscientes and préméditées" como él las llamó, que constituyen y por tanto constriñen lo que se piensa. Tales estructuras, materiales para Braudel, mentales para Lévi-Strauss, son tan duraderas en la concepción de estos dos hombres que a duras penas son instancias históricas; pero si al igual que Lévi-Strauss no las contrastamos de hecho con acontecimientos en el tiempo (aunque sólo sea por efecto retórico), y si creemos en ellas totalmente, pueden verse (como Braudel mismo las vió) como elementos en la *trés longue durée* (Claude Lévi-Strauss, Rodney Needham trad., *Totemism*, Londres: Merlin, 1964, pp. 16, 91 y *passim*; *La Pensée Sauvage*, Paris: Plon, 1962, p. 333; Edmund Leach, *Culture and Communication: the Logic by which Symbols are*

resistencia a explicar cada cosa (como los más extremos estructuralistas han querido hacer) en relación a todas las otras cosas en el sistema, había al menos una sugerencia de teoría. Las características de la *longue durée* son fijas e inalterables; las *conjonctures* pueden tomarse en ambos sentidos; y los eventos de lo *événementielle* se explican como respuestas más o menos racionales a los otros dos. Las exigencias de la *longue durée* son objetos de la razón teórica, los acontecimientos de lo *événementielle* son el resultado de una razón práctica más o menos racional, y las *conjonctures* quedan a medio camino entre los dos. Pero si esto es así, está claro que la distinción no es realmente una distinción teórica, una distinción entre tipos de estados de cosas o sucesos, entre diferentes tipos de cosas en el mundo, sino una distinción en la práctica, entre esos estados de cosas que han podido ser alterados por agentes y aquellos que supuestamente no han podido serlo.[28]

Según esta lectura, el curso de la peste en la Europa medieval tardía o a principios de la Europa moderna y los niveles de fertilidad

---

Connected, Cambridge University Press, 1976, pp. 3-7, y los comentarios de Braudel sobre las *trop longues durées* de las estructuras de Lévi-Strauss en Sarah Matthews trad., *On History*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1980, p. 75). Sobre las exageraciones y errores que pueden resultar por seguir demasiado de cerca a Lévi-Strauss en este respecto, G. E. R. Lloyd, *Demystifying Mentalities*, Cambridge University Press, 1990.

28 Algunos juicios de Braudel han sido recogidos por J. H. Hexter, "Fernand Braudel and the *Monde Braudellien*", *Journal of Modern History* 44 (1972), 531-3, quien por su cuenta ofrece una exposición y una evaluación brillantes. También James, *Content*, 167-9. El origen de *Annales* y lo que había tras la fachada está explicado en el esclarecedor libro de Carole Fink, *Marc Bloch: a Life in History*, Cambridge University Press, 1989, especialmente pp. 128 ss. y el "Personal testimony" de Braudel en *Journal of Modern History* 44 (1972), 448-67. La "escuela" de los *Annales* después de

marital en las áreas rurales inglesa y francesa en el siglo XVII y en casi todo el XVIII son ambos aspectos de la *longue durée*, de estados de cosas para los cuales otras opciones tanto causales como prácticas parecieran muy remotas. Da la impresión de que nada hubiera podido hacerse contra la incidencia y los efectos de la peste hasta el aislamiento del bacilo en 1890. Contra la incidencia y los efectos de una fertilidad alta, el único recurso efectivo antes del siglo XX hubiero sido no casarse, o casarse tarde, o reprimir y desviar la propia sexualidad. Las generalizaciones o las teorías son sólidas en cada caso; las condiciones son ajustadas; las interconexiones de ambas son complejas y parecieran apuntar hacia un resultado. La "estructura", tal como lo dicen los historiadores de los *Annales*, fue establecida hace mucho tiempo. Me gustaría sugerir no obstante que respecto a ciertas cosas, tanto para la mortalidad debido a la peste como para la fertilidad en la Francia rural en los siglos XVII y XVIII, no lo fue. Conforme uno sigue el hilo de los informes de los historiadores demógrafos, surgen otras posibilidades más inmediatas. Y resulta que al menos algunas de éstas dependen

---

Braudel fue menos distintiva, ciertamente menos comprometida con el tipo particular de estructuralismo de Braudel (sobre lo que éste era, Stuart Clark, "The *Annales* historians", en Quentin Skinner ed., *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, Cambridge University Press, 1984, pp. 179-96). Existe un recuento interesante de la escuela hecho por François Furet, un miembro cada vez más disidente de la tercera generación, en "Beyond the *Annales*", *Journal of Modern History* 55 (1983), 389-94. Furet menciona la importancia que el Partido Comunista tuvo para esa generación; el tema político tras su distanciamiento de las presuposiciones de los primeros historiadores de los *Annales* en éste y otros aspectos es bien tratado en Sunil Khilnani, *Arguing Revolution: The Intellectual Left in Postwar France*, New Haven and London, Yale University Press, 1993.

de decisiones contingentes. Lo *événementielle* de Braudel tenía un impacto discernible en la *longue durée*; de ciertas maneras, hasta cierto punto, en ciertos momentos, ha podido tener más. Es ésta una conclusión que arroja dudas sobre la distinción que los sociólogos y otros, a menudo burdamente, han hecho entre "estructura" y "agente"; por lo menos arroja dudas sobre las maneras en que esta distinción ha sido trazada frecuentemente.

El ejemplo de la división de Corea, por contraste, corresponde más de cerca al tipo de caso – el resfriado de Trotsky, la voluntad de Churchill, la capacidad de Boabdil – que los historiadores normalmente tienen en mente cuando hablan de posibilidades. Es, como ya dije, una instancia ejemplar de lo *événementielle*. Este caso consiste en las decisiones que Estados Unidos tomó entre 1943 y agosto de 1945 sobre su política de posguerra en relación a Corea, y de las políticas que llevó a cabo una vez que hubo ocupado allí el área al sur del paralelo treinta y ocho para afrontar la derrota japonesa. Los historiadores han asumido posiciones muy diversas respecto a esos movimientos. Algunos arguyen que la apresurada decisión de Estados Unidos de ocupar el sur de Corea en 1945, y las líneas de acción que implementaron una vez allí, habían sido preestablecidas. Que eran consistentes con y provenían de una política fijada de antemano para el mundo de posguerra. Estos historiadores sólo discrepan respecto al contenido mismo de la política. Otros, sin embargo, dudan que Estados Unidos tuviera ninguna intención preconcebida, y tienden a ver lo que siguió como una serie de (a menudo desafortunadas) improvisaciones. Existe una considerable diferencia de opinión sobre lo que hubiera sido posible; y aún así es factible ver a un mismo historiador llegando a conclusiones contrarias en el mismo trabajo. Ninguno ha presionado las implicaciones de su explicación hasta las últimas

consecuencias. Como resultado se obtienen interpretaciones que son o muy extremas o confusas.

Las habilidades de un agente politico, aún cuando requieran algo de imaginación, e incluso si el agente en cuestión tiene primacía entre los poderes, como la tenia Estados Unidos después de 1945, son habilidades que deben desplegarse en un campo de fuerzas parcialmente establecido por otros. (Después de todo,"la política", en la excelente caracterización de John Dunn, "es una exigente y necesariamente pesada habilidad práctica para improvisar, desplegada en condiciones de permanente competencia y sobre la base de una información muy limitada").[29] La creación artística, por el contrario, pareciera ser un campo de libre invención. O al menos, ésa es la opinión que nos llega de los florentinos de principios del siglo XIV a través de la influyente *Vidas* de Vasari hasta los románticos del siglo XIX y algunos historiadores modernos. De hecho, el cuadro de la explicación es más complicado, y también más confuso. El fijar la atención en la pintura de Duccio a finales del Duecento y principios del Trecento nos sugiere, de una forma que los dos ejemplos anteriores no lo hacen, cómo el considerar cuán diferentes han podido ser las cosas nos conduce a ver cuán distintas esas cosas fueron realmente.

En realidad hay tres opiniones. La primera es que los artistas son artistas y por tanto crean. "Cimabue creia tener las riendas en el campo de la pintura", anota Dante en la sección inicial de la *Divina Comedia*, al tiempo que Duccio estaba pintando su pieza para el altar de la catedral de Siena; "y ahora Giotto tiene

29 "Conclusion", en Donal B. Cruise O'Brien, John Dunn y Richard Rathbone eds., *Contemporary West African States*, Cambridge University Press, 1989, pp. 190-1.

el último grito".[30] La segunda es que la creación artística se mueve hacia un fin que los artistas mismos desconocen. Vasari y muchos seguidores suyos, contemplando retrospectivamente lo que Miguel Angel había logrado hacer en el techo de la Capilla Sixtina, se han inclinado a sugerir que los pintores de finales del Duecento y principios del Trecento o bien captaron lo que Berenson llamó "el verdadero núcleo" del realismo o no lo hicieron, y basta.[31] Los pintores eran libres porque eran artistas; en tanto artistas habrían captado ese núcleo y por ser libres, y por ser artistas, habrían debido seguirlo. Tercera, ésta la más distinta y más mecánica de las opiniones, familiar en el trabajo de muchos historiadores modernos, es que los artistas hacen lo que hacen bajo la influencia de otros.

Las tres opiniones no se sienten tranquilas juntas. Conforme seguimos el hilo en las explicaciones existentes sobre qué era lo que los pintores en Italia central a finales del siglo XIII y a principios del XIV estaban haciendo o no, el rompecabezas se vuelve más agudo, y las explicaciones menos ciertas. Si Cimabue y Giotto, como lo mantiene la segunda opinión, realizaron el realismo, ¿por qué no lo hizo Duccio? ¿Sería, como implica la primera opinión, porque no fue capaz? ¿O sería, como sugiere la tercera, que los "adelantos" estaban llevándose a cabo en Florencia mientras que él trabajaba en Siena, bajo la influencia de pintores sieneses anteriores? ¿O sería acaso que Duccio realizó el "verdadero núcleo" de otra manera? ¿O sería que él realizó algo distinto, algo que la luz deslumbrante de Florencia y la teleología subsiguiente han obscurecido desde

[30] Canto XI, 94-5.

[31] Bernard Berenson, *The Italian Painters of the Renaissance*, Londres: Fontana, 1960, p. 121.

entonces? ¿En verdad, qué es exactamente lo que él hizo o dejó de hacer y por qué? Darle respuesta a estas preguntas es comenzar a ver lo que él ha podido haber hecho. Y ver eso es ver lo que él hizo en una forma más compleja; verlo más, creo, cómo fue en verdad, cómo él pretendió que fuese.

VII

Utilizo estos ejemplos para explorar la paradoja de que mientras más satisfactorias parecen ser las respuestas a una pregunta que pide una explicación, más provisionales son también. Una narrativa convincente sugiere opciones a la par que las reduce. Y no existe un método general para evaluarlas. Lo cual no significa que no se pueda decir algo en términos generales sobre lo que las hace más o menos plausibles. Vuelvo sobre ello en el capítulo final. Allí indico igualmente qué es lo que se deduce respecto a la relación entre conocimiento y comprensión, y respecto al papel del razonamiento teórico en la historia y las ciencias sociales. Pero la dirección hacia la que voy apuntando quizás ya está clara.

En este tipo de investigación, las posibilidades sugeridas por las respuestas a las preguntas sobre explicaciones son de dos tipos. Uno es el de esos sucesos y estados de cosas que en nuestra opinión son, o se vuelven, independientes del factor humano, y que se ajustan por esa razón a lo que nosotros llamamos una explicación causal. El otro es el de aquellos sucesos que dependen del factor humano. Los del primer tipo, si es que caen fácilmente bajo el de descripciones generales, y si las descripciones generales nos sirven para nuestro propósito (más cierto, probablemente, cuando se trata de mortalidad y fertilidad que no de política y pintura),

se pliegan también a lo que nosotros llamamos reformulación teórica. En la práctica, por supuesto, habrá dificultades. De hecho, varias generalizaciones en forma de ley o de procesos conocidos inductivamente funcionarán bajo condiciones cuya naturaleza, número, incidencia e importancia no es fácil de especificar normalmente. (De hecho, a menudo será imposible separar la causa de la condición). Y dejando las dificultades más formales de lado, es siempre azaroso usar teorías semejantes para proyectar (ya sea a partir de antecedentes reales, ya sea de antecedentes contrafácticos).[32]

Las teorías son aún menos apropiadas para decidir acerca del otro tipo de posibilidad que las respuestas en forma de

[32] Jon Elster llegó a argüir que "para el historiador activo . . . el punto crucial es que . . . las aseveraciones contrafácticas deben explicarse en términos de alguna teoría *efectiva, concreta* . . . que el orador debe producir para respaldar su aseveración en el caso de que se le cuestione" (*Logic and Society: contradictions and possible worlds*, Chichester: Wiley, 1978, p. 182). Brian Barry estuvo de acuerdo en que la intención de los condicionales contrafácticos es comprobar nuestras teorías, y que "todo condicional contrafáctico es (en sí mismo) una criatura de la teoría", pero arguyó que si esto es lo único para lo que sirven, entonces Elster no necesitaba insistir en que fuésemos capaces de insertar sus antecedentes contra-los-hechos en algún punto del mundo real ("Superfox" [reseña de Elster, *Logic and Society*], *Political Studies* 28 (1980), 136-43 en p. 142). Regreso a este argumento de Elster al final del próximo capítulo, y a una más amplia interrogante sobre la teoría en el último. Pero el argumento, aunque digno de ser considerado, no es uno que el mismo Elster quisiera sostener hoy en día. En su trabajo más reciente (que él resume en *Nuts and Bolts*), rechaza la ambición de las teorías generales sobre asuntos sociales e insiste en que solamente podemos esperar descubrir "mecanismos" más particulares aun cuando ampliamente aplicables.

explicación a menudo sugieren. "La sabiduría práctica", anotó Aristóteles, "no sólo tiene que ver con universales; debe reconocer particulares, puesto que es práctica, y la práctica tiene que ver con lo particular."[33] Aristóteles está sugiriendo cómo pensar acerca de la deliberación moral, pero la fuerza de su observación abarca más allá. En la medida en que las acciones de los seres humanos no están guiadas por una mano oculta, alguna fuerza causal que ignoran, y se ven afectadas por lo que piensan; y en la medida en que sus pensamientos no están del todo guiados por una mano oculta; en cualquier instancia, lo que ellos piensan sobre lo que deben hacer no es algo que normalmente se pueda describir o explicar (a sí mismos o a otros) de una manera general. Razonar prácticamente es algo que agentes particulares hacen a la luz de sus experiencias particulares y de las circunstancias particulares en que se hallan. Esto es obvio cuando el razonamiento se hace a partir de sus propios deseos o del concepto que tienen de si mismos. Pero también es asi cuando razonan partiendo de generalizaciones, de las reglas que asumen para ejercer un papel o un cargo, por ejemplo, o a partir de algún precepto más abstracto. Para ellos son razonamientos posibles los que se hacen a si mismos siendo ellos mismos, alli y entonces, razonamientos que pueden o hubieran podido hacer, como agentes *desde donde* (emocional, social, politica, económicamente) se encuentran.

Nosotros podemos, por supuesto, abstraer agentes, categorizarlos, generalizar su experiencia y juicio, y sacar inferencias acerca de lo que ha podido ser o sería razonable que ellos, como agentes de ese tipo, en ese tipo de situación, hicieran o hubieran hecho. Las

[33] Nichomachean Ethics, 1141b4-16.

teorías sociales y politicas, bien sea que expliquen o que exhorten, como las teorias morales de las que muchas de ellas se derivan, han hecho de esto un hábito; uno podría incluso afirmar que siendo las teorias que han pretendido ser, ésa es su principal característica. Pero mientras más hacen esto, y mientras más poderosas aspiran a ser en ese sentido, también tienden a volverse más indeterminadas, o inapropiadas, o para llegar al limite, simplemente más vacías. Es imposible hacer un análisis general y a la vez suficiente de lo que sería razonable hacer antes de actuar. Asignarle racionalidad a una pieza de razonamiento práctico tras el suceso, y generalizar a partir de allí, no garantiza la generalización acerca de las circunstancias y la deliberación que le dieron cabida.

Estas consideraciones sugieren dos puntos de reserva respecto a lo que hemos dado en llamar teorias en la historia y en las ciencias sociales. El primero se refiere a su generalidad. Podríamos decir que si el fin de cualquier teoria sobre cualquier cosa es ser general y realista (o por lo menos fértil) y precisa; que si ninguna puede ser las tres cosas a la vez; y que si las teorias sociales y políticas, para fines explicativos o prácticos, se supone que son teorías sobre la acción práctica inteligible y apropiada bajo restricciones de tipo causal; entonces las teorias halan en sentidos opuestos.[34] Las restricciones causales – incluyendo, si queremos verlo así, las reglas según las cuales la gente piensa o actúa – pueden en principio ser generalizadas, pero lo que es la destreza práctica misma, aún cuando tales reglas existan, no puede. Por este motivo, el argumento que propongo en este libro me induce a reconocer la importancia de una comprensión más amplia, en el sentido

[34] Sobre los propósitos de la teoria en general, Richard Levins, *Evolution in Changing Environments*, Princeton University Press, 1968, pp. 6-9.

de Nozick, pero a resistir la suposición común en las ciencias sociales de que las narrativas generales exponen suficientemente esa comprensión.

Al insistir en la comprensión más que en la explicación, también me opongo a la convención de que los recuentos más o menos teóricos de los asuntos humanos aumentan el conocimiento. No se trata de un pensamiento novedoso. Alguna que otra voz escéptica lo ha enunciado en los últimos doscientos años. Si todas las teorías, según Quine, están infradeterminadas por todas las observaciones posibles; si por lo tanto una teoría realista del significado queda descartada; si ninguna oración tiene un sentido determinado y ninguna acción una descripción intencional determinada; entonces la explicación de cualquier cosa, y no sólo de los asuntos humanos, debe ser ella misma indeterminada. Como Quine mismo lo ha dicho, el argumento puede que tenga sólo interés filosófico. Y sus implicaciones puede que sólo sean – de una manera dramática debido a sus condiciones preexistentes – que no debemos suponer a la realidad capaz de hacer el trabajo justificativo. Quizás sea capaz de explicar por qué tenemos las creencias que tenemos; pero no puede respaldarlas. (De ahi la sugerencia de Donald Davidson de eliminar "la idea misma de un esquema conceptual", de una distinción entre esquema y realidad).[35]

Si no obstante aceptamos la conclusión de Quine: si le añadimos el argumento de que cualquier caracterización de deseos,

[35] Christopher Hookway discute las implicaciones que el pensamiento de Quine tiene para las ciencias humanas en 'Indeterminacy and interpretation', en Hookway y Philip Pettit eds., *Action and Interpretation*, Cambridge University Press, 1978, pp. 17-41. A Quine no le interesan esos temas; pero no es difícil inferir cuál sería su posición respecto

creencias, opciones imaginarias, intenciones y demás, es decir, todo el material de la razón práctica, debe mantener una notable indeterminación; si también le agregamos el argumento de que no existe un hecho incontestable acerca de esas cosas, ni ningún acceso privilegiado a ellas de tipo gnoseológico – ningún acceso privilegiado, llevando el argumento de Quine a sus límites, inclusive para personas que comparten una misma lengua; entonces está claro que la certeza acumulativa y convergente, no sólo del funcionamiento del mundo, sino de sus contenidos particulares, que para nosotros denota conocimiento, siempre eludirá las ciencias sociales.[36]

Mi propio argumento refuerza esta convicción. Mi primera paradoja de la explicación es que al explicar aumentamos las opciones y simultáneamente las reducimos. Al explicar, reunimos hechos y buscamos darles su mejor sentido en respuesta a las preguntas que nos estamos haciendo. De esta manera, es verdad, adquirimos un mayor conocimiento. Pero si la finalidad de inquirir sobre asuntos humanos es, en el sentido que le estoy dando a la palabra, asimismo comprender; si comprender es considerar lo que también ha podido ser posible; si lo que causal o prácticamente ha podido ser posible no es cierto de algo en otro mundo posible sino a lo sumo sólo plausible en éste; si lo que hubiera sido posible puede a lo sumo ser evaluado, pero no conocido, puesto que nunca ocurrió; entonces la dialéctica de la investigación y de la

a ellos, en el caso de que *se tratara* de ciencias, es decir, de disciplinas interesadas en predecir y no en otros "juegos" como la ficción o la poesía (e.g. *Pursuit of Truth*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1990, pp. 37-49). Donald Davidson, "On the very idea of a conceptual scheme", *Proceedings and Addresses of the Aristotelian Society* 67 (1974), 5-20. Regreso a los pragmatistas en el capítulo 5.

36 Williams lo expone tersamente en *Descartes*, 1978, pp. 301-3.

reflexión mediante la cual llegamos a comprender es una que reduce nuestra certeza, y en ese sentido nuestro conocimiento, conforme lo aumenta. De esta forma y hasta este punto, un buen resultado en la historia y en las ciencias sociales, como quizás en la vida misma, consiste en comprender más y en saber menos.

2
Plaga y fertilidad a principios de la era moderna en Europa

I

Braudel no ha sido el único en suponer que "el régimen biológico" en la Europa pre-moderna estaba preordenado y era inalterable, y que marcaba el límite entre lo posible y lo imposible. La mortalidad, concuerda Michael Flinn, entraba en "el sector de Dios". La fertilidad también, según Jean Bourgeois-Pichat, estuvo a lo largo de todo ese período "determinada por una red de factores sociológicos y biológicos, y cuando se conoce la red, el resultado puede predecirse" . . . Las parejas tenian el número de hijos que la biologia o la sociedad decidian darles."[1] Hoy en día, los demógrafos tienden a sugerir que esto no fue así respecto a la fertilidad, al menos no en el sentido en que Bourgeois-Pichat parece indicar. Pero tampoco lo fue, según textos más recientes sugieren, respecto a la morbididad y a la mortalidad. Conforme se afinan las explicaciones de ambas, se extiende nuestra noción de por qué pasó lo que pasó, y por tanto, de qué otra cosa hubiera podido hacerse.

[1] Michael W. Flinn, *The European Demographic System*, 1500–1820, Brighton: Harvester, 1981, p. 18. Jean Bourgeois-Pichat, *Proceedings of the American Philosophical Society* 3 (1967), 163.

II

Sin discusión, el factor simple más importante de lo que Braudel consideraba el régimen biológico en Europa entre los siglos XVI y XVII, por el número de los que hizo morir, y por las consecuencias económicas, sociales y políticas que según los historiadores resultaron de ese hecho, fue la peste. La primera de las dos pandemias de esta enfermedad en el continente entre el período primitivo cristiano y el presente parece haber pasado de Etiopía a Egipto y de ahí al Medio Oriente, Constantinopla, norte de Africa, España y Francia. Apareció en Zaragoza en 542 y alcanzó en 543 el noroeste por lo menos hasta Trèves, en Francia central. En su primera erupción, no obstante, hasta 544, y en lo que parecen haber sido las ocho siguientes, hasta 767, se mantuvo más que todo restringida al litoral mediterráneo. Pero poco se conoce de su magnitud y efectos.

La segunda pandemia alcanzó la relativamente densa población de Kipchak Khanate en Crimea en 1346, probablemente a lo largo del valle del Don desde las costas del mar Caspio en Kurdistán e Iraq. A finales de 1352, se había extendido a la mayor parte de Europa excepto Islandia, la zona norte de lo que hoy es Escandinavia y algunas partes del este. Esta pandemia, cuyos primeros y más virulentos años en la segunda mitad de la década de 1340 se denominan hoy a menudo la "Muerte Negra", según la frase inglesa del siglo XVII, siguió reapareciendo en Europa occidental hasta la década de 1670. Hubo erupciones en los puertos bálticos en la segunda década del siglo XVIII y una incidencia severa pero no extensa en Provence entre 1720 y 1722. La última erupción en Moscú ocurrió a comienzos de la década de 1770 y en los Balcanes, en la de 1840.

Los efectos de esta pandemia fueron considerables en Europa. Una extensión semejante de terreno cultivable en partes del continente a principios del año 1340 y en los años siguientes ha podido no recuperarse en cuatrocientos o quinientos años. Y en el primer estallido al final de la década de 1340, quizás murió un tercio de la población. Según las opiniones que han llegado hasta nosotros desde el siglo XIV, se trató de un acto de Dios. Pero la peste si tuvo causas y hubo quienes ya entonces y más tarde se dieron cuenta de ello. Un acercamiento preliminar a cómo pensar sobre lo que estas causas pudieran ser lo encontramos en la pregunta de Elisabeth Carpentier: "¿fue la peste un mal necesario debido a una ineluctable evolución? ¿O fue un trágico accidente en desacuerdo con el curso normal de los acontecimientos?"[2]

Las interrogantes de Carpentier se dirigen a quienes han argumentado que Europa estaba sobrepoblada en el siglo XIV, y que la peste fue un control correctivo, malthusiano, a esa situación. No vale la pena detenerse en esta afirmación. Al inicio de su despliegue

[2] Es más preciso decir que la mayor causa singular de muerte en Europa se desconoce. En sus primeras epidemias en el continente, las paperas, la viruela y una o dos enfermedades más arrasaron, como también arrasó la corriente de influenza que llegó al continente justo después de la Primera Guerra Mundial. Pero en los periodos anteriores, muchas enfermedades, incluyendo la peste, fueron descritas imperfectamente, y sus consecuencias demográficas permanecen inciertas. Es una aseveración razonable, si bien no segura, decir que entre 542 y 1722, la peste mató más gente en el continente que cualquier otra enfermedad (Jean-Nöel Biraben, *Les hommes et la peste en France et les pays européens et méditerranéens*, I, Paris: Mouton, 1975, pp. 22–48, 88–9; Philip Ziegler, *The Black Death*, Harmondsworth: Penguin, 1970, pp. 30–5; Elisabeth Carpentier, "Autour de la peste noire: famines et épidémies dans l'histoire du XIVe siècle", *Annales ESC* 17 (1962), 1062–92 en 1092). Aunque

desde zonas del Asia occidental en donde era (y permanece) enzoótica, la peste atacó poblaciones muy escasas. Además, las recuperaciones fueron dilatadas y variables y no guardan ninguna relación consistente o plausible respecto a la capacidad de manutención de la tierra. Hecho más decisivo aún es que las explosiones de la peste, aunque a menudo asociadas con hambrunas, se dieron tan a menudo antes como después de esas hambrunas, siendo posiblemente tanto una de sus causas como uno de sus efectos.

---

la revisión general más reciente que conozco (Robert S. Gottfried, *The Black Death: natural and human disaster in medieval Europe*, Nueva York: Free Press, 1983) toma en cuenta mucho del nuevo trabajo, no es a mi parecer del todo correcta en su razonamiento; Ziegler sigue siendo el mejor recuento global (ciertamente el mejor escrito). Se mantienen los resúmenes de Carpentier sobre las preguntas que los historiadores se han hecho respecto a la peste en "Autour de la peste noire" y *Une ville devant la peste: Orvieto et la peste noire de* 1348, Ecole Pratique des Hautes Etudes VIe section, Démographie et Sociétés VII, Paris: SEVPEN, 1962, 8–14. Su extraordinaria *Une ville*, concebida a la manera de los *Annales* como una historia total, es una narrativa notable de la peste en un solo lugar durante la segunda gran erupción. Existen útiles bibliografías sobre la investigación de la peste en Europa en Biraben, Flinn y, más recientemente, Ann G. Carmichael, *Plague and the Poor in Renaissance Florence*, Cambridge University Press, 1986, pp. 172–5. La ruta por la cual la peste llegó a Europa a final de la década de 1340 es discutida por Michael Wols, *The Black Death in the Middle East*, Princeton University Press, 1977, pp. 35–67, quien acepta la opinión anterior sobre su proveniencia de la China occidental, y John Norris, "East or West? The geographic origin of the Black Death", *Bulletin of the History of Medicine*, 51 (1977), 1–24, quien argumenta – de manera más convincente, creo yo – sobre sus orígenes alrededor del Caspio. Su llegada a Italia fue descrita entre otros por el cronista Agnolo di Tura quien también describió la procesión de la *Maestà* en Siena partiendo del taller de Duccio hasta la catedral en junio de 1311 (capitulo 4 más adelante y Carpentier, *Une ville*, p. 99).

Aun cuando es cierto que la peste, al igual que otras enfermedades contagiosas, tiende a afectar desproporcionadamente a los malnutridos, no existe ninguna razón fisiológica para ello sino el hecho de que la falta de nutrición está relacionada con la pobreza, y la pobreza, al menos en pueblos y ciudades, con la densidad de la vivienda y con la densidad de sus portadores. Semejante malthusianismo residual sólo puede ser el eco de alguna antigua noción de retribución divina. La peste es inicialmente exógena, no endógena, una relación entre su bacilo, sus insectos vectores, que son los piojos, los portadores de los piojos, y el hombre. En su incepción, si no en su extensión y efectos sobre los humanos, fue y aparentemente sigue siendo "un trágico accidente en desacuerdo con el curso normal de los acontecimientos".[3]

Su incidencia en las poblaciones humanas es una función de las relaciones entre el bacilo, los piojos, los roedores que suelen portar los piojos, y el hombre. Estas relaciones son complejas y aún no se las ha llegado a comprender del todo. Para que se dé una erupción, el bacilo debe estar presente con la debida densidad en todas las poblaciones pertinentes, y los miembros de estas poblaciones deben tener el grado correcto de vulnerabilidad infecciosa. A su vez esto quiere decir que el bacilo debe ser abundante, los piojos y los anfitriones de los piojos deben estar infectados, y los anfitriones ser susceptibles. Las permutaciones

[3] Sobre la asociación entre hambrunas y crisis de subsistencia, Biraben, *Les hommes et la peste*, I, pp. 147–54, también las discusiones en François Lebrun, "Les crises démographiques en France aux XVIIe et XVIIIe siècles", *Annales ESC* 35 (1980), 205–34, y Paul Slack, "Mortality crises and epidemic diseases in England, 1485–1610", en Charles Webster ed., *Health, Medicine and Mortality in the Sixteenth Century*, Cambridge University Press, 1979, especialmente p. 56.

relativas al sistema, no obstante, son muchas, y las probabilidades de que produzcan la enfermedad en los anfitriones son por lo tanto muy variables y desconocidas antes de los hechos. La disputa de más consecuencia epidemiológica está entre lo que Emmanuel Le Roy Ladurie simpáticamente ha descrito como las escuelas del "piojo de la rata inglesa" y del "piojo humano francés". Después del aislamiento que Yersin hizo del bacilo *Yersina pestis* en Hong Kong en 1894, en el curso de la tercera y más reciente de las pandemias euroasiáticas, la pandemia que en ninguna escala alcanzó a Europa, se ha establecido más recientemente que en otros mamíferos, la peste es primordialmente una enfermedad de los roedores, y que es trasmitida por lo que Ladurie considera los "piojos de la rata" *Xenopsylla cheopis* y *Cortophylus fasciatus*. La trasmisión sucede cuando el estómago del piojo se atasca de bacilos y éste no puede alimentarse a menos que descargue algunos dentro de su anfitrión. Esto es en sí bastante raro, como también lo es el movimiento de piojos de una especie a otra. De ahí la relativa escasez de la infección fuera de los roedores enzoóticos e inclusive de la epizootia entre ellos. El *X. cheopis*, quizás el más efectivo de las dos especies de "piojo de la rata", se alimenta también de grano – y esto es de gran importancia para comprender la trasmisión de la enfermedad a los humanos. Pero ambos piojos pueden, y de hecho lo hacen, morder al hombre, quien tiene una temperatura corporal muy similar a la de sus anfitriones roedores más corrientes. El *Pulex irritans*, por otra parte, el piojo humano, parece ser un portador mucho menos eficiente del bacilo que *Xenopsylla* o *Cortophylus*. Y debido a que el bacilo no produce normalmente en el hombre el grado de septisemia que produce en los roedores, se ha pensado que *P. irritans* ingiere demasiados pocos bacilos en sus comidas de sangre humana como para que

éste sea capaz de colonizar su estómago y al piojo se le permita trasmitir el bacilo de persona a persona. Pero trabajos recientes han demostrado que *P. irritans* puede en verdad trasmitir la enfermedad de hombre a hombre.

La historia, no obstante, es todavía más complicada. *Y. pestis* puede variar enormemente en virulencia e infecciosidad, y lo hace independientemente de las condiciones de los roedores que portan a *Xenopsylla* y *Cortophylus* y de las condiciones de los humanos portadores de *Pulex*. La incepción original de la peste en poblaciones humanas, fuese cual fuese la incidencia subsiguiente en el *Pulex*, tiene que ver exclusivamente con el nivel y la severidad de su presencia tanto en los dos tipos de "piojo de rata" cuanto en aquellos roedores – marmotas siberianas, marmotas, ardillas de tierra, perros de pradera, ardillas, gerbos, ratones del campo y otros ratones – en los cuales es enzoótica. En cambio, no es enzoótico en las ratas, las cuales adquieren la infección cuando la enfermedad alcanza proporciones epizoóticas en los otros roedores. Su propagación depende entonces de sus portadores, entre los cuales están incluidas las ratas si se trata de la forma bubónica; si se trata de la que en Europa fue la forma menos frecuente, la neumónica – excepto en la década de 1340 – se difunde por pequeñas gotas en el aire. Pero en climas más húmedos y frescos (aunque no fríos), los cuales también favorecen la trasmisión neumónica, y donde la higiene es igualmente escasa, el piojo humano puede trasmitir el bacilo directamente. Por alguna razón, que tiene que ver quizás con el clima, quizás con el hecho de que las ratas, las cuales fueron los principales portadores en el siglo XIV, puede que no estuvieran presentes en Europa antes del siglo XI, y por lo tanto quizás con el hecho de que *X. cheopis*, aunque se alimenta mejor de restos de grano, no tuviese un anfitrión cercano al hombre, la primera

pandemia, a mediados del siglo VI, pareciera haber estado limitada a personas picadas por piojos que sobrevivieron en cargamentos de grano provenientes del Este por vía marítima y que fueron luego trasferidos a embarcaciones fluviales. La segunda pandemia, a mediados del siglo XIV, comenzó ciertamente de la misma manera, con la llegada a Messina al final de septiembre de 1347 de algunos barcos genoveses provenientes de Crimea. Pero quizás debido a la diseminación generalizada de la rata negra entonces en Europa, sobre todo en asentamientos humanos, y también porque los asentamientos, después del largo aumento secular de la población, eran más densos, se extendió prácticamente a todas partes.[4]

[4] E. Le Roy Ladurie, "Un concept: l'unification microbienne du monde (XIVe-XVIIe siècles)", *Revue suisse d'histoire* 23 (1973), 627–96 en 632. Leonard Hirst, *The Conquest of Plague: a study of the evolution of epidemiology*, Oxford: Clarendon Press, 1953, especialmente pp. 236–46. Biraben, *Les hommes et la peste*, I, pp. 7–21, 53–4, 335–7. Hirst y Biraben explican las distinciones entre las formas bubónica, neumónica y septisémica de la enfermedad; en la p. 30 Hirst describe lo que parecen haber sido las formas menos frecuentes: celulocutánea, tonsilar y vesicular. (También R. Pollitzer, *Plague*, Ginebra: World Health Organisation, 1954; Jack D. Poland, "Plague", en Paul Hoeprich ed., *Infectious Diseases*, 2da edición, Nueva York: Harper and Row, 1977, pp. 1050–60; M. Baltazard, "Epidemiology of plague", *WHO Chronicle* 14 (1960), 419–26). M. I. Finley (*The Ancient Economy*, Londres: Chatto and Windus, 1973, pp. 107, 126) explica los factores económicos del movimiento de granos a finales de la Europa antigua. *X. cheopis* puede sobrevivir en deshechos de granos alrededor de cincuenta dias. De ninguna manera se ha establecido que la incidencia de la peste en el siglo XIV tuvo correlación con la densidad de la población y mucho menos que estuvo causalmente conectada con ella; la incidencia fue más alta en el campo holandés, por ejemplo, que en las ciudades, alta en los escasos asentamientos de Noruega, y,

III

La descripción que aún hoy en día estamos en condiciones de hacer sobre la incidencia de la peste en las poblaciones humanas de Europa en el siglo XIV no es lo suficientemente exacta como para sugerir posibilidades interesantes. No obstante, lo que sí conocemos sobre la incidencia inicial y la propagación de la enfermedad, tal como anota Flinn, es suficiente para hacer "más difícil de comprender cómo la repetición de las epidemias se detuvo a pesar de todo".[5] Pues la peste empezó a desvanecerse en el oeste y el sur de Europa – excepto la reaparición en Provence en 1720 – después de los brotes de la década de 1660. Son las posibilidades sugeridas por las explicaciones de este desvanecimiento, las que yo quiero explorar.

Cuatro explicaciones han sido tomadas en consideración. Ninguna, sin embargo, se ajusta suficientemente a los hechos. La primera, una hipótesis sobre la creciente capacidad inmunológica natural en los seres humanos, debe contraponerse al hecho de que la enfermedad siguió atacando gente en los Balcanes, Anatolia y

---

respecto a la densidad poblacional, casi azarosa en Cornualles (para el caso de Gran Bretaña, John Hatcher, *Plague, Population and the English Economy, 1348–1530*, Londres: Macmillan, 1977, p. 24); sin embargo, en general la mortalidad en los pueblos y las ciudades de Francia e Italia pareciera haber sido del cincuenta por ciento, en el campo, alrededor del treinta por ciento. Para un argumento de que la incidencia de la peste neumónica en Europa en el verano de 1348, incidencia que está implícita en muchos informes contemporáneos de los síntomas de los pacientes, pudo haber sido exacerbada por un clima anormalmente húmedo, E. Le Roy Ladurie, "Histoire et climat", *Annales ESC* 14 (1959), 14.

5 Flinn, *Demographic System*, pp. 57–8.

Asia occidental. Y los contactos con estos lugares no cesaron. El comercio marítimo entre Europa y el Levante declinó temporalmente, pero no desapareció; en realidad, con la extensión del imperio y la invención del vapor, aumentó nuevamente en el siglo XIX y en 1906 trajo al condado de Suffolk a través del puerto de Ipswich, lo que entonces fue la tercera pandemia euroasiática, hasta esa fecha restringida al Asia oriental. La segunda explicación, una hipótesis sobre la creciente inmunidad en las ratas, se pone en duda porque cierta evidencia sugiere que la inmunidad adquirida por las ratas dura solamente de ocho a diez años y no es hereditaria. Y si *Y. pseudotuberculosis*, un familiar cercano del bacilo de la peste, que les da a las ratas un alto grado de inmunidad, se propagó según algunos a principios de la edad moderna, no hay evidencia que respalde ese hecho. La tercera explicación, que la Rata Negra, *Rattus rattus*, anfitrión de *X. cheopis* y de *C. fasciatus*, fue desplazada gradualmente durante el período moderno por la Rata Marrón, la *R. norvegicus*, más grande, más fuerte y vagabunda, se pone en duda por el hecho de que la Marrón, si bien posiblemente menos susceptible al bacilo, también puede ser afectada por éste. Además, la peste disminuyó de oeste a este, mientras que la Rata Marrón invadió de este a oeste.

La cuarta de las explicaciones de más largo alcance, la sugerencia de que fue un cambio interno en la virulencia del bacilo mismo – consistente con la opinión general de que las corrientes menos virulentas de una enfermedad tienden a reemplazar a las más violentas – se contradice con el hecho de que la segunda de las grandes pandemias a partir de 1340 fue al menos tan devastadora como la primera, la llamada peste justiniana, con el hecho de que la enfermedad – siempre y cuando supongamos que se trataba de la misma enfermedad – continuó matando gente en Europa oriental

y sudoriental hasta la mitad del siglo XIX, y con el hecho de que todavía sigue matando – durante la guerra de Vietnam a finales de los sesenta y principios de los setenta – en su tercera pandemia. (Aunque la peste permanece enzoótica en roedores del desierto en el suroeste de Estados Unidos y en Centro América y el norte de Sud América, muy raramente ha pasado al hombre en esos lugares.) Por varias de estas razones, porque su desaparición en Europa fue tan esporádica, y porque la misma se relacionaba mal con los correlatos de estos factores, pareciera cada vez más posible que tenga sentido una quinta explicación, en la cual la peste se redujo y eventualmente se eliminó en Europa gracias a la intervención humana. Si los orígenes de la pandemia, en la frase de Carpentier, fueron "un accidente en desacuerdo con el curso normal de los acontecimientos [humanos]", su disminución y desaparición bien han podido no serlo.[6]

[6] Sobre las relaciones entre el comercio y la cuarentena de embarcaciones, Paul Slack, "The disappearance of plague: an alternative view", *Economic History Review* 34 (1981), 469–76. Sobre la erupción en Suffolk, D. van Zwanenberg, "The last epidemic of plague in England? Suffolk 1906–18", *Medical History* 14 (1970), 63–74. Sobre las ratas, Biraben, *Les hommes et la peste*, I, pp. 17–18. La Rata Negra, bestia perezosa, rara vez se traslada más de doscientos metros del lugar de nacimiento, normalmente en una casa o algún lugar similar; la Rata Marrón es más aventurera y depende menos de los asentamientos humanos; pero las Ratas Negras viajan en barcos: de ahí la llegada de la peste por mar. Sobre la inmunidad de las ratas, Pollitzer, *Plague*, pp. 28, 273–4, 303–4, 493–4 y Stephen R. Ell, "Immunity as a factor in the epidemiology of medieval plague", *Reviews of Infectious Diseases* 6 (1984), 866–79. En Bombay hace cincuenta años, se notó que la proporción de ratas no-susceptibles había decrecido en 1936, pero crecido nuevamente en 1939, y los primeros casos humanos desde 1934 fueron reportados en 1940. Un contra-argumento para la importancia de la inmunidad natural está en Andrew Appleby,

IV

Aún hoy es difícil discernir en muchas narraciones de la época a qué se refieren con la palabra "peste". Las identificaciones contemporáneas de la enfermedad, por no mencionar las explicaciones contemporáneas, eran naturalmente diversas y, si no del todo equivocadas, al menos inexactas. Pero mediante una inducción primitiva aquellos no conformes con explicaciones basadas en la cólera divina (o en el mundo musulmán, en Su selección de mártires en una especie de guerra santa), habían intuido que las formas hoy identificadas como bubónica y septisémica eran contagiosas y que la forma neumónica era infecciosa. Los florentinos, por ejemplo, cuando supieron que Messina había sido arrasada en octubre de 1347 – la primera aparición de la segunda pandemia en Europa – y Pisa atacada dos meses después, inmediatamente temieron por sí mismos. Junto con otras varias comunidades en Italia, las autoridades intentaron tomar medidas preventivas.

Los *statuti sanitari* de Florencia, los primeros que se conocen de ese tipo, habían sido promulgados por vez primera en 1321,

---

"The disappearance of plague: a continuing puzzle", *Economic History Review* 33 (1980), 161–73 (a la que Slack, más arriba, responde). Sobre variaciones en el linaje de los bacilos, Norris, "East or West?" Sobre *Y. pseudotuberculosis*, Colin McEvedy, "The bubonic plague", *Scientific American* 258 (2), February 1988, 79. Aquellos que han insistido en la importancia de la acción humana en la desaparición de la enfermedad incluyen a Biraben (*Les hommes et la peste*, II, resumido en pp. 182–5), Flinn, Slack, Steven J. Kunitz ("Speculations on the European mortality decline", *Economic History Review* 36 (1983), 349–64), y – suponiendo implícitamente que el comedor de granos *X. cheopis* fue el mayor responsable – Morris Silver ("Controlling grain prices and de-controlling bubonic plague", *Journal of Social and Biological Structures* 5 (1982), 107–20).

y tan pronto como la peste alcanzó la ciudad el 3 de abril de 1348, el Capitán del Pueblo los reafirmó (y siguiendo la entonces convencional concepción de los principios sanitarios incluyó en ellos la expulsión de prostitutas y sodomitas de la ciudad) y también les prohibió a los florentinos asociarse con genoveses o con pisanos. (Viajeros tanto de Génova como de Cataluña habían sido proscritos de Lucca en enero, sin mayor efecto). Pero la enfermedad estaba ya dentro de las puertas de Florencia, y el 11 de abril, un comité de salud pública en pleno fue elegido para luchar contra ella. Los detalles de las acciones que este cuerpo implementó no han sobrevivido. Pero sus instrucciones sí. Estas eran "remover toda materia pútrida y personas infectadas, de las cuales pudiera surgir o ser inducida la corrupción del aire"; y a su vez delegó en otro cuerpo el encargo de reforzar estrictamente las medidas sanitarias durante el verano. A pesar de todo, en junio se confesó derrotado. Pero aún dejando lugar a la vaguedad de las diagnosis, los efectos de la peste en Florencia, vívidamente descritos por Boccaccio en su introducción al *Decameron*, y conocidos por otras narraciones, fueron tan severos como en Pistoia, por ejemplo, donde la comunidad publicó una serie de decretos de alcance aún mayor a principios del verano, y también en Orvieto, donde la comunidad se hallaba padeciendo tal desorden político que simplemente no tomó medida alguna.[7]

De las ciudades del norte de Italia, tan sólo en Milán el efecto de la primera erupción en 1347–48 fue evidentemente menos severo. Pero aunque las autoridades locales tomaron medidas

[7] Detalles aquí y en los siguientes parágrafos tomados de Biraben, *Les hommes et la peste*, II; Carpentier, *Une ville*, pp. 131–4 y *passim*; Carmichael, *Plague and the Poor*; y Carlo Cipolla, *Public Health and the Medical Profession*

que incluían el emparedamiento de los habitantes en cuyas casas había surgido la enfermedad, no hay ninguna razón para creer que éstas tuvieron más efecto que su presencia o ausencia en otras partes. Ninguna hizo nada para evitar el contagio causado por los "piojos de ratas", porque ninguna hizo nada por contener el movimiento de las ratas; pocas han podido tener marcados efectos en la infección de la forma neumónica; y puesto que su

---

in the Renaissance, Cambridge University Press, 1976; *Faith, Reason and the Plague: a Tuscan story of the seventeenth century*, Brighton: Harvester, 1979, y especialmente *Fighting the Plague in Seventeenth-Century Italy*, Madison: University of Wisconsin Press, 1981. Las concepciones islámicas de la enfermedad y cómo los afligidos debían encararla han sido descritas por Wols, *Black Death in the Middle East*, pp. 84–121; el Profeta en persona había negado la teoría pre-islámica del contagio y Wols especula (pp. 92–3) que una de las razones para la consiguiente persecución del comentador andaluz Ibn al-Khatib por hereje puede haber sido su temeraria declaración de que "la existencia del contagio está bien establecida a través de la experiencia, la investigación, la percepción de los sentidos, la autopsia, y la información autenticada". Sobre Rouen, en la cual, no obstante, hay poca evidencia de que las medidas tuvieran mayor efecto, Guy Bois, *The Crisis of Feudalism: economy and society in eastern Normandy, c1300–1550*, Cambridge University Press, 1984, pp. 373–4. Sobre Nuremberg, R. Hoeniger, *Der Schwartze Tod in Deutschland*, Berlin: Grosser, 1882, pp. 28–30; sobre la ciudad al final de la Edad Media, Gerald Strauss, *Nuremberg in the Sixteenth Century*, Nueva York: Wiley, 1966, pp. 190–3; y para la discutible conclusión de que las medidas preventivas adoptadas sólo hubieran servido para disminuir la incidencia de la peste neumónica, Gottfried, *Black Death*, pp. 68–9. Una de las medidas menores tomadas posteriormente contra la peste en Inglaterra fue la orden decretada en el colegio de Eton en 1665 de azotar a todo niño que no estuviese fumando y por lo tanto, no manteniendo la enfermedad a distancia (Biraben, *Les hommes et la peste*, II, p. 181).

aislamiento no fue inmediatamente impuesto (y sin duda alguna fue impuesto desigualmente), las medidas probablemente hicieron poco por contener el movimiento de los piojos humanos. Además, desde mediados del siglo XIV hasta al menos mediados del siglo XVII, intentos de este tipo se vieron a menudo frustrados por las autoridades eclesiásticas, que insistían en su derecho a reunirse y a rezar en procesiones por la desaparición de la enfermedad; por el prejuicio de los mercaderes y de otros quienes – ya entonces y aún hoy en áreas donde las epidemias golpean – consideraban las advertencias de los médicos como irritantes interferencias en la circulación del comercio; por el poder de los ricos, a quienes se les dictaba exención de las órdenes que prohibían funerales suntuosos y viajes; y por la falta de recursos.

Por lo tanto no hay razón para creer que la baja morbididad y mortalidad en la primera erupción de la enfermedad al final de la década de 1340, no sólo en Milán sino en otros lugares en que la mortalidad fue baja – Lieja, Tarascón, Munich y Nuremberg, en los Países Bajos en general, al sur de Polonia, en Ukrania central y en los Balcanes centrales – fue el resultado de una prevención efectiva. Estos bajos niveles han debido tener otras causas, de las cuales, sin embargo, no hay evidencia directa y nada que yo pueda encontrar para siquiera intentar una inferencia. Aunque era evidente, como lo había sido en la primera pandemia ochocientos años antes, que la enfermedad era contagiosa o infecciosa, y también quizás evidente que el contagio estaba relacionado con el movimiento de granos y tejidos, no existe ningún registro de que alguien la haya jamás asociado con piojos, o para mayor sorpresa – teniendo en cuenta que pueden no haber aparecido en Europa hasta el siglo X u XI, pero que abundaban a mediados del siglo XIV – con las Ratas Negras. En la medida en que había un consenso sobre

su trasmisión natural, esta opinión se expresaba en términos de miasmas y vapores malévolos.

Para colmo de males, la mayoría de las autoridades civiles de mediados del siglo XIV, si bien no se encontraban en un estado de desorden semejante al de las autoridades en Orvieto, eran débiles política, administrativa y financieramente; las áreas rurales, aunque no los pueblos y ciudades, quedaban fuera de su control directo y estaban demasiado densamente pobladas; la enfermedad misma puede haber sido más virulenta que posteriormente, aunque no, quizás, más virulenta en su forma bubónica que en los últimos grandes estallidos en Italia a mediados del siglo XVII; y en la primera erupción, a final de la década de 1340, nadie estaba preparado. Carpentier se asombra en verdad, y con razón, al constatar cuánto tiempo le tomó a la gente en Orvieto – aunque no fue éste el caso en otras ciudades del norte de Italia, como ya dije – para darse cuenta siquiera de lo que estaba sucediendo. No es plausible atribuirle del todo la lentitud de la respuesta a las otras preocupaciones de los habitantes de esa ciudad en particular, por muy urgentes que fueran, o a la supervivencia selectiva de documentos. En verdad no hay razón para creer, no sólo en el caso politico extremo de Orvieto, sino de ningún otro lugar, que en lenguaje figurado exista un posible mundo del siglo XIV – un mundo, digamos, que haya ramificado del verdadero mundo justo antes de la llegada de la peste en otoño de 1347 – en el cual la peste fuese efectivamente controlada. Inclusive en el segundo gran estallido, a principios de la década de 1360, la mayoria de las comunidades parecen haber sido tomadas por sorpresa, quizás debido a que esta erupción no fue precedida por ninguna dificultad económica notable o ninguna anormalidad climática. Y algunas comunidades, incluyendo a Milán, fueron afectadas más gravemente que en la década de 1340.

No obstante, un poco más tarde sí comenzaron a tomarse nuevas medidas. La cuarentena, que no fue adoptada en el área continental de Italia hasta el siglo XV, fue introducida en la pequeña isla veneciana de Ragusa (hoy Dubrovnic) en 1377. Pero aún antes había habido fortísimas intervenciones nuevamente en Milán y también en Mantua. Ambas ciudades estaban gobernadas por tiranos, y en contra de los intereses locales más inmediatos, los sucesivos Viscontis y Gonzagas intentaron detener el tráfico dentro y fuera de las áreas infectadas en sus territorios. Sus castigos eran absolutos y forzados. Se volvieron todavía más severos al final del siglo, y doblemente extraordinarios aún después de que la considerable epidemia de 1400 estuviese en pleno furor y las autoridades pudieran apenas tratar de limitar el daño. Pusieron en evidencia poderes civiles excepcionales que, basándose en la creencia de los gobernantes de que la peste se trasmitía por contagio directo, iban asimismo en contra de la opinión médica existente. También tuvieron el efecto de aumentar la cantidad y la exactitud de la información acerca de la enfermedad en otras regiones.[8]

A lo largo del siglo XV, y del XVI, e inclusive bien entrada la mitad del siglo XIX, la opinión prevaleciente entre los médicos era aún que la peste llegaba en "átomos venenosos" por el aire. Se pensaba que éstos se adherían a las personas y a sus artefactos, a los tejidos especialmente, y a los animales. De ahí no sólo que la circulación de estos átomos debiese ser detenida sino también que cadáveres y animales – incluyendo a las ratas, aunque sólo como una especie más, pero excluyendo a los caballos que parecían no ser afectados – tuviesen que destruirse, y que los materiales, de ser posible, fuesen quemados. La teoría, por supuesto, estaba

[8] Carmichael, *Plague and the Poor*, pp. 110–16.

equivocada. Pero vista simplemente en sus implicaciones para una epidemiología práctica, no hubiera sido del todo inapropiada como acción efectiva. En la medida en que la enfermedad era trasmitida al hombre por "piojos de ratas", y dado que las Ratas Negras no se movían ni lejos ni muy rápido, el porcentaje "natural" de contagio – como en los roedores en que es enzoótica – ha podido ser bajo. De haber habido previsiones contra el movimiento de granos hubiera sido aún más bajo. Pero la escasez de alimentos aumentaba el resquemor de los pobres, y por esta sola razón las importaciones de grano, por ejemplo de Sicilia a Venecia en 1450, tendieron a crecer. En la medida en que la enfermedad era también trasmitida por el piojo humano, la circulación restringida y un forzado aislamiento pudieron hacerla también más lenta. A mitad del siglo XV, tales restricciones – inevitablemente menos completas que en la isla de Ragusa – operaban con fuerza en gran parte de la Italia continental. (Los venecianos conectaron el hecho inusual de que la "pestilencia" se diera entre ellos cada año, con el gran número de refugiados que estaban constantemente llegando a la ciudad a mitad del siglo XV provenientes de las expansiones otomanas hacia el este, y por lo tanto impusieron regulaciones en su contra, ofreciéndoles, en medio de la desesperación, un cuarto de ducado para que dejaran la ciudad). Desafortunadamente, los posibles efectos de tales restricciones se vieron contrarrestados en muchos lugares por el corolario de la decisión de aislar a los pobres en hospitales especiales para la peste. Los contemporáneos tenían la idea de que la peste afectaba desproporcionadamente a los pobres, y puesto que los ricos eran normalmente los primeros en huir, esto se basaba de hecho en algo; por esta razón, y también porque se hacía cada vez más difícil mantener la autoridad durante las erupciones, vista la marcada disposición de los pobres hacia

la revuelta (aunque en ninguna parte tan dramáticamente como en Florencia en julio de 1383), se establecieron *lazaretti* en varias ciudades italianas en las décadas de 1450 y 1460.[9]

Por entonces, varias ciudades europeas, la mayoria de ellas en Italia, pero también en otros lugares, ciudades como Rouen y más específicamente Nuremberg y Augsburg, habian establecido consejos sanitarios autorizados. Y estos consejos actuaron de manera más decisiva y quizás también más efectiva que ningún otro anteriormente. Ciertamente lo hicieron de manera más draconiana. Sin embargo, no es fácil evaluar sus logros a partir de la evidencia que se tiene. Las comunidades que no sufrieron la peste han podido no hacerlo por algún otro motivo, como sucedió durante los primeros estallidos. Pero por lo menos, la evidencia no es inconsistente con la opinión de que si no se hubieran tomado tales acciones, con certeza los estallidos de principios del siglo XVII, y puede que también los de los siglos XV y XVI, hubieran sido mucho peores. Para respaldar esto existen los hechos bien conocidos de dos intentos posteriores.

El primero de éstos se hizo contra el estallido en Provence en 1720–22. Por entonces, la idea de un *cordon sanitaire* había echado raíces, las autoridades tenían el poder de imponerlo, y también tenían los medios con qué hacerlo. (Forma parte del argumento

[9] Carmichael, *Plague and the Poor*. Ella argumenta que la decisión de construir *lazaretti* fue de hecho inducida no por la peste misma sino por el deseo de "controlar" a los pobres. En su tratado *On the Nature and Use of Lots* en 1619, Thomas Gataker reportó que los doctores en Génova sacaban a suertes quién deberia visitar los hospitales (citado en Jon Elster, *Solomonic Judgements: studies in the limitations of rationality*, Cambridge y París: Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1989, p. 64).

de Steven Kunitz de que ésta fue una indicación de cuánto hicieron por la salud pública los absolutismos europeos). En verdad, la enfermedad habría podido no salir del barco en que llegó a Marsella el 25 de mayo y propagarse hacia la ciudad y de ahí hacia su provincia si, en contra de las órdenes de los magistrados en Marsella, parte del cargamento de tejidos no hubiese sido vendido en el muelle. Pero sí se propagó. El número de muertos en la ciudad, incluyendo la tripulación del barco y los seis descargadores que bajaron los tejidos, excedía los treinta el 23 de julio. El primero de agosto, se decidió bloquear la ciudad, pero la cantidad de tropas necesarias – en lo que fue luego el bloqueo de Provence completa, un cuarto de toda la caballería francesa fue desplegado, y un tercio de toda la infantería – no fue emplazada hasta el 20 de agosto. Pero ya en ese momento, 10.000 personas habían huido de Marsella y la enfermedad estaba fuera. La mitad de la población murió en Marsella, el sesenta por ciento en Tolón, el cuarenta y cuatro por ciento en Arlés y el treinta por ciento en Aix y Aviñón. A pesar de todo, se establecieron bloqueos más adentrados en Francia, también en el Piedemonte, Suiza y España, y la peste se contuvo eventualmente. Aún había alrededor de 100.000 casos en Provence en los últimos días de agosto de 1772, pero al final de ese año la enfermedad había desaparecido. No ha vuelto a atacar a Europa occidental sino en cantidades muy pequeñas, aisladas e inmediatamente contenidas.[10]

[10] El estallido en Provence en 1720–22 está resumido por Biraben en *Les hommes et la peste*, I, pp. 230–2, quien provee un recuento más detallado en "Certain demographic characteristics of the plague epidemic in France, 1720–22", en D. V. Glass y Roger Revelle eds., *Population and Social Change*, Londres: Arnold, 1972, pp. 233–41. Hay una vívida

Pero siguió afectando al Este. Y en el siglo XVIII los europeos ya no dudaban de que la enfermedad hubiese provenido siempre del Este Otomano. El segundo episodio hace ver que de no haberse hecho algo en contra de la peste, ésta hubiera seguido afectando a Europa inclusive en el siglo XIX; y que si lo que se hizo en su contra anteriormente se hubiera hecho al mismo tiempo en otras partes, su incidencia y efectos hubiesen podido reducirse más pronto; se trata de la decisión de las autoridades Haugsburgo después de la Paz de Passarowitz en 1719. En una serie de decretos, los *Pestpatente*, entre 1728 y 1770, estas autoridades convirtieron los 1.900 kilómetros de frontera entre los Imperios Haugsburgo y Otomano en lo que puede aún ser el *cordon sanitaire* más extenso que autoridad alguna haya impuesto jamás. El movimiento a través de esta frontera se controlaba gracias a un ejército de campesinos, a quienes a cambio de cinco meses de servicio en la frontera, se les concedía tierras en los territorios recién conquistados. Una fuerza de 4.000 soldados a tiempo completo vigilaba esta frontera en épocas de normalidad. Cuando el servicio de espionaje recién establecido traía noticias de alguna peste en cualquier parte del Imperio Otomano, se incrementaba esta fuerza fronteriza a 7.000 soldados. Cuando el espionaje traía noticias de alguna peste en cualquier parte del sur de los Balcanes, en el Moldavia, en Wallachia, Serbia, o Bosnia, se aumentaba la fuerza a 11.000. Llegada esta situación, cada puesto

---

descripción de algunas medidas aparentemente efectivas tomadas por una comunidad al pie del Luberón, entonces a medio día a caballo desde Marsella hacia el norte, por Thomas F. Sheppard, *Lourmarin in the Eighteenth Century: a study of a French town*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1971, pp. 116–27.

era visible desde el más próximo durante el día y quedaba a distancia audible durante la noche. La cuarentena para cualquier hombre o animal que cruzaba las fronteras era de veintiún días en tiempos normales, de cuarenta y dos cuando había noticias de peste lejos hacia el este, de ochenta y cuatro cuando se tenían noticias de ésta en los Balcanes. Se desinfectaba a todos los viajeros y al que desobedecía cualquiera de estas reglas, se le disparaba a matar.

Esta organización se mantuvo hasta 1873. Aún así su buen éxito no fue completo, pero las incidencias de la peste en los territorios de los Haugsburgo fueron pocas y fácilmente contenidas. Las autoridades turcas en 1824 seguían sin querer cooperar con el *cordon*; pero diez años después, tras un estallido serio de la peste en la meseta de Anatolia, se pusieron de acuerdo, y en 1840 finalmente tomaron medidas semejantes en su propio territorio. Gracias a la efectividad de las normas sobre la cuarentena en todos los puertos mediterráneos, la enfermedad fue al fin empujada hacia Asia, donde – con la excepción de estallidos menores en las zonas enzoóticas alrededor del mar Caspio, la tercera pandemia que estalló en Asia a final del siglo XIX, la desorganización y devastación de la guerra en el sudeste asiático a final de la década de 1960 y a principios de los años 1970, y fuera de Africa y el sur de América, es decir, los estados sureños de Estados Unidos, Centro América y Sud América – ha permanecido desde entonces.[11]

[11] E. Lesky, "Die österreichische Pestfront an der K. K. Militärgrenze", *Speculum* 8 (1957), pp. 82–106, resumido por Flinn, *Demographic System*, pp. 60–1. G. Rothenburg, "The Austrian sanitary cordon and the control of bubonic plague, 1710–1871", *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 28 (1973), 15–23. Biraben, *Les hommes et la peste*, II, p. 175.

V

Resulta entonces claro que la contención efectiva de la peste en Europa durante las dos grandes pandemias, la primera del siglo VI, la segunda del XIV, no dependió, como parece implicar Carlo Cipolla, de un conocimiento muy exacto o muy preciso de su etiologia. Dependió más bien de la efectividad de la contención misma, del poner límites a la circulación de hombres y cosas, y también de la higiene. Aún en medio de lo que podría simplemente describirse como supersticiones respecto a la enfermedad en la primera de las pandemias europeas, unos cuantos, como el obispo de Clermont a principios de la década de 650, se dieron cuenta de esto. Pero durante la peste justiniana ni él ni ninguna otra persona tuvo los medios necesarios para hacer efectivas sus convicciones. A decir verdad, los efectos de esta primera pandemia sin duda hicieron mucho por reducir la organización existente así como por reducir los medios para costearla. Ciertamente derrotaron los intentos del propio Justiniano de reforzar el imperio debilitando su territorio, y por lo tanto, haciéndolo más accesible a las poblaciones del norte que habian sido menos afectadas por la enfermedad. Ya entonces, y por los siguientes mil años, el llegar a un acuerdo sobre las medidas a tomar y conseguir los medios administrativos con qué llevarlas a efecto y el dinero para pagarlas, tenian prioridad absoluta. La posibilidad de que los intentos por contenerla hubiesen tenido buen éxito es plausible sólo más tarde. La pregunta de interés, por tanto, es saber si lo que se intentó en la mayoria de las ciudades norteñas de Italia (y en algún que otro lugar como Augsburgo y Nuremberg) a principios del siglo XVII, e intentado más efectivamente en el mediterráneo y en la zona del sudeste del imperio Haugsburgo en el siglo XVIII, hubiese podido intentarse con mejor éxito mucho antes y más extensamente.

A primera vista pareciera que sí se pudo. Los franceses y los ingleses se habían fijado ya en los arreglos de los italianos en el siglo XVII. Los holandeses y muchos otros se habían fijado en ellos a principios del siglo XVIII. Ciertamente, no parece haber habido falta de conocimientos sobre lo que se debía hacer y lo que de hecho se estaba haciendo en Italia. Tampoco es de suponer que se tratase de un asunto tan sólo de dinero, aunque es cierto que en Milán, que no era entonces una ciudad pobre, la desinfección de 9.000 habitaciones y la manutención de todos aquellos que habían sido reubicados en cuarentena vació las arcas de la ciudad en cuatro días. Pero los consejos de salud estaban muy conscientes de que las medidas impuestas por ellos tenían a menudo desastrosas consecuencias para el comercio y la manufactura, para el empleo, y por lo tanto, para los ingresos de los cuales ellos mismos y sus medidas de salud pública dependían. Era una cuestión de prioridades, como los italianos contemporáneos dijeron de Alemania y de Flandes. Si algunas ciudades de otras partes, como Nuremberg en la primera mitad del siglo XVI y Reims cien años más tarde, hubieran podido instituir medidas igualmente amplias en su cometido y tan meticulosas en sus previsiones como en esas ciudades del norte de Italia, es posible que otras, si no todas, hayan podido hacer lo mismo. ¿Por qué entonces no lo hicieron?

Una parte de la respuesta es ciertamente que no lo consideraron algo prioritario. Pero aún cabe preguntarse, ¿de haberlo considerado así, hubiesen logrado algún resultado? La trama política de varios de los gobiernos citadinos italianos de la época, una trama evidente también en Nuremberg, era inusitada. Estos gobiernos estaban dirigidos por familias nobles – en Nuremberg por una oligarquía obviamente menos noble pero no obstante rica, segura y con capacidad de mando aunque no autoritaria – y por

senados generalmente deudores, a veces simplemente testigos, de esas familias. Eran capaces de ser despiadados, y cuando querían serlo, lo eran. Bernabà Visconti en Milán y Ludovico Gonzaga en Mantua habían tomado acciones drásticas ya a finales del siglo XIV. En las últimas disposiciones se forzaron impuestos a los comerciantes para pagar las nuevas medidas, y el comercio se interrumpió a veces. En Venecia, los oficiales sanitarios tenían poder de arrestar y torturar a quienes los desobedecieran; en Milán y Mantua tenían poder de vida y muerte sobre ellos. "Los insaciables comerciantes", como reportó un cronista milanés en 1628, no dudaron en socavar "todas las medidas sanitarias contrarias a sus intereses". Pero al hacerlo, corrían riesgos. (La Iglesia era aún más impotente. La excomunión que el Papa dictó contra todos los oficiales sanitarios florentinos en 1630 aparentemente no logró hacer nada por reducir sus esfuerzos). Como lo dijo un florentino ese mismo año, el magistrado de salud pública "es un magistrado supremo con autoridad de mando absoluta concedida por el Serenísimo Gran Duque en casos de contagio".[12]

En otras partes no existían poderes semejantes. En el siglo XVII en lo que hoy es Westfalia del Norte del Rin, por ejemplo, los consejos citadinos sí tomaron medidas apropiadas, pero aparentemente, sin gran determinación. Durante la erupción que se dio allí en 1626, el príncipe y el obispo de Münster los criticaron por no haber hecho más, y de manera más decisiva. Sin embargo, lo

[12] Para tener una idea del cuidado con que las autoridades florentinas impusieron sus medidas durante la peste de 1630–33, Giulia Calvi, Dario Bocca y Bryant T. Ragan trads., *Histories of a Plague Year: the social and the imaginary in baroque Florence*, Berkeley: University of California Press, 1989.

único que el principe hubiera podido hacer desde el punto de vista político habria sido suspender algunos de los privilegios que aún permanecían en su poder, incluido el de celebrar mercados. Estos poderes eran todavía menos evidentes en los Países Bajos, el norte de Francia e Inglaterra; como escribió a casa un visitante inglés en Venecia en 1600, ellos hubieran ido en contra del prevaleciente interés en su país por el "libre tráfico". El asunto era político. Las autoridades inglesas no tenían las prioridades o quizás la capacidad de mando de las ciudades italianas y del sur de Alemania. La peste, observó un inglés de principios del siglo XVII, "florece en las veredas angostas, las callejuelas y otros rincones pestíferos y pútridos donde las familias pobres han sido amontonadas unas encima de otras como sacos de lana". Pero el trabajo de Paul Slack sobre el campo del oeste inglés deja claro que aunque estas autoridades inglesas han podido hacer más de lo que hicieron, en general, y ciertamente en comparación con las del norte de Italia y del sur de Alemania, decidieron no intentarlo.[13]

A pesar de todo, aunque uno pueda ver que debido a estas razones politicas no se hayan impuesto fieros controles en muchas

[13] En este párrafo la mayoria de los hechos, pero no el argumento, han sido tomados ampliamente de Cipolla, *Public Health*, 1976, pp. 11–66. Sobre Milán y Mantua a finales del siglo XIV y el siglo XV, Carmichael, *Plague and the Poor*, pp. 111–16. Sobre Reims, Dr Langlet, *Un bureau de santé au XVIIe siècle: la peste de 1635*, Reims: Michaud, 1893. Sobre Westfalia del Norte del Rin, tomo datos de un trabajo no publicado por Neithard Bulst. Sobre el oeste de Inglaterra, Slack, "Mortality crises", 48. Una excepción en Inglaterra habia sido antes la reina misma, quien por interés propio ordenó en 1563 que se erigiera un patibulo en Windsor para colgar en él a cualquiera huyendo de la peste en Londres y por lo tanto amenazando la salud de su corte en el castillo (Charles Creighton, *History of Epidemics in Britain*, I, Cambridge University Press, 1891, p. 317).

partes de Europa, no se entiende de inmediato porqué en los casos donde sí fueron impuestos, en Italia y en el sur de Alemania, no lo hicieron con anterioridad. Cipolla sugiere que el origen de los consejos de salud verdaderamente efectivos en la Italia de principios del siglo XVI yace en la conjunción de las grandes escuelas médicas en las universidades y de las cofradías de médicos relativamente bien establecidas. Pero el ejemplo de Nuremberg, sin universidad y aún más extraño, sin cofradías – tan suspicaces eran los oligarcas de cualquier cosa que minara su poder – pone en duda lo esencial de las precondiciones de Cipolla. Tampoco había escuela de medicina en Florencia al final de la Edad Media. Y los Visconti en Milán y los Gonzaga en Mantua deliberadamente se opusieron a los consejos médicos que se les dieron. Lo que estos ejemplos sugieren, pero que Cipolla solamente enfatiza cuando llega a explicar la eventual catástrofe de los consejos de salud italianos en el siglo XVIII, precisamente cuando con gran efectividad se los estaba creando en otras partes, es que lo decisivo fue la autoridad de la administración citadina. En el siglo XVII había por supuesto más médicos, y médicos mejor informados que en el siglo XIV. (En la república pobre y políticamente desordenada de Orvieto, la comunidad solamente podía costear un doctor, y éste era un estudiante a mitad de su carrera). Pero en el siglo XVII, la comprensión que los doctores tenían de la etiología y la epidemiología de la peste no era más avanzada que la de mil años antes. El hecho crucial es que allá por el siglo XVI, en Italia y uno o dos otros lugares, como Nuremberg, los consejos de salud fueron investidos de autoridad completa e ilimitada por quienes los eligieron. Los gobiernos en esas ciudades eran extremadamente independientes en materia de recabación de impuestos y de ejercer formas de control sobre la propiedad y también, y de manera

crucial, sobre la vida comercial. Y al menos algunos de estos gobiernos, como los de Milán y Mantua y en menor medida Venecia, ostentaban esos poderes en el último cuarto del siglo XIV. Ya por entonces algunos habían tomado acción decisiva, pero como dije anteriormente, fueron acciones que en esa época han podido tener sólo efectos marginales.

Al final la respuesta debe permanecer abierta. Aunque la posibilidad de que la contención deliberada fuese importante para reducir la incidencia de la enfermedad, la etiología y la epidemiología, como he dicho, contienen demasiadas probabilidades condicionales para permitir una decisión. Pero la dirección general de la respuesta pareciera estar clara. El control efectivo de la dispersión y de los efectos de la peste resulta haber sido una función de la voluntad de hacerlo, de la habilidad política para imponer la voluntad, y de la capacidad organizativa para llevar a cabo la imposición. Hay poca duda de que a principios del siglo XVI estas condiciones estaban mejor dadas en las ciudades del norte de Italia que en ningún otro lugar. Hay un poco más de duda acerca de si estaban dadas en cualquier otra parte mucho antes. El primer estallido de la enfermedad en 1347 y 1348 tomó a todo el mundo por sorpresa, y aunque afectó de manera desproporcionada a los pobres, también afectó a los ricos. Pero para el momento en que las autoridades se reunieron con el fin de actuar, en todos los casos era ya muy tarde. Los siguientes estallidos de la enfermedad a finales del siglo XIV parecen haber sido igualmente inesperados. A final de ese siglo, no obstante, se ven los primeros signos de preparación. La conclusión más razonable sería decir que tomó mucho tiempo, tanto como ciento cincuenta años, para tomar conciencia de cuán globales tenían que ser las medidas. Cuando se dieron cuenta, fue en los lugares donde también se dieron cuenta de que para ser

efectivas, las medidas tenían que tener prioridad sobre cualquier otra cosa. Y que esto a su vez requería una política autoritaria – no sujeta a presiones comerciales – y recursos formidables.

Para mayor precisión, las posibilidades son tres. En la primera los europeos pensantes opinaron desde mucho antes que se debía emprender acción en contra de la peste. En la segunda, puesto que opinaban así, le dieron prioridad máxima a esa acción. En la tercera, habiéndole dado la máxima prioridad, también tuvieron los medios para llevarla a efecto. La primera posibilidad está demasiado alejada de la realidad para que podamos considerarla. Demasiadas cosas han debido ser distintas. Más exactamente, tenía que haber existido una vívida memoria a mediados del siglo XIV, cuando la peste golpeó por vez primera, de la naturaleza de la epidemia en el sur de Europa ocho siglos antes, y de las opiniones de aquellos como el obispo de Clermont sobre qué hacer para combatirla. Pero los medios para mantener esa memoria y para revivirla no existían, y no iban a existir hasta el uso extendido de la imprenta más de un siglo después.

Las posibilidades segunda y tercera, no obstante, son dos que se actualizaron ya por la década de 1370. Menos cosas han debido ser distintas, se supone, para que ambas hayan podido actualizarse en otras partes. Entonces pareciera que si bien no es plausible suponer que las medidas eventualmente tomadas en contra de la peste hubieran podido ser tomadas alrededor de cien años antes en cualquier mundo reconocible como el mundo medieval tardío, sí lo es que una vez tomadas, como lo fueron en Italia, y una vez que fueron conocidas como lo fueron por visitantes a Italia, se las hubiera podido intentar en otros lugares. Inglaterra, Holanda, el norte de Francia y el norte de Alemania en el siglo XVI estaban en este sentido menos distantes de la Italia contemporánea que la Italia contemporánea lo estaba de la Italia de hacía ciento cincuenta años.

Y sin embargo parece menos razonable, y no más, suponer que de haberse intentado las medidas en el norte, con las condiciones políticas de allí y entonces, éstas hubieran podido tener el mismo efecto. De las tres posibilidades, la primera y la tercera están más lejos de los lugares donde la peste no fue controlada en el siglo XVI y principios del siglo XVII que la segunda. Esto le permite a uno descartar o al menos distanciarse de las explicaciones sobre la desaparición de la enfermedad que son tan exógenas como aquellas que uno acepta sobre su primera aparición (a menos que de manera poco plausible, uno suponga que habiendo llegado por tierra a Crimea desde Asia, haya podido detenerse allí de no ser por los barcos genoveses viajando de Crimea a Sicilia); le permite a uno definir con mayor precisión la fuerza del juicio de Jean-Nöel Biraben de que "el papel de los *bureaux de santé* con poderes dictatoriales fue crucial"; y deja intacto el corolario epidemiológicamente obvio de que una vez que estos poderes fueron ejercidos por las autoridades portuarias en todo el Mediterráneo, y por las autoridades Haugsburgo en tierra firme hacia el este, el continente se mantuvo libre de contagio.[14]

VI

El seguimiento de las posibilidades sugeridas por las explicaciones disponibles sobre la disminución de la peste en Europa entre los siglos XIV y XVIII brinda una respuesta, la cual aún siendo

[14] Biraben, *Les hommes et la peste*, II, p. 143. A Cipolla le gusta poco la especulación contrafáctica y se niega a dejarse llevar por el juicio de Biraben (*Public Health*, p. 64).

provisional, arroja dudas sobre la opinión de que el curso de la enfermedad, en tanto algo distinto de su incepción, fue inmutable, y de que su eventual eliminación fue un completo accidente, "en desacuerdo" según la frase de Carpentier, "con el curso normal de los acontecimientos [humanos]". También brinda una respuesta en la que a primera vista las "leyes" no logran prevalecer sobre las circunstancias de una manera clara y sencilla. Las leyes en cuestión son biológicas, más estrictas por tanto de lo que Braudel implica, pero, en tanto leyes de la etiologia de la enfermedad, son condicionales, en formas que aún hoy los biólogos no comprenden del todo. Son las circunstancias las que predominan, las circunstancias ecológicas de los roedores en los cuales, en Asia occidental, la enfermedad era enzoótica, de la Rata Negra, de los piojos de rata y del piojo humano, y del propio bacilo, junto con las circunstancias ambientales, cognitivas, emocionales, técnicas, económicas, politicas, y sociales de la Europa humana a lo largo de cuatrocientos años. Por lo tanto, si se trata de una "teoría", como Jon Elster dijo en cierta ocasión, que nos permite decidir cuán tan digno de garantia es un condicional contrafáctico, en esta instancia se trata de una teoria sólo en el sentido de una imagen más o menos plausible de una extremadamente compleja – y aquí muy imperfectamente conocida e intrínsecamente indeterminada – combinación de circunstancias, y de la probabilidad de que esta combinación ocurra en otros tiempos y lugares, teniendo consecuencias similares a aquellas que tuvo la combinación real donde sucedió.[15]

Para mayor exactitud, si se trata de una teoria, o de un conjunto

[15] Jon Elster, *Logic and Society: contradictions and possible worlds*, Chichester: Wiley, 1978, pp. 184, 191; ver también el capitulo 1, nota 32.

de teorías, acerca de la conexión entre varios tipos de medida preventiva y la incidencia y efectos de la enfermedad, y a su vez, acerca de las causas cognitivas, emocionales, económicas, sociales y políticas de estos tipos de medida, de una teoría o de un conjunto de teorías que están en sí mismas tan cercadas por condiciones, muchas de las cuales se hallan más o menos conectadas; entonces insistir en que se trata de una teoría o de un conjunto de teorías que garantizan los condicionales contrafácticos puede en principio ser correcto pero es ocioso en la práctica. Y sin embargo, si llegamos en cambio a la conclusión de que es el "azar" lo que gobierna los sucesos, en este ejemplo se trata del azar en el sentido amplio y poco interesante de una combinación de circunstancias inteligible y explicable aunque complicada e irrepetible, y ciertamente no predeterminada. Pensar simplemente en términos de teorías o en términos del azar es no ver cómo nuestra interpretación de por qué pasó lo que pasó no sólo gira en torno a situaciones que estaban más allá del control humano sino también en torno a una evaluación de los razonamientos prácticos y de los poderes públicos.

VII

Y sin embargo, en un aspecto al menos, la evaluación de los cursos opcionales de la peste que las explicaciones disponibles sugieren, es simple y directa: sin lugar a dudas la gente tenía interés en reducir sus efectos. Éste, como ya dije, puede no haber sido siempre su interés primordial; pero en la Europa cristiana a nadie le interesaba que una epidemia siguiera su curso, siempre y cuando, en ciertos sitios, no se perturbaran demasiado las cosas. Si al principio las

personas pensantes no cayeron en cuenta de que el curso y las consecuencias de la peste podían ser aliviados, es porque no conocían los hechos que nosotros conocemos hoy en día. Los musulmanes contemporáneos, a diferencia de los cristianos, tenían la convicción problemática de que si actuaban en base a los hechos que tenían, iban en contra de las enseñanzas del Profeta; pero tampoco tenían muchos. Aún entonces, si hubiera prevalecido esta complicación compensatoria, la cual condujo al juicio por herejía de Ibn al-Khatib en Andalucía por sugerir que había causas naturales de contagio y medidas prácticas que podían tomarse en su contra, entonces uno podría inferir que las autoridades otomanas posteriores y otras hacia el este nunca se hubieran puesto de acuerdo en actuar. Pero, aunque con retraso, lo hicieron. No existe ninguna buena razón para no tener normalmente interés, aunque no sea un interés primordial, en reducir la morbididad y la mortalidad..

Esta misma aseveración no se mantiene, en cambio, para aquella parte del "régimen biológico" de Europa a comienzos de la época moderna que dependía de los niveles de fertilidad. Y no obstante, la posición que nos llega nuevamente de Francia podría hacernos creer que la interrogante sobre los distintos posibles intereses en la reproducción no tiene sentido alguno. Según la sabiduría convencional, la fertilidad, al igual que la morbididad y la mortalidad, estaba más allá de cualquier control deliberado. "Las parejas", como Bourgeois-Pichat había dicho, "tenían el número de hijos que la biología o la sociedad decidían darles", y eso era todo. En sentido figurado, ha podido haber otros mundos posibles en donde las parejas hubiesen deseado tener más o menos hijos, pero serían mundos tan alejados del actual, que no sólo es poco plausible, sino otra vez ocioso el considerarlos. Pero ya existía la

sospecha por la época en que Bourgeois-Pichat expresó su opinión, a final de la década de 1960, de que tanto la edad más avanzada para el matrimonio, como de hecho su menor incidencia en Europa occidental desde por lo menos 1500 puede no haber sido – como el ignorante sentido común pudiera también sugerir – del todo involuntaria; la investigación más reciente sobre la fertilidad de estas poblaciones europeas modernas tempranas ha sugerido que los niveles de fertilidad conyugal específicamente ligados a la edad (descontado el efecto de la edad al casarse) eran con frecuencia más bajos de lo que hubiéramos esperado de no haber habido un deliberado control de natalidad. Evaluar las oscilaciones de la reproducción, en el sentido más literal de la palabra, es en Europa a principios de la modernidad, valorar necesariamente no sólo la fijeza de sus condiciones sino también el interés que las parejas tenían en ello. Y debido a la investigación reciente sobre el tema, y debido a las similitudes y diferencias que muestra en este sentido, la evaluación más esclarecedora de estas oscilaciones se halla en las comparaciones y contrastes entre Gran Bretaña y Francia.

Los contrastes en porcentajes de nupcialidad y fertilidad se muestran en la tabla 1.

Las similitudes y diferencias están claras. En ambas sociedades la edad para el matrimonio era alta. En Francia aumentó ligeramente en el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, para caer nuevamente al nivel en que estaba a finales del XVII. En Inglaterra decayó lentamente a lo largo del período. Ambos porcentajes convergieron en el siglo XIX. En Inglaterra, sin embargo, la incidencia matrimonial fue al principio mucho más baja, y subió, mientras que en Francia, fue inicialmente más alta, y decayó. En cada país, la fertilidad conyugal convergió al final del siglo XVIII, pero en Francia desde un nivel que había sido mucho más alto al final del

Tabla 1

Año en que el grupo generacional alcanzó los 25 años	Edad de la mujer al casarse		Soltería*	
	Francia	*Inglaterra*	*Francia*	*Inglaterra*
1675–99	24.7	26.6	59	230
1700–24	25.0	26.8	69	128
1725–49	25.6	25.8	78	107
1750–74	25.9	25.6	99	36
1775–99	26.3	24.7	113	72
1800–24	26.0	24.1	136	75
1825–49	25.7		128	119
1850–74	24.6		115	

* Mujeres solteras vivas por cada mil mujeres vivas a la edad de 50 (Francia) y 40–44 (Inglaterra)

Francia (años de matrimonio)	PFCT*	Inglaterra (periodo)	PFCT
1690–1719	8.36	1600–49	7.03
1720–39	8.46	1650–99	6.92
1740–69	8.35	1700–49	6.77
1770–89	7.88	1750–99	6.92
1790–1819	6.94		

* Porcentaje de fertilidad conyugal total: fertilidad específica de la edad durante el matrimonio por cada periodo de cinco años desde los 15 hasta los 49, sumados para dar la fertilidad total durante el matrimonio de un grupo hipotético de mujeres que están vivas al final del periodo fecundo.

Tabla 2 PFCT por edad al casarse

Francia 1670–1769	15–19	20–24	25–29
Nordeste	8.79	6.90	4.94
Noroeste	7.54	6.03	4.29
Sudeste	7.25	6.33	4.55
Sudoeste	6.49	5.75	4.20
Inglaterra 1600–1799	6.19	5.02	3.56

XVII. No obstante, no hubo en Inglaterra nada paralelo al freno evidente aplicado por los franceses tanto al matrimonio como a la fertilidad conyugal a partir de los años inmediatamente anteriores a la Revolución.[16]

Pero estos porcentajes globales disfrazan lo que en Francia, pero en menor medida en Inglaterra, fueron variaciones regionales considerables en materia de fertilidad conyugal total (véase la tabla 2).

La fertilidad conyugal fue siempre más baja en Inglaterra que en Francia. Pero las diferencias dentro de Francia eran sin embargo mayores que la diferencia entre la media total del país y la media de Inglaterra.[17]

El *First Essay* de Malthus, escrito en 1798, lo llevaría a uno a creer que en todas las sociedades pre-industriales existía una presión

[16] D. R. Weir, "Life under pressure: France and England, 1670–1870", *Journal of Economic History* 44 (1984), 27–47, en 33–4. Debe mencionarse que Weir se preocupa por demostrar en contra de Wrigley y Schofield que no hubo una notable diferencia entre los regímenes demográficos de Francia e Inglaterra a principios de la época moderna.

[17] E. A. Wrigley y R. S. Schofield, "English population history from family reconstitution: summary results 1600–1799", *Population Studies*

de la población sobre los recursos. Las cuotas de crecimiento poblacional siempre amenazaban con superar las cuotas de producción de alimentos. Tal presión existió sin lugar a dudas. D. F. Weir ha calculado que una duplicación en el precio del grano en Francia en cualquier año entre 1670 y 1732 hubiera aumentado el porcentaje de mortalidad en ese año alrededor de un ciento cincuenta por ciento; en Inglaterra, él cree que hubiera aumentado en un ciento veinte por ciento. De igual manera, una duplicación en el precio del grano en cualquier año entre 1740 y 1789 hubiera producido una disminución del sesenta y uno por ciento en los matrimonios

---

37 (1983), 157–84, en 173. Los datos franceses han sido extraídos de varias reconstituciones, referidas en las notas de la tabla original de Wrigley y Schofield. Los datos del suroeste de Francia son para los períodos 1720–39 y 1740–69 solamente. Los datos ingleses han sido extraídos de las reconstituciones de trece parroquias, seis en el norte y Midlands del norte, cinco en Midlands del sur, y dos en Devon. Un ejemplo de los extremos que se encuentran en Francia es el contraste entre Sainghin-en-Melantois (Nord) y Thezels y Saint-Sernin (Lot): en el primero, el PFCT para las mujeres casadas a los veinte años y aún vivas a los cuarenta y nueve hubiera sido de 10.6, el cual se acerca a los niveles más altos registrados en cualquier lugar fuera del Canadá Francés al final del siglo XVII; en el segundo, hubiera sido de 6.6 (E. A. Wrigley, *Population and History*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1969, p. 122). Existen comparaciones resumidas más generales en Louis Henry y Didier Blanchet, "La population de l'Angleterre de 1541 à 1871" (resumen y reseña de E. A. Wrigley y R. S. Schofield, *The Population History of England 1541–1871*, Londres: Arnold, 1981), *Population* 38 (1983), 792. También Wrigley y Schofield, *Population History*, 1981, pp. 247–8, 478–80, donde hay una comparación entre Inglaterra, Francia y Suecia desde la década de 1750 hasta la de 1850; y para Francia, la edición especial de *Population* 30 (1975), y la discusión breve pero clara por Jacques Dupquier, *La population française aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París: Presses Universitaires de France, 1979, especialmente pp. 52–3, 108–9.

en Francia, en Inglaterra, de un once por ciento. Weir infiere de esto que, al menos en relación a lo que Malthus llamó "los controles positivos" de los recursos sobre la población, había poca diferencia entre los dos países. Si está en lo correcto, no resultaría fácil decir, como lo hacen A. Wrigley y R. S. Schofield, que una sociedad se hallaba en un punto de equilibrio "de alta presión" y la otra de "baja presión"; que los franceses, viviendo siempre al límite de sus recursos disponibles, eran notablemente más susceptibles a la disminución de esos recursos que los ingleses, quienes ostentaban lo que Wrigley ha descrito como una "homeostasis dilatoria, ganando la guerra del ajuste, pero haciéndolo mediante una estrategia apropiada a las circunstancias del ayer". La verdad parece hallarse entre los dos.

Sería, no obstante, un error suponer, y así lo muestran las cifras, que todos los controles de población en Francia eran "positivos". Los franceses respondían aún más notoriamente que los ingleses con el medio "preventivo" del matrimonio. Pero los controles positivos que ellos experimentaron y los controles preventivos que se impusieron a sí mismos fueron ambos más extremos que los de Inglaterra, o así lo sugieren los cálculos de Weir. Como dicen Wrigley y Schofield, los franceses parecían estar viviendo siempre al límite. La pregunta explicativa es ¿por qué? ¿No hubieran tenido ellos interés en no vivir tan cerca del límite, y de haber tenido ese interés, hubieran sido capaces de realizarlo? Resulta difícil creer que a sabiendas, la gente se ponga repetidamente en peligro.[18]

[18] Weir, "Life under pressure", 39. Schofield resume su posición y la de Wrigley en "The impact of scarcity and plenty on population change in England, 1541–1871", *Journal of Interdisciplinary History* 16 (1983), 265–91. Lebrun ("Les crises démographiques") resume brevemente

VIII

Dos respuestas a la pregunta explicativa más simple se pueden eliminar de una vez. Ambas sociedades habían mostrado desde hacía tiempo lo que ha dado en llamarse "el patrón matrimonial europeo", un patrón de matrimonio bien entrada la veintena, e incluso ocasionalmente, en Inglaterra, los primeros años de la treintena, que en verdad pareciera haber caracterizado casi todas las partes de todas las sociedades al oeste de una línea trazada entre lo que hoy es St Petersburg hasta Trieste, desde por lo menos el principio del siglo XVI. Ninguna de las dos sociedades tuvo que erradicar, como muchas otras económicamente comparables en otros lugares en la segunda mitad del siglo XX, un patrón de matrimonio temprano. Tampoco hay sugerencias de que en ambas sociedades se desconocieran métodos de control de natalidad dentro del matrimonio hasta el siglo XVIII. La reconstrucción de Wrigley de los reveladoramente largos intervalos entre el penúltimo nacimiento y el último en la parroquia Colyton de Devon a finales del siglo XVII, y el reporte de Pierre Goubert de intervalos comparablemente largos en el suroeste francés antes de 1750, colocan bajo sospecha los comentarios (como el propio de Goubert sobre los bretones, quienes tenían porcentajes de crecimiento anormalmente altos aún para su región) de que había poblaciones

---

la naturaleza y la extensión de las crisis en Francia más o menos un siglo antes de la Revolución; también, sobre las diferencias regionales y en particular sobre la naturaleza exacta de la crisis inmediatamente antes de la Revolución, Olwen Hufton, "Social conflict and the grain supply in eighteenth-century France", *Journal of Interdisciplinary History* 14 (1983), 303–31.

"que ignoraban todo control de natalidad". Porque desde que los seres humanos han sabido cómo tener hijos, también han sabido cómo – si bien no siempre efectiva o placenteramente – no tenerlos.[19]

La respuesta a la pregunta explicativa pareciera hallarse en dos situaciones distintas y bien separadas. La primera se revela en los correlatos de la incidencia matrimonial. En Inglaterra hasta la mitad del siglo XVIII, el matrimonio no sólo estaba mucho menos difundido que en el resto de Francia. También, como lo han mostrado Weir y Ronald Lee, respondía con menor prontitud al

[19] John Hajnal, "European marriage patterns in perspective", en D. V. Glass y D. E. C. Eversley eds., *Population in History*, pp. 101–43. Este patrón puede haber existido en el noroeste de Europa al menos desde 1200 (Richard M. Smith, "Some reflections on the evidence for the origins of the 'European marriage pattern' in England", en Christopher Harris ed., *The Sociology of the Family*, Keele (Inglaterra): Sociological Review, 1979, y Hajnal, "Two kinds of pre-industrial household formation system", *Population and Development Review* 8 (1982), 449–94 en 477). La implicación de Alan Macfarlane (*The Origins of English Individualism: the family, property and social transition*, Oxford: Blackwell, 1978, pp. 156–61) de que el patrón de formación de hogares y de matrimonio "del noroeste europeo" estaba restringido a Inglaterra parece pues estar equivocada. El suyo, sin embargo, es un recuento completo – el de Hajnal es el más sistemático – de cómo aparentemente funcionaban los patrones. También Smith (1981), nota 20. E. A. Wrigley, "Family limitation in pre-industrial England", *Economic History Review* 19 (1966), 82–109; esto es discutido por R. B. Morrow, "Family limitation in pre-industrial England: a reappraisal", 31 (1978), 419–28, a lo que responde Wrigley, 31 (1978), 429–36; Pierre Goubert, "Legitimate fertility and infant mortality in France during the eighteenth century: a comparison", en Glass y Revelle eds., *Population and Social Change*, pp. 321–30. Un sentido que se le puede dar a la inevitablemente indeterminada noción de "fertilidad natural", la fertilidad que una población casada tendría si ninguno de sus miembros

precio del grano; sin embargo respondia mejor, aunque a menudo con varias décadas de retraso, al nivel de los salarios. Ambos aspectos son cruciales. Richard Smith, John Hajnal y Richard Wall han argüido en relación a Inglaterra y el noroeste de Europa en general que existía una proporción alta y fluctuante, entre diez y veinte por ciento, de sirvientes internos, a los que se podría considerar trabajadores asalariados. Estos eran a menudo jóvenes,

---

hubiera estado tratando deliberadamente de controlar nacimientos o concepciones, es el de Coale: la fertilidad de cualquier población como proporción de la fertilidad conyugal de los hutteritas en la década de 1920. En Francia, la fertilidad conyugal por esta medida era de 0.465 en 1870, mientras que en Inglaterra y Gales era aún de 0.693. Ningún otro país de Europa, con la excepción de Hungría por 1800, había caído por debajo de 0.639. La media para el continente era de 0.688. Coale ha sugerido que 0.7 puede tomarse como el punto en que algún control de fertilidad dentro del matrimonio se está llevando a cabo (Ansley J. Coale, 'The decline of fertility in Europe from the French Revolution to World War II', en S. J. Behrman, Leslie Corsa y Ronald Freedman eds., *Fertility and Family Planning: a world view*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1969, pp. 3–24; con Roy Treadway, "A summary of changing fertility in the provinces of Europe", conferencia dada en la Summary Conference on European Fertility, Office of Population Research, Princeton University, julio 1979). Etienne van de Walle, "Alone in Europe: the French fertility decline until 1850", en Charles Tilly ed., *Historical Studies of Changing Fertility*, Princeton University Press, 1978, pp. 257–88 en 288. Van de Walle discute la declinación en Francia y no los patrones que la preceden tanto allí como en Inglaterra. Para un recuento alternativo de la declinación en Francia, más consistente con mi discusión excepto en que recurre a un modelo homeostático, Wrigley, "The fall of marital fertility in nineteenth-century France", en *People, Cities and Wealth: the transformation of traditional society*, Oxford: Clarendon Press, 1987, pp. 270–321. Braudel, mirando hacia Europa, Asia y América, en todas las cuales la fertilidad iba en bajada en el siglo XVIII, no vió a Francia como algo excepcional (*Capitalism and Material Life*, pp.1–5).

entre los quince y los treinta años, y de ambos sexos. Ello producía un patrón específico de acceso al matrimonio. Como Smith lo describe, "cuando los ingresos bajaban, es probable que el servicio perdiera importancia . . . Por el contrario, cuando los verdaderos salarios subían y se podía suponer que hombres y mujeres jóvenes tendrían recursos para establecer nuevos hogares y casarse, los granjeros en su permanente demanda de trabajo interno retenían a los sirvientes por más tiempo en los hogares. Ambas influencias habrían reducido la rapidez con que declinó la nupcialidad en periodos de verdadera baja de salarios ([en Inglaterra] a finales del siglo XVI o finales del siglo XVIII) mientras que inhibían el regreso a la nupcialidad en fases de verdadera alza de salarios (mediados del siglo XVI a mediados del XVIII)." Así se restringía el matrimonio y con éste la fertilidad. El control de crecimiento era "preventivo". El patrón contrario, claro en muchas partes de Francia, era uno de familias campesinas económica y socialmente autárquicas, que existían gracias a algún arreglo compartido, que dependían del trabajo familiar y por lo tanto de una alta cuota de fertilidad, la cual – aún cuando el matrimonio era tardío, como sucedía en Bretaña misma y en otras partes de Europa occidental – tenía la consecuencia tanto de inducir un alto grado de mortalidad infantil como de producir un nivel general de población peligrosamente cercana al límite de los recursos, y por lo tanto más dada a responder inmediatamente a una escasez repentina de los mismos.[20]

La agricultura inglesa en los siglos XVII y XVIII era en general

[20] Richard M. Smith, "Fertility, economy and household formation in England over three centuries", *Population and Development Review* 7 (1981), 595–622, la cita en 604; Hajnal, "Two kinds"; Richard Wall, "The household: demographic and economic change in England, 1650–1970",

más productiva que la mayoría de las agriculturas en Europa hacia el sur y el este. Y su productividad y la cantidad de alimentos por cabeza seguían subiendo. (Como Malthus explica, ésta es la razón por la cual él tomó los porcentajes de producción agrícola en Inglaterra como las bases para su estimación del máximo porcentaje de aumento en los recursos). Pero una vez más, la comparación sugiere que la especificidad del mercado laboral agrícola inglés no se explica con esto, ni sus consecuencias en la formación de hogares y en la fertilidad. Porque el patrón inglés de formación de hogares era un patrón del noroeste europeo, y parece haber prevalecido al menos en otra sociedad, Islandia, en donde la producción agrícola alcanzaba para la mera subsistencia como en cualquier otra parte de Europa al norte, oeste, este o sur. Más aún, los orígenes del patrón bien pueden retrotraerse a los comienzos de los siglos XVII, XVI, e incluso del XIV, época en la cual es mucho más difícil captar lo específico de la agricultura del noroeste europeo. La razón por la cual la fisión tardía de hogares subsiguientemente independientes,

---

en Richard Wall ed., *Family Forms in Historic Europe*, Cambridge University Press, 1983, pp. 493–512. Sobre Francia, Jean-Louis Flandrin, Richard Southern trads., *Families in Former Times: kinship, household and sexuality*, Cambridge University Press, 1979, especialmente pp. 72–3. Sobre la relación con el nivel salarial, Ronald Lee, "Population homeostasis and English demographic history", en R. S. Schofield y E. A. Wrigley eds., *Population and Economy: from the traditional to the modern world*, Cambridge University Press, 1986, pp. 75–100. Hay un vivido relato de la situación en un hogar de sirvientes en Noruega (incluyendo sus ingeniosas negociaciones con las exigencias del deseo carnal) en Michael Drake, *Population and Society in Norway, 1735–1865*, Cambridge University Press, 1969, pp. 133–49. Wrigley y Schofield, *Population History*, pp. 402–53. Sobre Francia, el recuento clásico de Goubert, *Cent milles provinciaux au XVIIe siècle: Beauvais et les Beauvaisis 1600–1730*, Paris: SEVPEN, 1960, I, pp. 45–59.

así como una edad más avanzada de acceso al matrimono y cuotas de fertilidad conyugal más bajas han podido no alcanzar Bretaña o el sur de Francia o cualquier lugar fuera del área del "noroeste" pareciera no ser puramente económica. La explicación de su ausencia pareciera hallarse en otra parte. Y bien puede hallarse más atrás; porque si Jack Goody está en lo correcto, "una vez establecida como tendencia, es difícil variar una edad particular para el matrimonio; una edad temprana o tardia continúa como norma en situaciones muy diferentes de aquellas que le dieron su origen funcional, no por razones de supervivencia, sino porque la gente se halla encerrada en un sistema particular".[21]

No obstante, y no sólo para aquellos que consideran esa conclusión poco satisfactoria, queda un acertijo por resolver. Si el matrimonio en Francia era tardío, y puede ser explicado porque prevalecía allí – en granjas que no sólo utilizaban trabajo familiar – el tipo de mercado de trabajo que ha sido descrito por Wall y Smith y otros respecto a Inglaterra, y por Michael Drake respecto a una proporción de granjas en Noruega; entonces, ¿por qué, al menos en el norte de Francia, era la fertilidad dentro del matrimonio mucho más alta que en las áreas rurales de Inglaterra y Noruega? La respuesta puede estar en un segundo estado de cosas, uno que no divide al noroeste de Europa del resto sino que divide al propio noroeste de Europa, y que se puede describir simplemente como una forma de asegurarse contra el riesgo.

En Inglaterra, desde tiempo atrás existia el socorro a los pobres.

[21] Sobre la productividad agrícola en Inglaterra, Wrigley en Schofield y Wrigley eds., *Population and Economy*, 1986, pp. 142. Sobre Islandia, Hajnal, "Two kinds", 474, 477. Jack Goody, *The Development of the Family and Marriage in Europe*, Cambridge University Press, 1983, pp. 209–10.

Inicialmente, lo proveían las grandes casas solariegas o los gremios, más tarde lo hicieron las parroquias y finalmente las Uniones de la Ley de Pobres. Pero a través de todos estos cambios de proveedores, las especificaciones respecto a quién era elegible se mantuvieron notablemente similares. Y los estudiosos de la fertilidad en todo tipo de sociedad pobre han llegado a enfatizar la importancia de estas instituciones comunales para reducir los riesgos que las propias familias tendrían que correr, aunque no haya consenso sobre el efecto probable de estas instituciones en la demanda de hijos: algunos sugieren que la reducción de la vulnerabilidad de la familia al riesgo la vuelve más laxa en el control de su reproducción, otros sugieren lo contrario. Ron Lesthaeghe, tomando en cuenta el posible efecto de estas instituciones sobre la fertilidad en Europa al final del periodo moderno temprano, y a comienzos de la modernidad, asume la segunda posición, y yo también. "La extensión del riesgo compartido a través de las barreras sociales", argumenta, "es una buena medida del grado de integración" en la sociedad, y "un alto grado de integración corresponde a una mayor preponderancia de los 'controles preventivos' sobre los 'positivos' que operan vía choques de mortalidad o vía una baja expectativa de vida generalizada". Era de suponer por tanto que el recurso a la parentela y por ende a los niños y a una fertilidad alta sería menor en estas sociedades que en otras.

Inglaterra no sufrió como Francia la cantidad de serias crisis de subsistencia durante los años que Goubert ha llamado la *courbe tourmentée*, no tanto porque las cosechas fracasaran con menor frecuencia, ni tampoco debido a su concentración en grandes granjas de grano (la agricultura francesa era en muchos lugares del centro y del norte del país cada vez más similar); sino porque, a diferencia de Francia, tenía instituciones comunales para reducir

con eficacia la dureza de las condiciones. En Francia, incluso durante lo que François Lebrun llama la *conjoncture heureuse* de los años entre 1748 y 1788 (un periodo que fue no obstante interrumpido por severas erupciones de una especie de disentería en el norte y el oeste en 1779), las previsiones existentes para distribuir grano entre los necesitados eran siempre *ad hoc* y dependían del capricho de las autoridades. Según el juicio de Olwen Hufton no contribuyeron "de manera alguna a aumentar el flujo de grano o a bajar los precios"; los que "nunca impidieron el alza de los precios", podían a lo sumo, de tiempo en tiempo, mantenerlos fijos. Pero debido a que entre 1769 y 1789 los precios subieron alrededor del sesenta y cinco por ciento en las áreas productoras de granos del norte y del centro cuando los salarios aumentaron tan sólo alrededor del veintidós por ciento, está claro que la población afectada ha debido sufrir de una manera que la inglesa raramente sufrió. La evidencia es por lo menos consistente con la opinión de Lesthaeghe de que donde no existían instituciones confiables para compartir el riesgo, la gente se aseguraba con el único método disponible, el cual en la mayoría de los casos, y ciertamente en las sociedades no industriales, era una familia más numerosa.[22]

Parece entonces que la diferencia en el período moderno temprano, si no antes, entre Inglaterra, el norte de Francia, Islandia, mucho de Escandinavia, otras partes del norte y noroeste de

[22] Ron Lesthaeghe, "On the social control of human reproduction", *Population and Development Review* 6 (1980), 527–48. Argumentos semejantes son defendidos en el mismo lugar por Geoffrey McNicoll, "Institutional determinants of fertility change" (411–62), pero rebatidos por J. E. Potter, "Effects of societal and community institutions on fertility", en R. A. Bulatao y R. D. Lee eds., *Determinants of Fertility in Developing Countries*, Washington DC: National Academy Press, 1983, II, "Fertility regulation

Europa y demás áreas al sur y al este, es un patrón de acceso al trabajo agricola que conduce a una entrada relativamente tardía al matrimonio. Y permaneciendo las otras condiciones iguales, esto sirvió para deprimir la fertilidad. Las otras condiciones, sin embargo, no eran iguales. Para empezar, pareciera haber habido una presión adicional para reducir la fertilidad conyugal en las áreas de lo que aún en Francia se describe como *la petite culture*. Las familias numerosas, en donde había herencia compartible (como en estas partes de Francia), hubieran constituido una desventaja creciente. Es cierto que para el siglo XVIII la partición de propiedades comunitarias en muchas partes del sur y del oeste del país se habían vuelto extremas. Y parece haber habido una presión compensatoria en el norte y el este para asegurarse contra las crisis provocadas de tiempo en tiempo por la escasez en las cosechas y el aumento de los precios del grano. Es esta presión en lugares donde existía una población absoluta numerosa y ningún soporte confiable fuera de la familia, lo que explica las diferencias de fertilidad conyugal entre

---

and institutional differences", 648–54, y clásicamente, por Malthus. Existe una revisión del argumento (incluyendo una discusión del punto de vista de Malthus) y una referencia a otra sugestiva evidencia en Richard M. Smith, "Transfer incomes, risk and security: the roles of the family and the collectivity in recent theories of fertility change", en David Coleman y Roger Schofield eds., *The State of Population Theory: forward from Malthus*, Oxford: Blackwell, 1986, pp. 188–211, y "'Modernisation' and the corporate medieval village community in England: some sceptical reflections", en A. R. H. Baker y D. Gregory eds., *Explorations in Historical Geography*, Cambridge University Press, 1984, pp. 140–79, especialmente la conclusión en p. 178. Lebrun, "Les crises démographiques", 223.

La frase de Goubert sacada de *Cent milles provinciaux*, p. 69, donde él la contrasta en el siglo XVII con una *courbe sereine* en el siglo XVIII, quizás optimísticamente descrita. Hufton, "Social conflict", 318, 304.

el norte y el este de Francia e Inglaterra. En el sur y en el oeste y en el norte y el en este, si bien de maneras distintas y por razones distintas, Francia era en verdad un sistema demográfico "de alta presión".

La última pregunta de tipo explicativo, pues, es por qué la fertilidad dentro del matrimonio decae en Francia en el último cuarto del siglo XVIII. Si uno fija la atención en lo que podría describirse como "demanda", es fácil imaginar cómo las presiones se volvieron intolerables tanto en las áreas de la *petite culture* como en las áreas de agricultura comercial en el norte y el este: en la primera, la partición de las propiedades comunitarias (holdings) había dejado de proveer un medio de vida decente, y vender era a lo sumo una solución a corto plazo; en la segunda, los beneficios de tener parentela como un seguro habían sido excedidos por el costo de mantenerla. Pero esta es una especulación. No conozco evidencia suficiente que determine cuán ciertas han podido ser ambas cosas. En cambio, si fijamos la atención en lo que podría describirse como "oferta", el acertijo comienza finalmente a desentrañarse. Porque hubo desde el final del tercer cuarto del siglo XVIII una baja dramática y sostenida de la mortalidad con la consiguiente subida dramática y sostenida de la expectativa de vida. El término medio de vida en Francia entre 1740 y 1780 era de 27.4. En Inglaterra, en la misma época, era de 36.3. Pero en Francia en la década de 1830, era de 39.9, en Inglaterra, de 40.2. En Francia había aumentado en el interín más de doce años, o más del cuarenta y cinco por ciento, en Inglaterra menos de cuatro años, o menos del diez por ciento. Y como bien aclara Wrigley, el desmenuzar la tendencia global en Francia revela que las diferencias en la caída de la fertilidad (y las diferencias también en el aumento de la nupcialidad) igualan las diferencias en la disminución de la

mortalidad. La cuota de reproducción neta global en Francia no sólo permaneció muy cerca de la unidad durante un período de cambio; también permaneció notablemente cerca de la unidad en casi todas las regiones francesas. Una vez más, los franceses habían demostrado ser excepcionalmente sensibles a las condiciones cambiantes.[23]

Las sociedades modernas tempranas no mostraron un interés constante por alcanzar un punto máximo de fertilidad. El hecho de que en partes de Francia moderna la fertilidad pareciera haber alcanzado, si no el grado máximo – porque dada la naturaleza del caso, es extremadamente difícil saber lo que sería en cualquier población una fertilidad máxima o "natural" – un grado alto y cercano al máximo grado, más alto y más cercano que en Inglaterra, no quiere decir que en este sentido Francia exhibiera un "régimen biológico". Quiere decir simplemente que las condiciones eran distintas y generaron un interés distinto. Pero en Francia, éste fue un interés nacido de algo próximo a la desesperación, muy similar al interés que hoy aparece en un lugar como Bangladesh. Bien visto, es posible que los franceses hubieran preferido no tener semejante

23 Wrigley, "The fall of marital fertility". Francia deja quizás de ser "el exasperante acertijo" que fue según la descripción de Van de Walle para los estudiosos de la transición de la fertilidad en Europa (nota 19); pero ahora queda la pregunta de por qué y cómo la mortalidad decayó tan rápido en tantas partes del país. Una respuesta alternativa a una caída semejante fue la de Noruega: la limpieza de nuevos terrenos en lo que había sido hasta entonces un campo parcialmente habitado hasta que después de dos o tres generaciones, cuando la presión se hizo demasiado grande, casi un tercio de la población emigró a Estados Unidos, y el resto redujo su cuota de fertilidad (Drake, *Population and Society*).

interés. ¿Fue algo requerido? ¿Ha podido la Francia rural tener un régimen de fertilidad distinto?[24]

IX

Si la fertilidad en las poblaciones modernas tempranas hubiera sido "natural", independiente de todos los arreglos sociales, la respuesta a estas interrogantes se hallaría en lo que, junto con Braudel y Bourgeois-Pichat, uno podría describir simplemente como "biología". Pero es inconcebible que la fertilidad en ninguna parte esté o pueda estar libre de tales arreglos. La fertilidad siempre depende, entre otras cosas, de la edad en la cual las mujeres comienzan a tener actividad sexual y la frecuencia con que practican el sexo mientras son fecundas; de prácticas de lactancia; y demás.[25] La fertilidad en Francia ciertamente dependió de factores como éstos y de otros semejantes. La cuestión consiste entonces en averiguar si alguno de los convenios que regían estos "determinantes próximos" de la fertilidad en la Francia rural hubiera

24 Bangladesh es un caso extremo pero por la misma razón esclarecedor. La comprensión de este aspecto se debe en gran medida a Mead Cain (p.ej. "Risk and insurance: perspectives on fertility and agrarian change in India and Bangladesh", *Population and Development Review* 7 (1981), 435–74). Para una mayor comparación entre lo que Cain describe sobre Bangladesh por una parte y por otra, Tokugawa en Japón, China en los años cincuenta y la provincia de Kwantung (en China) y Bali desde el final de la década de los sesenta, McNicoll, "Institutional determinants".

25 Un conjunto inicial de estimados sobre cómo afecta la fertilidad si se varían las presuposiciones sobre la edad matrimonial y la frecuencia de la práctica sexual está en Jean Bourgeois-Pichat, "Les facteurs de la fécondité non dirigée", *Population* 20 (1965), 383–424; el análisis

podido ser distinto. Por supuesto que a la hora de la verdad, sí hubiera podido serlo: las mujeres francesas han podido casarse más tarde aún, prolongar los periodos entre cada embarazo, y como sus decendientes, restringir antes la fertilidad dentro del matrimonio. Pero el porcentaje y la edad del matrimonio mismos dependian de otros factores.

En gran parte del campo francés, y a mitad del siglo XVII, ciertamente en su mayoria, la recabación de impuestos era uno de los factores cruciales. Esta llegó a cuadruplicarse en la década después de 1630. "Los campesinos franceses", anota Goubert, "nunca que yo sepa habian pagado tantos impuestos como en el siglo XVII, excepto quizás en el XVIII, pero para entonces, eran más ricos." Y de todos estos impuestos, eclesiásticos, señoriales y reales, que bien han podido sumar un quinto de los ingresos del campesino y dejarlo muy cerca del margen, fue el último el más severo. Su razón inmediata fue la preparación emprendida por Richelieu para la guerra contra España, guerra declarada eventualmente en 1635. Pero las dificultades fiscales del estado francés se habían agudizado en los últimos treinta años. Su causa y combinación fueron producto de lo que un siglo antes había sido un reverso en la economia agrícola, y de la venta a gran escala de

---

autorizado para lo que ha dado en llamarse los determinantes próximos de la fertilidad está en J. Bongaarts y R. G. Potter, *Fertility, Biology and Behaviour: an analysis of the proximate determinants*, Nueva York: Academic Press, 1983. Además de la proporción de mujeres casadas a cualquier edad en su período reproductivo y la frecuencia de la práctica sexual dentro del matrimonio, estos determinantes incluyen abstinencia, amenorrea debida a la lactancia, anticoncepción, aborto inducido, mortalidad intrauterina espontánea, esterilidad natural y esterilidad patológica (sobre la idea de fertilidad natural, ver la nota 19).

cargos la cual, aunque le aportaba a la corona unos muy necesitados ingresos, a juicio de Perry Anderson – contrafáctico en si – impidió que la burguesía hiciese dinero mediante el comercio y la industria y proveyese a la corona de más ingresos, que a su vez habrían fomentado la demanda de alimentos en las ciudades y con ello el alza de los precios agrícolas, la producción y el nivel de la vida rural. Para colmo de males, el reverso en la economía agrícola francesa en el siglo XVII no fue sino una vuelta más en lo que parece haber sido un amplio ciclo de expansión y contracción poblacional, mucho más denso en Francia que en Inglaterra, expansión y contracción en el uso de la tierra, expansión o contracción en los impuestos, primero por parte de los señores y luego por parte de ellos y del Estado. A mediados del siglo XVI, existía una población rural creciente, una productividad decreciente, y una inflación en aumento; los campesinos eran pobres y susceptibles a contraer enfermedades. De ahí la mayor inmediatez de su respuesta a la oferta de recursos. En Inglaterra, las condiciones no eran ni mucho menos tan graves.[26]

El vívido contraste entre las economías políticas de los dos países a inicios del período moderno temprano no tiene, por supuesto, más propósito que el de sugerir que en cada una de ellas la cuota de reproducción en sentido demográfico estuvo en

[26] Pierre Goubert, Ian Patterson trad., *The French Peasantry in the Seventeenth Century*, Cambridge University Press, 1986, pp. 179, 204; también Richard Bonney, *The King's Debts: finance and politics in France, 1589–1661*, Oxford: Clarendon Press, 1978. Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Londres: New Left Books, 1974, p. 98. J. H. Elliott, *Richelieu and Olivares*, Cambridge University Press, 1984, especialmente pp. 113–42. Sobre el largo ciclo agrícola en Francia a partir del periodo medieval tardío hasta el siglo XVI, Bois, *Crisis of Feudalism*, pp. 399–403, 377–84.

función del intento de (y desvíos en) la reprodución en sentido económico. Fue tan endógena como exógena, tanto si no más, una consecuencia de los intentos abusivos de las autoridades por incrementar los impuestos – y en verdad en el siglo XVI, por apropiarse cada vez más los terrenos mismos, produciendo así una proporción cada vez más alta de trabajadores agrícolas en el norte y el este del pais – como la disposición del pueblo a expandir el cultivo cuando por uno u otro motivo las condiciones parecían ser más propicias. Y debido a que el incremento de los impuestos, particularmente los reales, era mayor en Francia que en Inglaterra, y porque la asistencia comunitaria, los riesgos compartidos, eran menores en Francia que en Inglaterra, el régimen demográfico de la una era más abiertamente "malthusiano" que el de la otra. A los franceses ha podido interesarles un régimen menos castigador, pero las condiciones del régimen que tenían estaban dadas por la economía política del país (incluyendo la provisión del destituido) la cual, para ser de otra manera, habría requerido una constelación de factores muy distinta: una constelación de factores en la *longue durée* desde por lo menos el siglo XIV, y también, una constelación diferente de *événements* más inmediatos y puramente políticos a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII.

La primera de estas posibilidades requiere que demasiadas cosas hubiesen sido diferentes desde demasiado tiempo atrás para que ésta haya podido ser una posibilidad plausible del mundo de la Francia del siglo XVII, siendo ese mundo como era en la mayoría de los otros aspectos; si la historia económica y social del medio rural francés hubiera sido diferente en esa época, Francia habría sido un país muy distinto en el siglo XVII. La segunda posibilidad, sin embargo, es más plausible. Viéndolo bien, Richelieu ha podido seguir el consejo de no presionar sus diferencias con España, e

inclusive si, en su más profunda dificultad fiscal, los impuestos que él recabó no eran de ninguna manera todos los que el Estado necesitaba recabar de sus agricultores para mantenerse, ellos fueron ciertamente una parte causalmente importante. Al final del siglo XVII, después de todo, cuando la carga fiscal comenzó finalmente a aliviarse, la cuota de mortalidad decayó, y los patrones de matrimonio y fertilidad finalmente cambiaron.

X

El seguirle el hilo a las posibilidades sugeridas por las explicaciones disponibles de lo que – quizás ha quedado ya claro – dista de ser simplemente un régimen "biológico" en la *longue durée* de la Europa temprana moderna revela dos ironías. La primera tiene mayores consecuencias analíticas. Se necesita una teoria fuerte, arguyó Elster, para ser capaz de "garantizar la aseveración" de una proposición condicional contrafáctica. Pero mientras más fuerte, es decir, mientras más deterministica sea la teoria, más dificil se vuelve, como él mismo dijo, insertar ningún antecedente que vaya contra-los-hechos. La teoría encierra en sus límites el mundo entero. Elster tenia razón respecto a la dificultad, pero como dije más arriba, quizás no la tenia del todo en su manera de resolverla. Los procesos inductivamente conocidos del mundo le ponen límites a lo que un condicional contrafáctico puede aseverar. La etiologia de la peste y las mejores generalizaciones que tenemos sobre su epidemiologia, le ponen un limite a lo que cualquier medida concebible hubiera podido lograr en cualquier conjunto de condiciones. Lo que sabemos sobre la concepción y la gestación de niños y las condiciones que les permitirá sobrevivir

hasta su madurez le pone límites a la manera de reproducirse de cualquier población.[27] No hay nada en el primer límite donde se sugiera que las autoridades no pudieron tomar medidas para controlar la peste; nada en el segundo donde se diga que los campesinos franceses no habrían podido producir menos hijos; y nada en el tercero donde se explique cómo un tirano va a desplegar su poder o cómo una oligarquía menos tiránica pero no obstante con capacidad de mando hubiera sido incapaz de imponer controles sobre la circulación. Los confines más estrechos de lo-que-podía-haber-sido en el mundo medieval y en el mundo de la Europa moderna temprana no vienen dados por teorías, sino por las circunstancias particulares de ese mundo.

Pero insistir demasiado en este punto, sin embargo, puede llevarnos a aceptar con excesiva facilidad el argumento de los holistas, la presuposición – la presuposición de Leibniz, la que Oakeshott y Braudel asumieron en la práctica historiográfica – de que la hermética red de situaciones interrelacionadas, la mera densidad de las circunstancias que constituyen cualquier pasado, excluye otra alternativa que no sea un mundo totalmente diferente desarrollándose desde el principio de todos los mundos. Pareciera que se trata simplemente de cambiar teorías fuertes por pasados densos. Pero esto no es algo que pueda decidirse de antemano. Se tiene que demostrar siempre. He argüido que el examen de las opciones sugeridas por las explicaciones sobre la incidencia de la peste y los niveles de fertilidad indica que dentro de una reconocible Europa medieval y moderna temprana, la incidencia

27 Como Elster ha admitido desde entonces en otra parte, y en conexión con algo distinto (*Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, 1985, pp. 200–1).

de la una y también, en ciertas áreas, los niveles de la otra, han podido ser distintos.

No he hecho esto invocando una teoría general, sino haciendo comparaciones, tomando "casos contrastantes" dentro de la propia Europa y extendiéndolos. Estas comparaciones consistieron simplemente en ver la naturaleza, circunstancias y efectos de razonamientos prácticos concretos y de las acciones resultantes en otras circunstancias de similar pertinencia en otros tiempos igualmente comparables. La plausibilidad – si uno quiere ponerlo en el modo metalingüístico que Elster una vez adoptara, la "garantía de aserción" – de lo que pudo haber sido depende parcialmente de lo que, en algún lugar, se intentó hacer. Pero no sólo depende de esto. También consiste en imaginar, a la luz de lo sugerido por las comparaciones, aquello que los propios agentes pertinentes habrían podido considerar y habrían podido llevar a cabo, en tanto que agentes. La extensión imaginaria de lo que las autoridades de Florencia o de Nuremberg, por ejemplo, trataron de hacer a principios del siglo XVI; o la extensión de las circunstancias económicas y sociales y los intereses que ellas generaron en la Inglaterra rural a la Francia contemporánea; dependen las dos, por supuesto, de la comprensión que uno tenga de las causas de lo que uno está extendiendo y de la probabilidad de que estas causas y sus condiciones (o sus substitutos) hayan podido ocurrir o tener efectos semejantes en otro lugar. En este sentido, pero sólo en este sentido, el cual es quizás demasiado débil para ser analíticamente interesante, depende de tener una "teoría".

Para la substancia de la explicación histórica y social, sin embargo, la segunda ironía es la más importante. En la medida en que fueron endógenas, las mutaciones de morbididad, mortalidad y fertilidad en la Europa moderna temprana parecieran no depender

completamente de esos otros aspectos que los historiadores de los *Annales* y los científicos sociales han dado en pensar como "estructuras" de las sociedades en cuestión. Tanto el control de la peste – al menos en las ciudades – e inclusive los niveles de fertilidad en los momentos cruciales – al menos en el campo – dependieron de factores politicos: de *conjonctures* si es que no de meros *événements*, considerando las consecuencias que para el bienestar social tuvo la determinación de Richelieu de fomentar la disputa entre Francia y España y de aumentar consiguientemente la pesada carga de los impuestos en el campo. Con toda la acumulación e imaginaria fuerza compresora de la *longue durée*, el tomar en cuenta las opciones que el funcionamiento de las estructuras sugiere puede hacerlas parecer decididamente menos estructurales. En realidad una estructura no es una situación inalterable sino una que no ha cambiado mucho. Y ésta es una verdad sobre las estructuras a la que se ha llegado considerando lo que ha podido suceder. Lo cual se puede debatir, claro está. No se trata, como dije en mi primer capitulo, de algo acerca de lo que podamos estar ciertos y llegar a conocer en ese sentido.[28] Se

[28] Steven Lukes correctamente anota que "investigar las restricciones estructurales sobre el poder de los agentes es en parte averiguar sobre la naturaleza de esos agentes y tal investigación es por su naturaleza una interrogante sobre condicionales contrafácticos". Pero no ofrece argumento para su punto de vista posterior de que "seria falaz concluir que en principio no existe una respuesta correcta sobre lo que permanece dentro o fuera del poder de los agentes" ("Power and structure", en *Essays in Social Theory*, Londres: Macmillan, 1977, pp. 3–29 en p. 29). Inclusive para un agente particular, con toda la

trata de algo que depende de los juicios inherentemente discutibles de los igualmente discutibles juicios prácticos de los propios agentes.

información posible, no podemos *saber* de antemano – saber con certeza o con algún grado conmensurable de probabilidad – lo que, dentro de límites interesantes, éste pueda hacer; e incluso si investigamos después del suceso, y encontramos que en efecto lo hizo, eso no nos dice nada seguro sobre sus capacidades – pues ha podido tener ayuda extraordinaria, o ha podido hacer aún mucho más.

3
Estados Unidos en Corea del sur

I

La política es el ejemplo por excelencia del razonamiento práctico en lo que podríamos describir como un mundo de causas. Es, como dice el aforismo, el arte de lo posible. Inventa futuros y los produce; futuros que antes del acontecimiento están abiertos y son meramente posibles; futuros de presentes reales que son a su vez consecuencia de la práctica concreta en auténticos pasados. Las maneras en que se ha pensado sobre sus posibilidades, sin embargo, dejan algo que desear.[1]

1 Algunos estudiosos de la política, Laurence Whitehead, Adam Przeworski y (en menor medida) Guillermo O'Donnell, por ejemplo, coinciden en la valoración de las perspectivas para cualquier tipo y grado de democracia – algún tipo y grado de apertura en la competencia de las clases políticas – en América Latina en la década de 1980 (O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Whitehead eds., *Transitions from Authoritarian Rule: tentative conclusions about uncertain democracies*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986, II, p. 15, III, pp. 3–46, 47–50). Przeworski no obstante, aunque acepta que las consideraciones contrafácticas son cruciales, cree que "ninguno de los enfoques en el estudio de las posibilidades históricas nos lleva lo suficientemente lejos como para que las presuposiciones contrafácticas intersubjetivas sean aceptables", y no las escrutiniza. De manera más general, John Dunn, *Rethinking Modern Political Theory: essays 1979–1983*, Cambridge University Press, 1985, pp. 5–12.

Las generalizaciones condicionales no son suficientes. Si uno se hace preguntas que piden explicaciones, lo que ha sido logrado politicamente en cierto lugar puede proveernos con el caso de contrastación más idóneo. Puede inclusive darnos una indicación preliminar de lo que se podría lograr en cualquier otra parte. Si por la década de 1950, los socialdemócratas en Suecia y Alemania Occidental fueron capaces de ver cuáles tendencias económicas y sociales estaban erosionando su antigua base electoral dentro de la clase trabajadora, y por consiguiente, de ajustar su programa, el Partido Laborista británico hubiera podido hacer lo mismo. De igual manera, si algunas autoridades fueron capaces de tomar medidas en contra de la peste en la Europa moderna temprana, otras hubieran podido hallarse en condiciones de hacer lo mismo. Pero inferencias de este tipo, como ya sugerí en los dos capítulos anteriores, bien pueden sobreestimar lo que hubiera podido hacerse. E inferencias de otras comparaciones bien pueden subestimarlo. Es relativamente fácil ver en retrospectiva cómo en Costa Rica en 1948 o en Colombia y Venezuela diez años después, las clases politicas decidieron llegar a un compromiso en favor de la paz politica. Pero por adelantado no estaba para nada claro que iban a hacerlo.[2]

Tampoco será suficiente en circunstancias normales invocar teorías de otro tipo sobre lo que sería o hubiera sido racional que un agente político hiciera. Los modelos formales de la racionalidad

2 El tema general está bien tratado para la década de 1980 por Albert Hirschman, "Notes on consolidating democracy in Latin America", en *Rival Views of Market Society and Other Recent Essays*, Nueva York: Viking, 1986, pp. 176–82. Sobre Costa Rica en comparación con otros estados de Centroamérica, James Dunkerley, *Power in the Isthmus*, Londres: Verso, 1989, sobre Colombia, Jonathan Hartlyn, *The Politics of Coalition Rule in Colombia*, Cambridge University Press, 1988, y sobre Venezuela, Judith

política deben asumir que los agentes tienen fines establecidos y que las circunstancias en que razonan son estables; si estas presuposiciones no se mantienen, las teorias rápidamente dejan de producir resultados precisos. (Y en las ocasiones donde las presuposiciones si se mantienen, pero el número de agentes es muy grande, y sus fines varios, los modelos se vuelven demasiado complicados muy pronto.) Algunos historiadores políticos, aunque sólo sea por omisión, han visto el problema. Pero rara vez le han seguido el hilo a las posibilidades que sus propias explicaciones

---

Ewell, *Venezuela: a century of change*, Londres: Hurst, 1984, pp. 122 ss.

Alasdair MacIntyre no sólo adelantó un fuerte argumento en contra de las generalizaciones condicionales en la ciencia social sino que está absolutamente en contra de las comparaciones entre instituciones en general, especialmente instituciones politicas: "la estipulación de un contexto lo suficientemente distinto como para hacer interesante la búsqueda de los contra-ejemplos será normalmente la estipulación de un contexto donde no podemos esperar ni suponer que encontraremos ejemplos del fenómeno original y por lo tanto tampoco podemos esperar que haya contra-ejemplos", de tal manera que "o bien . . . las generalizaciones acerca de las instituciones necesariamente carecerán del tipo de confirmación requerida o serán las consecuencias de verdaderas generalizaciones acerca de la racionalidad humana" ("Is a science of comparative politics possible?", en Peter Laslett, W. G. Runciman y Quentin Skinner eds., *Philosophy, Politics and Society*, 4th series, Oxford: Blackwell, 1972, pp. 14, 15). El aplica bien su advertencia y no sólo en comparaciones politicas; su propio ejemplo es el de la diferencia entre los partidos de masas americanos y africanos. Pero exagera: que una comparación sugerida tenga sentido es una interrogante abierta, que debe ser respondida en cada caso conforme se plantea, y no como él quiere contestarla, por fiat, basándose en el hecho de que prácticas aparentemente similares en circunstancias distintas *siempre* tendrán "significados" diferentes para las personas involucradas en cada una de ellas.

sugieren, o a las implicaciones que tales posibilidades tienen para las explicaciones que las sugieren.[3]

II

Las narraciones históricas sobre la división de la peninsula coreana después de 1945, de la guerra que resultó de esa división, y de los efectos de la guerra tanto en Corea como en el exterior, son un caso muy a propósito. Para Bruce Cumings, Corea fue la primera prueba que pasó la política de "contención" de la administración Truman, y, la invasión del sur por el norte en 1950, su primer fracaso. Pero esta política, tal como lo ve Cumings, no era nueva. Continuaba sencillamente la intención de Roosevelt durante la Segunda Guerra Mundial de diseñar una política que "se acomodara a las precupaciones de seguridad americanas de posguerra, abriera las colonias al comercio y al tutelaje americanos, y acorralase la revolución comunista y anticolonialista". La decisión de Truman de ocupar Corea del sur en otoño de 1945, y la formulación en 1947 de sus intenciones más generales en lo que se conoció como la "Doctrina Truman", fueron una consecuencia natural de esto. También lo fue el rechazo de Estados Unidos, una vez en Corea, a aceptar las condiciones soviéticas respecto a un gobierno provisional que administrara toda la península bajo un mando común hasta que se considerara al pais capaz de autogobernarse. Un funcionario del Departamento de Estado en 1949 había dicho que era discutible "que sin la presencia de la armada soviética, y

[3] Charles Maier es una rara excepción; ver el capitulo 1, nota 4.

bajo un mando compartido entre cuatro poderes, donde siempre habria tres votos contra uno, el resultado hubiese podido ser como en Italia o en Francia". Pero éste, cree Cumings, es un juicio equivocado. "El primer año tras la liberación ... resultó ser un crisol ... en el cual un nuevo imperio organizó la lógica de sus propios intereses".[4] Los intereses estaban establecidos, y también sus consecuencias.

James Matray concuerda con esto pero por una razón distinta. En primer lugar, Matray sugiere, "tan sólo un acuerdo entre los Aliados" hubiera fomentado "una atmósfera de estabilidad" en Corea tras la rendición de los japoneses y su partida de la peninsula. Los coreanos no estaban preparados para autogobernarse, y aun si lo hubieran estado, es casi seguro que una Corea con gobierno propio hubiera sucumbido a la competencia que se desarrolló entre la Unión Soviética y China en el noreste de Asia. La ocupación americana del sur del país se hizo con la intención de prevenir esto. Una vez alli, Estados Unidos por consiguiente se comprometió a la idea, que en principio habia acordado ya con la Unión Soviética, de un mando compartido. Pero los intereses soviéticos y los americanos demostraron ser demasiado distintos y no se logró un acuerdo sobre las condiciones del mando compartido. La politica

[4] Bruce Cumings, *The Origins of the Korean War: liberation and the emergence of separate regimes*, 1945–47, Princeton University Press, 1981, pp. 129–30, 443–4; Cumings ofrece un comentario más sereno sobre el internacionalismo de Roosevelt en p. 438 y ocasionalmente vacila acerca de la coherencia de la politica de Estados Unidos, por ejemplo en pp. 116 y 438. Similarmente William Stueck, "The march to the Yalu: the perspective from Washington", en Bruce Cumings ed., *Child of Conflict: the Korean–American relationship*, 1943–1953, Seattle: University of Washington Press, 1983, pp. 195–237 en p. 237.

de Truman ante el ataque del norte coreano en 1950, arguye Matray, fue sensata. "Reconoció el poder superior del nacionalismo sobre el comunismo como una fuerza en asuntos internacionales. Y aún más, admitió las limitaciones obvias del poder de Estados Unidos para controlar los acontecimientos en Asia." Los americanos pueden haber sido torpes durante la ocupación, y pueden haber cometido errores. Pero el que Syngman Rhee se diera cuenta eventualmente en 1948 de que deseaba una república separada para el sur, lo cual sellaba la oposición entre el norte y el sur, fue en la opinión de Matray "la exagerada expansión de fuerzas" (entre las cuales la persistente hostilidad de los coreanos a aceptar otra vez un gobierno foráneo no era la más insignificante) que estaban "más allá del control de Truman".[5]

Otros historiadores opinan que el funcionario del Departamento de Estado podía haber tenido razón. Los acontecimientos no habían sido ordenados de antemano. Estados Unidos no tenía por qué haber ocupado Corea del sur, y su ocupación no tenía por qué haber conducido a dos estados opuestos y a la guerra. El mismo Gregory Henderson que fue funcionario del Departamento de Estado, y vicecónsul en Seúl al final de la década de 1940, en la historia que escribió veinte años más tarde, pretende que los americanos "no tenían intereses egoístas; en realidad no tenían objetivo alguno, puesto que carecían de política". "Es difícil", concluye Michael Sandusky en la narración más extensa y más reciente, "distinguir exactamente lo que la administración Truman

[5] James I. Matray, *The Reluctant Crusade: American foreign policy in Korea, 1941–1950*, Honolulu: University of Hawaii Press, 1985, pp. 26, 161, 258. La República de Corea en el sur nació el 15 de agosto de 1948, la República Democrática Popular en el norte el 9 de septiembre.

pretendía hacer con Corea del sur." Y en caso de que si haya tenido claras intenciones, éstas se hallaban en conflicto. "Factores políticos, militares y geográficos", arguye Soon Sung Cho en una de sus primeras valoraciones, "le hicieron difícil a Estados Unidos desarrollar una política coherente con su compromiso moral ante la unificación de Corea, y con su propio interés." Pero este interés, argumenta Charles Dobbs, sólo se aclaró en enero de 1947 justo tres meses antes de que Truman anunciara su doctrina. El Departamento de Estado se definió con claridad sólo en ese momento, cuando se vió enfrentado a lo que interpretaba como intransigencia soviética en las negociaciones del mando compartido, a la presión creciente ejercida por el Departamento de Guerra a favor del retiro de las fuerzas americanas, y a una situación que se deterioraba en la zona americana. Formó un comité interdepartamental que llegó una semana más tarde a la conclusión de que la política de Estados Unidos debía ser "demostrar psicológicamente a los comunistas y a los coreanos que [Estados Unidos] tenia intenciones de quedarse en Corea, y crear en la práctica una economía viable en Corea del sur capaz de resistir" lo que Washington habia llegado a interpretar como "subversión comunista". Fue en ese momento, así lo ve Dobbs, que Corea se vió elevada a nivel de símbolo en la guerra fría. "Mientras menos estratégico (y menos comprendido) es un asunto", argumenta no del todo claramente, "mayor es su valor como símbolo, precisamente por su falta de importancia. Corea se estaba volviendo el buque insignia de las intenciones americanas, un signo de la determinación de América y, a su debido tiempo el simbolo llegó a crecer tanto que casi controló a su creador." No obstante, los cuatro historiadores concuerdan en oposición tanto a Cumings como a Matray, en que la política seguida por Estados

Unidos a lo largo del periodo entre 1945 y 1950 fue inepta puesto que fue inconsistente e irresoluta al principio y demasiado rígida a continuación. La división resultante del país en estados ferozmente opuestos fue una desventaja para los coreanos y a la larga, sugieren Henderson, Sandusky y Dobbs, posiblemente también para Estados Unidos.[6]

Ninguna historia puede aún estar completa. El destino de posguerra de Corea fue decidido por Estados Unidos y la Unión Soviética. (A Inglaterra se la consultó formalmente, al menos hasta diciembre de 1945, China tuvo un efecto indirecto, y se les pidió a las Naciones Unidas que ratificaran las políticas americanas después

[6] Gregory Henderson, *Korea: the politics of the vortex*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1968, p. 121. Michael C. Sandusky, *America's Parallel*, Alexandria VA: Old Dominion Press, 1983, p. 332. Soon Sung Cho, *Korea in World Politics, 1940–50: an evaluation of American responsibility*, Berkeley: University of California Press, 1967, p. 284. Charles M. Dobbs, *The Unwanted Symbol: American foreign policy, the cold war, and Korea, 1945–1950*, Kent: Kent State University Press, 1981, pp. 92–3, 191–3. Existe gran cantidad de literatura sobre política exterior americana, por lo general después de 1945. Mucho de lo que concierne a Corea se discute en esas historias. No existe un estudio detallado de Corea desde 1945 hasta el presente; el más completo (una historia del país desde los primeros tiempos hasta 1948 y de sus dos zonas hasta 1980) es Andrew C. Nahm, *Korea: tradition and transformation*, Elizabeth NJ y Seúl: Hollym, 1988. Casi toda mi información la tomo de éstas. Las menciono separadamente sólo cuando cito algo, o donde una ofrece una información o una opinión en desacuerdo con los otros autores. Es discutible que la eventual división de la península en estados opuestos fuera a favor de los intereses de Estados Unidos pues aún si aceptamos que la decisión de ocupar el sur fue la primera prueba de contención, aceptamos que en 1950 esta prueba falló, y aceptamos también que este fracaso convenció a Estados Unidos de que tenía que

de 1947.) Los coreanos mismos también jugaron su papel, antes de septiembre de 1945 en el Gobierno Provisional de Corea en el sur de China y en el movimiento de Mao Zedong en el norte; en Estados Unidos y en la Unión Soviética, donde había grupos de exilados tanto en Moscú como en el lejano oriente soviético; y después de la ocupación americana, en la propia Corea. La mayoría de los documentos oficiales pertinentes no están ya reservados, y unidos a una gran cantidad de narraciones de primera mano y de memorias han permitido a los historiadores casi completar el cuadro de la

---

gastar más en (lo que consideraba era) poder disuario militar de (lo que consideraba era) la expansión soviética, todavia queda lugar para debatir si la nueva politica fue por consiguiente ventajosa para América, nacional o internacionalmente. Generó mucha hostilidad en el Tercer Mundo, la cual continúa bien entrada la década de 1990; condujo a una aventura en el sureste asiático en los años sesenta que causó daño en su ámbito interno; y en los diez años antes de que el largo antagonismo entre Estados Unidos y la Unión Soviética comenzara a aliviarse a finales de la década de los ochenta, comprometió a Washington a un nivel de gasto de defensa tan mutilador para la economía americana como Moscú admitió había sido el suyo para la economía soviética. El contra-argumento obvio es que el antagonismo entre Estados Unidos y la Unión Soviética no habría disminuido de no haberse triplicado el gasto de defensa en Washington después de 1979. Uno debe recordar también, tal como menciono más abajo, que existe cierta distancia entre lo que se tomó por ser la sugerencia original de Kennan en el famoso "telegrama largo" que envió a Washington desde Moscú en 1946, cuando era encargado de negocios allí, y la decisión de triplicar el gasto de defensa establecida en el documento NSC 68 del Consejo Nacional de Seguridad. Como Kennan recuerda en sus memorias, "de lo que yo estaba hablando cuando mencioné la contención del poder soviético no era de la contención de una amenaza militar por medios militares, sino de la contención política de una amenaza política." (*Memoirs, 1925–1950*, Londres: Hutchinson, 1968, p. 358).

parte que jugaron los diferentes intereses en Washington (en y entre los Departamentos de Estado y de Guerra y el Congreso) y también en el Gobierno Militar de Estados Unidos en Corea. También existe hoy mayor información sobre los coreanos del sur, acerca de los agentes más notoriamente políticos en Seúl (y como resultado del arduo trabajo de investigación documental que Cumings hizo en fuentes coreanas), y sobre quienes fuera de la capital estaban resistiendo tanto al gobierno militar americano antes de 1948 como al gobierno de la República que lo sucedió. Pero los archivos soviéticos aún están cerrados, un número menor de políticos y militares soviéticos han escrito sus memorias, y los que lo han hecho han sido menos locuaces. Los historiadores occidentales y coreanos, al igual que los protagonistas del momento, han tenido que adivinar en gran parte lo que hubiera podido ser las intenciones soviéticas. (Es por esto que esas intenciones aparecen, en lo que yo digo aquí, como si fueran de Stalin.) También existe una falta similar de información acerca de los coreanos en la Unión Soviética, en el norte de China antes de 1945 y en Corea del norte después.

Los historiadores más recientes, por lo tanto, no han tenido los datos completos; pero han tenido más. Sin embargo, debido a que, según he venido diciendo, las posibilidades aumentan y disminuyen simultáneamente en la explicación, estos historiadores ven con menos firmeza que sus antecesores lo que sus explicaciones sugieren. Por una parte, puesto que sus recuentos son más completos, les resulta difícil ver cómo los sucesos hubiesen podido seguir otro curso. Cumings sugiere que hubieran podido seguirlo de no haber considerado Estados Unidos a Corea como algo esencial para la seguridad del Pacífico y de la suya propia; en realidad, hubieran podido seguirlo quizás solamente si Estados

Unidos no hubiera pretendido garantizar en términos generales un mundo 'libre' y establecer su hegemonía sobre éste. Una vez que lo hizo, todo lo demás sucedió. Matray ve las intenciones americanas de otra manera, pero llega a una conclusión parecida. Por otra parte, debido a que hoy en dia existe más información sobre quién decidió qué, cuándo y cómo, o (como sucedía a menudo) cómo dejaron sin darse cuenta que la decisión fuese tomada por otros, los mismos historiadores han llegado a sospechar con frecuencia que los resultados habrian podido ser diferentes. A pesar de sí mismo, Cumings se pregunta si los sucesos no hubieran podido seguir otro curso en el caso dado de que el Gobierno Militar no hubiera apoyado a la derecha en el sur en otoño de 1945 y los primeros meses de 1946, y la "liberación", en el titulo de su último capítulo, no hubiera por tanto sido "negada". De igual manera, y de manera no muy distinta al autor del informe para el Departamento de Estado en 1949, Matray sospecha que el apoyo más inmediato y más decisivo para los moderados en el sur "hubiera podido contribuir al surgimiento de una Corea democrática, unificada e independiente".[7] Los historiadores tienen

7 Cumings, *Origins*, p. 122. Matray, *Reluctant Crusade*, p. 90. También "si Truman no hubiera considerado a Corea como un caso de prueba, y si Hodge [el comandante militar americano en el sur después de 1945] no se hubiera aliado de antemano con la derecha colaboracionista en Corea del sur, los americanos y los rusos habrian tenido la oportunidad de crear lo que Stalin hubiera llamado un gobierno democrático-burgués. Los dos grandes poderes entonces habrian podido rápidamente asignarle al nuevo gobierno la responsabilidad de las elecciones, retirar sus tropas, y neutralizar el país" (Stephen Pelz, "US decisions on Korean policy, 1943–1950: some hypotheses", en Cumings, *Child of Conflict*, pp. 93–132 en 108). El contraste pudiera hacerse con Austria o Finlandia.

a la vez más y menos certeza. Por eso hay que forzarles más allá de sus propias explicaciones.

Hacer esto es de por sí interesante. La división de la península de Corea condujo a la guerra de Corea; sin esa división no hubiera habido un norte que invadiese el sur. Y la guerra de Corea tuvo consecuencias fuera de la misma Corea. Fortaleció a aquellos que en Estados Unidos argumentaban a favor de un aumento en el gasto de defensa; de esta manera y de otras se intensificó la Guerra Fría. El antagonismo entre Estados Unidos y la Unión Soviética en Corea después de 1947 también ayudó a convencer al Departamento de Estado de lo necesario que era permitir la regeneración económica de Japón; de ésta y de otras maneras, algunas de las cuales – el alza de precios en las mercancías, por ejemplo – fueron más inmediatas, se produjeron dramáticas consecuencias para la economía mundial. Es importante decidir cuáles de esas consecuencias fluyeron de cuáles, y si acaso fueron inevitables.

Forzar al historiador más allá es también interesante para lo que quiero decir aquí acerca de las posibilidades que sugieren las explicaciones detalladas. Hay dos preguntas esenciales respecto al papel jugado por Estados Unidos en la División de Corea. La primera es si hubiera podido no decidir ocupar la parte sur de la península en otoño de 1945. La segunda es si, habiéndolo hecho, hubiera podido actuar entonces con el fin de lograr un país reunificado y eventualmente independiente. Respecto de cada una de éstas, como acerca de cualquier especulación contrafáctica, hay otras dos preguntas. ¿Fue la posibilidad misma posible? ¿Y adónde hubiera conducido su actualización? Cuando los historiadores se hacen estas preguntas – ninguno se las ha hecho todas – dan respuestas contradictorias. Mi propia conclusión es que Estados

Unidos hubiera podido sin dificultad no ocupar Corea del sur, pero una vez allí, no hubiera podido sin mayor pérdida, hacer algo distinto de lo que hizo. El argumento tiene implicaciones más amplias acerca de cómo pensar sobre la posibilidad política.

III

En opinión de la mayoría, Roosevelt tenía una clara visión del mundo de posguerra. La soberania económica de todas las naciones seria respetada, pero los obstáculos al comercio internacional iban a reducirse; éste fue el núcleo del acuerdo de Bretton Woods. La Unión Soviética sería reconocida como un super poder, sin hostilidades, pero se la iba a engarzar en una serie de acuerdos mutuos para preservar la seguridad de todos los poderes; asegurar esto iba a ser un papel importante de las Naciones Unidas. Y las colonias europeas y japonesas iban a ser conducidas hacia la independencia política; si en algún momento ello no resultaba factible, Estados Unidos, la Unión Soviética, quizás Francia e Inglaterra, y en los casos necesarios China, las mantendrian bajo un mando compartido hasta que se dieran las condiciones. De hecho, la idea se ablandó respecto a los territorios europeos; Gran Bretaña, Francia y los Paises Bajos le opusieron resistencia, y al final de la guerra, Estados Unidos necesitaba su cooperación en Europa.[8] Pero el plan se preservó para Corea.

[8] Robert J. McMahon, "Toward a post-colonial order: Truman administration policies towards South and Southeast Asia", en Michael J. Lacey ed., *The Truman Presidency*, Cambridge University Press y Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1989, pp. 340–8.

Roosevelt fue poco especifico sobre los detalles de su concepción. Permaneció, al decir de sus admiradores, flexible y siguió sus objetivos sin prestarle demasiada atención al normalmente empático pero siempre más ansioso Departamento de Estado. (En respuesta a la sugerencia de que era demasiado optimista respecto a la voluntad de cooperación de la Unión Soviética después de la guerra, solía decir, hasta justo antes de morir, que él podía manejar a Stalin. Andrey Gromiko recuerda que el caudillo soviético le tenía simpatía y lo admiraba.) Roosevelt estaba convencido de que solamente una colaboración internacional de ese tipo podía sostener el mundo justo y ordenado que él deseaba ver. Sus negociaciones con los aliados de guerra, los británicos arrastrando los pies sobre el imperio, los chinos queriendo expandirse, y la Unión Soviética entregada a su autoritarismo – en ese momento un hecho más irritante que su comunismo para muchos americanos que habían peleado contra el "fascismo" en Alemania y Japón – y la misma guerra, todo ello no logró disminuir para nada su convicción.[9] Existía además una razón de orden estratégico para sus intenciones sobre la propia Corea. El general MacArthur insistía en que la Unión Soviética debía unirse a la guerra contra Japón. Habiendo sido derrotado por ellas en las Filipinas, MacArthur sugirió que las fuerzas japonesas eran más vulnerables por el norte. Pensaba que una entrada soviética allí, a través de Manchuria y de Corea, reduciría costos y bajas para los americanos. Los Jefes

[9] Sobre la naturaleza y justificación de la percepción que los americanos tenían de la Unión Soviética durante y después de la guerra, John L. Gaddis, "The insecurities of victory: the United States and the perception of the Soviet threat after World War II", en Lacey ed., *The Truman Presidency*, pp. 235–72.

Conjuntos de Personal estuvieron de acuerdo, y en un encuentro de ministros de relaciones exteriores aliados en Moscú en octubre de 1943, se persuadió a Stalin para que declarase la guerra a Japón una vez que Alemania hubiese sido derrotada.

En 1944, el buen éxito de los nuevos bombarderos de largo alcance y de los rápidos portaviones de flotilla les hizo ver a algunos americanos que era poco probable que un ataque final a Japón se prolongase. De hecho, en septiembre de ese año, el general Arnold, quien dirigía alas de B-29 desde las islas ocupadas del Pacífico, junto a los almirantes King y Nimitz, llegó a sugerir que la entrada de la Unión Soviética a la guerra contra Japón pudiera no ser necesaria en absoluto. Algunos funcionarios del Departamento de Estado empezaron a preocuparse por las consecuencias a más largo plazo, pero la mayoría de los que tenían voz en la estrategia de mayor inmediatez siguieron pensando que la Unión Soviética debía entrar, y, en mayo de 1945, Estados Unidos se puso de acuerdo sobre una invasión a las propias islas japonesas, con bombardeo convencional, respaldada por un avance soviético contra el ejército japonés de Kwantung en el continente. Se planeó para el primero de noviembre. Aún cuando la nueva S-1 de Estados Unidos, la bomba atómica, debía estar lista a principios de agosto, como se esperaba entonces, no había garantía alguna de que Japón se rindiera pronto, y Estados Unidos carecía de capacidad de actuación en tierra firme o, inclusive si hubiera deseado hacerlo, de prevenir que la Unión Soviética atacara.[10]

Las desventajas para la distribución de poder en Asia en la posguerra, sin embargo, fueron inevitables. Manchuria, controlada

[10] Esta consideración es enfatizada por Sandusky, *America's Parallel*, pp. 99 ss.; la reserva de Arnold, King, y Nimitz en p. 133.

por los japoneses, regresaría sin duda a China. Pero fuesen cuales fuesen los deseos de Chiang Kai-shek, ésta no sería una solución que los coreanos iban a aceptar para Corea. En consecuencia la mejor opción que Estados Unidos tenía allí era asegurar un acuerdo con los otros sobre un mando compartido. Por ésta y por otras razones, entre las cuales no era la menor la creciente suspicacia acerca de la voluntad del caudillo soviético de implementar los acuerdos que los americanos consideraban previos, era necesario otro encuentro con Stalin, pero no hasta que hubiese certeza de que la bomba atómica iba a estar lista. La sincronía fue afortunada. Truman llegó a la conferencia de Potsdam en la tarde del 15 de julio. A primeras horas de la mañana del 16, se le informó sobre el buen éxito de las pruebas de S-1 en Nuevo México. El encuentro comenzó el día 17.

Estados Unidos se hallaba mal informado sobre las intenciones de Stalin. Roosevelt, parece ser, había comprendido la actitud defensiva de Rusia. Puede que no supiera que desde 1800, el país había sido invadido por el oeste en más de doce ocasiones. Pero había intuido la ansiedad de Stalin de que Gran Bretaña, China y Estados Unidos pudieran fortalecer entre ellos a Alemania y a Japón al final de la guerra y entre todos atacar a la Unión Soviética. En relación a los manejos de Stalin en Polonia en 1945, se mostró más confiado que otros; justo antes de morir, le recordó a Churchill que un resultado que favoreciera al gobierno de Varsovia sobre el gobierno provisional de Londres estaba en el espíritu del acuerdo de Yalta. Owen Lattimore le había dicho que la Unión Soviética estaba pendiente de China, que la tierra firme del este de Asia era una zona natural de interés para la Unión Soviética, que el comunismo se había vuelto una fuerza permanente, "respetable" y "progresiva" allí, y que por lo tanto, se preferiría cooperar con la

Unión Soviética antes que aceptar la propensión de los americanos, en la descripción de Lattimore, "de poner nuestro dinero en territorios liberados en manos de hombres que nosotros llamamos moderados pero a quienes su propia gente demasiado a menudo llama reaccionarios".[11] Habia descubierto en una conversación sostenida en Yalta que a Stalin no le gustaba la idea de que hubiera tropas extranjeras estacionadas en Corea después de la guerra, y que la Unión Soviética quería ser la influencia dominante allí. También se le habia dicho que la Unión Soviética habia estado preparando coreanos en Moscú. (En fecha tan tardia como noviembre de 1945, el embajador Harriman, de conocida beligerancia, le enviaría un cable a Truman desde Moscú recordándole que la Unión Soviética veía a Corea de la misma manera en que veia a Polonia, Finlandia, y Rumania, como un posible "trampolín" para un ataque sobre Rusia.) No había habido signos de que Stalin creyera que el interés soviético allí requiriese algo más que lo descrito por la Unión Soviética como un gobierno "independiente amistoso": asi les dijo el negociador soviético a los americanos en Seúl en 1946, un gobierno que fuese "amistoso . . . de manera que en el futuro no se convierta en la base de un ataque a la Unión Soviética".[12]

Pero al final de la primavera de 1945, la actitud de Washington

[11] Owen Lattimore fue consejero de Roosevelt durante la guerra; la última frase proviene de su *Solution in Asia*, Boston: Atlantic Little-Brown, 1945, p. 132.

[12] Sandusky, *America's Parallel*, p. 302. También William Taubman, *Stalin's American Policy: from Entente to Detente to Cold War*, Nueva York: Norton, 1982. El Coronel General Shtikov, negociador soviético en la Comisión Conjunta, citado por Matray, *Reluctant Crusade*, p. 81. También Dobbs, *Unwanted Symbol*, p. 79, donde Dobbs arguye que esto "evitaba el compromiso", puesto que dejaba claro que para la Unión Soviética,

respecto a Moscú había cambiado. Esto se debió en parte a la bomba atómica, pero sólo en parte. El desarrollo de los acontecimientos en Europa llevaron a Roosevelt a sospechar de la buena fe de Stalin. Truman estaba peor informado que su predecesor sobre asuntos internacionales, y era en cualquier caso de inclinación más "nacionalista" que "internacionalista", como lo han expresado ciertos historiadores. También tenía menos confianza política. Se apoyaba más en sus consejeros, y en consejeros más pesimistas. Aconsejados a su vez por Harriman, quien regresó a Washington tras la muerte de Roosevelt, estos hombres vieron sus sospechas confirmadas por los sucesos en Europa y más tarde, por el "análisis interpretativo" de las intenciones soviéticas que le habían solicitado a George Kennan, entonces agregado en Moscú, en febrero de 1946. Insistían en la posibilidad de una expansión soviética. A pesar de todo, los documentos de planificación del Departamento de Estado para Potsdam habían recomendado que Estados Unidos continuara con la idea de un mando compartido para Corea. Pero para entonces, teniendo la certeza de que la bomba estaría lista en agosto, y a pesar de los requerimientos soviéticos, Truman no

---

"Corea había caído en la misma categoría que Europa del Este". Menos de tres semanas antes, Kennan había enviado un memorandum desde Moscú urgiendo al Departamento de Estado que abandonase la idea de cooperar con la Unión Soviética y que apoyase al Gobierno Provisional Coreano, Kim Ku y Rhee, quienes "– por poco prácticos que sean y por mal organizados que estén – representan no obstante una oposición pro-americana a los partidos 'democráticos' existentes, financiados por la Unión Soviética, a las organizaciones sociales y al concepto de que los soviéticos habrían de dominar el futuro gobierno provisional". A juzgar por los pronunciamientos públicos, después de la primavera de 1948, era la Unión Soviética la que establecía paralelismos explícitos entre las situaciones de las dos zonas del país.

insistió en el asunto durante la conferencia. (Ha debido quedarles agradecido a los británicos por desviar la discusión sobre el mando compartido hacia territorios del Mediterráneo). Él y sus jefes de personal creían ahora estar en capacidad de adelantarse a los movimientos de Stalin dentro de los territorios japoneses del continente.

El 24 de julio, George Marshall se encontró con su homólogo, Alexsey Antonov, en Potsdam, y acordó con él que Estados Unidos y la Unión Soviética debían coordinar las operaciones por mar y aire contra Japón en el Mar Amarillo, pero le dijo a Antonov que el ejército americano no aterrizaría en Japón hasta finales de octubre. No lo dijo por candidez. Marshall estaba al tanto de la prueba en Nuevo México, y sospechaba, aunque no podía estar seguro, que la bomba habría causado la derrota de Japón antes de esa fecha. En realidad, el 19 ó el 20 le había dado instrucciones a MacArthur y a Nimitz de que incluyeran a Corea en sus planes para la ocupación del propio territorio japonés. La respuesta de MacArthur llegó a Potsdam el 27, su versión definitiva para Washington (una vez terminadas sus rencillas con Nimitz sobre el papel de la marina) el 8 de agosto. Ésta contemplaba ocupar Seúl el 8 de septiembre. Truman no estaba pues en lo correcto cuando más tarde recordó que en Potsdam "nuestros jefes militares no habían anticipado que llevaríamos a cabo operaciones en Corea".[13]

En Yalta, Stalin había dicho que sus fuerzas estarían listas para atacar a los ejércitos japoneses tres meses después de la derrota

[13] Con mucho, el mejor recuento de los que él llama una "evaluación apresurada" durante el encuentro de Potsdam está en Sandusky, *America's Parallel*, pp. 179–97, también pp. 174–8; Truman citado por Sandusky en p. 194.

de Alemania. En mayo le dijo a un emisario de Truman en Moscú, quien habia sido enviado para ver cuáles eran los planes soviéticos ahora que los americanos estaban seguros de tener la bomba lista, que el ejército soviético estaria en la frontera de Manchuria el 8 de agosto. En julio, en Potsdam, Stalin dijo que no estarían listos para moverse sino hasta el 15. Su primera estimación resultó ser la correcta. La Unión Soviética le entregó una declaración de guerra al embajador japonés en Moscú el día 8 (que llegaría efectivamente a Tokyo a medianoche) y entró en Corea del norte el día 9. Los americanos se sorprendieron y se alarmaron considerablemente. Pero no habia manera de detener al ejército soviético. Lo más que podían hacer era trasladar la mayor cantidad de tropas americanas lo más adentro posible de Corea, y pronto. De ahi que al preparar la orden general para la rendición de Japón en la noche del 10 de agosto, el Comité Coordinador de Estado, Guerra y Marina (CCEGM) le solicitara a la División de Operaciones del Departamento de Guerra un objetivo factible en la península. Convencida de que el avance soviético procedia con mayor celeridad de lo que en realidad lo estaba haciendo, pues se sabía que las veinticuatro divisiones del ejército de Kwantung habían sido debilitadas por el desvio de sus tropas más experimentadas a otra parte, y conociendo la resistencia de MacArthur a desviar tropas hacia Corea, la División de Operaciones sugirió el paralelo 38. Éste dividia a la peninsula justo al norte de Seúl. Era el pareçer de la División que ello era cuanto Estados Unidos podía esperar razonablemente, e incluso más. La orden general fue enviada el 15 de agosto. Stalin admitió que debía aceptar la rendición de las fuerzas japonesas en Manchuria, Karafuto (Sakhalin del sur), y Corea; trató de averiguar sobre otros detalles; pero no dijo nada sobre la propuesta división de Corea. Washington

se sintió sorprendido a la par que aliviado, y asumió que había sido aceptada.[14]

La estimación de MacArthur había sido correcta. Los americanos llegaron a Seúl el 8 de agosto y aceptaron la rendición japonesa de Corea del sur al dia siguiente. Pero la persona que MacArthur eligió para dirigir la ocupación no fue la más adecuada. El teniente general John Hodge era un buen comandante de campo, honesto

[14] Dobbs, *Unwanted Symbol*, p. 26 pretende que con "certeza" el paralelo 38 había sido decidido ya en Potsdam por Marshall y el jefe de operaciones del ejército basándose en el hecho de que los americanos necesitaban tener control del puerto de Inchon; pero otros no están de acuerdo y Dobbs no ofrece evidencia alguna. No es sorprendente que Stalin haya aceptado la propuesta respecto a la rendición. Quizás pensara que la tarea de avanzar hasta allí iba a ser dura para el ejército; las tropas de Kwantung, aunque debilitadas, tenian la reputación de ser feroces, y los avances a través de Corea del norte debían hacerse a lo largo de pasadizos que eran angostos y fáciles de defender para cualquier ejército. Quizás pensara que los americanos iban a desviar las divisiones que habían reservado para la invasión de Japón en noviembre. Quizás él o sus consejeros recordaran, lo que no hicieron los americanos, que el gobierno zarista había aceptado el paralelo 38 como línea divisoria de la influencia rusa y japonesa en la península en la década de 1890, y creyera que esto le iba a brindar suficiente seguridad a él también. Quizás aceptara la proposición de los americanos con el fin de tener voz en la administración de posguerra del Japón; pidió una zona de ocupación soviética en su respuesta a la orden general, aunque su petición fue inmediatamente denegada. Quizás él sabía que cualquier mando compartido en Corea iba a producir eventualmente un régimen simpatizante. Mark Jacobsen y John Horsfield consideran que es "ahistórico" preguntarse si la Unión Soviética – a pesar de sus promesas a Estados Unidos – le hubiera declarado la guerra a Japón el 8 de agosto si Estados Unidos no hubiera dejado caer la bomba atómica allí el dia 6 (Arthur Marder, Jacobsen y Horsfield, *Old Friends*,

y directo. Pero provenía de Golconda, Illinois, tenía demasiada inocencia política y mostraba "una necesidad aguda", según Sandusky, "de simplificar en demasía los problemas complejos". Algunos de sus funcionarios habían sido entrenados para la invasión de Japón, pero ni ellos ni él estaban preparados para Corea. No obstante, tenía un consejero político, H. Merrell Benninghoff; Benninghoff había trabajado brevemente en asuntos de mando compartido en el Departamento de Estado en 1943, donde había argüido que una ocupación soviética de Corea "crearía toda una nueva situación estratégica en el Lejano Oriente" cuyas "repercusiones dentro de

---

New Enemies: The Royal Navy and the Imperial Japanese Navy, II, *The Pacific War* 1942–1945, Oxford: Clarendon Press, 1990, p. 543). Naturalmente yo no estoy de acuerdo, pero en ausencia de información del lado soviético, no es una pregunta que aún se pueda responder fácilmente. Moscú hubiera podido creer que podría lograr lo que quería en el Lejano Oriente sin necesidad de lucha. No obstante, como el espionaje japonés reportó entonces, y con alarma, los destacamentos militares soviéticos partieron hacia el este en mayo de 1945 sin el equipo de invierno. Conforme la guerra se volvía en su contra, los japoneses tuvieron la esperanza de que la Unión Soviética no pelearía contra ellos, mediaría con los Aliados, y así facilitaría un resultado más honroso. Con este fin intentaron reconciliarse con Moscú, terminando, por ejemplo, un pacto anti-Comintern que habían hecho con Alemania e Italia en 1936. Pero aunque el Consejo Supremo Japonés – en su primera discusión abierta sobre la posibilidad de una derrota – estuvo de acuerdo en que Japón regresaría los territorios que conservaba en su poder desde la guerra con Rusia en 1904, se negó a contemplar otra cosa que no fuera la neutralidad para Manchuria (bajo lo que ha debido imaginar como un mando compartido con URSS y China) y la continuación de su ocupación de Corea. Pero las divisiones internas del gobierno de Tokio eran tales que cuando el embajador soviético le pidió que especificaran más detalles sobre los términos en que la Unión Soviética podría negociar con los Aliados, fue incapaz de hacerlo.

China y Japón pudieran ser de largo alcance".[15] Pero Benninghoff sólo llegó a Okinawa el 3 de septiembre, dos días antes de que Hodge partiera. Trajo algún material de apoyo sobre Corea, y Hodge era un lector concienzudo. Pero ni Benninghoff ni nadie estaba en capacidad de decirle qué era lo que tenía que hacer; el Departamento de Estado se hallaba confuso. Las únicas instrucciones de Hodge fueron no reconocer ningún gobierno putativo y reestablecer la ley y el orden, como sugirió MacArthur, con "la policía y los funcionarios japoneses que tenemos". Corea del sur adquirió la administración militar prevista para Japón, y fue tratada más bien como territorio ocupado que como uno liberado.[16]

En cuanto llegó a Corea, Benninghoff informó al Departamento de Estado que "el factor más alentador en la situación política" era "la presencia en Seúl de varios centenares de conservadores entre los coreanos de más edad y mejor educados".[17] La opinión en Washington era que los coreanos no eran capaces de gobernarse establemente. El Gobierno Provisional conservador de Kim Ku,

15 Citado por Cumings, *Child of Conflict*, p. 13. No se tiene constancia de que Roosevelt haya leído o reaccionado ante el reporte del Departamento de Estado en 1943, el cual fue supervisado por John Carter Vincent, director de la Oficina de Guerra del Lejano Oriente.

16 Cumings, *Origins*, p. 128. Sandusky, *America's Parallel*, p. 291. Dirigentes más apropiados para Corea, como se pensaba entonces, hubieran sido Joseph Stilwell, el primer candidato de MacArthur, o Albert Wedemeyer. Sin embargo, Stilwell, que había servido en China, no contaba con el favor de Chiang y el Kuomintang no lo aceptaba para ningún desembarco "en la costa China"; de Wedemeyer, el sucesor de Stilwell, se pensó que era más importante donde estaba. Las instrucciones de MacArthur tomadas de Sandusky, *America's Parallel*, p. 177.

17 Sobre Benninghoff en el Departamento de Estado y en Seúl, Cumings, *Origins*, pp. 113–14, 142–50.

que habia esperado el fin de la guerra en Chungking, era de reconocida codicia, corrupto y dividido, y no había evidencia de que tuviera seguimiento dentro de Corea o entre los exilados. Rhee, su idiosincrático Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario a Estados Unidos, tenia poco apoyo en Washington. (Al mismo tiempo, al amenazar Chiang con quitarle el financiamiento al Gobierno Provisional de Corea cuando éste protestó la idea de un mando compartido entre Gran Bretaña, China y Estados Unidos, ventilada por vez primera en la conferencia de El Cairo en 1943, el Departamento de Estado dijo que no toleraria la interferencia de China en el deseo que tuviesen las otras potencias de decidir su propio futuro).

En la propia Corea del sur había dos agrupaciones politicas. Una consistía de los conservadores locales de Benninghoff. Estos eran la continuación de un grupo de terratenientes y profesionales que habia intentado una oposición moderada a la ocupación japonesa pero que había sido rechazado al final de la década de 1920; algunos habían colaborado desde entonces. Se describían a sí mismos ante los americanos como "patriotas, notables y pertenecientes a varios círculos del estrato intelectual". A mediados de septiembre, formaron el Partido Democrático Coreano. Lo hicieron en oposición al segundo grupo. Este se había formado justo antes de que Hodge llegara. A mediados de agosto, sabiendo que la rendición estaba cerca, el gobernador-general japonés se dió cuenta de que tenia que encontrar a un grupo de coreanos que mantuviese el orden y protegiera a los particulares japoneses y sus propiedades durante la retirada. Primero se acercó a los conservadores, que lo rechazaron.[18] Entonces se lo pidió a Yŏ

18 Ellos le respondieron al gobernador que un gobierno tras la liberación era problema de los Aliados y del Gobierno Provisional de Corea; pero

Un-hyŏng, quien sí aceptó. Yŏ era un nacionalista de izquierda que había iniciado el año anterior, una Liga de Independencia Coreana; ahora formaba un nuevo Comité para la Preparación de la Independencia Coreana. Éste se expandió inmediatamente hasta incluir a un gran número de prisioneros liberados, soldados fuera de servicio y policías, y conforme se extendió fuera de Seúl, a campesinos de las provincias; parece que fueron creadas alrededor de 145 ramificaciones hacia el final del mes. Habiendo oído que los americanos venían, este comité anunció el 28 de agosto que iba a formar un gobierno con "un comité popular, elegido por una convención nacional de representantes del pueblo"; se fijó la convención para el 6 de septiembre y se declaró una República Popular Coreana. Muchos de los que se alinearon con este nuevo organismo se habían opuesto a los japoneses con mayor o menor celo en nombre del "comunismo". Pero la RPC tenía una base muy amplia; el mismo Yŏ no había pertenecido a ningún partido comunista coreano. En deferencia a la conocida hostilidad de los americanos por la izquierda, su primer "gabinete" incluyó a Rhee como director, a Kim Ku como su ministro del interior y a otro miembro del GPC aún en China, Kim Kyu-sik, como su ministro de relaciones exteriores. Pero Rhee no pensaba regresar hasta mediados de octubre, los miembros del GPC hasta finales de noviembre y principios de diciembre. Y para entonces, la organización de la República ya era realmente efectiva. Cuando la RPC reconsideró en noviembre qué hacer si

---

seguramente sintieron que si accedían, otros coreanos podrían verlos como colaboracionistas, y así perder autoridad (Cumings, *Origins*, p. 70; Cumings da un recuento detalladísimo de estos primeros movimientos, pp. 71–99).

los americanos reconocían el GPC como el gobierno del sur, se sorprendió a sí misma al descubrir que sus propios comités populares administraban casi la mitad del área bajo el paralelo 38. El gobierno militar confirmó este hecho. Los "comunistas" de la RPC, reportó Benninghoff, eran la única organización efectiva en el campo. ("Sin intervención extranjera", sugiere Cumings, "la RPC y las organizaciones que auspiciaba hubieran triunfado a lo largo de la península en cuestión de meses").[19] En Seúl, no obstante, la situación política permanecía confusa. Benninghoff se la describió al Departamento de Estado como un "barril de pólvora", "maduro para los agitadores". Los americanos se quejaban de que cada vez que dos coreanos se sentaban a cenar, formaban un nuevo partido. En lo único que coincidían todos estos partidos era en que los japoneses debían irse, sus propiedades ser confiscadas, y Corea obtener su independencia de inmediato. Pero sólo Rhee arguyó que una independencia separada para el sur era mejor que ninguna.

La independencia, sin embargo, era una de las cosas que Estados Unidos no quería conceder. El Departamento de Estado reiteró su interés en un mando compartido al final de octubre; pero aún carecía de planes. En realidad, fue un borrador soviético, con pequeñas modificaciones, el que se aceptó eventualmente en un encuentro de ministros de relaciones exteriores en diciembre. Mientras tanto, Hodge tenía que gobernar. Tal como MacArthur le sugirió que hiciera, formó una nueva policía militar con miembros

[19] *Origins*, p. 91. Los comités populares también eran activos en el norte, donde la administración soviética les permitía actuar con complacencia, aunque después de febrero de 1946 comenzó a dirigir la política cada vez más a través de coreanos simpatizantes en Pyongyang.

de las fuerzas policiales existentes, a quienes los coreanos detestaban. Comenzó empleando administradores japoneses, aunque desde Washington pronto le dieron órdenes de que desistiera. Formó un grupo juvenil que estaba dirigido y constituido en gran parte por quienes se oponían a la izquierda. Contempló organizar una fuerza de defensa nacional. Estableció un "consejo consultivo" en el que con poco tacto incluyó a un conocido colaborador y a ocho miembros del GPC; Yŏ era el único miembro de la izquierda, y rehusó servir. Por descuido le dió a Rhee ocasión de hablar en público a su regreso de Washington – vía Tokyo, en uno de los aviones privados de MacArthur – en una asamblea prevista para "darles la bienvenida a nuestros Aliados", y luego se disgustó cuando Rhee desde la plataforma anunció que los americanos lo habían invitado a regresar. Y nombró como consejero suyo a un inescrupuloso funcionario de la Oficina de Servicios Estratégicos, uno de los pocos que había apoyado a Rhee en Washington.[20]

El GPC empezó a llegar de China a finales de noviembre. Se habían puesto de acuerdo en que no pretenderían ser un gobierno. La República Popular Coreana, cuando se reunió para discutir las implicaciones del regreso del GPC, no aceptó esa condición; el nombre mismo del GPC, después de todo, sugería que se trataba de un gobierno; y como sus miembros descubrieron entonces, la RPC controlaba ya una gran parte del sur. Hodge, tras haber persuadido a Yŏ para que formase un Partido del Pueblo por separado, proscribió el GPC a principios de noviembre. (A

20 Este hombre, Preston Goodfellow, siguió a Rhee a Seúl, pero fue visto de regreso en Estados Unidos a principios de 1946 cuando se descubrió que Rhee le había ofrecido "concesiones" (sin duda imaginarias) en la Corea independiente.

finales de noviembre le había informado a MacArthur que en todo caso estaba convencido de que el GPC era "el grupo más poderoso respaldado por los comunistas en Corea y que tenía algunas conexiones soviéticas". Proscribirlo, pensaba él, sería "una 'declaración de guerra' para el sector comunista y pudiera resultar en desórdenes temporales. También podría traer acusaciones de discriminación política en un país 'libre', por parte de los rojos locales y de la prensa roja." ¿Qué le aconsejó Tokyo? MacArthur le dijo que usara su mejor juicio.)

Hodge había obedecido órdenes.[21] Se negó a aceptar las aspiraciones de ningún gobierno coreano. Favoreció a la derecha, pero dejó por sentado que la ocupación era una ocupación. Ello fomentó el antagonismo entre los partidos, aún cuando – como lo hicieron tanto la izquierdista RPC y el conservador PDC, pero no Rhee – aceptaran la autoridad temporal de Estados Unidos. El gobierno militar progresaba poco. Entre otras cosas, tenía que vérselas con la baja moral de las tropas, que deseaban irse a casa. El 16 de diciembre Hodge se desesperó. Envió un telegrama a Tokyo diciendo que la situación era imposible, que "todo coreano sabe

[21] Cumings simplifica cuando dice que respecto al regreso de Rhee a Corea, Hodge, MacArthur y otros "conspiraron contra la política establecida del Departamento de Estado" (*Origins*, p. 189). El Departamento de Estado no tenía en este momento una política clara, excepto no reconocer a ningún partido coreano como un posible gobierno, y continuar con la idea del mando compartido; y cualesquiera que fuesen sus preferencias políticas, Hodge respetó lo primero, aunque no lo segundo, al menos no de buena voluntad. Cumings (como Dobbs) repite la historia de Henderson sobre cómo Rhee consiguió un pasaporte americano en contra de los deseos del Departamento de Estado, cosa que no parece ser cierta (ver Sandusky, *America's Parallel*, pp. 34–5).

muy bien que bajo la doble ocupación, cualquier referencia a una verdadera libertad e independencia es puramente académica", que en la medida en que pudiera haber una clara inclinación política en las "masas" ésta era "una tendencia creciente a mirar hacia Rusia para el futuro", que "cada día pasado a la deriva en una situación semejante" hacía "más insostenible" la situación americana en Corea. Por lo tanto propuso que de común acuerdo Estados Unidos y la Unión Soviética retiraran sus fuerzas y dejaran a Corea "en sus propias manos y en una inevitable convulsión interna que la purifique".[22]

Dos semanas antes, Washington había recibido un informe de William Langdon, sustituto temporal de Benninghoff como consejero político en Seúl, quien en respuesta al pronunciamiento del Departamento de Estado de finales de octubre, dijo: "Me siento incapaz de ajustar el mando compartido a las condiciones actuales . . . y creo que deberíamos abandonarlo." Los coreanos, dijo, eran cultos y sofisticados y querían la independencia; el mando compartido, de ser impuesto, sólo podría mantenerse por la fuerza. El Departamento de Guerra, deseoso de retirar sus tropas, accedió. "El mayor interés en facilitar la independencia de Corea", hizo notar, "es que Corea se vuelva realmente libre, democrática, mantenga relaciones amistosas con Estados Unidos y no dependa indebidamente de ninguno de sus tres grandes vecinos". Pero el Departamento de Estado persistió. Logró persuadir al CCEGM que argumentara que "Estados Unidos ocupa una posición expuesta e insostenible en Corea tanto desde un punto de vista militar como

[22] El telegrama de noviembre de Hodge en Cumings, *Origins*, p.197; su telegrama de diciembre en Sandusky, *America's Parallel*, pp. 304–6, Cumings, *Origins*, pp. 209–11.

político. Una ocupación prolongada de Corea por parte nuestra no puede sino crear suspicacia en la URSS de que hemos avanzado nuestra fuerza militar en el este asiático hasta puntos que no son necesarios ni requeridos para la seguridad de Estados Unidos." Esto significaba persistir con el mando compartido. Langdon volvió a rebatir el juicio, pero el Departamento de Estado lo ignoró.[23]

Los americanos intentaron lograr un acuerdo en la reunión de ministros de relaciones exteriores a celebrarse en Moscú en diciembre. Aparentemente lo lograron. Una vez que se hubieran negociado uno o dos asuntos de cooperación "urgentes", Estados Unidos y la Unión Soviética establecerían juntos un gobierno provisional para toda Corea. Bajo su supervisión conjunta, éste eliminaría las barreras existentes entre las dos zonas y las prepararía para un gobierno realmente independiente. Los detalles serían revisados por una Comisión Conjunta. A Truman no le gustaron los resultados de esta reunión. Pensaba que Byrnes, el Secretario de Estado, queriendo llegar a acuerdos de hombre de estado con los rusos, había "perdido la confianza en sí mismo" respecto a una gran variedad de problemas; le había hecho demasiadas concesiones a la Unión Soviética en relación a Corea y a otros asuntos de mayor importancia para Washington que habían tenido prioridad en la reunión; el presidente estaba cansado de "hacerle de niñera a los

23 Detalles del reporte de Seúl en Cumings, *Origins*, pp. 184–7; de la opinión del CCEGM en Matray, *Reluctant Crusade*, pp. 63–4; de la reacción de Langdon al CCEGM, Dobbs, *Unwanted Symbol*, pp. 61–2. Cumings, en pos de una evidencia que mostrara a Estados Unidos buscando una oportunidad para renegar de su inicial actitud "internacionalista", considera el informe de Seúl (el cual, tal como sucedió, predijo lo que iba a suceder en su momento) como "el documento más importante que habría de aparecer durante el primer año de la ocupación" (p. 186).

soviéticos".[24] Estados Unidos no mantuvo el acuerdo en Corea. En las negociaciones que siguieron en la Comisión Conjunta, se negó a establecer un gobierno provisional antes de eliminar las barreras. Y cuando se abrió la discusión sobre el gobierno provisional, la Unión Soviética no permitió que se incluyera en él a los partidos del sur que se oponían al acuerdo de Moscú y a la idea del mando compartido. La comisión solucionó pocas cosas, y en julio de 1947, fue suspendida permanentemente.

Mientras tanto, Hodge y sus consejeros inmediatamente se opusieron al acuerdo de Moscú. En cuanto fue anunciado en Seúl, con el pandemonium que era de esperar, Hodge pidió tiempo para crear una coalición de base más amplia. En enero de 1946, siguiendo el consejo del funcionario de la Oficina de Servicios Estratégicos que habia seguido a Rhee a Corea, sustiyó el GPC por un Consejo Representativo Democrático (CRD), que debía incluir a Kim Ku y ser dirigido por Rhee. Éste, según dijo Leonard Bertsch, otro de los consejeros politicos de Hodge, "no era ni representativo, ni democrático, ni aconsejó jamás".[25] Lo que sí hizo fue protestar el acuerdo de Moscú. E indirectamente también fomentó la creación de un nuevo grupo de izquierda. Yŏ fusionó su nuevo Partido Popular con el Partido Comunista Coreano del sur de Pak Hŏn-yŏng en un Frente Nacional Democrático. Con ello regresó el poder a los comités populares. (Los agentes de la CIC americana que fueron a ese encuentro dijeron que el Frente estaba "dirigido por un grupo competente de comunistas entrenados por

[24] Robert L. Messer, *The End of an Alliance: James F. Byrnes, Roosevelt, Truman, and the origins of the Cold War*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1982, pp. 137–66.

[25] Citado por Cumings, *Origins*, p. 235.

los rusos". Esto sin duda encajaba dentro de sus prejuicios, pero no parece haber sido cierto. El FND celebró la inauguración del Comité Popular de Transición en Pyongyang en febrero; pero Pak y Yŏ y sus asociados – quienes habían estado juntos al comienzo de la RPC el septiembre anterior – eran todos del sur; los pocos que entre ellos habían tenido algo de "entrenamiento" extranjero habían sido con Mao en Yenan antes de 1945, no con rusos.)[26]

La situación continuó deteriorándose. Hodge ofreció su renuncia, pero no fue aceptada. El Departamento de Guerra, prudente respecto al excesivo despliegue de sus tropas en otros continentes, y consciente de que nada se estaba logrando en Corea, insistió nuevamente en la retirada. Pero el Departamento de Estado persistió. Argumentando que el mando compartido era aún la mejor esperanza que tenía Estados Unidos, y viendo que Hodge estaba apoyando intereses políticos que la Unión Soviética

[26] Cumings, *Origins*, p. 237. Los comunistas del sur, al igual que todos los otros coreanos, se habían opuesto al mando compartido. Cambiaron de parecer en enero de 1946, en medio de una manifestación cuando tacharon el signo "abajo" y lo sustituyeron por uno de "arriba . . . con el acuerdo de Moscú". Qué o quién los incitó a hacerlo no se sabe pero es fácil adivinar. Pak había mantenido la resistencia contra los japoneses hasta 1933, cuando fue encarcelado, y lo hizo nuevamente de 1939 a 1941. En 1941, se fue clandestinamente a Kwangju trabajando como obrero de la construcción, y apenas se inauguró la nueva República de Corea en Seúl en agosto de 1948, se fue a Pyongyang. En septiembre de 1948, fue nombrado vice-primer ministro y ministro de relaciones exteriores de la República Popular Democrática. En 1953, Kim Il Sung lo acusó de haber engañado a la RPDC tres años antes respecto al apoyo que tendría el norte si decidía invadir el sur. No se tiene registro de que haya sido enjuiciado, pero se sabe que fue ejecutado en Pyongyang en 1955.

no podía aceptar, le pidió que disolviese el CRD y lo sustituyera por un grupo más apropiado. Hodge volvió a obedecer, y puso a Bertsch a trabajar formando un nuevo Comité de Coalición. Bertsch decidió que tenía que separar a Kim Ku y a Rhee del grupo más moderado de la derecha y a Pak del grupo más moderado de la izquierda. Por lo tanto, decidió formar el comité en torno a Kim Kyu-sik, el único ex-miembro del viejo GPC verdaderamente honesto y liberal, y Yŏ Un-hyŏng, "la voz auténtica", pensó Bertsch, "del campesinado coreano". Al mismo tiempo, el gobernador militar de Hodge en Seúl anunció que una asamblea provisional, elegida y designada por partes iguales, un preludio para un gobierno de transición en el sur, iba a ser instituida en otoño.

El Comité de Coalición fue una jugada prometedora. Pero fracasó. Rhee y Pak, ambos aislados ahora por el gobierno militar se opusieron. En septiembre, Pak organizó huelgas en las calles. A principios de octubre también hubo levantamientos en el campo. Éstos habían sido instigados en parte por una política de requisición de arroz que afectó a muchos campesinos coreanos, pero fueron más intensos en las áreas en que los comités populares habían sido fuertes (muy al sur, aún lo eran) y en las que había habido considerables flujos de población.[27] Los americanos asumieron que las protestas estaban siendo fomentadas desde el norte; le pusieron fin al Comité de Coalición. Aún así, las protestas no impidieron que el gobernador militar siguiera adelante con las elecciones para la asamblea de transición. Pero las anunció con solamente

[27] Los levantamientos rurales son descritos por Cumings, *Origins*, pp. 351–81. La situación económica en el sur se había deteriorado considerablemente. La información que se tiene es escasa, pero además

cinco días de antelación. La administración local de la mayoría del país aún estaba en manos de quienes se oponían a la izquierda. Otras partes sufrieron levantamientos. Se le dio rienda suelta a la policía militar y al Movimiento Nacional Juvenil, conocido por su violencia. Para colmo de males, pocos campesinos coreanos tenían noción de por qué estaban votando y se contentaban con dar su voto a quien les señalaba la autoridad conservadora local. Los resultados, por consiguiente, favorecieron a la derecha. Incluso Washington admitió que no tenían valor alguno. Hodge trató de recobrarse colocando politicos moderados en los puestos designables y nombrando a Kim Kyu-sik presidente de la nueva asamblea. Pero la asamblea y el gobierno de transición hicieron poco, y ambos fueron abandonados al desmantelarse la Comisión Conjunta.[28] En ese mismo mes, a pleno día y delante de una estación de policia en Seúl, Yŏ fue asesinado.

Hasta el Departamento de Estado empezó entonces a perder la esperanza de lograr una solución común para toda Corea. A Estados Unidos le quedaban dos opciones. Podia retirse inmediatamente

---

de los problemas con el grano, el empleo industrial habia disminuido a menos de la mitad entre 1944 y 1947, solamente alrededor de la mitad de la fuerza laboral tenía trabajo de cualquier tipo en 1947, y los precios al detal habian subido entre diez y veinte veces en dos años. Los japoneses al retirarse habían impreso una gran cantidad de dinero, con lo que causaron inflación; los comunistas habian hecho lo mismo en 1945; los empleados administrativos y técnicos japoneses se habian ido; y ni los americanos, reorganizando las corporaciones japonesas en una Nueva Compañia de Corea, ni los coreanos del sur hicieron demasiado por restaurar la producción.

28 El gobierno de transición tenía una proporción preponderante de gente que habia servido durante la administración japonesa o que había

del sur, como queria el Departamento de Guerra. O podia intentar fortalecer su posición alli con un mayor apoyo económico, hacer un último intento de persuadir a la Unión Soviética de que aceptara sus condiciones sobre quién debia ser consultado en la formación de un gobierno provisional para todo el país, y en caso de que las condiciones fueran rechazadas, hacer previsiones para un gobierno en el sur. Escogió seguir la segunda. En marzo de 1947, habiendo escuchado que los británicos no podían ya mantener las administraciones anti-comunistas en ninguno de los dos lugares, Truman le habia pedido al Congreso que votara a favor de ayuda económica para Grecia y Turquía. La administración aceptó una propuesta similar para el sur de Corea; creia que proveyendo más recursos iba a contrarrestar lo que consideraba la subversión soviética.

En abril, los Jefes Conjuntos de Personal confirmaron la importancia de esa jugada, gracias a la cual se mantendria la presencia americana alli, pero sin gran cantidad de tropas. "Desde el punto de vista de la seguridad" arguyeron los jefes conjuntos, "el punto primordial para la ayuda a Corea sería que . . . éste es el único pais en el cual por casi dos años hemos mantenido solos una guerra ideológica en contacto directo con nuestros oponentes, de tal manera que perder la batalla iría en gran detrimento del prestigio americano, y por tanto, de la seguridad del mundo entero. Abandonar esta lucha", concluyeron, "tenderia a confirmar

---

poseido o manejado empresas antes de 1945, lo cual normalmente queria decir que habian tenido apoyo japonés. La policia también estaba formada por una mayoria de hombres que habian servido bajo los japoneses (Cumings, *Origins*, p. 263).

la sospecha de que en realidad Estados Unidos no tiene intenciones de aceptar las responsabilidades y obligaciones del liderazgo mundial."[29]

En una reunión de ministros de relaciones exteriores celebrada en Moscú una o dos semanas antes, la Unión Soviética se había comprometido a intentar nuevamente un acuerdo. (Los americanos interpretaron esto como una respuesta a su reciente línea dura). Los partidos de ambas partes del país que desearan ser consultados sobre la formación de un gobierno provisional tendrían que ratificar el sumario de la Comisión Conjunta. Cuando la Comisión se reunió nuevamente en julio, tres partidos del norte y más de cuatrocientos del sur le ofrecieron la ratificación; estos últimos pretendían representar a una población de más de sesenta millones, un número tres veces mayor que la población total de la zona; dos tercios, no obstante, eran de derecha. Los negociadores soviéticos coincidieron con los americanos en que de negarles la admisión, la izquierda obtendría la mayoría, y rehusaron aceptarlos. Los americanos le pusieron fin a las conversaciones. Ahora había quedado claro que el sur iba a tener de verdad un gobierno aparte.

Pero un gobierno semejante al menos tenía que parecer legítimo. Por lo tanto Estados Unidos llevó una proposición a las Naciones Unidas. Era una proposición para celebrar elecciones supervisadas en toda Corea a final de marzo de 1948, y para el

[29] Citado por Barton J. Bernstein, "The Truman administration and the Cold War", en Lacey ed., *The Truman Presidency*, p. 414. No obstante, según los Jefes Conjuntos, Corea quedaba clasificada con el número quince y de importancia "secundaria" entre todos los paises cuya seguridad era relevante en ese momento para la seguridad de Estados Unidos.

retiro de las tropas soviéticas y americanas tras la formación de un gobierno provisional. Washington sabía que la Unión Soviética se opondría a la proposición y esperaba que al hacerlo, perdiese respeto internacional. Ahora había que actuar con rapidez. En febrero, el Comité Popular de Transición en Pyongyang había dicho que "en pocos meses" iba a formar un gobierno para la totalidad de Corea. La Unión Soviética ya habia propuesto la retirada de sus tropas en el norte. La caída de Chiang en China también parecía inminente, y estaba empezando a causar recriminaciones en Washington. Por lo tanto, a pesar de las protestas y de la violencia en el sur, incluyendo las protestas de Rhee en contra de la supervisión internacional, Estados Unidos siguió adelante. La Unión Soviética y sus aliados en la Asamblea General se opusieron a la moción. Pero esto no impidió que se diera una elección general en el sur. Ésta finalmente se llevó a cabo en mayo de 1948. Una Comisión de las Naciones Unidas, dividida desde un principio sobre la viabilidad de ir a elecciones, con renuencia la validó. La izquierda la ignoró, la derecha la ganó; Rhee fue elegido presidente por la nueva asamblea; una República de Corea nació en agosto; y a pesar de las objeciones de Rhee, llenas en cierto momento de pánico, Estados Unidos retiró sus tropas de combate (aunque no sus materiales militares) a final de junio de 1949, seis meses después de que la Unión Soviética – ahora que habia un régimen independiente en el norte – habia retirado sus tropas de allí. (El plan para una retirada militar total habia sido hecho en 1948, originalmente para diciembre de ese año, pero el Departamento de Estado habia logrado que se pospusiera a fin de permitir la estabilización de Corea del sur. A pesar de que la derrota de Chiang ya parecia cierta y de la política revisada para Japón, la cual en opinión del Departamento de Estado requería el apoyo

de estados periféricos no-comunistas, la posición de los militares prevaleció en marzo de 1949).

Truman se sintió aliviado con la solución y adquirió mayor confianza para enfrentar a sus críticos en Washington. En junio de 1949, pidiéndole al Congreso más ayuda económica, argumentó que "Corea se ha convertido en un territorio de prueba en donde la validez y el valor práctico de las ideas y principios de la democracia que la República está poniendo en práctica están siendo comparados con las prácticas del comunismo impuestas sobre el pueblo de Corea del norte. La supervivencia y el progreso de la República" en Seúl, continuaba diciendo, "hacia una economía autosuficiente y estable tendrá una influencia inmensa y de amplio alcance sobre los pueblos de Asia. Progreso semejante ... los animará a resistir y a rechazar la propaganda comunista que los rodea. Además", añadió aludiendo a China y a las acusaciones crecientes sobre el apoyo inadecuado que América le dio a Chiang y a su negativa posterior a detener el avance comunista en el sur de China, "la República de Corea, al demostrar el triunfo y la tenacidad de la democracia en su resistencia al comunismo, será una señal de alerta para los pueblos del norte de Asia a fin de que resistan el control de las fuerzas comunistas que los han invadido".[30] Pero aún

[30] Citado por Matray, *Reluctant Crusade*, p. 198. Truman tenía ya considerables dificultades internas. Los republicanos en el Congreso, que tenían mayoría en ambas cámaras hasta 1948, y algunos demócratas se negaban a seguir manteniendo una costosa presencia militar en el extranjero; y la Administración, ansiosa por conseguir el dinero para su nueva política en Europa, pospuso una petición para Corea hasta que los republicanos le quitaron la decisión de las manos diciendo que no iban a votar por ninguna otra ayuda extranjera en la sesión de 1947.

en ausencia de las tropas americanas, Rhee continuó amenazando al norte abiertamente con la guerra, diciendo que podía ganarla en tres días. En junio de 1950, sin embargo, después de meses de escaramuzas en la frontera, fue el norte el que invadió el sur. Interpretando esto como una jugada soviética, los americanos llegaron a la conclusión de que la contención había fracasado.

IV

A fin de pensar sobre lo que hubiera sido posible, nos introducimos en el mundo justo en el momento en que efectivamente, a juicio nuestro, se dio el resultado concreto. Para pensar si Estados Unidos hubiera podido triunfar en su política respecto a Corea, podemos suponer que los japoneses no hubieran ocupado la península; o que la Segunda Guerra Mundial no hubiera tenido lugar; o que Estados Unidos no hubiese entrado en ella; o que no hubiera surgido de ella como uno de los dos poderes predominantes. Pero suposiciones de este tipo nos retrotraen a un punto en que las preguntas sobre Corea en 1945 dejarían de ser preguntas sobre esa Corea. Estas preguntas son, como ya dije, si Estados Unidos habría podido decidir no ocupar la parte sur del país en 1945, y una vez que lo hizo, si hubiera podido actuar de manera tal que evitase la eventual división.

Una visión determinista, por supuesto, o una visión conspiratoria, que viene a ser más o menos lo mismo, descalificaría esas preguntas. Matray no ve conspiración alguna, pero su mundo está predeterminado. Después de 1945, los poderes europeos iban a ser más débiles, la Unión Soviética más poderosa, y China, ahora libre de Japón, adquiriría peso. La debilidad progresiva de las

potencias europeas iba a significar el debilitamiento, si no el fin, de sus imperios, y el debilitamiento de Europa misma. La mayor parte del mundo se iba a volver vulnerable económicamente, incierta políticamente, y abierta a nuevas manipulaciones. Hubiera requerido mucha confianza en si mismo, aún para un gran poder que había tendido a aislarse, dejarlo como estaba.

De cualquier manera, el tipo de argumento de Matray asume que los grandes poderes sienten el ímpetu de expandirse. Éste no siempre obedece a una amenaza inminente o a una necesidad económica. Después de 1945 Estados Unidos no tuvo que encarar ninguna de estas dos cosas. No había probabilidad alguna de ataque, y sus necesidades en cuestión de materias primas y comercio no eran aún tan grandes como las de los grandes estados imperiales de Europa en los siglos XVIII y XIX o de Gran Bretaña. Más aún, los grandes poderes se expanden en un espacio, y las propiedades de ese espacio son importantes. La más importante de todas es simplemente que se trata de un espacio. Nada muy alarmante ni muy exigente tiene que estar sucediendo en él. Lo que importa es lo que podría suceder. Los poderes se expanden para prevenir; y los grandes poderes se expanden a lo grande. Al hacerlo, se proveen de razones para seguir haciéndolo. Cuando existe más de un solo gran poder en el mundo, un poder en expansión se enfrentará eventualmente a otro. Si los poderes no se han puesto de acuerdo para detenerse, ambos se sentirán inseguros. Si no se negocia la inseguridad, se establecen las razones para continuar la expansión. Y entonces, los problemas no serán solamente aquellos de enfrentamiento en sus confines. "Si no se le presta atención a la periferia", dijo en 1961 el Secretario de Estado Rusk – quien como coronel en la División de Operaciones en el Pentágono la noche del 10 de agosto de 1945, fue uno de los dos que trazaron decisivamente

la linea divisoria de Corea en el paralelo 38 – "la periferia cambia. Y lo siguiente que se sabe es que la periferia es el centro."[31]

El otro argumento a favor de la predeterminación, argumento originado en la idea de la conspiración, proviene de la izquierda. Cumings pretende que antes del fin de la guerra, la política de Estados Unidos para el mundo de posguerra había sido fijada en lo esencial, y fijada por sus intereses imperialistas. El internacionalismo de Roosevelt, asi como el "nacionalismo" que lo siguió, fue en la caracterización de Cumings un mecanismo para "adaptarse a los problemas de seguridad de los americanos", "abrir

[31] Una reformulación reciente de esta tesis del "vacío" está en Michael Mandelbaum, *The Fate of Nations: the search for national security in the nineteenth and twentieth centuries*, Cambridge University Press, 1988, e.g. p. 137; Dean Rusk citado en una conferencia de prensa en mayo de 1961 en p. 138. Esta tesis es un caso especial de un argumento más general, normalmente llamado "realista", que considera la búsqueda de poder bajo restricciones "sistémicas" como una explicación suficiente para las acciones internacionales de los estados (e.g. Kenneth Waltz, *Theory of International Politics*, Reading MA: Addison-Wesley, 1983); una visión más compleja, que proviene de Tucidides y Clausewitz, es que la naturaleza de los regimenes en enfrentamiento potencial es también importante (e.g. Raymond Aron, *Peace and War: a theory of international relations*, Nueva York: Doubleday, 1966), una visión que quizás se ve respaldada por el hecho de que dos regimenes liberales jamás se han hecho la guerra (Michael Doyle, "Kant, liberal legacies and foreign affairs", *Philosophy and Public Affairs* 12 (1984), 205–35, 323–53). Sobre el desarrollo del sentido que tenía Roosevelt entre el equilibrio internacional y la politica interior americana, Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy: 1932–1945*, Nueva York: Oxford University Press, 1980. En la primavera de 1945, quizás la presión interna más apremiante era el servicio prolongado y la pérdida ulterior de recursos humanos militares.

las colonias al comercio y al tutelaje", y acorralar "la revolución comunista y anticolonialista". Las decisiones sobre Corea fueron una consecuencia de esto.

No hubo nada especial, por lo tanto, en las acciones de Estados Unidos respecto a Corea en o después de 1945 por parte de la derecha o de la izquierda. Estas fueron dictadas desde la lógica del poder, o desde la lógica de una conspiración de intereses. Pero como ya he sugerido anteriormente, los detalles en las explicaciones que Matray y Cumings y otros historiadores han producido señalan otras opciones. Estados Unidos pudo no ocupar Corea del sur; o habiéndolo hecho, hubiera podido no minar el mando compartido y la eventual independencia de todo el país. El poder, después de todo, también facilita la moderación. Quizás no hubo predeterminación alguna en las acciones de Estados Unidos.

V

Truman dijo que en materia de intenciones soviéticas, Averell Harriman había sido la influencia decisiva en el momento decisivo. La experiencia diplomática de Harriman y sus frecuentes reuniones con Stalin después de haber sido nombrado embajador en Moscú en octubre de 1943 le daban un aire de autoridad, como recuerda Truman en sus memorias, que ningún funcionario en Washington podía ejercer. En su viaje de consulta allí tras la muerte de Roosevelt, Harriman explicó que la Unión Soviética estaba siguiendo dos líneas políticas distintas. Una era de cooperación con Estados Unidos; la otra, ahora evidente en Polonia, era de extensión del control soviético mediante acciones independientes. Los

consejeros de Truman fueron una audiencia receptiva. Roosevelt, y la que los nuevos consejeros llamaban ahora "la guardia de palacio", habían pensado que el acuerdo con Polonia permitía la interpretación que la Unión Soviética le había dado. Los consejeros, sin embargo, rebatieron esto, y coincidieron con Harriman en que era necesario revisar la política de Roosevelt. América tenía que hacer un desplante de fuerza. Truman aceptó esto. No sin cierta razón y a fin de apoyar su propia acción sobre Polonia, Stalin había citado la insistencia de Gran Bretaña en establecer gobiernos simpatizantes en Bélgica y en Grecia. Truman, no obstante, protestó el asunto de Polonia ante el ministro de Asuntos Exteriores Molotov justo antes de la conferencia de San Francisco en abril. Su intercambio fue iracundo, y el presidente se empeñó en asumir una posición fuerte.[32]

Truman y sus consejeros comenzaron a extrapolar de Polonia a Corea. Comprendieron que el acuerdo de Moscú en octubre de 1943 permitiéndole a la Unión Soviética entrar a la guerra en Asia una vez derrotada Alemania, le daba a Stalin una ventaja allí. El Departamento de Estado y la Oficina de Servicios Estratégicos desde hacía tiempo venían diciendo que las expectativas para un gobierno estable y fuerte en una Corea liberada eran mínimas. También sabían que Chiang tenía ambiciones respecto a la península, y que la resistencia de Mao a Chiang, la cual incluía guerrillas coreanas, era más dura cerca de la frontera con Corea. Si Stalin también extrapolaba de Europa a Asia, es probable que hiciera todo lo posible por establecer un régimen empático en Corea, y que fuera capaz de hacerlo.

[32] Harry S. Truman, *Memoirs I: Year of Decisions*, Garden City NY: Doubleday, 1955, pp. 79–82.

El razonamiento era en sí sensato.[33] El error consistía en creer que Estados Unidos tenía un interés primordial en oponerse a un régimen semejante y que podía hacerlo. En la primavera de 1945, Estados Unidos había empezado a desistir de su intento por ajustarse a la Unión Soviética. En la última semana de julio y la primera de agosto, pensó que podría prevenir un avance soviético sobre Corea consiguiendo una rendición rápida de los japoneses. El ejército soviético comenzó a moverse una semana antes de lo previsto por Estados Unidos. Y a falta de mejor información, el CCEGM creía que en realidad se estaba desplazando con mayor rapidez de lo que estaba. Eso explica la decisión del comité de rescatar lo que se pudiera en la noche del 10 de agosto.

Si el CCEGM realmente creía que a pesar de sus reiterados acuerdos en Potsdam sobre un mando compartido, la intención de Stalin era la de ocupar la totalidad de la península, no era prudente indicarle, ocupándola por su parte, que iba a encontrar oposición. Estados Unidos sabía desde hacía tiempo que carecía, al menos por tierra, de suficiente capacidad militar para hacerlo, y la resistencia por aire enardecería demasiado los ánimos. Si el CCEGM creía que Stalin iba a respetar el acuerdo del mando compartido, entonces su propia convicción sobre cuáles eran sus intenciones en sus fronteras, es decir, las de establecer regímenes amistosos como el de Polonia, podía haberle hecho ver claro que un gobierno

[33] Pero la inferencia ulterior de Grew, el Secretario de Estado vigente (citado por Matray, *Reluctant Crusade*, p. 34) de que "Mongolia, Manchuria, y Corea gradualmente van a deslizarse dentro de la órbita soviética, para ser seguidas en su momento por China y eventualmente por Japón" ha podido considerarse un poco extrema; sin embargo recuerda el argumento que Benninghoff y los otros habían expuesto en 1943.

que simpatizara simultáneamente con Estados Unidos iba a ser un resultado improbable. Y si el CCEGM creía que una Corea en sintonía con la Unión Soviética sería una amenaza para Japón, ha podido pensar que cuando el mundo contiene dos poderes en expansión, la línea de enfrentamiento debe hallarse en alguna parte; y que con la superioridad americana por aire y tierra – sus veloces portaviones y bombarderos de largo alcance equiparados con la fuerza aérea teoricamente atrasada de la Unión Soviética y con su único puerto de aguas cálidas en Dairen – una línea entre Japón y Corea sería más fácil de defender que una a través de Corea misma. Esto quiere decir que incluso si uno acepta la visión pesimista que la mayoria tenía en agosto de 1945 sobre las intenciones soviéticas, y también acepta que Estados Unidos tenía algún tipo de interés, llamémoslo un interés en "materia de seguridad", en el Pacífico occidental – "para ser específicos" decía una canción popular de la época, "es nuestro Pacífico" – un poco de reflexión hubiera podido revelar que este interés no iba a lograrse ocupando sólo la mitad de Corea.

Éstas no son meras consideraciones retrospectivas. Son reflexiones que esos hombres en ese momento, con los intereses que habían llegado a crearse y con la información que tenían a la mano, hubieran podido hacerse. En realidad, en el Departamento de Guerra algunos se las estaban haciendo.[34] Ello subestima, por supuesto, la prisa que se tenía en Washingtón en las primeras horas del 9 de agosto, cuando Truman supo por Harriman sobre el avance del ejército soviético en Manchuria, y la mañana del 15, cuando

[34] La política sí tenía sus críticos internos, inclusive entre aquellos que desde mucho antes sospechaban las intenciones soviéticas. A finales de la década de los cuarenta, el ex-Almirante James Forrestal anotó en su

firmó la orden general de rendición. Los miembros del CCEGM, del Comité Conjunto de Planes de Guerra y los Planificadores de Personal – ante quien ambos comités eran responsables – tenían cosas muy distintas en qué pensar. (Y existía en esos días una engorrosa y para algunos confusa división de responsabilidades entre los diversos grupos en Washington). Aún cuando el CCEGM acordó la división en el paralelo 38 en la noche del 10 al 11 de agosto, había ansiedad al respecto, y discusiones; aunque éstas provenían sobre todo de funcionarios navales para quienes el problema no era haber trazado la línea, sino haberla trazado un grado demasiado al sur. Decisiones apresuradas son decisiones apresuradas. Pero esto no explica por qué en la mañana del 9, en un sumario de la División de Operaciones para el CCEGM, había un signo de interrogación frente a "Objetivos de las fuerzas americanas en Corea". Pero persiste el hecho de que consistente y coherentemente la decisión de ocupar Corea ha podido ser distinta. Los hombres que la tomaron, en las circunstancias en que lo hicieron, con la información disponible y con los intereses que habían llegado a formularse, hubieran podido decidir otra cosa; y poco hubiera tenido que ser distinto para que lo hicieran.

---

diario que "nuestra planificación diplomática de la paz . . . tuvo una calidad muy inferior a la de la planificación que se hizo en la dirección de la guerra"; "a grandes rasgos, nosotros concebimos la guerra como un juego de pelota que debía terminar lo antes posible, pero al hacerlo no se pensó lo suficiente respecto a las relaciones entre las naciones una vez que Alemania y Japón fueran destruidos". Forrestal también pensó que la insistencia en la rendición incondicional de Alemania y Japón "iba a desequilibrar seriamente el sistema de cara al poder soviético" (citado por Sandusky, *America's Parallel*, pp. 106–7).

VI

Mi argumento sugiere que en agosto de 1945, Estados Unidos habría podido evitar una intrusión excesiva de la Unión Soviética en el espacio existente entre ambos después de 1945; que sin perder consistencia, habiera podido reconocer que Corea era a la Unión Soviética lo que Grecia, Italia, Francia y Japón eran a Gran Bretaña y Estados Unidos; que hubiese podido aceptar los consejos de sus jefes de personal y de sus comandantes en el Pacífico; y de que pudo decidir no ocupar Corea del sur. El presidente y los Departamentos de Estado y de Guerra habrían podido llegar a una interpretación menos nerviosa de las intenciones soviéticas, aceptar sus limitaciones militares, y concentrarse en la exclusiva ocupación de Japón. Pero Estados Unidos entró en Corea. Habiéndolo hecho, ¿hubiera podido actuar entonces en la consecución de sus intereses sin dividir la península?

Matray arguye que "la política de Truman antes del ataque de Corea del norte fue sensata porque reconoció la fuerza superior del nacionalismo sobre el comunismo como un poder en asuntos internacionales". Lo que seguramente pretende decir es que reconoció la fuerza superior del nacionalismo sobre el comunismo en territorios ex-colonizados. El juicio es cuestionable. Nadie sensible a la fuerza del sentimiento nacionalista hubiera podido suponer fácilmente que la proposición de someter una colonia liberada a una nueva administración externa, habiendo tenido que dividirla antes de hacerlo, iba a ser aceptada alegremente. Pero existe poca evidencia de que, con la excepción de Lattimore, el cual no era consejero de Truman, hubiera americanos de influencia sensibles al sentimiento nacionalista. Cuando los documentos se dedican a discutir fines políticos, lo hacen utilizando las usuales abstracciones

liberales. Aparte de Langdon y Bertsch, que eran funcionarios jóvenes y sin mayor influencia, Estados Unidos sí confundió el nacionalismo y el comunismo en Corea.

Es cierto que había un número de comunistas declarados en la RPC en el sur después de septiembre de 1945, y así los describió Benninghoff. Pero aunque muchos de ellos, en caso de preguntárseles, hubieran dicho que la Unión Soviética era su modelo, puesto que entonces no existía otro (a menos que por casualidad hubiesen tenido en cuenta las advertencias de Mao en 1938 respecto a los "ensayos de ocho patas sobre modelos foráneos");[35] y aunque algunos eran miembros del reciente Partido Comunista de Pak, muchos no lo eran y aun ésos tenían una comprensión muy ligera del marxismo-leninismo. Al igual que en Francia, Italia y Grecia después de 1945, también en Corea: los "comunistas" allí incluían a muchos que simplemente estaban a favor de los pobres y en contra de los que habían detentado el poder, especialmente si se los podía describir como "fascistas" y "colonialistas" a la vez.[36] Pero al igual que en Europa, los americanos no captaron que en Corea "comunista" era la etiqueta más conveniente para los nacionalistas radicales hostiles a la ocupación extranjera (etiqueta que había sido endilgada por los japoneses a los coreanos de la resistencia); no captaron que inclusive los marxistas-leninistas convencidos puede

[35] Que Mao concluyó diciendo que "debe haber menos repetición de refranes vacíos y abstractos; debemos descartar nuestro dogmatismo y reemplazarlo por un estilo y una manera nuevos y vitales, que satisfagan la vista y el oído del pueblo chino" (Stuart Schram, *The Thought of Mao Tse-Tung*, Cambridge University Press, 1989, p. 70).

[36] Cumings anota algo semejante, *Origins*, p. 477 n52. También detalles en Dae-sook Su, *The Korean Communist Movement, 1918–48*, Princeton University Press, 1967 y *Documents of Korean Communism, 1918–48*, Princeton University Press, 1970.

que hubieran adoptado la doctrina *faute de mieux*, a falta de otra retórica radical disponible; asumieron que quienes se describían a sí mismos como comunistas eran víctimas de la subversión soviética; y luego supusieron que los intereses americanos quedaban mejor servidos si apoyaban a los anti-comunistas confesos. Al igual que en Europa (incluyendo su zona de ocupación en la propia Alemania), se convencieron de que debían apoyar a aquellos que habían colaborado con el régimen anterior, quienes para el resto de la población eran los menos aceptables. Resulta fácil ver por qué despertaron tanta animadversión; y fácil por el contrario ver lo fácil que le resultó al general Chistiakov, la contrapartida de Hodge en el norte, seguir la corriente de las aspiraciones locales y usar los comités de la RPC; y fácil de ver cómo los derechistas que no habían sido colaboradores, a pesar de la antipatía que la mayor parte de los americanos sentía por ellos – Rhee nunca no dejó de enfurecer a Hodge, Kim Ku era un asesino conocido que siguió organizando asesinatos en Corea, tan sólo Kim Kyu-sik parece haber sido un hombre decente – se hallaban repetidamente en la delantera.

Por muy desafortunado que haya sido, podríamos decir, ese estado de cosas era el único probable. Ninguno de los soldados o funcionarios políticos americanos estaba al tanto en materia de política poscolonialista; ninguno, desde luego, estaba familiarizado con Corea. Pocos tenían la experiencia o el entrenamiento que les hubiera permitido contrarrestar sus prejuicios.[37] Pero la percepción

[37] Lattimore fue una rara excepción. Hodge oyó a uno de sus oficiales hablando coreano, e inmediatamente lo nombró consejero. Pero este hombre era hijo de misioneros, y sus amigos, coreanos cristianos de la clase media, adquirieron influencia: Henderson, *Korea*, p. 126. Los

de Langdon en otoño de 1945 y las negociaciones de Bertsch el verano siguiente, en las cuales trató de establecer una separación entre los moderados y los derechistas del CRD y de su oponente el FND a fin de formar un nuevo Comité de Coalición, sugiere que los prejuicios no eran ni tan universales ni tan fijos. La única experiencia política anterior de Bertsch habia sido como comisionado civil en Akron, Ohio, y llevaba en Corea solamente cinco meses; y sin embargo habia aprendido la lengua y adquirido una percepción extraordinariamente sensible de los actores políticos locales y de sus posiciones.

Cumings y Matray sospechan que si una coalición de este tipo se hubiera intentado con anterioridad, hubiera "podido contribuir", en palabras de Matray, "al surgimiento de una Corea unida, democrática, e independiente". Esto es poco probable. En primer lugar, la sincronización era crucial. En su primer informe a Washington el 15 de septiembre, Benninghoff había sugerido que se pidiera el regreso del GPC. Otro consejero americano que llegó de Chungking unas semanas después respaldó la sugerencia; lo que él llamaba la "mística revolucionaria" del GPC era firmemente "anti-comunista";

coreanos describieron la administración militar americana como "el gobierno de los intérpretes". Los prejuicios más comunes lo invadían todo. Poco después de su llegada a Seúl, Hodge describió a los coreanos en público como "del mismo tipo de gatos que los japoneses". Un teniente del ejército, cuando un reportero recién llegado le preguntó por qué habia bombarderos haciendo pases rasantes sobre los campos alrededor del aeropuerto de Seúl, contestó "es guerra psicológica, la única manera de mostrarle a estos monos asiáticos que no vamos a tolerar sus jugarretas". Los eventos deportivos americanos y otras actividades por el estilo estaban prohibidos para los coreanos.

sus miembros insistían en una Corea independiente, pero mantendrían lazos de amistad con Estados Unidos. Incluso Yŏ, quien había incluido a los miembros ausentes del GPC en su "gabinete" de la RPC el 6 de septiembre, presionó a Hodge para que les permitiera regresar en tanto individuos. Hodge accedió eventualmente, a principios de noviembre, pero insistió en que la facción derechista de Kim Ku regresara antes que los moderados. Kim Ku regresó el 23, y Kim Kyu-sik el 3 de diciembre. Una coalición del tipo que Bertsch iba a reunir el siguiente verano no se hubiera podido ensamblar antes de la mitad de diciembre. Por entonces, Kim Kyu-sik ya había regresado, y Yŏ había tenido la oportunidad de distanciarse de la RPC con su nuevo Partido Popular. (El hecho de que Hodge haya creado ese partido indica que no estaba tan comprometido con la derecha como para oponerse a la idea de una coalición más amplia). Pero Hodge no hizo la jugada. En cambio, en enero, reaccionando contra el acuerdo de Moscú del mes anterior sobre el mando compartido, se fue en dirección opuesta e incluyó a Kim Ku y a Rhee en su nuevo CRD.

Ése fue, sin embargo, el momento en que el gobierno militar hubiera podido hacer otra cosa. Pudo traer al GPC antes; y hubiera evitado la creación de un consejo "representativo" tan obviamente inclinado hacia la derecha y opuesto al mando compartido. Pero aunque hubiera hecho estas dos cosas, no se desprende de ello que "una Corea unida, democrática, e independiente" hubiera tenido que surgir entonces. Y no se desprende, como el optimismo del Departamento de Estado llegó a suponer en 1949, que Estados Unidos hubiera podido lograr en Corea lo que ya había logrado en Francia y en Italia. Para ello hubiera sido necesario que la Unión Soviética se retirara por completo del norte. Pero Moscú no tenía motivos para hacer eso. La proposición del momento

era la de un mando compartido. El acuerdo de Moscú sobre esto fue el establecimiento cuanto antes de un gobierno provisional, y, en las reuniones siguientes de la Comisión Conjunta, la Unión Soviética insistió en que solamente formaran parte de ese gobierno aquellos que aceptaran el acuerdo de Moscú y los términos de referencia de la Comisión. Pero los americanos rebatieron cada una de las condiciones. Ellos sabían que aunque dos tercios del electorado estaba en su zona, cualquier elección en la cual se eliminara a los que rechazaban el mando compartido, sería victoriosa para la izquierda. La Unión Soviética lograría así un régimen "amistoso independiente".[38] Tan sólo si Estados Unidos hubiera estado dispuesto a aceptar eso, Corea hubiera podido reunificarse. Pero no lo estuvo, ni antes ni después del acuerdo de Moscú. Haberlo aceptado en agosto de 1945 hubiera significado abandonar la política del mando compartido y entregarse por completo a la Unión Soviética; también hubiera arrojado dudas sobre la ocupación misma. Haberlo aceptado a principios de 1946 hubiera significado perder su único enclave en el continente

[38] Richard Robinson fue un oficial de información del gobierno militar que escribió un largo recuento de los acontecimientos al final de la década del cuarenta, el más crítico de todos los recuentos hechos por los otros participantes – se le pidió que lo quemara en parte antes de dejar Seúl. Describió la insistencia de América en "la libertad de expresión" para todos los coreanos durante el establecimiento de un gobierno provisional como "un falso problema manufacturado en esa ocasión para ocultar los verdaderos problemas y desacreditar a los rusos" (citado por Cumings, *Origins*, p. 246). Lo que aún queda del manuscrito de Robinson, que fue una fuente importante para la *Korea* de Henderson (Henderson sirvió en Seúl al mismo tiempo que Robinson, pero sentía menos empatía por la izquierda coreana que Cumings), está en la biblioteca del Institute of Technology de Massachusetts.

asiático; como Washington pronto había llegado a comprender, significaba perder "prestigio" en el mundo y demostrar que no estaba preparado para mantener lo que había dado en llamar sus "bastiones" contra la expansión soviética.

A lo largo de 1946, Estados Unidos actuó como si quisiera llegar a un acuerdo. A comienzos del verano, el Departamento de Estado convenció a Truman de que el CRD de Hodge era un organismo mal visto, y efectivamente dio la orden que produjo el Comité de Coalición de Bertsch en el verano. El departamento también hizo notar que una razón para el triunfo soviético en el norte era que la administración había instituido allí una serie de reformas populares, distribuyendo tierras expropiadas entre los arrendatarios, por ejemplo, proveyendo oportunidades para las mujeres, y permitiendo que se administrara a través de los comités populares locales. En julio, como era de esperar, Truman anunció una reforma agraria en el sur. Truman parece haber creído que medidas semejantes, junto con lo que el Secretario Byrnes llamaba una actitud "de firme paciencia" respecto a la Unión Soviética, le darían las de ganar. La Unión Soviética sería rebajada, y mientras tanto, las condiciones económicas y sociales que los americanos creían ser la causa de la subversión en el sur, se verían aliviadas.[39] Pero fue poco lo que se hizo, y los negociadores soviéticos permanecieron inflexibles. A fines de octubre, el gobierno militar había logrado administrar mal tanto el programa de requisición de arroz como las elecciones para la asamblea legislativa de transición,

[39] Ni Robinson ni Cumings encontraron evidencia de que coreanos del norte hubieran estado involucrados en ninguna de las revueltas en el sur durante el otoño de 1946 (Cumings, *Origins*, p. 372).

y tenía huelgas en las ciudades y rebelión en el campo. No era el caso, como dijo Henderson, de que los americanos no tuvieran política alguna. Se trataba más bien de que las políticas que tenian, como hizo notar un grupo de congresistas después de una visita a Corea a principios de septiembre, eran "inciertas, balbucientes" y "confusas".[40]

Una vez más, la actitud de Estados Unidos respecto a la Unión Soviética careció de consistencia. Bien sea que creyera que la Unión Soviética era un poder defensivo con objetivos limitados, o un poder revolucionario con objetivos ilimitados – Kennan no tomó partido por ninguna de estas dos interpretaciones en su largo telegrama de la primavera de 1946 – no tenia motivos para creer que ésta no se iba a mantener firme en su intención de asegurarse un régimen simpatizante en Corea.[41] Y sin embargo, Estados Unidos siguió insistiendo en el asunto del mando compartido, pero a la vez dejando claro que no estaba dispuesto a aceptar las condiciones soviéticas para ejercerlo. Es posible verle el sentido a un plan semejante: un plan que pusiera a la Unión Soviética en una posición tal que saliese a relucir su intransigencia y así justificar un régimen separado en el sur, amigo de Estados Unidos. Pero ésta es una

[40] Citado por Matray, *Reluctant Crusade*, p. 95.

[41] Hoy existe casi plena certeza de que bajo el mando de Stalin, la Unión Soviética estaba a la defensiva, y preocupada por reforzar sus fronteras. (Stalin estaba escarmentado por el asesinato de miles de comunistas chinos en 1927 a manos del Kuomintang). Fue sólo tras su muerte que Moscú renovó su apoyo a movimientos de liberación entre los que Lenin llamó "pueblos del este", apoyo que *Foreign Affairs*, el periódico cuasi oficial del ministerio de asuntos exteriores de allí, admitió en enero de 1989, que no le habia procurado provecho alguno.

reconstrucción demasiado retrospectiva. No existe evidencia en ninguno de los documentos o en ninguna otra fuente de que hubiese una intención semejante. Estados Unidos sólo empezó a formarla en su momento de desesperación en el verano de 1947 cuando se dió cuenta de que o bien se retiraba de Corea, o bien llevaba el caso a las Naciones Unidas.

Pero a pesar de los argumentos del Departamento de Guerra en Washington a favor de la retirada militar, y la desesperación intermitente de Hodge en el mismo Seúl, la administración Truman jamás contempló la posibilidad de abandonar politicamente a Corea del sur. El compromiso para la retirada militar que fue propuesto por el Comité Nacional de Seguridad y aceptado por el Departamento de Guerra, el de Estado y el presidente en marzo de 1949, NSC 8/2, insistia en que la decisión debia ser presentada "de manera de no . . . minimizar . . . el apoyo de Estados Unidos al Gobierno de la República de Corea".[42] Habiendo entrado en Corea, creía que su deber era permanecer allí. Y no porque considerara el área al sur del paralelo 38 esencial para su "seguridad"; ese argumento se desvaneció conforme se hizo evidente que no era una amenaza para Japón. Para ser más precisos, en enero de 1950, el Secretario de Estado Acheson dejó claro en un discurso en el Club Nacional de Prensa de Washington que Corea, al igual que Taiwan, caía fuera de lo que Estados Unidos consideraba su "perímetro de defensa". América no la defendería automáticamente en caso de ataque. Esperaría a que se defendiese ella misma, y en caso de fracasar, entonces se buscaria "el compromiso de todo

[42] Citado por Bernstein, "The Truman administration and the Korean War", p. 416.

el mundo civilizado bajo la Carta Constitucional de las Naciones Unidas".[43] Tampoco era debido a que Kennan y otros estaban pensando, como lo estaban, que la economía japonesa tenía que ser reactivada, y que para lograrlo plenamente, ésta necesitaba poder dominar los materiales y los mercados en esa parte de su "esfera de co-prosperidad". La parte de la antigua esfera que Kennan y los otros tenían en mente era el sudeste, y no Manchuria o Corea.[44] Se trataba, más bien, de que habiéndose metido en Corea, Estados Unidos no podía salir de ella sin indicarles a los otros que no se le

[43] Esta parece haber sido la conclusión de Acheson después de considerar (sin duda alguna entre muchas otras cosas) un documento del Consejo de Seguridad Nacional sobre "La posición de Estados Unidos en relación a Asia" (NSC 48) que fue esbozado, revisado y aprobado en 1949, y quizás también después de reflexionar sobre las críticas que se le habían hecho a las aparentemente ilimitadas implicaciones de la contención, incluyendo la implicación de que comprometía a Estados Unidos a apoyar a cualquier tiranuelo – de los cuales Rhee, Acheson veía claramente, era un ejemplo – siempre y cuando fuesen anti-comunistas declarados. Cumings le da mucha importancia al primer borrador de NSC 48, donde se sugería la conveniencia de considerar acciones tanto defensivas como ofensivas contra la Unión Soviética en Asia. Pero la versión final coincide exactamente con el discurso de Acheson, cuyos principios me parece que Cumings interpreta correctamente (*Child of Conflict*, pp. 32–49; también ver Bernstein, "The Truman administration and the Korean War", p. 417).

[44] Bruce Cumings, "The northeast Asian political economy", *International Organisation* 38 (1984), 1–40 en 16–22. En 16, Cumings cuenta nuevamente la historia del oficial americano que entró a la oficina Mitsui en Tokyo en septiembre de 1945 y le fue mostrado un mapa de la Gran Zona de la Co-Prosperidad del Asia Oriental. "Ahí está", dijo un gerente japonés, "nosotros lo intentamos. Vean a ver qué pueden hacer con ella." A la hora de los hechos e incitado por la guerra de Corea, Estados Unidos vino en ayuda de los japoneses a fin de que la reconstruyeran para

"enfrentaria con firmeza" al "comunismo". Si es que hubo un hilo conductor del pensamiento americano después de 1945, es que Estados Unidos no iba a ser tan sólo un gran poder entre otros dos o tres, sino el poder predominante. Y el poder predominante no podia retirarse ante otro. Sólo si Estados Unidos hubiera revertido a su política de guerra de ajustarse a la Unión Soviética, hubiera sido posible que aceptara un régimen para la totalidad de Corea que – como probablemente hubiera hecho cualquier régimen libremente elegido – favoreciera a la izquierda.

La Unión Soviética atacó primero ella misma para evitar una elección libre en el norte. Chistiakov quitó a Cho Man-sik del mando del comité popular en Pyongyang en enero de 1946 cuando Cho rehusó – se le habia pedido tres veces – aceptar el acuerdo de Moscú. Entonces parece que apoyó a Kim Il Sung. La carrera bélica de Kim es tema de mucho debate; pero quizás tras luchar con otros coreanos en Stalingrado, se puso al mando de un pequeño grupo de guerrillas en la frontera coreana-soviética hacia el final de la guerra, recibió allí ulterior entrenamiento soviético, y llegó a Pyongyang al final de septiembre de 1945. Pero Chistiakov seguramente se decidió a apoyarlo sólo después de haber despedido a Cho,

---

sí mismos; esto ha sido resumido por Cumings y John W. Dower, "Occupied Japan and the cold war in Asia", en Lacey ed., *The Truman Presidency*, pp. 388–9. "La Gran Zona de Co-prosperidad del Asia Oriental – ¿no es una belleza?" preguntó un ministro de gabinete japonés en 1969; "tratamos de construirla mediante el poderio militar en el pasado. Esta vez la vamos a crear mediante el poder económico" (citado por Dal Joong Chang, *Economic Control and Political Authoritarianism: the role of Japanese corporations in Korean politics, 1965–1979*, Seúl: Sogang University Press, 1985, p. 63).

sintiéndolo capaz y lo suficientemente popular – el mismo Cho le había dado una bienvenida por todo lo alto a Kim en un mitin en Pyongyang el 3 de octubre – porque combinaba el compromiso con el comunismo y el nacionalismo.[45] La llegada de Kim al poder no fue preordenada.

Pero aún cuando a Cho no se le hubiera ido la mano con Chistiakov respecto al mando compartido, como aparentemente sucedió, tampoco parece probable que en el norte, una República Popular Coreana más neutra, de tendencia similar quizás a la del Comité de Coalición de Bertsch, hubiera podido prevalecer. Después del acuerdo de Moscú, la Unión Soviética tenía todo el interés en asegurar en Pyongyang un gobierno provisional para toda Corea que le fuese simpatizante. Aún cuando una Corea posiblemente unida e independiente no hubiera tenido por qué resultar exactamente como la actual República Democrática Popular en el norte, puesto que la dominación de Kim Il Sung no fue predeterminada, parece improbable que hubiese sido algo distinto a una especie de "república popular". Por sí misma, y debido a las líneas cada vez más inflexibles de la Guerra Fría que estaban siendo trazadas por muchos otros factores además de los acontecimientos en Asia oriental, es casi seguro que una Corea unida e independiente hubiera simpatizado más con la Unión Soviética (y quizás

[45] Sobre la despedida de Cho, Cumings, *Origins*, p. 558. Cho había sido nombrado ministro de finanzas en el gabinete nominal de la República Popular de Corea de Yŏ en septiembre de 1945. Chistiakov lo puso bajo arresto domiciliar en enero de 1946, y visitantes del sur lo hallaron aún recluido en la primavera de 1948. Se desconoce su eventual destino. Sobre Kim Il Sung, Cumings, *Origins*, pp. 397 ss., especialmente p. 400.

también con China) que con Estados Unidos.[46] De esto, por supuesto, se dieron cuenta inmediatamente los americanos en Washington y en Seúl. Y ésta es la razón por la cual Estados Unidos no hubiera podido aceptar las condiciones soviéticas para un mando compartido ni abandonar simplemente a Corea del sur sin que se le viera como renegando del motivo mismo para encontrarse allí.

VII

Uno de los impulsos en las narraciones históricas de la división de Corea, como en muchas narraciones de este tipo de acontecimientos, ha sido culpar o excusar a los protagonistas por lo que hicieron o dejaron de hacer. Esta no ha sido mi preocupación primordial. Pero aún de haberlo sido, hubiera tenido que preguntar primero si alguno de los protagonistas hubiera podido actuar de manera distinta. Mi interrogante ha sido ésta: ¿hubieran podido esos hombres, entonces, en las circunstancias en que se encontraban, con la información que tenían disponible, haber actuado de manera distinta a como lo hicieron? Como ya apunté, mi respuesta es que en agosto de 1945, antes de que Estados Unidos se comprometiera con Corea del sur, los americanos hubieran podido hacerlo así; pero

[46] Es muy importante recordar que desde el principio, Kim Il Sung siguió una politica bastante independiente. De acuerdo con la inclinación soviética, abogó por un leninismo desde arriba, de acuerdo con Mao, "una línea para las masas"; y mucho antes de que desarrollara su precepto de *chuch'e*, o auto-confianza, molestó tanto a Moscú como a Pekin purgando en Pyongyang a comunistas coreanos que habían estado en la Unión Soviética y en China durante la ocupación japonesa.

una vez que se encontraron en Corea, no. O al menos, no hubieran podido hacerlo sin estar dispuestos a revisar las razones que tenían para estar en Corea en primer lugar; sin estar dispuestos a, y ser capaces de, revisar la concepción que tenían de sí mismos y en términos generales de por qué estaban haciendo en el mundo lo que estaban haciendo. Para ese entonces, habían creado un conjunto de circunstancias del que, habiéndose definido de una cierta manera, no podían ya retirarse. No obstante, la interrogante sobre lo que los americanos hubieran podido hacer conduce naturalmente a la cuestión de si tenían razón en lo que hicieron. Y esto también es asunto para un análisis contrafáctico.

Pues solamente tiene interés criticar a alguien por no tener la razón si hubiera podido tenerla. Es decir, es interesante solamente si, siendo la persona que él o ella era en la situación en la que se encontró, hubiera podido reflexionar sobre los orígenes y consecuencias probables de sus creencias de manera de ser él mismo capaz de revisar sus fines, o de reconsiderar su prosecución en la forma en que lo estaba haciendo. E incluso si él hubiera podido reflexionar de esta manera, no se sigue que exista una respuesta determinada a la pregunta de si él tomó las decisiones correctas.[47] Lo que alguien puede haber considerado depende de

[47] Los estudiosos de la Teoría Crítica reconocerán la similitud entre estos criterios y dos de los tres que los Teóricos Críticos han sugerido. El tercero, el criterio de lo que ha sido descrito como "validez epistémica", supone que es algo referido en los intereses, y que la reflexión puede producir una respuesta verdadera o falsa sobre lo que éstos son. No veo de qué manera se puede defender esto. Existe una excelente discusión, con la misma conclusión, en Raymond Geuss, *The Idea of a Critical Theory: Habermas and the Frankfurt School*, Cambridge University Press, 1981. Ver también el capítulo 5, sección VII, especialmente la nota 20.

sus intereses particulares, su habilidad y su voluntad; los consejos que recibió dependen de los consejeros que buscó; lo que las circunstancias dictaron depende en parte de la interpretación que se dió, de la imaginación y de la confianza que tuviera en sí mismo; y sobre ninguna de estas cosas se puede decidir con plena certeza. El tipo de valoración que debemos hacer de ellas es del tipo inherente también al intento por comprender que fué lo que alguien hizo y por qué, y por qué tuvo las consecuencias que tuvo. La comprensión en este sentido más corriente, sentido que está captado normalmente – al menos en las discusiones sobre método en las ciencias sociales – en la noción alemana de *Sinnverstehen*, por lo tanto consiste en comprender de la manera que ya expliqué en el capítulo anterior: en localizar lo real en un espacio de posibles. Pero las posibilidades en la política, aunque puedan aclararse en una discusión como ésta, no pueden nunca conocerse verdaderamente. Comprender más acerca de cualquier política es tener menos certeza respecto a ella.

4
La pintura de Duccio

I

Las posibilidades aumentan con la explicación. En mi argumento anterior digo que no es un asunto teórico, en ningún sentido fuerte o directo, el decidir qué tan plausible sea cualquiera de estas posibilidades, causal o práctica. No obstante, las explicaciones mismas derivan de teorías, y en la medida en que lo hacen, la plausibilidad de las posibilidades que sugieren dependerá de la teoría que las nutre.

Pero esto es ambiguo. La teoría en cuestión puede ser un análisis explicativo de cómo, causal o prácticamente, sucedió el tipo de cosa que queríamos explicar. O puede ser una teoría en sentido más descriptivo, en donde el problema no es cómo explicar cómo ocurrió algo, sino cómo debemos ver eso que ocurrió. Si las posibilidades que nuestra explicación sugiere dependen de una teoría como la primera, las revisiones que hagamos de la teoría no tienen por qué afectar nuestra caracterización de qué era lo que teníamos que explicar. La posibilidad de que la incidencia y los efectos de la peste en algunas partes de la Europa moderna temprana hubieran podido aliviarse, o de que la fertilidad rural en la Francia de los siglos XVII o XVII hubiera podido ser más baja, incide sobre las explicaciones preexistentes; pero ninguna de las dos exige que cambiemos nuestra caracterización de qué es lo que queremos explicar. De igual forma, la posibilidad de que Estados

Unidos no se hubiera movido para ocupar el sur de Corea en 1945, o la posibilidad de que una vez allí, hubiera trabajado en pos de la creación de un gobierno para la totalidad del país, no exige que cambiemos nuestros informes sobre lo que en realidad hizo o dejó de hacer.

Pero si las posibilidades dependen de una teoría del segundo tipo, entonces pueden exigir cambios. Es muy probable que suceda algo así en el caso de las obras de arte. Una obra de arte bien puede caer bajo una u otra caracterización, como un caso de género, por ejemplo, o de un modo generalizado. ¿Pero qué pasa con el *Orfeo* de Monteverdi, o *West Side Story*, o la opinión de la anciana que se dice salió de la primera representación de la *Pasión según San Mateo* protestando porque la nueva ópera había venido a infestar la música eclesiástica? ¿Qué pasa con *The Unfortunate Traveller* de Thomas Nashe, o con *Don Quijote*, o con *Ulises*? A diferencia de un caso de peste o de un nacimiento, resulta relativamente fácil discutir lo que una ópera o una novela es. (La forma de la discusión varía. Podríamos quizás trazar una línea divisoria entre temas – para distinguir entre dramas sacros o seculares; entre géneros – para distinguir entre narraciones de hechos reales y la novela picaresca, o entre las que son o no son narrativas; o entre las funciones – para distinguir entre retablos y pinturas murales en una iglesia, o entre pinturas para mecenas eclesiásticos y pinturas para otro tipo de persona).

El grado de discrecionalidad descriptiva – o de "rebatibilidad" como solía llamársele – no es, es verdad, exclusivo del arte. También puede surgir en la caracterización de tipos políticos. "Absolutismo", "fascismo", "comunismo" o "democracia" pueden definirse según el contenido de sus creencias, el tipo de estado o régimen a que dan forma, o sus efectos en la práctica. Y las líneas trazadas según estos

distintos criterios bien pueden ser trazadas en lugares diferentes por distintas personas. Pero en la caracterización de las obras de arte, la discreción recorre todo el camino. No es difícil imaginar informes políticos sobre procedimientos específicos que coincidan en lo que significa que un solo grupo o partido tenga acceso al poder, por ejemplo, o lo que significa separar formalmente la autoridad legislativa, ejecutiva y judicial, ampliar cualquier derecho, votar e inclusive tener la opción de votar o no: informes que aunque no estén libres de toda presuposición descriptiva, la mayoría aceptará de hecho como el reflejo y la definición de su experiencia. Imaginar estudios incuestionables sobre los elementos constitutivos del arte es mucho más difícil. La diferencia puede ser sólo de grados, pero es notoria.[1] En relación a las pinturas, no sólo hablaremos de los materiales que se utilizaron en ellas, de sus dimensiones, de la determinación de su autor, y de algunos otros asuntos no demasiado discutibles. Hablaremos asimismo del tema, el proyecto, la composición y el uso del color; de realismo e ilusionismo; del "tratamiento manual" y de la pincelada. Y sobre estos elementos es menos probable que haya similitud de pareceres. Hay maneras de hablar sobre obras pictóricas que giran en torno a cómo la pintura nos afecta (o a cualquier otro público particular), a aquello que los pintores hacen al pintar, o incluso en torno a una previa opinión general sobre lo que es "una pintura".

En realidad, "todo arte", insiste Ernst Gombrich, "sigue siendo

[1] Tomo la distinción entre informes y descripciones de W. G. Runciman, *A Treatise on Social Theory I: The Methodology of Social Theory*, Cambridge University Press, 1983. Sin embargo, para Runciman, se trata de distinguir entre las caracterizaciones que cualquier observador racional aceptaría y las dadas por los agentes mismos y que son en ese sentido, "auténticas". Regreso a la distinción en el capítulo 5, sección IV.

conceptual, es la manipulación de un vocabulario". Ver arte ciertamente lo es. Al mirar pinturas del pasado, como al leer filosofías del pasado y al escuchar música del pasado, "la pregunta ¿qué significa una obra?", como dijo Bernard Williams, es en realidad la pregunta "¿qué significó?"; y si "el seguimiento de esa pregunta", continúa, "se mueve horizontalmente en el tiempo desde la obra, y también hacia atrás, para establecer las expectativas, convenciones, familiaridades, en cuyos términos el autor ha logrado crear un significado", las respuestas y la comprensión que estas respuestas pudieran dar no dejan de estar corrompidas por la visión retrospectiva. "Y esto no sólo porque la comprensión que ponemos en las explicaciones sea posterior, aunque eso sea cierto e importante, asi como el tocar música del siglo XVII en instrumentos del siglo XVII según la práctica del siglo XVII, no produce música del siglo XVII, puesto que necesariamente tenemos oídos del siglo XX." Se debe también a "que la selección de los trabajos que nosotros consideramos pertinentes para determinada investigación está regida por su historia posterior y por nuestra situación actual"; ya que dentro de las obras de arte mismas, lo que nos afecta a nosotros e incide sobre nuestro interés histórico también está regido de esa manera. Nuestro sentido de lo que estamos leyendo o viendo u oyendo está regido por nuestro sentido de lo que nosotros creemos que sucedió como consecuencia de ello, y de cómo nos hallamos situados en relación a ello.[2]

[2] Me ha ayudado a pensar cómo miramos las pinturas el libro de Michael Baxandall, *Patterns of Intention: on the historical explanation of pictures*, New Haven: Yale University Press, 1985, e.g. pp. 6–7; en su *Giotto and the Orators* (Oxford: Clarendon Press, 1971) Baxandall explica cuánto de nuestro lenguaje contemporáneo sobre pintura se desarrolló después

Podemos llamar "teórico" a este sentido. Pero es algo completamente distinto a lo que pudiéramos tener en mente cuando hablamos de captar "teóricamente" acontecimientos vitales; distinto, aunque sea cuestión de grados, de lo que tenemos en mente cuando hablamos de la "teoría" de la democracia. Una teoría sobre pintura, o sobre un conjunto particular de obras, es un conjunto de sugerencias sobre cómo captarla, sobre cómo enmarcar y darle forma a nuestras discusiones, mucho más incluso de lo que pudiera ser el caso en una teoría sobre conflictos políticos; y esta teoría afectará a, y será afectada por, la manera como creamos que se pueda explicar. Por supuesto, nuestras explicaciones pueden ser "causales", en el sentido laxo de la palabra que sugerí en el primer capítulo. Quizás querramos saber sobre las condiciones externas, por ejemplo, sobre los materiales disponibles, el aprendizaje de un pintor y de sus colegas, las formas de patronazgo, y, si la consideramos un factor externo, la cultura, pictórica o no, en la

---

de que Cimabue, Giotto y Duccio hubieron muerto. E. H. Gombrich, *The Image and the Eye*, London: Phaidon, 1982, pp. 70, 172. Bernard Williams, *Descartes: the project of pure enquiry*, Harmondsworth: Penguin, 1978, p. 9. (También Nelson Goodman, *Ways of Worldmaking*, Indianapolis: Hackett, 1978, pp. 38–9.) Los historiadores del arte han tendido a confundir lo que Richard Rorty ha distinguido en la historia de la filosofía como los tres proyectos de la "doxografía", "el intento de imponer sobre un canon una problemática que ha sido diseñado sin referencia a esa problemática, o por el contrario, imponer un canon sobre una problemática que no tiene referencia a ese canon"; de reconstrucción racional; y de *Geistesgeschichte*, "el tipo de historia con moraleja" que trata de decidir si era *A* o *B* el que iba "por buen camino" (Richard Rorty, "The historiography of philosophy: four genres" en Rorty, J. B. Schneewind, Quentin Skinner, eds., *Philosophy in History: essays on the historiography of philosophy*, Cambridge University Press, 1984, pp. 49–75).

que trabajó determinado artista. Nuestras explicaciones también pueden ser intencionales a menos que estemos convencidos que conceptualmente el "pintor" pre-posmoderno ha muerto junto con el "autor" pre-posmoderno. Quizás querramos saber por qué el pintor en cuestión respondió a todo esto como lo hizo. Y mientras mejores sean nuestras explicaciones, mejor sentido tendremos, como he venido diciendo, de lo que fue posible. Pero puesto que la comprensión de una obra de este tipo depende en gran medida de cómo forjamos y enmarcamos nuestra caracterización inicial de ella, tanto la relación entre nuestra captación inicial de las obras y la manera en que las explicamos, cuanto la relación entre nuestras explicaciones, las posibilidades que ellas sugieren, y nuestra captación revisada, son ambas más internas de lo que serían si estuviéramos explicando cosas del tipo de acontecimientos vitales y gran parte de la política.

II

El 9 de octubre de 1308, un tal Jacopo de Mariscotti firmó en nombre de los responsables de las obras, la Opera, el encargo de un nuevo retablo para la catedral de Santa Maria en Siena. En ninguna parte del encargo, que era para Duccio di Buoninsegna, un pintor de la ciudad, se especificaba cómo debía ser la obra. Las instrucciones que Duccio recibió fueron de hacerlo "lo mejor que estuviera en su capacidad y conocimiento", de hacerlo él mismo y de no subcontratarlo, y de no aceptar ningún otro encargo hasta que lo hubiese terminado. En su haber pictórico tenía Duccio una serie de tripticos y varios retablos de carácter más permanente, y en Siena, hacía poco había pintado uno para la capilla de los Nove,

el consejo gobernante de la ciudad, en el Palazzo Pubblico. Este trabajo, por el cual se le pagó en 1302, se perdió hace bastante tiempo y no existe ninguna descripción suya. Pero partiendo de obras pintadas por otros, y de lo que él supone fue el propio desarrollo de Duccio en los veinte años anteriores, James Stubblebine ha tratado de reconstruirlo imaginariamente. Pretende que fue osado para su época dotarlo de una predela de quizás siete escenas; pero por lo demás, fue normal, moderado y pintado sólo al frente. No se aproximaba ni a las dimensiones ni a la ambición de su retablo para la catedral.[3]

Este retablo, popularmente conocido como la *Maestà* de Duccio, estaba hecho de madera de álamo, tenía casi cinco metros de alto por cinco de ancho, y alrededor de veintitrés centímetros de espesor en la base. Consistía de una escena central, la Virgen y el Niño con santos y ángeles, quizás cincuenta y ocho narraciones distintas, al frente referidas al nacimiento de Cristo, y al reverso sobre su vida, muerte y resurrección, y además otras treinta figuras aisladas. Duccio lo terminó en el verano de 1311. El 9 de julio, fue transportado – por partes, se supone – a la catedral, en una procesión fastuosa que salió de la casa de los Muciatti un poco más allá de la Porta a Stalloreggi, donde tenía su taller, y fue colocado

[3] La reconstrucción de James H. Stubblebine del retablo para los Nove está en *Art Quarterly* 35 (1972), 239–68. El contrato para el retablo de la catedral está reproducido en Stubblebine, *Duccio di Buoninsegna and his School*, Princeton University Press, 1979, I, pp. 33–4 (todas las referencias subsiguientes son al primer volumen) y en John White, *Duccio: Tuscan art and the medieval workshop*, Londres: Thames and Hudson, 1979, pp. 192–3. Hay valiosos detalles también en Henk van Os, *Sienese Altarpieces 1215–1460 I: form, content, function, 1215–1344*, Groningen: Bouma's Boekhuis, 1984, pp. 39–40.

en el altar mayor. Allí permanecio hasta que se construyó un nuevo altar mayor en 1375. A principios del siglo XVI Pandolfo Petrucci, el gobernante de Siena, lo hizo trasladar al transepto izquierdo y lo reemplazó por un tabernáculo de bronce. Dos siglos más tarde se lo trasladó nuevamente. Por entonces, ya no servía al propósito inicial, y fue cortado en secciones separadas; el frente fue separado del reverso, y durante el procedimiento, la sierra se deslizó y dañó el rostro de la Madonna. Entonces fue devuelto a la catedral reconstruido pero incompleto. En 1878, lo que aún quedaba de él en Siena fue trasladado al Museo dell'Opera, que aún tiene sus locales al lado de la catedral, en una extensión inacabada del siglo XIV. Fue restaurado entre 1953 y 1958, y en el proceso, el rostro de la Madonna fue pintado nuevamente de una manera más sentimental de lo que – a juzgar por las otras Madonnas suyas que se conocen – Duccio mismo hubiera querido. Se piensa que al menos quince escenas o figuras están perdidas, otras ocho están dispersas entre Fort Worth y Washington, Nueva York, Londres y Lugano, y cuatro figuras, todas ángeles, aunque de dudosa procedencia, se encuentran también fuera de Italia.[4]

La idea del retablo como objeto era relativamente nueva. A final del siglo XIII, había quedado resuelto el debate interno de la Iglesia sobre la transubstanciación y la finalidad e importancia de la misa. En 1215, sellando lo que Giles Constable ha llamado la reforma del siglo XII, el Cuarto Concilio de Letrán declaró que Cristo estaba

[4] La reconstrucción es de White en *Duccio*; es muy similar a la de Stubblebine. Pero también van Os, *Sienese Altarpieces*, p. 44. La historia de la *Maestà* está en Stubblebine, *Duccio*, pp. 34–8. Stubblebine incluye la vívida descripción de Agnolo di Tura, escrita quizás alrededor de 1350, de la procesión de la *Maestà* desde el taller de Duccio hasta el Duomo.

presente en la Eucaristía en cuerpo y sangre. (Y todos los cristianos debían tomar el sacramento, decretó el concejo, al menos una vez al año). En la consagración de la hostia, los sacerdotes harían inmanente la persona del Salvador.[5] Pero iban a hacerlo dándole la espalda a la congregación, en una ceremonia que irónicamente sirvió para aislarlos de ella. Desde abajo, los fieles podían ver los símbolos de su redención sólo después de la consagración. Entretanto, la atención de los congregados tenía ocasión de vagar sin rumbo, y las autoridades, en su entusiasmo por la consagración, llegaron a considerar que el cúmulo de cosas aisladas que hasta entonces habían adornado la parte alta de los altares, no lograba impedir que esto sucediera. Estos objetos, sagrarios, cálices, custodias, relicarios, palomas eucarísticas, pequeñas estatuas y otras cosas por el estilo, eran demasiado pequeños y en conjunto perturbadores. Se hacía necesario algo más destacado que aislara al altar del espacio que lo rodeaba; algo más definido que atrajese al ojo y concentrara la mente. La respuesta se encontró en la idea del retablo recargado. La *Maestà* al igual que otras obras semejantes, debía evocar el misterio de la encarnación e incitar sentimientos piadosos, desde el frente, al menos, puesto que antes de la reorganización del espacio alrededor del altar mayor en 1375, solamente los canónigos en el ambulatorio o los cantantes del coro hubieran podido ver la parte de atrás; todos coincidían en que esos fines se lograban "mejor con cosas vistas que oídas".[6]

[5] Giles Constable, "The Reformation of the Twelfth Century", Trevelyan Lectures, University of Cambridge, 1985. Van Os, *Sienese Altarpieces*, p. 13.

[6] Esta frase es de Juan de Génova, citado por Baxandall, *Painting and Experience in Fifteenth-century Italy*, Oxford University Press, 1972, p. 41. No se trataba de una opinión novedosa (Judith Herrin cita un comentario

Los nuevos retablos fueron extensiones y elaboraciones de esculturas que ya existían y de pinturas más sencillas. Sin embargo era la Virgen y no su hijo la que predominaba en ellos. Los teólogos, Antonio de Padua, Alberto Magno, Buenaventura y Aquino, y también las nuevas órdenes mendicantes, que fueron los mecenas más importantes de la pintura religiosa en el siglo XIII (aunque no, como ya mencioné, en el caso de la *Maestà* misma), habían insistido en la importancia de la Virgen como mediadora para alcanzar la salvación de los hombres en el sacramento de la Eucaristía. Por otra parte, la relación entre la santa madre y su hijo se había vuelto también tema de devoción popular. (Fue sin duda cuando se pensó que este culto estaba llegando a excesos demasiado perturbadores que se quitaron las imágenes a fin de concentrar nuevamente la atención en la propia liturgia. Esta puede haber sido una de las razones por la cual Petrucci ordenó que se retirara la *Maestà* del altar mayor en 1506). Los retablos del siglo XIII tardío expresaron este nuevo énfasis en el aspecto humano de Juan Bautista, de Marta

---

parecido de Gregorio en el siglo VI [*The Foundation of Christendom*, Oxford: Blackwell, 1987, p. 177], pero recibió nuevos bríos después de 1215. La defensa más concientemente teórica sobre el lugar que ocupa el sentido de la vista en la comprensión, como la de Juan de Génova, es posterior a Duccio [David Summers, *The Judgement of Sense: Renaissance naturalism and the rise of aesthetics*, Cambridge University Press, 1987]). Hay dos imágenes de la *Maestà* en el sitio que ocupó después de 1375, reproducidas por Kees van der Ploeg, "Architectural and liturgical aspects of Siena cathedral in the middle ages", en van Os, *Sienese Altarpieces*, 1984, p. 145, y por White, *Duccio*, p. 92. El altar sobre el cual estaba la *Maestà* fue a su vez atestado de cajas, cirios y otras cosas, y dos huevos de avestruz (símbolos comunes de la maternidad virginal) estaban suspendidos encima de éste (van Os, *Sienese Altarpieces*, p. 55).

y María y de otras figuras semejantes, del mismo Cristo pero sobre todo, de su madre.

Sin embargo, en cierto sentido la *Maestá* no fue encargada solamente por la Opera y no solamente para la catedral, sino también por Siena. En septiembre de 1260, la ciudad se había puesto formalmente bajo la soberanía de la Virgen. Un ejército florentino estaba a sus puertas, y en un momento de terror sobrenatural, Buonaguida, un ciudadano prominente, con sólo su camisa por toda vestimenta, se colocó una cinta de cuero alrededor del cuello, condujo a las masas vociferantes dentro de la catedral, y allí, delante de la Madonna del altar mayor junto al obispo y a los sacerdotes, le ofreció la ciudad a la Virgen a cambio de ayuda para despachar a los "villanos sublevados" de Florencia. Al describir la instalación del retablo posterior al de Duccio, Agnolo di Tura se refirió a la Virgen como "abogada y protectora de la ciudad" que la defiende "de todo peligro y daño". Los sieneses estaban convencidos de que lo era. Por lo menos desde el inicio de la década de 1220, la Madonna del altar mayor había sido conocida cariñosamente como la *Madonna degli occhi grossi*, la "Madonna de los ojos grandes".[7] El día después de la intervención de Buonaguida, los sieneses para su gran sorpresa derrotaron a las fuerzas florentinas en Montaperti, justo fuera de la ciudad. La Opera inmediatamente encargó un nuevo retablo, esta vez un dosel de amplio gablete, a un pintor local llamado Guido. Es cierto que en 1269 los sieneses fueron derrotados a su vez en Colle Val d'Elsa. Luego Siena se deslizó hacia la insubordinación política.

[7] Esta poderosa Madonna, con sus grandes y atractivos ojos negros que miran directamente al observador, y un Cristo niño de aspecto poco infantil aparentemente suspendido en frente de ella, se encuentra hoy en el Museo dell'Opera del Duomo in Siena.

Pero Montaperti reforzó la devoción de la ciudad por la Virgen, y Colle Val d'Elsa pareciera haber hecho poco por reducirla.

Las batallas entre Siena y Florencia habían sido en parte batallas entre gibelinos y güelfos. Por el año 1287, la disputa estaba superada, los sieneses habían perdido, y una oligarquía güelfa de las clases medias mercantiles se hallaba al mando con su concejo gobernante, los Nove. Durante más de cincuenta años la ciudad conoció paz y prosperidad. La nueva catedral había sido empezada. La primera fase se completó en 1264 y fue consagrada formalmente en 1267. (Se proyectaron planos para la extensión del edificio en 1316, y se comenzaron los trabajos en 1339, pero como bien puede constatar el visitante contemporáneo, éstos nunca se completaron. En el interín, la Opera, que actuaba como una oficina de obras públicas tanto para la ciudad como para la catedral, concentró sus energías y su dinero en el Palazzo Pubblico, que fue construido con mayor celeridad y terminado alrededor de 1300). Los Nove encargaron a Duccio su propia *Maestà*, la que no ha sobrevivido, para el Palazzo en 1302. Wierusowski cree que ésta fue una de las primeras pinturas encargadas por una comunidad en Italia. Goffen considera que una *Maestà*, cualquier *Maestà*, es "casi por definición una imagen política". En ella los santos se ven más pequeños que la Virgen, y en actitud de sumisión; por contraste, en la *Sacra Conversazione* posterior se los pintaba a la misma escala y en el mismo plano. Siena se había convertido en la *Civitas Virginis* y la nueva catedral era la celebración de este hecho. La nueva *Maestà* de Duccio en la catedral formaba parte de todo ello.[8]

[8] La afirmación de Wierusowski acerca de la *Maestà* para los Nove está en *Speculum* 19 (1944), 14–33, la de Goffen en *Art Bulletin* 61 (1979), 198–221. Un documento sienés contemporáneo insiste en que "de todas las cosas

Pero ¿de qué manera debemos verla? ¿Qué teoría, en el sentido descriptivo del término, debemos tener de ella? Sabemos que la tenemos que considerar un retablo. Comprendemos por qué los nuevos mecenas religiosos llegaron a encargar retablos. Y aunque no seamos cristianos del siglo XIII tenemos una cierta idea de aquello que los retablos debían evocar para las nuevas, más numerosas e iletradas congregaciones. ¿Pero cómo debemos enfocar la pintura de fines del Duecento y del Trecento, de la cual la *Maestà* es un ejemplo? ¿Qué debemos saber acerca de cómo se produjo este tipo de pintura, retablos incluidos, y por quién? ¿Qué se desprende de ello sobre cómo debían pintar los artistas? ¿Y cómo afectan a nuestra percepción de las obras mismas las respuestas que damos a estas preguntas?

III

La concepción predominante de la pintura de Italia central en el Duecento y a principios del Trecento, y que era hasta hace poco también la concepción mejor considerada, ha estado dominada por una visión retrospectiva deformante. En esencia se trata de la concepción de Giorgio Vasari. Y la concepción de Vasari era la de Florencia. Ya por 1330, la gran *Madonna Rucellai*, que había sido pintada por Duccio en 1285 para la sociedad dominicana de Santa Maria Vergine en Santa Maria Novella en Florencia, estaba siendo adjudicada en la misma Florencia a Cimabue. El contrato que los

a las que los hombres encargados del gobierno de la ciudad deben prestar atención, su belleza es la más importante" (Daniel Waley, *The Italian City Republics*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1969, p. 147).

Dominicos hicieron para ella no salió a la luz sino hasta finales del siglo XVIII, pero en varios estudios históricos la atribución equivocada se mantuvo hasta entrado el siglo XX. A Vasari no le faltó sino ponerle el sello. En la primera edición de su *Vidas* en 1550, no sólo atribuyó la pintura a Cimabue, sino que equivocó las fechas de Duccio, lo colocó después de sus sucesores, lo hizo responsable de un pavimento realizado por otro Duccio después de que Duccio di Buoninsegna hubiera muerto, conocía la *Maestà* sólo de oídas, y despachó a su autor en dos o tres párrafos. Para la segunda edición de 1568, es cierto, viajó los sesenta kilometros que hay desde Florencia para ver el retablo, del cual sí tenía conocimiento por ese entonces. Pero no lo vió a pesar de que caminó alrededor de toda la catedral, en cuyo transepto estaba, si bien retocado, aún completo.

Según Vasari, en el progreso heroico desde Cimabue y Giotto hasta Miguel Ángel Buonarotti, Duccio se quedó al margen y a la retaguardia. Tanto la primera formulación de este progreso por parte de los florentinos a principios del Trecento, cuando apenas hubieran podido imaginar hacia dónde se dirigía, como la influyente versión que Vasari elaboró en las décadas de 1550 y 1560, fueron ambas exageradas. Y sin embargo, aún hoy en día, historiadores de la pintura, aunque den esta posición por descontada, o digan que la dan, aún presuponen que existía, en la frase de Berenson, un "verdadero problema", el problema del realismo. Después del siglo XIV tardío se argumentó que éste consistía en el problema del naturalismo y de su resolución en una perspectiva global; "de nada le sirve armar el arco", jugaba con las palabras Alberti a principios de la década de 1430, "a aquél que no tiene adónde apuntar la flecha". Los historiadores tienden a clasificar a los pintores que están comentando en la medida en

que percibieron el problema y lo enfrentaron. Y Duccio, muchos de ellos han dicho, no hizo ninguna de las dos cosas. La opinión tradicional dice que cuando Florencia "estaba a punto de romper con el estilo bizantino, Siena ... fue testigo de un despliegue tan brillante de la antigua tradición que los artistas sieneses se quedaron prendados de su encanto por el siglo venidero y aún más". Lo que se ha insinuado es que si Duccio hubiera tenido más inventiva, o quizás más habilidad; ciertamente si hubiera sido florentino; si hubiera reconocido "el verdadero problema", si hubiera sido más "avanzado"; entonces hubiera podido.[9]

La opinión contraria no ha sido reconocida en ninguna de las historias convencionales; Piet Mondrian opina que el desarrollo de ese "verdadero problema" a lo largo del Renacimiento fue una gran "desviación"; "que la muy trajinada perspectiva y trompe

[9] Giorgio Vasari, Luciano Bellosi y Aldo Rossi eds., *Le Vite de'piu Eccellenti Architetti, Pittori e Scultori Italiani, da Cimabue insino a'tempo nostri*, edición del 1550, Turín: Einaudi, 1986, pp. 180–1. White, *Duccio*, p. 11. El contrato de la *Madonna Rucellai* está reproducido en Stubblebine, *Duccio*, pp. 192–4, y por White en *Duccio*, pp. 185–7. Stubblebine recapitula la historia de la atribución de esta pintura en pp. 22–4. Bernard Berenson, *The Italian Painters of the Renaissance*, Londres: Fontana, 1960, p. 121. Leon Battista Alberti, *On Painting*, J. R. Spencer ed., New Haven: Yale University Press, 1966, p. 59. La posición convencional sobre Duccio y su influencia en los sieneses posteriores está en Fern Rusk Shapley, *Early Italian Painting in the National Gallery of Art*, Washington DC: National Gallery of Art, 1969, p. 2. (Este comentario de Shapley, el cual, por no deshacer las maletas, leí la noche en que llegué a Princeton en 1979 para empezar a pensar sobre posibilidades, fue el que despertó mi curiosidad por Duccio.) Si seguimos el punto sutilmente postempirista de Goodman de que "el realismo es una cuestión de la familiaridad con los símbolos que se usan en la narrativa", mientras que "la verdad es cuestión de lo que se narra, literal o metafóricamente, por medio de símbolos familiares o

l'oeil", como burlonamente la describió Carlo Carrà en su Manifiesto Futurista de 1913, es "un juego digno a lo sumo de una mente académica como la de Leonardo, o de la de un diseñador de escenarios realistas para melodramas"; el punto de vista de Picasso, expresado con desdeñosa insistencia durante su conversación con Kahnweiler, de que "los cuadros en el Louvre" son "encantadores, decorativos", "tienen el encanto", añade, "de una prostituta"; el punto de vista sostenido por Sonia Delaunay de que en la historia de la pintura occidental "mientras más 'adelantos' había peor se ponían las cosas". A estos modernos "enemigos del Renacimiento" (la descripción es de la propia Delaunay), a estos artistas que lo ven como una "época poco creativa en la que simplemente se estableció el academicismo aún vigente" todavía se los considera, o al menos eso sugiere el silencio de los historiadores, un poco trastornados.[10]

Aún se los ignora. De hecho, su posición es tan ahistórica como

fantásticos" (*Of Mind and Other Matters*, Cambridge Massachussetts: Harvard University Press, 1984, p. 125), entonces el sentido de revelación que fue producido por el "realismo" pictórico a finales del siglo XIII y principios del XIV fue presumiblemente debido a la sorpresa y asombro ante lo familar revelado en cada uno de estos aspectos; también ver el capítulo 5, sección IV. La pregunta subsiguiente sobre si el "verdadero problema" del realismo pictórico es también un problema real en psicología – si por razones de supervivencia y buen éxito, de "aptitud", como especie hemos evolucionado cognitivamente para responder a ello – es fascinante; pero sobrepasa mi competencia.

10 Carlo Carrà, *La peinture des sons, bruits, et odeurs*, Manifeste Futuriste, 1913, en la biblioteca de la Universidad de Yale, traducido y citado por Michael Kubovy en *The Psychology of Perspective and Renaissance Art*, Cambridge University Press, 1986, p. 121. Le debo a Sunil Khilnani la referencia al comentario de Picasso. Sonia Delaunay, *Nous irons jusqu'au*

la de Vasari. Pero ha habido algún adelanto. Gracias en gran medida a Stubblebine, John White y Henk van Os, tenemos mejor sentido de qué, en términos generales, se le estaba comunicando a quien y por qué al final del siglo XIII y a comienzos del XIV. Ya he indicado algo de lo que eso era, y habré de regresar a ello. Pero aún no tenemos del todo claro quién era precisamente quien lo estaba comunicando, y qué significaba artísticamente (si podemos usar el anacronismo) lo que ellos hacían con tanta especificidad.[11]

A primera vista, fue el "artista" Duccio el que concibió la forma y el contenido de la *Maestà*, porque aparte de desear algo de grandes dimensiones, y con paneles de "historias", la Opera no tenía ninguna idea definida al respecto; y no se conoce precedente alguno que hubiera sido tan profuso. Esto es lo que presupone Stubblebine. Dentro de esa suave, lineal y curiosamente pasiva concepción de la causalidad que se encuentra en muchas historias de arte tradicionales, una concepción en la cual, como lo expresa van Os, "es casi un axioma atribuir la excelencia a la influencia de otras obras de arte sobresalientes que han sido creadas en otro lugar", o por otra persona, Stubblebine supone que Duccio nació en Siena inmerso en una tradición bizantina. Habria estado atento al

---

soleil, Paris: Laffont, 1978, pp. 138, 178. Algunos artistas modernos, no obstante, asumiendo una posición más intelectualizante sobre los "verdaderos problemas" se han visto fascinados por los problemas de la perspectiva; de ahi su admiración por Masaccio y Piero. Algunos cubistas han argüido que ellos habían redefinido las premisas del realismo. No pude encontrar ninguna opinión modernista sobre el propio Duccio.

11 White, *Duccio* y *The Birth and Rebirth of Pictorial Space*, Boston: Boston Book and Art Shop, 1967, pp. 78–83 (3ra edición, Cambridge MA: Harvard University Press, 1987). El libro más reciente de Stubblebine es *Assisi and the Rise of Vernacular Art*, Nueva York: Harper and Row, 1985.

trabajo del taller de Guido en Siena; incluso es posible que hubiese aprendido su oficio allí mismo. Stubblebine ciertamente cree que su estilo debe conectarse con el de Guido. Fue la *Madonna del Voto* de Guido – de la cual tan sólo ha sobrevivido la Madonna misma, pero que van Os cree hubiera podido ser parte de un dosel de gablete amplio, expandiéndose a través del altar – que reemplazó a la *Madonna degli occhi grossi* de principios del siglo XIII poco después de la victoria de Montaperti en 1260. La obra de Guido – o al menos, la llevada a cabo en su taller, pues él mismo es una figura borrosa – había comenzado a dejar atrás las antiguas convenciones; en su *Madonna del Voto*, que fue reemplazada a su vez por la *Maestà* de Duccio, el niño rompe la silueta de la Virgen, y está sentado sobre su rodilla en una actitud claramente infantil, levantando su brazo hacia el seno en un gesto que puede ser de bendición pero también, como lo ve van Os, lúdico.[12] Duccio también se habría percatado de Coppo di Marcovaldo, un pintor capturado por los sieneses mientras servía como escudero en las fuerzas florentinas en Montaperti, y al que inmediatamente se le dieron órdenes de pintar una Madonna (referida a veces como la *Madonna del Bordone*) para la iglesia de los Siervos de la Virgen en la ciudad. Esta Madonna Servi, que tiene una inscripción de fecha 1261, es más substanciosa, y sus detalles, el trono, el manto, la caída del manto, sobre todo la relación de la Virgen con el niño, son aspectos muy distintos a los de cualquier pintura sienesa; muy distinta, por ejemplo, de la Madonna

12 Van Os, *Sienese Altarpieces*, p. 18. Stubblebine también ha escrito sobre el propio Guido (*Guido da Siena*, Princeton University Press, 1964). La *Madonna del Voto* de Guido se encuentra actualmente en el Museo dell'Opera del Duomo.

pintada en 1262 por el Maestro Sienés de San Bernardino.[13] La composición tiene menos unidad, es más abstracta y geométrica, en la descripción de White, más "reticente", que la *Madonna del Voto* de Guido; en la ejecución de Coppo, el uso que hace del color, por ejemplo, que ya venía viéndose en trabajos sieneses, era también más moderado. La Madonna Servi, uno podría decir, es con todo más "pasada de moda", más parecida a las pinturas contemporáneas de los talleres de la ciudad de Coppo que a cualquier pintura de esa época que haya sobrevivido en Siena.[14]

Stubblebine infiere de su trabajo sobre la *Maestà* que Duccio habría estado expuesto a principios de la década de 1330 a esos elementos platónicos que Stubblebine, al igual que otros, llama "lo antiguo", "lo bizantino", "lo gótico", y "lo florentino". Es por esto que cree en un viaje de Duccio a Roma. Y también es por esto que cree que Duccio seguramente vió Chartres en la década de 1270, y que pudiera incluso haber sido un tal "Duch de Siene" del cual se sabe que pagó impuestos en París en 1297. Por 1308 y debido al encargo que la Opera hizo de la *Maestà*, si es que no lo tenía ya cuando trabajaba para los Nove en 1301 y 1302, habría tenido un taller en la casa de los Muciatti. Segna y Ugolino habrían estado allí, como coinciden la mayoria de los expertos, pero también, según cree Stubblebine, los hermanos Lorenzetti, Simone Martini y los creadores de ciertas obras pictóricas de principios del siglo XIV en las cuales algunos han visto afinidades estilísticas con las de Duccio,

[13] Este cuadro, que fue hasta hace poco atribuido a Guido (e.g. por Bruce Cole, *Sienese Painting: from its origins to the fifteenth century*, Nueva York: Harper and Row, 1980, p. 5), está en la Pinacoteca de Siena.

[14] Existe una detallada comparación de la *Madonna del Bordone* y de la Madonna por el Maestro de San Bernardino en White, *Duccio*, pp. 27–32.

es decir, los maestros de Città di Castello, de Tabernáculo 35 y del fresco de Carole. Duccio era un artista, presupone Stubblebine, y la *Maestà* es su obra y la de otros artistas que trabajaban en su taller.[15]

Pero es poco lo que sabemos de la vida de Duccio. Por supuesto que era un artista local. Pero los artistas eran entonces artesanos, provenientes de los rangos de los *sottoposti*, barberos y panaderos, cardadores, peinadores, teñidores, curtidores y fabricantes de zapatos y arneses; relativamente pobres y de poca relevancia social. (Uno puede por supuesto imaginar la situación contraria, a partir o bien de acontecimientos como la popular procesión de las partes acabadas de la *Maestà*, o bien a partir de la suposición de que en un mundo en el que habia pocos y acaso ningún otro tipo de héroes culturales, como ahora los consideraríamos, los pintores, y especialmente los pintores de la localidad, hubieran podido llamar esa clase de atención y sorpresa que hoy en día acaparan las estrellas de los medios de comunicación; pensemos por ejemplo, en el comentario de Dante. Pero la procesión tiene otras explicaciones – recordemos a Buonaguida en 1260; la celebración comunal de las obras de arte, en el mundo antiguo como en el mundo medieval, no nos dice nada sobre el lugar que ocupaban los artistas en la sociedad; y la analogia con el presente, anacronismo aparte, es especulativa). Los pintores ni siguiera entraron en las cofradías hasta 1320, cuando Giotto, Taddeo y Bernardo Gaddi, tratando de sobresalir por encima de los *sottoposti*, sentaron precedente y se unieron a la cofradía de los doctores y farmacéuticos en Florencia.

[15] Stubblebine, *Duccio*, pp. 3–16. Van Os, *Sienese Altarpieces*, pp. 46, 25. Uno espera que Baxandall haya logrado neutralizar definitivamente la poco reflexiva noción de influencia (*Patterns of Intention*, pp. 58–62).

(Tan tarde incluso como la década de 1520, Miguel Angel, vanidoso, es cierto, y quisquilloso, se ofendía ante la insinuación de que al llamársele pintor se le estaba recordando que no era nada mejor que eso). Duccio tenía deudas y murió endeudado; al aceptar el contrato para la *Maestà*, por el cual iba a recibir un salario, se le pidió que jurara sobre el libro sagrado que no iba a defraudar a la Opera. (Su mujer rechazó su herencia en nombre propio y de sus ocho hijos porque contenía demasiadas hipotecas). Conoció un momento de prosperidad a principios del siglo XIV, justo después de haber pintado la *Maestà* para los Nove y antes del encargo para la catedral; compró entonces algún terreno cerca de Siena, y una reserva de vino. Pero sus frecuentes litigios con las autoridades civiles de Siena, al igual que su testamento, sugieren que no era muy buen administrador de los aspectos prácticos de su vida, y no está nada claro cómo hubiera podido viajar dos veces a Francia e incluso a Roma, por no mencionar la fantasía de Berenson de que habría estado en Constantinopla, visita que, en cualquier circunstancia, estaba aún prohibida a los viajeros de occidente. Tan sólo sabemos con certeza que trabajó en Perugia, Pisa y Florencia.

Aún cuando hubiera recibido educación literaria, como probablemente ocurrió, puede que no haya sido, en la frase de Duechler, "Duccio doctus", un hombre culto, a gusto entre manuscritos. Pudo quizás tener conocimiento de la creciente literatura popular apócrifa que por entonces comentaba libremente sobre la vida de la Virgen, de Cristo, de San Juan Bautista y de varias otras figuras sacras; literatura que se supone inspiró la iconografía de muchos de los ciclos monumentales de la época. Llegó a dirigir un taller, como otros maestros, y Segna y Ugolino (quien puede haber sido su sobrino) parece ser que sí estuvieron allí. Pero no hay constancia de que Martini y los hermanos Lorenzetti hayan estado allí hasta

1311, siete u ocho años antes de que Duccio muriera, y no existe nada en ningún documento que los conecte con el propio Duccio. (Inclusive Stubblebine, contradiciendo su teoría de la influencia, admite "que en el momento en que dejaron el taller", en el cual puede sólo suponer que estuvieron, "dejaron de ser pintores a lo Duccio").

Más aún, en esos talleres el trabajo se dividía dentro de las distintas obras y no entre ellas. Puede por tanto ser un error el leer en el contrato de Duccio que se solicitaba su trabajo y sólo el suyo, como quizás otros lo hicieron para artistas posteriores. Habría debido quedar sobreentendido que al menos, y también quizás a lo sumo, él concebiría el todo, guiaría los dibujos, y pintaría él mismo la Virgen y Cristo y quizás algunas de las otras figuras importantes.[16] La única inscripción suya que ha sobrevivido, en la base donde la Virgen apoya los pies en la *Maestà*, "Santa Madre de Dios, sed causa de paz para Siena, y ya que os pintó

[16] La técnica de rayos infrarrojos ha mostrado recientemente los distintivos dibujos de Duccio hechos con pluma de ganso y pincel en dos de los paneles de la Galeria Nacional de Londres; ha revelado además que cambió de idea tanto respecto al arreglo de las figuras en el espacio como respecto al espacio mismo en la *Anunciación*; y en *Jesús abre los ojos al ciego de nacimiento*, pero no en la *Anunciación*, ha dejado claro que una mano distinta bosquejó la arquitectura y una mano también diferente – puede que fuera la misma, pero puede que no – terminó el trabajo y al hacerlo, ignoró o pasó por encima de estos primeros bosquejos (David Bomford *et al.*, *Art in the Making: Italian painting before 1400*, Londres: National Gallery, 1989, pp. 78–89). Ruth Wilkins Sullivan ha mostrado recientemente que Duccio también cambió de idea respecto a la composición de otro panel ("Duccio's *Raising of Lazarus* re-examined", *Art Bulletin* 70 (1988), 375–87), aunque indiscutiblemente estropea su estudio al matizar el cambio en términos de un desplazamiento desde "lo bizantino" a "lo gótico".

de esta manera también para Duccio", podría ser una oración tradicional. Puede que diga algo sobre el espíritu del encargo; no es completamente cierto que la inserción del *auteur* que se autopregona introduzca "un cambio", como White se siente tentado a creer, "en las esperanzas y aspiraciones de los artistas". Duccio no era – en el sentido en que los italianos doscientos años más tarde, al igual que nosotros, entenderían el término – un artista individual, y por muy independiente que haya sido (de hecho parece que fue un carácter independiente) puede que no se haya concebido a sí mismo como tal. Una concepción parecida le fue adjudicada por otros, retrospectivamente (o asi parece), a Bencivieni di Pepo, cuyo sobrenombre "Cimabue" – "cabeza de buey", el testarudo – habria podido tener algo que ver con el apelativo; luego también a Giotto; y fueron adjudicadas primero en Florencia. (Una de las primeras firmas genuinas es la de Coppo en la iglesia de los Siervos; en Siena, es verdad, pero es la firma de un desilusionado prisionero oriundo de Florencia que no tenía deseo alguno de ser tomado por sienés). A lo sumo, uno sospecha, la *Maestà* fue concebida y pintada por Duccio donde "Duccio" alude al nombre de un taller, a un ojo vigilante y a una mano guiadora.[17]

Además, lo que Duccio o "Duccio" caracteristicamente hizo al hacer lo que hizo queda abierto a un debate aún más amplio. Por un lado, no hay nada en su obra, ni siquiera en la pieza

[17] Todos los documentos pertinentes sobre la vida de Duccio están reproducidos por Stubblebine, *Duccio*, pp. 191–208. La mayoría están reproducidos por White, *Duccio*, pp. 184–200. El argumento de Florens Duechler está en "Duccio *Doctus*: new readings for the *Maestà*", *Art Bulletin* 61 (1979), 541–9. La influencia de la literatura popular ha sido sugerida entre otros por Anita Fiderer Moskowitz (*The Sculpture of Andrea and Nino Pisano*, Cambridge University Press, 1986, p. 19). El comentario de

más temprana que ha llegado hasta nosotros, la llamada *Madonna Crevole* de alrededor de 1280, de la majestad formal del estilo bizantino. Por el contrario, desde el inicio hay una especie de delicadeza, de gracia y de suavidad; las escenas y las figuras de la *Maestà* son a menudo casi íntimas. También está el uso intensivo y hábil del color, especialmente en la *Maestà*. Aún hoy es perceptible; es lo que tanto entusiasmó a Sonia Delaunay en la obra de quienes ella denomina los *primitifs* italianos. Pero Duccio no intentó la simplicidad analítica y la solidez, el realismo escueto, incluso helado, como podríamos verlo hoy nosotros, de Giotto. No colocó primero una perspectiva natural. Es por esto que visto desde Florencia a principios del siglo XIV y luego nuevamente por Vasari y otros en el siglo XVI, si es que acaso se le ve, queda marginado y retrasado. Ni siquiera se aproximó al realismo ingenuo del ciclo de San Francisco en la iglesia superior de Asis, un ciclo que ha sido a menudo atribuido a Giotto, pero que según la convincente apreciación de Stubblebine, es bastante diferente, de estilo más vernáculo que el estilo sintetizado, idealizado, y como Stubblebine mismo lo describe, altivo (pero también naturalista) de Giotto.[18]

Los comentaristas, como era de esperar, oscilan. En su extensa

---

Stubblebine acerca de los Lorenzetti y Martini está en *Duccio*, p. 15. La opinión de White sobre el contrato para la *Maestà*, *Duccio*, p. 80, y de las otras inscripciones de Guido, Coppo y Duccio en pp. 25–7, 100; por van Os en *Burlington Magazine* 123 (1981), 167. Stubblebine menciona una inscripción anterior a la de Coppo, en Pescia en 1235 (*Assisi*, p. 16). Pareciera razonablemente cierto que la carpintería no se hacía en los talleres de los artistas (White, *Duccio*, p. 49).

18 La *Maestà* de Duccio no se puede ver hoy en su totalidad; como dice White, aquí Giotto, en los muros de la Capilla Arena y aún en otros frescos, desde hace mucho – antes de Vasari – ha llevado la ventaja. Sobre Asis, Stubblebine, *Assisi*, e.g. p. 113.

monografía sobre Duccio, Stubblebine insiste en que la *Madonna Rucellai*, que Duccio terminó en 1285 ó 1286, es "la única pintura verdaderamente gótica del siglo XIII en Italia". Sullivan más recientemente le ha hecho eco a ese juicio. Robert Oertel, quien también percibió algo de esa cualidad, concuerda en que "muestra algunos tenues rasgos de lo gótico". Pero también lo vió como "un primer paso dado en el Duecento para eliminar la dependencia de lo arcaico". En verdad, Oertel sugiere que es "moderna y progresiva" incluso cuando se la compara con la Madonna pintada para la Santa Trinita en Florencia por Cimabue, el primer héroe en la *Vidas* triunfalistas de Vasari. Pero al final, Oertel piensa que aunque la *Madonna Rucellai* tiene un estilo distintivo y quizás "personal", pertenece a la *maniera greca*. Cuando se dedica a la *Maestà*, Stubblebine en cierto momento dice que las escenas de la Pasión en el reverso "están inspiradas por la pintura bizantina contemporánea", y en otro insinúa que Cimabue había influido en ellas. Si es que existe una sabiduría compartida, es que Duccio se encuentra en un punto de transición; un punto que ya estaba siendo superado a sesenta cortos kilometros en Florencia. En realidad es cometer sólo una pequeña exageración el decir que para muchos historiadores, si no la mayoría de ellos, Duccio se ha desvanecido hasta un punto en la intersección de coordenadas establecidas por otros pintores, a quienes se considera más notables según los criterios que los mismos historiadores han definido. El resultado es que no ha sido fácil, inclusive para quienes han pasado mucho tiempo mirando, ver a Duccio con algo de estabilidad.[19]

[19] Stubblebine, *Duccio*, pp. 7, 52–6. Robert Oertel, *Early Italian Painting to 1400*, Londres: Thames and Hudson, 1968, pp. 195–200.

En resumidas cuentas, el argumento general ha sido que en alguna parte de la segunda mitad del siglo XIII se captó el "verdadero problema" de la pintura. Los artistas se sintieron cautivados por éste, forcejearon con él, y, teniendo en cuenta lo que para nosotros es su poder, lo que sucedió más tarde, y la premisa menor de una "influencia" mecánica, se puede suponer que todos estaban tratando de resolverlo. En esta ambición acelerada, pareciera por tanto natural suponer que un artista de más edad habría sido menos "avanzado" que uno más joven, y que cualquier artista habría sido menos avanzado en su obra temprana que en su obra posterior.

Incluso White sucumbe. El percibe que la *Maestà* de Duccio está articulando "un lenguaje nuevo y vital que, a pesar de los distintos dialectos en que hablaban, era común a todos los artistas del centro de Italia de ese período", un lenguaje que pretendía poner "ante los ojos de los fieles las historias sagradas y los personajes de una manera más animada, como si en ese instante estuvieran vivos". De ninguna manera supone que Duccio haya estado siempre luchando por "avanzar" hacia los "verdaderos problemas". Pero ni siquiera él resiste la tentación de decir al final que el lenguaje nuevo y vital de la *Maestà* es el que alcanzó su "último florecer" en el techo de la Capilla Sixtina y en las tapicerías de Rafael para el friso debajo de éste. En realidad, el Duccio de White es aún más heroico: es "uno de ese pequeño grupo de pintores que ha cambiado el curso de la historia". Quizás Millard Meiss tuviera razón, concede White, al pensar que los desarrollos sieneses quedaron inconclusos debido a la catástrofe de la década de 1340; la Opera nunca pudo volver a encargar nada tan fastuoso como la *Maestà* para el altar mayor en 1308 o la *Anunciación* de Simone Martini, *La Presentación en el Templo* de Ambrogio Lorenzetti o *El Nacimiento de la Virgen* de Piero Lorenzetti, tres retablos pintados en las décadas de 1330 y

1340 para altares laterales en la catedral.[20] Pero el sendero que lleva casi inmediatamente de la *Maestà* al *Buen y Mal Gobierno* de Ambrogio para el Palazzo Pubblico en 1339 – los tres retablos de los altares laterales eran de concepción más simple – es un sendero que a ojos de White conduce directamente "no al hombre y la naturaleza o al hombre frente a la naturaleza, sino al hombre en la naturaleza, como un aspecto natural de ella. Conduce a Pieter Breughel y, finalmente, a Henry Moore y a los conceptos modernos de la unidad fundamental de toda la naturaleza". Incluso a White le resulta imposible no ver a Duccio de este lado del Renacimiento; y al hacerlo, sin darse cuenta, da base para su propia queja de que "es difícil pensar que haya existido otro gran pintor . . . menos apreciado por sí mismo, en sus propios términos, y que haya sido considerado en un marco de relatividades y comparaciones cualitativas más permanentemente."[21]

[20] Los retablos de Martini y de Ambrogio se encuentran actualmente en la Galería Uffizi de Florencia, el de Pietro en el Museo dell'Opera en Siena.

[21] White, *Duccio*, pp. 9, 15, 160, 163, 171. La referencia de Meiss es a *Painting in Florence and Siena after the Black Death*, Princeton University Press, 1951. (El argumento de Meiss es rebatido por Bruce Cole, *Giotto and Florentine Painting, 1280–1375*, Nueva York: Harper and Row, 1976, y van Os, "The Black Death and Sienese painting: a problem of interpretation", *Art History* 4 (1981), 237–49.) Es curioso que la obra de Moore le disguste a los que se piensan a sí mismos como auténticos modernistas; la consideran como una pátina superficialmente moderna sobre academicismos más antiguos, y su popularidad refuerza su argumento. (Hay que recordar que el mismo Mondrian fue incapaz de vender casi nada de su trabajo, y Sonia Delaunay continuamente insistía en la falta de éxito mundano que su círculo tuvo en el mismo París, por no mencionar otros lugares, hasta la década de 1960. La percepción que White tiene de Moore, por supuesto, está perfectamente de acuerdo con la de ellos, sólo que él saca una conclusión distinta.)

IV

Duccio ha sido visto a la vez con demasiada generalidad y con excesiva parcialidad. Ha sido visto en la gran ola de la pintura italiana hasta el siglo XVI, si no en la gran ola de toda la pintura hasta el siglo XIX tardío. También ha sido visto (excepto por los modernistas) como si el único problema de la pintura entre el siglo XIII y el siglo XIX hubiera sido el del realismo. La *Maestà*, no obstante, fue concebida por alguien que no podía tener la más mínima idea de lo que habrían de ser las habilidades y la sensibilidad del siglo XVI, por no mencionar las del nuestro. Y como todas las pinturas del siglo XIII y de principios del siglo XIV en Italia, su *Maestà* no era solamente una pintura. No fue hecha para ser vista en sí y por sí misma, de la manera en que hoy veríamos una obra semejante, sobre una pared o alguna otra superficie plana, aislada dentro de su marco e independiente estéticamente. Era un retablo. Como tal, tenía que ser claro, emotivo, memorable, sacramentalmente correcto y verosímil; y tenía que encajar en un lugar prefijado en el altar mayor y en el marco general de toda la catedral.[22] Aún cuando sea verdad que para los nuevos realistas como Giotto – que trabajaban sobre muros o si lo hacían sobre retablos eran retablos (como en los ejemplos que le han sido atribuidos a Giotto y a su taller) de concepción mucho más simple – lo más importante era, como podría también serlo hoy para

[22] Los cinco criterios para los retablos son de Baxandall en *Patterns of Intention*, p. 106. La colocación del retablo es analizado por van der Ploeg en van Os, *Sienese Altarpieces*. Hasta ahora, queda una pregunta sin responder, incidental para lo que argumento aquí, y es cómo lograron que la *Maestà* se mantuviera de pie sobre el altar.

nosotros, "el estudio concentrado de la apariencia *real* del objeto individual bajo la mirada", no es probable que haya sido así para Duccio.[23]

Porque al proyectar la *Maestà*, Duccio estaba proyectando lo que hoy podríamos considerar una narrativa sagrada por secuencias inmensamente compleja para un lugar muy específico. Tenía que ser sacramentalmente correcto y verosímil; debía ser lo suficientemente majestuoso como para satisfacer lo que van Os llama la "megalomanía" en el encargo; pero también tenía que producir una narrativa de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Por esta razón, Duccio (no la Opera) decidió incluir en el reverso (aunque originalmente sólo para los canónigos) alrededor de cuarenta y tres narraciones, escenas que tenían que trasmitir no sólo su propio sentido sino que tenían que ser leídas inteligiblemente como nosotros leemos hoy una tira cómica. La primera tarea, por lo tanto, es reconstruir el conjunto actualmente disperso. Sólo entonces podremos empezar a ver qué lectura darle a la obra.[24]

Una vez hecha la reconstrucción, gracias a White, queda claro que Duccio tenía serias restricciones. Estaba limitado no tanto por el tamaño de cada uno de los paneles (en contraste, por ejemplo, con el ciclo de frescos que Giotto pintó en las paredes de la Capilla Arena de los Scrovegni en Padua tal vez en 1306 ó 1307), sino porque el contenido de los paneles debía ser captado simultáneamente como

23 White, *Duccio*, p. 167, el subrayado es mío. Ningún retablo puede atribuírsele al propio Giotto sin discusión, y los que pueden no se le acercan siquiera a la complejidad de la *Maestà* (e.g. White, *Duccio*, pp. 69–70, 140–50).

24 La reconstrucción de White, *Duccio*, pp. 84–5, 106–7, y los diagramas de cómo el ojo hubiera podido desplazar la mirada en pp. 129 and 130. van Os presenta otra lecturas opcionales (*Sienese Altarpieces*, p. 49).

un todo y como una secuencia y debía por una parte detener la mirada y por otra, inducirla a seguir adelante. Por esta razón, suponemos, la iluminación tenía que ser consistente, de manera que el observador no tuviera la impresión poco natural de estar viendo escenas distintas desde ángulos distintos (aún cuando se debía notar una diferencia entre aquellas que tuvieron lugar en distintos momentos del día). Tenía que llamar la atención mediante su uso del color, el cual es, como casi todos han observado, intenso pero sutil. Y tenía que controlar la perspectiva.

Esta última es el tema que tanto ha confundido la comprensión crítica y enturbiado los estudios explicativos. En su primer trabajo sobre este asunto, White sugiere que en vez de suponer que Duccio estuviera algo "atrasado", o al menos, que aunque hubiera visto "el verdadero problema" de la perspectiva naturalistica no hubiese podido realizarlo él mismo, puede ser más fácil suponer que por la época en que estaba trabajando en la *Maestà* sencillamente carecía de "interés alguno por el realismo fundamental típico de Giotto".[25] Ése era el realismo que la pintura cristiana había suprimido en la época bizantina. En las obras precristianas – esto es evidente en muchas de las pinturas que han sobrevivido de Pompeya – era una convención evocar la solidez de los objetos mediante el uso de una perspectiva agresiva y sin compromiso. Los objetos tridimensionales se representaban en proyección hacia el observador. El rechazo de los cristianos a esta convención, su deliberado "refuerzo", como lo describe White, "de la superficie plana de la pintura", coincidía con su fuerte espiritualidad. Marcó un rechazo hacia lo mundano y al tiempo circunscrito en que

[25] White, *Birth and Rebirth*, p. 80.

los acontecimientos mundanos ocurrían. Esto explica por qué la pintura cristiana tenía una calidad icónica hasta el siglo XIII, cuando se hizo el intento de volver los misterios más accesibles y por lo tanto más vívidos.[26]

Desde un punto de vista pictórico, la posición anterior era más adecuada. La perspectiva de la "oblicua extrema" puede perturbar la superficie pictórica al proyectar ángulos hacia el observador. Las dificultades que esta perspectiva crea respecto al espacio – al espacio, por ejemplo, alrededor de y entre objetos como edificaciones y recintos cerrados – puede trastornar drásticamente la organización de toda la pintura. Como White muy convincentemente muestra, con toda seguridad éste fue un problema al que tuvo que enfrentarse Giotto mientras realizaba los frescos de la Capilla Arena, problema que sólo resolvió evitando la representación de más de un edificio cuando los ángulos amenazaban con ser demasiado intrusos, u oscureciendo los ángulos con una figura humana. De hecho, más tarde en su última obra, Giotto se alejó por completo de una "solidez enfática y autoaislante" hacia una perspectiva más suave y restringida, menos realística, como diríamos hoy.

[26] Yves Bonnefoy, "Time and the timeless in Quattrocentro painting", en Norman Bryson ed., *Calligrams: essays in the new art history from France*, Cambridge University Press, 1988, 8–26. Según Jaroslav Pelikan, un ícono es "lo que representa; no obstante nos induce a mirar . . . a través y más allá de él" a los ideales que encarna (*The Vindication of Tradition*, New Haven: Yale University Press, 1984, p. 55). Para Bonnefoy, Piero logró recobrar eso a través de las nuevas convenciones realistas. (¿Lo lograron Cimabue, Giotto, Duccio y los otros?) En contraste con los idolos, que en la caracterización que Pelikan hace de ellos, "vuelven la preservación y la repetición del pasado un fin en si mismo" e implican sumisión, los iconos son susceptibles de una interpretación revisable; ver nota 30.

White señala que entre los cien o más paneles italianos pintados antes de 1300 que aún existen y en los cuales aparecen elementos arquitectónicos, no hay constancia de ninguna construcción que muestre una oblicua normal. Tal "normalidad" aparece en las restauraciones que Cavallini hizo a finales de la década de 1280 y en la de 1290 de unos frescos del siglo V en Roma, en los propios mosaicos de Cavallini en Santa Maria de Trastevere en Roma en 1291, y más tarde – y es por esto que White, en contra del último juicio de Stubblebine, prefiere la fecha anterior y más convencional del ciclo – en algunos de los frescos de la vida de San Francisco en Asís. Pero aún entonces, la mitad de las escenas del trabajo original de Cavallini en la década de 1290 y el ciclo de Asis "avanzan" solamente hasta una perspectiva frontal en escorzo – representando el frente de un edificio paralelo al plano pictórico, e indicando su profundidad con un gesto apenas en una de las paredes laterales. La perspectiva de la oblicua extrema no prevalece sino hasta el trabajo de Giotto en la Arena. Allí, de hecho, todas las edificaciones menos cuatro están colocadas oblicuamente en el plano pictórico y de las cuatro excepciones, dos son casos especialmente dictados por la arquitectura de la capilla misma. Si una de las reacciones a los cambios que estaban teniendo lugar en la Iglesia en occidente en el siglo XIII y a principios del siglo XIV resultó ser una pintura más convencionalmente representativa, realística, bajo ningún concepto esta reacción fue inmediata ni se difundió inmediatamente.[27]

Duccio no usa ni siquiera una oblicua suavizada. En los paneles de la *Maestà*, o bien representa la edificación sólo de frente, sin el menor atisbo de perspectiva, o bien usa la perspectiva frontal

[27] White, Birth and Rebirth, pp. 28–75.

en escorzo. También continúa la convención que Giotto había abandonado buscando probablemente el campo visual natural del ojo, de pintar el espacio hacia atrás como ya lo habían hecho algunos pintores bizantinos. El terreno de Duccio, que no obstante tiene gran volúmen y profundidad, se inclina empinadamente y se aleja del observador. ("Para Giotto", anota agudamente White, "lo que no se podía hacer con figuras sólidas en terreno plano, no valía la pena intentarse".)[28] Además, las figuras de Duccio son notablemente menos plásticas y sólidas que las de Giotto o Cimabue. ¿Estaba él en ayunas de lo que era el "verdadero problema" que tenía entusiasmadas a estas personas – a Cavallini desde su encuentro con la pintura antigua en Roma, a Cimabue y a Giotto en Florencia, y (si debemos aceptar para ellos la fecha más convencional y temprana que la de Stubblebine) a los pintores de los frescos del ciclo de San Francisco en Asís? ¿Es que no le interesaba, como implica White? ¿O es que era, quizás, moderadamente incompetente?

En la pintura de Duccio, "una articulación más natural y una solidez más limitada", resume White, "estaban combinadas con un diseño plano lineal dominante, al que reforzaba la exquisitez del color". Evitando así lo que para Giotto siempre fueron los "incontrolables conflictos" de los dibujos que "no estaban lo suficientemente resueltos como para contener un realismo tan intenso", Duccio quedó "libre por tanto para intentar efectos de representación más atrevidos". Su "genio", concluye White, consiste en que no hay residuos en su pintura del "dualismo inherente" a la obra de los hombres supuestamente más avanzados. No se trataba,

[28] White, *Duccio*, p. 126.

como White lo había dicho antes, de que Duccio no tuviera interés por el realismo. La intensidad emocional de sus figuras es suficiente para desmentir eso: podriamos citar ilimitados ejemplos, pero para quienes tienen acceso a ella, o al menos a una buena reproducción, las figuras al pie de su crucifixión en la *Maestà* son paradigmáticas.[29] Antes bien pareciera que modificó cierto realismo para realizar una meta más amplia.

En verdad, si la finalidad de la pintura religiosa era provocar devoción mediante la evocación de lo espiritual, es decir, de la delicada distinción (que Aquino precisó) entre rendirle culto a una imagen por sí misma, odiosa *idolatría*, y rendirle culto como simbolo de lo que debiera ser adorado, *latria*; si la finalidad de un retablo era ser claro, emotivo, memorable, correcto y verosímil; y si no fue sino hasta el siglo XVI que los pintores lograron desplegar una acosante perspectiva para alcanzarla – introduciendo deliberadamente lo que Michael Kubovy describe como una "discrepancia entre el punto de vista real del espectador y el punto de vista desde donde se *siente* que

[29] Otros ejemplos de las cualidades de Duccio son los paneles de la Anunciación y de Jesús abriéndole los ojos al ciego de nacimiento (dos de tres paneles en la National Gallery de Londres); e indicativo del volúmen que era capaz de sugerir con la perspectiva que usaba, el panel en el reverso de la *Maestà* describiendo la entrada de Cristo en Jerusalén (en el Museo dell'Opera en Siena) y la que describe la tentación de Cristo en la montaña (en la Colección Frick en Nueva York). Una composición de una multitud debajo del Cristo crucificado, voluminosa y sin embargo delicada, revelando un maravilloso sentido de la relación de los contrastes y de las compatibilidades de forma y color, y dramáticamente poderosa además, está en un tríptico en el Museum of Fine Arts de Boston, la cual, aunque su atribución ha sido discutida, es para mi de Duccio sin duda alguna; compárese con la escena semejante en el reverso de la *Maestà*.

debe ser vista la escena" (la discrepancia que los cubistas llevaron a un extremo); entonces gracias al sutil equilibrio que supo encontrar entre la finalidad de las obras que se le encargaron y lo que era, al final del Duecento y principios del Trecento, la nueva moda y el conocimiento predominante de la técnica pictórica, Duccio, podríamos decir, fue en su época el más sofisticado y por tanto el más "avanzado" de los pintores. En lenguaje más atrevido, puestos a coincidir con Jon Elster en que la manera de ver una obra de arte es como una "maximización bajo restricciones"; que "la práctica de los artistas sólo puede comprenderse asumiendo que existe algo que ellos quieren maximizar"; entonces Duccio, podríamos decir, estaba tratando de maximizar tanto la inmediatez como la espiritualidad, en una estructura de una complejidad y de una ambición nunca antes vistas. Y lo logró.[30]

V

Las presiones que la Iglesia del siglo XIII tenia para hacer más accesibles los misterios de la fe a un público mayor, aunadas a la ausencia de otros medios con qué lograrlo, explican por qué revivió

30 Para la fina pero crucial distinción entre *latría* e *idolatría*, Michael Camille, *The Gothic Idol: ideology and image-making in medieval art*, Cambridge University Press, 1989, pp. 203–20, Aquino citado en p. 207. Kubovy, *Psychology of Perspective*, pp. 16, 160–1, *passim*. White, *Birth and Rebirth*, pp. 78–83. Elster no dice qué es lo que los artistas pueden estar tratando de maximizar, excepto quizás la no muy plausible sugerencia de que "el valor artístico o estético es atemporal" (*Sour Grapes: studies in the subversion of rationality*, Cambridge y París: Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1983, p. 78).

tanto la pintura religiosa y se volvió tan vívida.[31] Formaban parte de lo que Michael Camille ha llamado la "explosión de imágenes" del siglo XIII en Europa. Las nuevas presiones también explican por qué los pintores se permitieron entusiasmarse ante el redescubrimiento del realismo romano tardío. Pero las instrucciones espirituales que se les daba a estos hombres, junto con las dificultades inherentes al uso de una perspectiva más extrema en las superficies planas de las nuevas imágenes secuenciales, explican por qué casi ninguno se atrevió a tanto como Giotto en las paredes de la Capilla Arena, explican por qué el mismo Giotto, en su obra posterior, recortó su ambición, y por qué Duccio concibió y pintó su *Maestà* de la manera en que lo hizo. Los cambios en la Iglesia y su liturgia eran condiciones generales y externas, y afectaron a todos los pintores de la época. No obstante, la interpretación que he sugerido (en muchos aspectos siguiendo a White) de la respuesta que Duccio les dió, es interna, y la respuesta misma es muy personal. La interpretación es una interpretación de él como un pintor que reflexiona sobre su complicada pieza de carpintería y se enfrenta a su superficie pictórica con un proyecto específico en mente. Duccio consideró las posibilidades y llegó a un compromiso. Es una interpretación a la que he llegado en parte tratando de conectar la manera en que la *Maestà* nos afecta hoy en día y lo que Duccio

[31] Estos factores fueron quizás suficientes pero no necesarios. Cambios similares también aparecieron en la pintura religiosa del este durante el "Renacimiento Comneniano" en el siglo XII, y continuaron en el periodo de gobierno latino en Constantinopla durante el siguiente siglo (un breve estudio en Irmgard Hutter, Alistair Lang trad., *Early Christian and Byzantine Art*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1971, pp. 142 ss. Sobre la manera en que Constantinopla se había distanciado de Roma anteriormente, Herrin, *Christendom*, e.g. pp. 52–3, 307–53, and Camille, *Gothic Idol*, p. 205).

hubiera podido estar tratando de hacer; y en parte mediante una comparación entre el trabajo de Duccio en la *Maestà* y el que otros pintores estaban haciendo contemporáneamente. (Si Duccio es un pintor más "gótico", no es tanto porque haya sido "influido" por pintores del norte sino porque respondió a la tarea de la narrativa visual fijada por los cambios en la Iglesia de igual forma que ellos). Nosotros – es decir, los académicos pensantes, White, van Os y otros – hemos resuelto quizás la interrogante sobre Duccio. La explicación parece completa, casi irresistible.

Pero las posibilidades aumentan en la explicación a la vez que decrecen. ¿Es que acaso los factores más generales y externos del cambio en la Iglesia del siglo XIII, o la interpretación más interna de por qué Duccio pintó como pintó, su visión de lo que estaba abierto para él y de lo que otros estaban haciendo sugieren otros posibles análisis de por qué hizo lo que hizo de la manera en que lo hizo? Y si lo sugieren, ¿cómo se alimentan estos nuevos estudios de las explicaciones que los sugieren?

La interrogante sobre Duccio, ahora está claro, se plantea mejor desde el siglo XIII y no desde la Capilla Sixtina en el siglo XVI o desde las convenciones de los cuadros enmarcados del siglo XX. ¿Por qué llegó Duccio a un compromiso, a diferencia de sus contemporáneos o casi contemporáneos en Roma y Florencia? White ha ofrecido dos respuestas distintas. O bien Duccio no tenia interés alguno en el problema del realismo; o – es la última sugerencia de White – sí tenía interés pero se dió cuenta de que las dificultades de tratar de utilizar la oblicua extrema en una superficie bidimensional eran enormes, y exigían sacrificios que no estaba dispuesto a hacer. Pero consideremos una tercera posibilidad, que nos es sugerida también por su estilo: el deseo de distanciarse voluntariamente de Cimabue y Giotto.

Duccio hubiera podido competir con Cimabue en 1285 por el encargo de una Madonna para la sociedad dominicana de Santa Maria Vergine en Florencia. Cimabue, como él mismo seguramente lo esperaba, hubiera sido el candidato más evidente. Los ciudadanos de Florencia a menudo favorecían a los suyos y existen razones para creer que la reputación de Cimabue iba en aumento, en gran medida debido al trabajo que estaba realizando en San Francesco en Asis y también debido a un encargo que mencionaré más adelante y que él podría haber recibido de la misma Siena en 1287. Pero los Dominicos no lo escogieron a él. Puede que exista una explicación muy simple, y es que hubiera acabado de aceptar el encargo de los Franciscanos para pintar una *Crucifixión* para Santa Croce. La fecha de esta pintura, horriblemente dañada en la inundación de Florencia en 1966 pero ya bien restaurada y devuelta al Museo dell'Opera en Santa Croce, sigue en discusión. Pero si fue encargada en 1285, el mismo año en que se trazaron los planos para la iglesia, lo que no era inusual, los Dominicos en Santa Maria Vergine, a pesar de que Cimabue ya habia realizado lo que la orden ha debido considerar una satisfactoria *Crucifixión* para San Domenico en Arezzo, hubieran podido preferir solicitársela a algún otro pintor, o Cimabue mismo habria podido hacerles saber que no estaba disponible.

Pero, si hubo un retraso en el encargo para la *Crucifixión* de Santa Croce, existen otras dos posibilidades. Como sugiere Eugenio Battisti, y a pesar de la impresionante calidad del trabajo que ya había hecho, Cimabue habia adquirido la reputación de tener una lengua demasiado aguda y de ser muy lento. Dante difunde su memoria popular como de alguien "arrogante" y "desdeñoso", y anotó en el *Ottimo Commento* a la *Divina Comedia* que si alguien encontraba falta alguna en su trabajo, o inclusive si la encontraba

él mismo, a menudo lo abandonaba. Es cierto que en su Madonna de Santa Trinita – una obra que tambien habría podido ser pintada en la década de 1280 – existen ciertos signos de apresuramiento, casi de torpeza, característicos del deseo de terminar algo precipitadamente, signos totalmente ausentes en ninguna obra conocida de Duccio. La segunda posibilidad que Battisti nuevamente y van Os insinúan, ambos de acuerdo con White, es que Cimabue habría sido incapaz de o simplemente no estaba dispuesto a reconciliar su impulso naturalista con las exigencias espirituales de la época; o que para algunos ojos influyentes contemporáneos, y ciertamente en contraste con Duccio, Cimabue hubiese resultado demasiado burdo, o al menos, se hubiera acercado demasiado peligrosamente a un estilo vislumbrado como pagano.[32] Esto bien puede sugerir que en vez de estar atrasado, Duccio era lo mejor que el dinero podía adquirir. (Esta es la propia conclusión de White después de comparar la *Madonna Rucellai* con otras piezas similares).[33] Además, los mecenas (entonces como ahora) probablemente eran menos aventureros que los artistas que protegían. Y los Dominicos tenían fama de puntillosos. Más que ninguna otra orden mendicante, los Agustinos, los Carmelitas, los Franciscanos y los Siervos, todas las cuales estaban compitiendo por una devoción más popular, se vanagloriaban de ser los defensores intelectuales de la nueva fe y puede que no se inclinasen demasiado hacia un excesivo naturalismo en las pinturas que encargaban. Si esto fue así, Duccio se hubiera dado cuenta de que a pesar de las dimensiones de la pieza solicitada, indicadas en el precio que según los criterios de

[32] Eugenio Battisti, *Cimabue*, University Park: Pennsylvania State University Press, 1967, pp. 63, 67. White, *Duccio*, p. 39.

[33] White, *Duccio*, p. 39.

la época se le estaba pagando por ella, lo que se esperaba de él era moderación y sobriedad, delicadeza más que drama.

Esta posibilidad puede sugerir otras dos. Cada una depende de las reacciones de cada hombre ante la obtención del encargo para Santa Maria Vergine. Si Cimabue lo hubiera ganado, Duccio hubiese podido captar el mensaje, tratado de reestablecer su competitividad, e intentar un mayor realismo, de manera que su trabajo después de 1285 no habría sido lo que fue. Estos pintores formaban parte de un mercado, o al menos, competían unos contra otros, y los talleres sieneses hubieran sido sensibles a eso, pues aún después de la paz con Florencia en 1269 y de la prosperidad que siguió en Siena, habría habido demasiados artistas en oferta como para que hubiesen tenido garantía permanente de trabajo allí. La seguridad financiera y el buen éxito artístico, quizás también la supervivencia – o al menos, la habilidad de mantener un taller, lo que implicaba alquiler, aprendices, cuentas por pagar, y otros compromisos a largo plazo, y para el Duccio en deuda perpetua, sin duda simplemente el mantenerse a flote – dependía de la reputación que se hubiese adquirido y mantenido en otras ciudades; y en la Italia central de aquella época, la reputación de Florencia era la que más valía. Alternativamente, puesto que fue Duccio, y no Cimabue, el que, como todos suponemos, consiguió el encargo, es posible que él en cambio hubiese alterado su estilo para cumplir aún mejor con lo que se le pedía.

Hay entonces al menos cinco posibilidades. En la primera, a Duccio no le interesaba el realismo. O sí le interesaba pero decidió que sus exigencias estaban en conflicto con otras que tenían prioridad. O quería distanciarse de Cimabue y Giotto. O no quería, y si Cimabue o cualquier otro pintor de estilo más naturalista hubiese ganado el encargo de los Dominicos en 1285,

él hubiera tratado de adaptar su estilo. O el mismo Cimabue, habiendo fracasado en el encargo, decidía adaptarse. No existe evidencia que respalde ninguna de éstas. Todas menos la primera (y bajo cierta lectura, la segunda) dependen de la hipótesis de que Duccio y Cimabue estaban compitiendo por el encargo de Santa Maria Vergine. Y eso no lo sabemos. Incluso si lo supiéramos, necesitaríamos detallados documentos sobre cómo se organizaron, negociaron e interpretaron los encargos, necesitaríamos ver las notas de los propios pintores y sus memorias (si es que alguna vez concibieron algo semejante), e idealmente, los bosquejos y paneles que hubieran intentado y abandonado (suponiendo que el costo de la madera de álamo en el ya deforestado campo lo hubiera permitido). Si alguna de estas cosas existió, ninguna ha sobrevivido – excepto los dibujos preliminares y algunos cambios que han sido revelados con la reflectografía de rayos infrarrojos. Los *sottoposti* nada dejaban excepto su obra concluida y algunas huellas legales que casi nunca versaban sobre la naturaleza de esa obra. Pero en los trabajos que sí tenemos hay algunos fragmentos de evidencia indirecta y circunstancial que nos pueden decir algo sobre la tercera, cuarta y quinta. (La fecha de la *Crucifixión* de Santa Croce de Cimabue es demasiado incierta como para que valga la pena seguir la explicación más sencilla de que él no hubiera competido siquiera por la Madonna de Santa Maria Vergine.)

Primero tomemos en consideración la quinta, la posibilidad de que el mismo Cimabue hubiera decidido adaptarse. En 1301, quizás, Cimabue pintó una Madonna para San Francesco en Pisa. (El ejército de Napoleón se la llevó y hoy se encuentra en el Louvre). El detalle interesante para lo que estamos analizando aquí es que el trono se parece más al que Duccio diseñó para la *Madonna Rucellai* que al que Cimabue diseñó, según cree la mayoría, en la década

de 1280 para su Madonna de Santa Trinità en Florencia. Es menos masivo, menos sólido y saliente, de angulatura más intrigante y delicada. Esto, es cierto, hubiera podido darse en respuesta al gusto más suave, menos dramático de los Franciscanos que la encargaron. Pero si esto es correcto, no explica por qué Duccio pintó como lo hizo, de una manera similar, para los Dominicos. Pudiera ser entonces que no habiendo conseguido el encargo para Santa Maria Vergine, Cimabue hubiese captado la idea. Según este argumento, él y quizás otros contemporáneos suyos entre 1280 y el fin del siglo habrían llegado a considerar a Duccio como el "más avanzado", o al menos, como el más capaz de satisfacer lo que se exigía en los encargos.

Existe también la evidencia de apoyo de dos piezas posteriores de dos pintores sieneses, el retablo de Ugolino para Santa Croce en Florencia, que se piensa fue pintado en 1324 ó 1325, y el de Pietro Lorenzetti para la iglesia carmelita en la propia Siena en 1329. Ugolino – cuyas líneas cruzadas de pincel se asemejan a las que despliega la segunda mano trabajando en el panel de la *Maestà* que representa a Jesús abriéndole los ojos al ciego de nacimiento – estaba pintando para una de las iglesias más ricas de Florencia, y sin embargo, a pesar de su esquema tonal inusualmente arriesgado, que sugiere un sentido intuitivo de la entonces desconocida teoría de los colores complementarios, es intimista e intrincado, carente de monumentalidad, más cercano en concepción y estilo a Duccio que a cualquiera de los ya renombrados realistas de la ciudad. Igualmente, aunque la Madonna misma, el niño y el trono de la pieza de Lorenzetti para la iglesia carmelita en Siena son desde el punto de vista de la composición más semejantes a obras florentinas anteriores – sin tomar en cuenta la aparente reconversión de Cimabue a principios del siglo – que a nada producido por Duccio

o cualquier otro taller en Siena, la predela, tanto en sus recursos ilusionistas como en el uso del color, recuerda más a las escenas de la *Maestà* en la catedral; y en ninguna parte, ni en los detalles arquitectónicos, por ejemplo, intenta Lorenzetti algo semejante a lo que Giotto había intentado hacer en los frescos de la Capilla Arena.[34] (Pero por entonces, el mismo Giotto había dejado atrás la escueta solidez de esos frescos en su trabajo posterior. Giotto también hubiera podido darse cuenta de que estaba pagando un precio demasiado alto, artística y financieramente, por ir en pos del naturalismo.)[35]

El cambio de Cimabue sugiere que pudiera haber algo de cierto en la quinta posibilidad. La pintura posterior en Siena sugiere que pudiera haber algo en la tercera; los sieneses, Duccio y los demás, considerando demasiado crudos a los realistas de Florencia, habrían podido distanciarse de ellos. Pero también existe respaldo circunstancial para la otra dirección, que se remite a la posibilidad – la cuarta de las cinco – de que si Cimabue hubiera obtenido el encargo de los Dominicos en 1285, Duccio hubiese alterado su estilo. Este apoyo se encuentra en el vitral circular de la catedral de Siena, y sugiere que fuese lo que fuese lo que lo incitó a hacerlo, en

34 Sobre el retablo de Ugolino, Bomford *et al.*, *Art in the Making*, pp. 98–123. Sobre el de Lorenzetti, van Os, *Sienese Altarpieces*, pp. 91 ss.

35 Existe la aceptada complicación del misterioso Stefano, a quien Vasari describe como el discípulo de Giotto, y quien, según Vasari, superó inclusive a su maestro – en palabras de otro escritor de finales del siglo XIV – en "imitar como mono a la naturaleza". Pero Vasari le atribuye el mismo trabajo tanto a Giotto como a Stefano en las vidas separadas de cada uno; no se puede, otra vez, confiar en él; y nada que se pueda atribuir con confianza a Stefano ha sobrevivido (Vasari, *Le Vite*, pp. 130–3, White, *Duccio*, p. 150).

un aspecto al menos, el aspecto que ha dominado las discusiones criticas, él no hubiera podido cambiar.

Esta ventana fue encargada en 1287, y los registros de la Opera indican que se terminó alrededor de un año más tarde. No existe mención alguna a quien la diseñó o a quien la hizo. Pero puesto que la ventana se encuentra donde se encuentra, desde hace mucho le ha sido atribuida a Duccio. Y sin embargo, arguye White, es poco probable que la atribución sea correcta. La manera en que las figuras se relacionan con la arquitectura, doblándose ellas mismas o sus manos sobre el borde de un trono, por ejemplo; la manera en que, en la escena del *Entierro de la Virgen* en la ventana inferior, la multitud está colocada en cuatro o cinco filas de profundidad en una perspectiva impresionante pero clara y totalmente controlada; y las mismas similitudes – así informa White, yo no he podido comparar los originales personalmente – entre la manera en que están moldeadas y pintadas algunas de las cabezas y su *Crucifixión* en la iglesia superior de Asís; todo sugiere a Cimabue. Ningún otro artista cuyo trabajo haya sobrevivido había logrado efectos semejantes en el siglo XIII. Y le da curiosidad a uno saber por qué, suponiendo que hubiese estudiado la ventana, Duccio no hubiera intentado imitar en ninguna parte de ninguna de las escenas de su retablo veinte años más tarde lo que Cimabue – o quienquiera que fuese el diseñador de la ventana – había hecho.

Si esta cadena de argumentos es correcta, parece poco probable que Duccio hubiera cambiado mucho su estilo aún cuando hubiese fracasado en el intento por asegurarse el encargo de los Dominicos en Florencia. Esto pudiera reducir ligeramente la fuerza de la interpretación más interna de la *Maestà* misma. Según esta interpretación, Duccio estaba simplemente equilibrando varias consideraciones. Y sin embargo en las escenas donde pintó gente de

pie unas frente a otras sin la complicación de la perspectiva de un conjunto arquitectónico, tal como en la *Aparición en Galilea*, donde Cristo aparece frente a un grupo de discipulos, hubiera podido esforzarse por lograr el efecto que Cimabue habia conseguido en el *Entierro de la Virgen* del vitral circular sin menoscabo de los otros efectos. Uno quisiera, por supuesto, saber por qué no lo hizo.

Y sin embargo, la opinión convencional del Renacimiento pictórico, que ha afectado la manera en que Duccio ha sido visto, sigue estando tergiversada. Esta opinión, para refrescar la memoria, sugería que "Cimabue creía tener las riendas del campo de la pintura, pero ahora Giotto tiene el último grito". Insinuaba que había un verdadero problema, visto por el verdadero genio de Cimabue en la década de 1280 y por Giotto pocos años después, el problema del realismo; y que los contemporáneos que no lo captaron, o no pudieron realizarlo, estaban atrasados. Pero un examen más detallado de quién estaba tratando de hacer qué y cómo y para quién, en el contexto del nuevo mecenazgo cristiano, y de lo que era entonces la pintura, en verdad sugiere que por muy talentosos que fueran Cimabue y Giotto, y sea lo que sea lo que hoy se piensa que iniciaron, y lo "avanzado" que luego haya llegado a parecer, en esa época no hubieran podido ser percibidos tan inequívocamente sino quizás por algunos cuantos partidarios en la propia Florencia (y aún así carecemos de evidencia de contemporáneos suyos), y por lo tanto no pueden ser percibidos asi por nosotros, como para haber estado marcando el paso. Sólo retrospectivamente, imputando el telos del realismo, ello hubiera sido asi. Y sólo en una visión heroica de la actividad artística, del tipo proveniente de Vasari y que fue adoptada por los románticos posteriores, una visión en la que la innovación se aprecia más que la tradición, la moda más que la habilidad,

la desviación más que el refinamiento, sería el compromiso una virtud menor.

VI

En realidad es imposible decidir si alguna de las distintas interpretaciones de por qué Duccio pintó como lo hizo es la correcta, por no decir que es imposible medirlas precisamente unas con otras. Para ninguna, además, es probable que exista evidencia independiente que sea decisiva. Pero otros dos puntos generales han quedado claros.

En primer lugar, mientras más posibilidades contemplamos, mayor cantidad de juicios podemos imaginar a Duccio haciendo, y más globalmente vemos su pintura. Mientras más hagamos esto, mejor sentido tendremos de lo que queremos explicar; y mientras mejor sentido tengamos de eso, más tenderemos a mirar hacia otras obras y luego regresar a la de Duccio. Es un asunto complicado y ataca a la creencia de Michael Baxandall de que al evaluar obras de arte, debemos ejercer "una parsimonia crítica".[36] Semejante moderación tiene sus atractivos, los atractivos, podríamos decir, aunque Baxandall no lo haga, de preceptos análogos en las ciencias. No introduzcamos la complejidad cuando la simplicidad y la economía son suficientes. Hagamos una clara distinción, como sugiere Baxandall, entre los elementos inmediatamente activos en la intención de un pintor y las posibilidades más remotas de lo que, más generalmente, hubiera podido pensar. Y como

[36] Baxandall, *Patterns of Intention*, pp. 120–1, 131.

un aviso en contra de la apropiación especulativa que a menudo se ha desbocado en la literatura de la historia del arte, esto sin duda es sabio.

Y sin embargo, el segundo – y debido a lo que he venido diciendo en capítulos anteriores, quizás ya familiar – argumento es que mientras más amplia sea la gama de consideraciones que creemos a Duccio capaz de contemplar respecto a lo que se esperaba de él, acerca de lo que otros pintores estaban haciendo, y acerca de cómo ambas cosas se relacionaban con el sentido de sus propias habilidades y con el sentido de su éxito y el de ellos, más comprendemos. Mientras más inclinados nos sintamos por tanto a revisar la descripción de lo que ello era, o a refinarla, si asumimos de una vez la posición del revisionista, sugerida por White para el propio Duccio y de una manera más general, por Camille para figuras medievales posteriores. Esto no quiere decir que por eso habríamos de tener mayor certeza respecto a ella; sólo que podríamos verla de una manera diferente.

5
Explicación, comprensión y teoría

I

Las posibilidades aumentan con la explicación a la vez que decrecen. El Partido Laborista británico ha dependido del apoyo de los sindicatos. También se ha visto obligado estatutariamente a tener en cuenta las decisiones tomadas en su convención y en su Comité Nacional Ejecutivo. ¿Hubieran podido modificarse esos estatutos y los poderes de CNE? E independientemente de eso ¿habrian podido colaborar entre ellos de un manera menos autodestructiva los diversos elementos del Partido Laborista en las décadas de 1950 y 1960? Algunas autoridades en la Europa moderna temprana tomaron decisiones que limitaron efectivamente la diseminación y quizás también la incidencia de la peste. ¿Hubieran podido actuar antes? ¿Y hubieran podido otras autoridades al menos actuar? La presión fiscal cada vez más severa ejercida sobre los campesinos franceses del siglo XVII y principios del XVIII sirvió para mantener altos sus niveles de fertilidad. ¿Hubiera podido esa presión ser menos fuerte? Y si lo hubiera sido, ¿hubieran permitido otras condiciones el descenso de los niveles de fertilidad? La nueva actitud en Washington después de la muerte de Roosevelt, el consejo de Harriman a Truman, la decisión de Stalin de explotar su ventaja en Europa del este, y la aparente velocidad del avance del ejército soviético en Corea del norte, todo ello afectó la opinión del Comité Coordinador de Estado, Guerra y Marina de

que Estados Unidos debia ocupar el sur. ¿Habria sido distinta esa actitud de haber estado Roosevelt aún mandando, o de haber procedido Stalin más cautelosamente respecto a Polonia, o de haberse movido su ejército con menos celeridad hacia Corea del norte, o de haber tenido Washington una noción más clara de sus intenciones generales? Duccio recibió el encargo de los Dominicos de una Madonna para su capilla de Santa Maria Vergine. Pero no la concibió ni la ejecutó como nosotros creemos que podía haberlo hecho Cimabue. Si no se le hubiese dado el encargo, ¿habría sido diferente su *Maestà* del altar mayor en Siena?

Además, lo que hemos decidido explicar en primera instancia, y la forma y dirección de la explicación que estamos sugiriendo, se alimentan de imágenes de lo posible. Algunas de esas imágenes provienen de ciertas realidades con las que contrastan. Varios partidos socialdemócratas europeos no han dependido tanto de los sindicatos. Unas cuantas autoridades italianas controlaron la circulación en el siglo XVI a fin de prevenir la diseminación de la peste; en el siglo XVIII las autoridades de la frontera oriental del imperio Haugsburgo habían logrado hacerlo con resultados bastante buenos. En el siglo XVII y principios del XVIII, la fertilidad en la Inglaterra rural era notablemente más baja que en la mayor parte de Francia. Por la época en que Duccio iba a comenzar su *Maestà*, Cimabue y Giotto estaban pintando de una manera reconocidamente nueva, que posiblemente fuera la moda en Florencia. Hay otras posibilidades que no son reales: una vez asegurada su victoria sobre Japón, las acciones de Estados Unidos respecto a la Unión Soviética fueron más de contención que de conciliación; ni los americanos ni los rusos tenían experiencia alguna sobre cómo lidiar con el nacionalismo poscolonialista; y Cimabue no recibió el encargo de los Dominicos en 1285.

Sin embargo, como he venido diciendo hasta ahora, todas las posibilidades para un mundo, bien sean sugeridas por nuestras explicaciones o por contrastes y comparaciones con lo que queremos explicar, deberían comenzar en ese mundo tal cual es. No debieran exigir que desplegásemos el pasado. Y las consecuencias que sacáramos de estas opciones deberían encajar inicialmente con los otros procesos de ese mundo sin perturbarlos. Ni el momento inicial ni los procesos que les imputamos debieran ser fantásticos. Granada no habría podido derrotar a los Reyes Católicos en la década de 1490. Al-Andalus ya había alcanzado su máximo desarrollo en el siglo X, y los moros habían comenzado a batirse en retirada desde que Toledo fue reconquistada por los cristianos en el siglo XI. En realidad, ya desde la segunda mitad del siglo XIII Granada era la única provincia que no había sido reconquistada, e incluso entonces, la dinastía Nazarí se había visto forzada desde hacía tiempo a pagarle tributo a Aragón. Si a pesar de todo hubieran sido efectivamente capaces de resistir las fuerzas combinadas de Aragón y de Castilla, es difícil creer que con los recursos disponibles (en contraste con lo que hubieran sido las oportunidades abiertas para los moros de haber salido victoriosos tanto en el centro como en el borde occidental de su zona en el siglo VIII) hubiesen salido a derrotar ejércitos desplegados en otras partes, y a crear una Europa alternativa. No es tan difícil, en cambio, imaginarse una Inglaterra un poco más socialdemócrata en la década de 1970, o un estado Confederado menos democrático en Norteamérica.

Estas distinciones entre lo que es más o menos posible, no obstante, parecen a la vez demasiado finas y demasiado inestables. Las otras opciones de cualquier situación real ¿están dadas solamente por los hechos de esa situación real, o por las posibilidades que fueron examinadas en aquella época, o por comparaciones muy

cercanas? ¿No existen también teorías capaces de sugerir ciertas posibilidades que de otra manera no hubiésemos visto?

II

Ésta es una expectativa específicamente moderna. El siglo XVIII amplió lo que Polibio había relacionado. Para los pre-polibianos, como Aristóteles, no había conexión alguna entre lo típico, lo que generalmente es o podría ser, los tipos, lo ideal y las posibilidades generales, y lo concreto, incluyendo lo particular en el tiempo. Aristóteles arguyó en la *Poética* que los historiadores, los contadores de *storia*, no tenían nada que decirle a los poetas, a los profetas ni a los filósofos. Fue Polibio quien argumentó por vez primera que los particulares podían ser vistos como puntos en un ciclo, y que en virtud de eso, tenían una mayor significación general y estaban conectados con temas morales y políticos de mayor envergadura. Sin embargo, esta "filosofía polibia que enseñaba con ejemplos", como la describió un humanista a principios del siglo XVII, fue transformada en el siglo XVIII. Una cierta atracción hacia la nueva ciencia, cuyas imágenes sugerían relaciones de tipo lineal más que cíclico, se conectó a una nueva convicción respecto al lugar de la razón en la investigación y respecto a su actuación en el mundo mismo. Se vió reforzada tanto por la sensación de que cambios irreversibles estaban teniendo lugar en Europa, cambios que parecieran haber sido provocados por lo que nosotros hoy pensamos en términos de lo "económico" y lo "social", y no lo legal y lo político, como porque los futuros que ellos habrían de producir serían completamente distintos de cualquier pasado. (La transformación está clara en el desplazamiento del sentido de

"ley natural"). Había nuevas verdades sobre el mundo humano y se podían conocer de nuevas maneras.

En cierto sentido se diferenciaban muy poco de las verdades de la historia ejemplar. También eran generales. Cada particular estaba clasificado en un conjunto, y sus atributos como miembro de su conjunto eran suficientes para explicar su conexión con cualquier otro particular. Pero existia una diferencia reveladora. La historia ejemplar dejaba un espacio entre lo que la razón teórica sugería y lo que se podía hacer prácticamente. Las oportunidades que presentaba la Fortuna podían arrebatarse o no. En la historia nueva y más deliberadamente teórica, en cambio, se suponía que la razón teórica era capaz de explicar la práctica y que estaba allí para guiarla. No había lugar para la discreción reflexiva. En realidad, en su forma sociológica más extrema del siglo XIX, esta historia no dejaba espacio alguno para el razonamiento práctico.

Es muy probable que esta posición aún tenga defensores. Pero el entusiasmo anterior se está desvaneciendo. Ello se debe en parte a la devastación, a los dislocamientos y a las desilusiones del siglo XX: dos guerras mundiales, los "fascismos", las perturbaciones de la descolonización y del intento de "desarrollo", y – el ejemplo análogo para los intelectuales progresistas de la década de 1990 de las dudas respecto a los efectos de la Revolución Francesa en la década de 1790 – los fracasos del socialismo de estado. Los cambios intelectuales también han jugado un papel: el declive de las concepciones deterministas de la naturaleza no humana, argumentos sobre las antiguas distinciones entre ciencia y filosofía, las visiones revisadas de las mismas ciencias y el movimiento más difuso, y sin embargo profundo, del modernismo al posmodernismo. La historia de la retirada aún está por escribirse. Pero no necesitamos conocerla para saber que existen al menos

dos buenas razones para haberse retirado.[1]

La primera es que las respuestas generalizables que tradicionalmente pensamos como del tipo causal ya no persuaden. Las conexiones causales o los procesos que hemos sido capaces de detectar en los asuntos humanos, o bien han tenido que ser expresados a un nivel tan general que no contienen suficiente información y no responden a los intereses de nuestra explicación; o bien son tan condicionales que no pueden generalizarse; o, cuando han generado una capacidad de predicción verificable, han resultado falsos.[2] Ahora nos damos cuenta de que como las

1 Esto no quiere decir, por supuesto, que – para varios tipos de derecho, por ejemplo – no estén aún vigentes muchas de las aspiraciones de la Ilustración específicamente morales y políticas, específicamente distintas de la puramente analítica.

2 Algunas predicciones falsas indicativas: que el nacionalismo dejaría de ser una gran fuerza; que las economías basadas en salarios altos y gran división del trabajo serían las que mejor aliviarían la pobreza; que la clase obrera en el capitalismo adoptaría el socialismo, que el socialismo existente aumentaría el crecimiento a la par que garantizaría una distribución más equitativa – en verdad, que el socialismo iría siempre tras el capitalismo y no le precedería; que los países descolonizados querrían implementar una política liberal competitiva; que se daría una "secularización" progresiva; que un comercio internacional en expansión serviría para establecer relaciones menos beligerantes entre los estados; por encima de todo, quizás, y como guía a estas predicciones más específicas, la expectativa general de que las alianzas locales se transformarían en alianzas de un tipo más "universal". (Los sociólogos recordarán los modelos de "modernización" que sobrevivieron hasta los años setenta). Contra-ejemplos aparentes serían las expectativas de De Tocqueville y Max Weber, pero apoyan lo que digo, y no lo limitan el que sus predicciones de mejor éxito fuesen también las más paradójicas, e irónicas. Ninguno de los dos sentía una atracción sin complicaciones por la idea de una realización histórica de la Ilustración.

respuestas a las preguntas sobre cambios sociales tienen que ser acotadas al margen con tantas condiciones, cualquier informe sobre cambios particulares, si pretende respetar la condicionalidad del ejemplo, tiene él mismo que ser relativamente particular y de similar complejidad. Y mientras más complejo se vuelve, tal como he venido diciendo, más tiende a sugerir otras opciones que reducen inclusive esa certeza que pudiéramos tener sobre el particular mismo.

La segunda razón para retirarse del programa analítico de la Ilustración es la creciente conciencia, y no sólo en la ética, de que una teoría de la razón práctica tiene que conectarse con lo que Bernard Williams ha llamado el "conjunto subjetivo" de agentes para los cuales ha sido pensada. Tiene que dar razones que ellos puedan reconocer como razones para ellos desde donde se encuentran.[3] Aun cuando una teoría respecto a lo que un grupo de personas tiene buenos motivos para emprender haga referencia a ellos sólo conforme a alguna capacidad singular y abstracta, como ciudadanas de una república liberal moderna, o por ejemplo, como una clase, como mujeres, o simplemente como "actores racionales", antes que como personas completas que tienen vidas completas, sin embargo fracasará a menos que de alguna forma se conecte con lo que estas personas de una manera más particular creen que son las circunstancias en que se encuentran. Si pretenden que les afecta solamente como miembros de una u otra categoría, casi con seguridad se están engañando a sí mismas; porque uno puede seguir preguntando por qué la referencia es a esa categoría y no

[3] Bernard Williams, 'Internal and external reasons', en *Moral Luck: philosophical papers*, 1973–1980, Cambridge University Press, 1981, pp. 101–13.

a otras, y la respuesta a esa pregunta será una respuesta acerca de ellas en las circunstancias en que se encuentran. Incluso cuando la finalidad de una teoría de la razón práctica – la finalidad, por ejemplo, de las así llamadas Teorías Criticas que han ampliado la concepción kantiana de kritik – sea la de trascender ese hecho, la de motivar a las personas a que reflexionen sobre la concepción que tienen de sí mismas, a que la amplíen y la extiendan, incluso a que la cambien o a que cambien las circunstancias en que la formaron, o por lo menos, a que sean más coherentes; aun así es cierto que cualquier reflexión que se hagan sobre esta proposición sólo puede comenzar allí donde están, dentro de sus vidas particulares, y no desde fuera. Lo mismo sucede con las teorías explicativas del razonamiento práctico de agentes reales. Aún si creemos que un "verdadero" interés o alguna otra fuerza por el estilo está guiando la reflexión que se hace la gente, hemos de comenzar por lo que creemos que son esas reflexiones. Si no lo hacemos, no queda claro en qué sentido estamos hablando de una reflexión práctica que sea suya. Los teóricos sociales y políticos no siempre han admitido la fuerza de este punto. En realidad, a menudo la han resistido. El razonamiento teórico, creen ellos, ha sido suficiente para explicar por qué la gente hace lo que hace.

Al final del siglo XX, la retirada analítica es evidente en casi todas partes. Los teóricos morales y políticos condicionan sus respuestas cada vez con mayor frecuencia a circunstancias particulares. Los teóricos sociales que siguen comprometidos con el proyecto del siglo XVIII de una historia general, tácitamente convergen en que sólo en lo particular puede darse cuenta de lo que ellos quieren explicar; si la pregunta es acerca de la temprana prosperidad de Europa occidental, por ejemplo, en la "concatenación" en el periodo medieval de modos de producción antiguos y

feudales, o sobre la coincidencia de la geografía política de la región y las oportunidades que había en ella para el crecimiento agrícola y el comercio, o sobre la ausencia de obstáculos al crecimiento económico que estaban presentes en las demás partes. Y si ahora vamos a llegar a una generalización, ésta consiste en afirmar que lo que verdaderamente explica es la impredecibilidad, lo que Roberto Unger llama la "plasticidad" y adaptabilidad de las instituciones e ideologías triunfantes, o como W. G. Runciman lo ve, las ventajas que acumulan quienes ganan en la perpetua competencia por el poder económico, coercitivo e ideológico. El proyecto ilustrado de una teoría social se ha escindido y en todas y cada una de sus partes, ya sean normativas o explicativas, ha asumido una nueva modestia.[4]

[4] Ejemplos de esta tendencia en la teoría moral y política moderna son los ensayos más recientes de John Rawls ("Justice as fairness: political, not metaphysical", "The Priority of Right and Ideas of the Good", "The Domain of the Political and Overlapping Consensus", en John Rawls, *Political Liberalism*, Nueva York: Columbia University Press, 1993) y los argumentos de Charles Taylor (*Sources of the Self: the making of the modern identity*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1989, y más directamente "Cross-purposes: the liberal-communitarian debate", en Nancy L. Rosenblum ed., *Liberalism and the Moral Life*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1989, pp. 159–82). Los historiadores generales a que me refiero son Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Londres: New Left Books, 1974, e.g. en p. 422; Michael Mann, cuya explicación es que la Europa occidental políticamente estaba en realidad bloqueada hacia el este y tenía una "oportunidad extraordinaria de desarrollo agrícola y comercial" hacia el oeste, *The Sources of Social Power I: A history of power from the beginning to A.D.1760*, Cambridge University Press, 1986, e.g. en p. 510; E. L. Jones, *The European Miracle: environments, economies and geopolitics in the history of Europe and Asia*, Cambridge University Press, 2da edición, 1987, pp. 225–38 e.g. en p. 234; Ernest Gellner, *Plough, Sword*

III

Al reafirmar las pretensiones de la particularidad, sin embargo, pudiera parecer que estoy meramente reformulando la antigua reacción. Ya al principio del siglo XIX, había quienes insistían en que mediante la aplicación de principios generales se podía pervertir la comprensión y subvertir los proyectos prácticos. Una reacción semejante produjo un programa para otra nueva historia. En éste, los historiadores, en palabras de Ranke, tenían que recobrar el pasado tal cual, "con su auténtica peculiaridad". Debían abstenerse de toda abstracción y generalidad, sumergirse en las fuentes

---

and Book: the structure of human history, Londres: Collins, 1988, pp. 171, 199, 273–8; y Roberto Mangabeira Unger, quien identifica movimientos "dirigidos hacia soluciones que no permitan que un conjunto rígido de funciones sociales y jerarquías definan de antemano las relaciones prácticas entre la gente", *Plasticity into Power: comparative-historical studies on the institutional conditions of economic and military success*, Cambridge University Press, 1987, p. 207, también p.ej. en pp. 7, 41, 56, 153 ss., 199–200. (Perry Anderson mismo dice algo similar respecto a un grupo entrecruzado de escritores en "A culture in contraflow: I", *New Left Review* 189 (1990), 72.) Incluso Runciman, quien insiste que con su generalización logra explicar, está de acuerdo en que "nadie que haya estudiado en profundidad la evidencia de los registros históricos y etnográficos, puede evitar sorprenderse por la manera en que las formas más elaboradas de cultura y los patrones estructurales más complejos" constituyen una secuencia que "es, al igual que la selección natural, azarosa en sus orígenes e indeterminada en sus resultados" (*A Treatise on Social Theory II: substantive social theory*, Cambridge University Press, 1989, p. 449, también p. 285). Mi problema aquí no se refiere a la generalidad de las preguntas – la pregunta, por ejemplo, del buen éxito pasado de Europa occidental – sino a la posibilidad de generalización de las respuestas.

originales, y trazar líneas de antecedentes únicos. (Según la opinión de Ranke, los historiadores en tierras alemanas debían ir a los archivos alemanes y trazar los orígenes específicamente medievales de lo específico alemán. Era necesario rebatir la pretensión francesa de que sus teorías y su revolución le habían dado un nuevo "universal" a la historia). Pareciera que estoy diciendo la misma cosa cuando insinúo que captar lo real no es subsumirlo en una generalidad sino comprenderlo a la luz de las posibilidades particulares que él mismo sugiere, o que otros casos muy comparables sugieren para él.

Está claro que las condiciones para insertar otras posibilidades opcionales en el mundo y luego sacar consecuencias de ellas no se refieren directamente a la teoría. Para los puntos de inserción que giran en torno a conexiones causales, hay dos condiciones de ese tipo. La primera, a la que ya he aludido, es que la salida del presente real no debiera exigirnos que desenvolvamos el pasado y nos apropiemos del futuro. Podríamos argumentar que si Richelieu no hubiera insistido en su conflicto con España y elevado los impuestos reales, la carga fiscal sobre los agricultores pobres franceses no hubiera sido tan enorme. Su fertilidad, como resultado, habría podido ser más baja. Pero aún así nunca hubiera sido tan baja como en Inglaterra. En la Francia del siglo XVII, nada ni nadie hubiera podido compensar los problemas sociales y económicos que se habían ido acumulando en el campo durante casi trescientos años. No ver esto sería considerar una alternativa para una Francia que se hubiera desprendido de la real antes de 1400 y no para la Francia que era como era entonces respecto a muchas otras cosas. Podríamos sugerir que si Giotto no se hubiera metido en las dificultades en que se metió tratando de representar la perspectiva de la oblicua extrema, quizás Duccio y otros pintores

de principios del siglo XIV, incluyendo al mismo Giotto al final de su carrera, habrían podido pintar de una manera distinta a como lo hicieron. Pero para consolidar la sugerencia, habríamos tenido que acelerar el siglo XIII en vez de desplegarlo a fin de que se resolvieran mucho antes los problemas técnicos que de otra forma no habrían de resolverse sino hasta el final del siglo XV.

La segunda condición, muy cercana a la primera, para los puntos de inserción opcionales que giran en torno a conexiones causales, es que la partida del presente real debería exigir que no cambiásemos demasiadas cosas en ese presente a fin de que no se convierta en un lugar demasiado diferente. Las autoridades públicas fuera de Italia y en el sur de Alemania en principio hubieran podido hacer mucho más de lo que hicieron para limitar la circulación y por tanto controlar la diseminación y quizás también la incidencia de la peste. Pero eso no sólo les hubiera exigido, como hubo quien lo vió en esa época, alterar demasiadas de las prioridades establecidas; hubiera también requerido que otros muchos asumieran poderes que no podían asumir. Estados Unidos, sugerí, hubiera podido decidir en el verano de 1945 no ocupar la parte sur de Korea. No muchas cosas tenían que cambiar para que actuase de esa manera. Pero una vez allí, retirarse hubiera sido mucho más difícil. Ello hubiera exigido hacerle concesiones a la Unión Soviética, pero para comienzos de 1946, su compromiso con la contención era demasiado profundo. En la década de 1950, el Partido Laborista británico hubiera podido prestarle más atención a los cambios sociales y económicos que estaban describiendo sus propios "revisionistas". De haber reflexionado la izquierda sobre estos cambios más de lo que lo hizo, y, de haber sido la derecha menos directa en su política de oposición, entonces, al igual que varios otros partidos socialdemócratas en otras partes de Europa,

el Partido Laborista hubiera podido adaptarse a ellos. A finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, sin embargo, cuando las viejas esperanzas de altas tasas de crecimiento se desvanecieron como resultado de una continuada baja inversión en la industria británica, de una mala administración, del exceso de empleo, de la inflación creciente y de la permanente protección de la libra por parte del gobierno, quedó claro que el Partido tenía dos opciones: o bien insistía en un socialismo defensivo que, por muy buenos resultados que hubiera podido dar a largo plazo, era electoralmente desastroso, o bien, como el partido de Mitterrand habría de hacer en Francia después de 1981, abandonaba sigilosamente su promesa de pleno empleo y seguridad social para un gran número de sus seguidores. Se decidió por un socialismo electoralmente desastroso. Pues, para entonces, a sus activistas se les había permitido ganar demasiado control. Lo que hubiera sido posible en la década de los cincuenta había dejado de serlo en la del setenta.

Para aquellos puntos de partida opcionales en donde lo que importa son las consideraciones sobre los agentes y no sobre las causas, es menos fácil juzgar lo que es más o menos admisible. Ello es debido a que la línea que separa a ambos está en ese punto donde los agentes en cuestión dejarían de reconocerse o de admitirse a sí mismos como los agentes que eran. Richelieu hubiera podido poner los intereses de los agricultores franceses por encima de su rencilla con España. Cho Man-sik hubiera podido no ser tan exageradamente nacionalista y por lo tanto no tan refractario a la petición de Chistiakov de que cooperara con el plan soviético para un mando compartido. Aneurin Bevan hubiera podido ser más pragmático, Hugh Gaitskell tener principios menos inflexibles, Harold Wilson una visión más amplia y más coraje, y

James Callaghan haberle temido menos a los sindicatos. Y aunque en este caso las disposiciones de los agentes sean más oscuras, Cimabue hubiera podido no ser tan intransigente ni Giotto tan experimentador. Cada una de estas posibilidades es imaginable. Pero ninguna es una posibilidad inmediatamente plausible para el hombre tal como él era. Los agentes reales tienen disposiciones y habilidades, tipos de conocimiento y estados mentales que, a nuestro parecer al menos, impiden que acepten ciertas opciones para sí mismos, y por lo tanto, nos impiden que consideremos esas opciones como opciones para ellos.

Ninguna de estas condiciones para los puntos opcionales de inserción depende de algo que pueda ser descrito como "teoría". Dependen de los hechos reales, de las restricciones causales y de los personajes. Pero las restricciones sobre las consecuencias que podemos sacar a partir de eso no son tan estrictas. Las condiciones causales pueden alterarse, e inclusive los personajes, antes de morir, pueden cambiar, o cambiar sus creencias. Y ocasionalmente, habrá una teoría a la mano que sugiera cómo hacerlo. En una economía de trabajo intensivo, por ejemplo, las presiones fiscales aumentarán la necesidad de producir y reducirán la seguridad, y puesto que en el estado moderno temprano, la parentela es la mejor garantía tanto de seguridad como de trabajo, es probable que las presiones hagan subir los niveles de fertilidad. Inclusive entonces, el efecto predicho puede ser eliminado, como posiblemente lo fue en la Inglaterra del siglo XVII, por la existencia de instituciones de socorro competentes.

Normalmente, sin embargo, no existirá tal teoría. A lo sumo habrá simples preceptos, en los que ni siquiera las condiciones más generales estarán del todo claras. Quienes se autodescriben como realistas en materia de relaciones internacionales dicen que las grandes potencias se mueven en un vacío. Pero en 1945, Estados

Unidos y la Unión Soviética eran ambos potencias anormalmente grandes. Cada uno había alcanzado su propia condición desde una situación de aislamiento previa, y ambos ostentaban ideologías notablemente más fuertes que los poderes a los que reemplazaban. La ideología de cada uno, además, era la antítesis de la del otro. De igual forma los pintores, o así lo han presupuesto muchos historiadores del arte, sufren la influencia de quienes los han precedido; la mayoría, desde luego, tiene maestros. Cimabue, Giotto y Duccio habrán tenido sus maestros, aunque en ningún caso se sepa quienes hayan podido ser esos hombres. Pero los tres estaban trabajando en un momento en que sus mecenas ponían nuevas exigencias, ellos inventaban, y también, podemos suponer, competían. Las exigencias que se les hacían, junto con su talento, hacen poco probable que podamos explicar adecuadamente lo que hicieron e inferir lo que hubieran podido hacer desde dónde, cómo y con quién ellos aprendieron su oficio. En éstos y en otros innumerables casos comparables, usamos preceptos que podrían pasar como "teoría" a lo sumo para comenzar a pensar cómo, dado el tipo de cosa que era, en las circunstancias en que ocurrió, la alternativa que nos interesa hubiera entonces "procedido". No podemos usar los preceptos para asegurar de hecho ningún pensamiento semejante.

Si decidiéramos ignorar las condiciones de inserción de un punto de partida alternativo en el mundo real o ignorar aquellas condicones que nos permitirían juzgar cómo el mundo hubiese procedido entonces; si, en cambio impusiéramos una teoría general, las posibilidades que estaríamos contemplando no serían posibilidades para algo real sino para algo meramente posible. Y, en ese momento, nuestra historia o ciencia social se disolvería en una literatura de la imaginación. Es probable que exista una demanda por ese tipo de literatura, como sugiere Thomas Pavel,

en tanto una "proyección" de lo real. Pero si existe, es una demanda, a lo sumo, por un *tipo* reconocible de circunstancia, carácter, sentimiento, pensamiento, acción o relación. No es una demanda por una proyección que esté necesariamente atada a cosas realmente existentes; de hecho, ni siquiera seria deseable que lo estuviera, dadas nuestras convenciones sobre géneros literarios. Es en ese aspecto – si no en la riqueza de detalle que puede pedírsele a los objetos que la suplen – cuando lo tiene, una proyección análoga a la de los conceptos abstractos y generales en los mundos imaginarios de la ciencia social teórica.[5]

Las posibilidades que contemplamos para lo real, en cambio, comienzan con agentes particulares en un conjunto particular

[5] Pavel despliega la imaginería de los mundos posibles de los lógicos para sugerir que los mundos imaginarios de la literatura tienen que ser proyecciones del mundo real, aunque la distinción que aquí se establece entre los dos tipos de proyección es mia y no suya (*Fictional Worlds*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1986). Los científicos sociales suponen por convención que las poblaciones estables, las economias en equilibrio, la "clase universal" de Marx, los prisioneros del dilema y otros conceptos semejantes, se refieren, aunque sea de una manera abstracta, a entidades existentes. Y, ciertamente, si el realismo "tiene que ver con la familiaridad en los simbolos que se usan para narrar" y la verdad "está en relación con lo que se cuenta, literal o metafóricamente, mediante símbolos familiares o fantásticos" (Nelson Goodman, *Of Mind and Other Matters*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1984, p. 125), las teorias que muestran esos términos parecieran estar ofreciendo descripciones verdaderas aunque simplificadas de lo real, y estar expresándolas de una manera más o menos realistica, es decir, de un modo más o menos familiar. La diferencia existente entre las descripciones densas de la historia o de la etnografía pareciera ser meramente un asunto de grados. Pero es un pensamiento que puede confundirnos. Las relaciones y los términos propuestos en modelos

de circunstancias tal como esos agentes y esas circunstancias realmente fueron. Modelos, preceptos, o teorías pueden guiar nuestras especulaciones acerca de lo que podría seguir luego. Pero a lo sumo éstas serán teorías basadas en la inducción a partir de otras instancias, en cuyo caso – bien por sí mismas, o porque es difícil distinguir la teoría de sus condiciones – pudieran no ser pertinentes. Serán, a lo sumo, meros preceptos sin una fundamentación sólida.

Es probable que todo esto recuerde el parafraseo de la antigua reacción. Me resisto a la concepción simplificadora de la abstracción en las ciencias sociales, pero podría parecer como si hubiera aceptado las presuposiciones que la nutren: el haber aceptado ya sea – y en contra de lo que argüí en el capítulo primero – que las explicaciones en la historia y en las ciencias sociales tienen que ser formalmente idénticas a lo que en el antiguo modelo "de subsunción bajo leyes" se suponía que caracterizaba las explicaciones en las ciencias no

abstractos de este tipo no solamente son menos densos que aquellos de los análisis más detallados; se los introduce por su complejidad. Los términos y las relaciones sugeridas entre ellos – o entre los elementos que encarnan si son conceptos sintéticos, como una población estable, o una economía en equilibrio – cruzan la línea entre la descripción literal y la metáfora. Por supuesto, su parsimonia y la precisión de los modelos en que se muestran son convenciones de lo que nosotros llamamos "ciencia". Pero las verdades que cuentan son "proyecciones" de las reales, de la misma manera en que las ficciones convincentes lo son. En su mejor momento, los modelos abstractos en estas investigaciones son más afines a las obras de arte. Si son "científicos" lo son sólo en el sentido en que la matemática lo es. Tienen sus atractivos, pero son internos al arte, y se ponen aparte. Ciertos aspectos de la disputa sobre la distinción entre ciencia (social) y literatura en los siglos XVIII, XIX y principios del XX en Inglaterra, Francia y Alemania han sido recuperados por Wolf Lepenies, R. J. Hollingdale trad., *Between Literature and Science: the rise of sociology*, Cambridge University Press, 1988.

humanas, ya sea – la única alternativa que nos dejaron los teóricos de la Ilustración – que son universalmente aplicables las teorías sobre lo que los agentes tienen buenas razones para hacer; y que si nuestra explicación no se ajusta a uno u otro de esos tipos, no tenemos otra opción que recurrir al *ad hoc*. Pareciera que yo no haya dejado lugar, al menos no explícitamente, para lo que otros en contraste con los viejos modelos de las teorías, de las explicaciones causales y de los razonamientos prácticos de la Ilustración, y la verdad sea dicha, a menudo en reacción a ellos, han sacado a relucir como "interpretación".

IV

El primero de los tres argumentos diferenciables a favor del privilegio dado a la interpretación en la historia y las ciencias sociales es también el menos problemático. Tiene que ver con una supuesta diferencia entre informes y descripciones. Los informes son según Runciman caracterizaciones no rebatidas de lo que está allí para ser explicado. No suscitan problemas respecto a la descripción inicial, o por lo menos presuponen que tales problemas han sido resueltos. Son neutros respecto a las teorias y no eliminan a ninguna. Son lo que el ángel de la evidencia, fantasea Runciman, escribe en su cuaderno de notas. Las descripciones, en cambio, sí favorecen ciertas líneas explicativas y eliminan otras.[6]

[6] Ver el capítulo 4, nota 1. Runciman supone que los requerimientos para la explicación (que comienza a partir de informes) son los mismos para todas las ciencias: requieren teorias, conjuntos de leyes generales. He criticado esa idea en el capitulo 1, sección IV. Las buenas descripciones,

"Richelieu subió los impuestos", "Estados Unidos ocupó el sur de Corea" y "Duccio nunco intentó la oblicua extrema" son informes. La selección de estos hechos y no de otros tan sólo indica que los hechos que deseamos explicar son precisamente éstos. Ninguno de estos informes nos inclinan hacia una u otra explicación, como tampoco eliminan a ninguna. "Richelieu pasó por encima de los intereses de los agricultores más pobres", "Estados Unidos confundió el comunismo internacional con el nacionalismo coreano", y "Duccio era conservador" son aseveraciones a mitad de camino entre informes y descripciones. Cada una sirve para sugerir una pregunta más definida. Cada una nos inclina también a seguir una línea de explicación en vez de otra: al examen de las decisiones políticas de Richelieu a la luz de lo que consideramos como los intereses de los agricultores más pobres; a lo que dio pie a un embrollo político en el mundo poscolonialista de posguerra; y a aquello que incitó a Duccio a pintar de una manera que a nuestro parecer fue más ortodoxa que la de Giotto. Pero nuevamente, ninguna de ellas en realidad juzga de antemano a ninguna de las explicaciones que pudiéramos ofrecer. Richelieu ha podido creer o no que tenía una opción, o al menos una opción de ese tipo; en realidad, el resultado de sus acciones sobre la forma de vida de los campesinos puede que no haya

---

piensa, deben ser "auténticas" y a fin de marginar la mera idiosincracia, también "representativas"; los buenos informes simplemente tienen que ser claros y sin prejuicios (*A Treatise on Social Theory I: the methodology of social theory*, Cambridge University Press, 1983, pp. 145–222, 143–4, 236–44). Como explico más adelante, utilizo el termino "descripción" para referirme a informes, hechos por los agentes o por otros, que no son neutros; ver también mi comentario sobre Rorty respecto a los informes de los propios agentes, en la nota 16 más adelante.

sido intencionado. Los americanos han podido verse o no verse afectados por el hecho de que los soviéticos aceptaron la República Popular de Corea y de sus comités en el norte, por los comentarios que les hicieron los coreanos conservadores y cristianos, por una presuposición más general de que si no se era "anti-fascista" y "anti-colonialista" en 1945, y no se favorecía al mismo tiempo el tipo de liberalismo competitivo propio de los americanos, era inclinarse a favorecer a algún que otro tipo de socialismo más o menos revolucionario, o por cualquier otro factor. Han podido incluso tener un sentido preciso de la distinción entre el nacionalismo indígena y comunismo internacional, y para sus propios fines, haber decidido omitirla. Duccio ha podido experimentar o no de la misma manera en que Cimabue y Giotto lo estaban haciendo, ser sensible a las dificultades técnicas que ellos encontraron, estar pendiente de las exigencias de sus mecenas, o verse afectado por alguna otra consideración. Sin embargo, "al perseguir los intereses de Francia, Richelieu los menoscabó", "Estados Unidos persiguió sus intereses hegemónicos al contener a la Unión Soviética en Corea", y "la *Maestà* de Duccio es simultáneamente un compromiso artístico y la obra de un genio" son descripciones. Cada una está prácticamente dirigiendo la respuesta hacia la pregunta que sugiere.

Los límites entre informes y descripciones no son muy definidos. Pero el problema está claro y en principio es simple. Se refiere a los intereses que podamos tener en explicar lo que en el capítulo número 1 llamé el "contexto" de nuestra explicación. (Por añadidura, también puede referirse a nuestro interés por la evaluación del estado de cosas que nos concierne. Si fuéramos a ver la "contención" como una estrategia para la "seguridad", la "seguridad" como una estrategia para el "orden", y supusiéramos que el "orden" promete paz, es muy probable que la estemos

recomendando; casi todo el mundo valora la paz. Pero la recomendación no tiene por qué seguirse. Fácilmente podríamos introducir un argumento que la minara o marginara a favor de un ajustamiento mutuo por una parte – de lo que solía llamarse "pacificación" – o de la guerra por otra).[7] Estas diferencias aparentemente inocuas entre informes y descripciones, sin embargo, suelen disfrazar a dos diferencias más profundas y controvertibles, a veces por separado y ocasionalmente a ambas juntas.

Como lo expresaban los poskantianos alemanes que la sacaron a relucir, la primera está marcada por la distinción entre "espíritu" y

[7] La relatividad en las ciencias humanas de las explicaciones respecto a nuestros intereses la expresa claramente Hilary Putnam (*Meaning and the Moral Sciences*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1978, pp. 41–5). En los ejemplos de Putnam, el hecho de que el vigilante del campus haya visto al profesor completamente desnudo en la residencia de las mujeres a medianoche *puede* explicarse invocando una ley que diga que como un ser humano con habilidades motoras normales, el profesor no pudo ni ponerse sus ropas ni dejar la habitación a la velocidad de la luz; pero obviamente, esto no es lo que queremos saber. De igual manera, la respuesta de Willie Sutton cuando le preguntaron por qué robaba bancos – "porque es donde está el dinero" - *puede* explicarse mediante una generalización de tipo ley respecto a la clase a la que pertenece ese particular (Willie Sutton); pero lo que el capellán de la prisión quería saber sin más es por qué Willie robaba; y lo que se habrán preguntado (me imagino) los hombres de las celdas contiguas, habiendo oído la conversación, es por qué Willie en vez de trenes robaba bancos, los cuales además de tener alarmas y guardia armada son tan difíciles de abandonar. Esto está relacionado muy de cerca con el análisis de Bas C. van Fraassen acerca de lo que él llama la importancia de los "grupos de contrastación" y la "pertinencia" en nuestras explicaciones (ver el capítulo 1, sección III). Charles Taylor comenta el asunto de la evaluación en "Neutrality in political science", in *Philosophy and the Human Sciences: philosophical papers 2*, Cambridge University Press, 1985, pp. 58–90.

"naturaleza", entre aquellas cosas que son específicamente humanas y aquellas que no lo son. El propio Kant había concedido que podemos vernos a nosotros mismos y a otros desde fuera, en tanto apariencia, como objetos "afectados a través de los sentidos" o desde dentro, "en uso de razón", "independiente de las impresiones sensoriales". Otros han reiterado este punto aunque sin respaldar necesariamente su metafísica de los "noumena". Sugieren ellos que podemos tener una doble visión: vernos a nosotros mismos y a otros tanto desde dentro como desde fuera, "objetivamente", como se ha dicho a menudo, y "subjetivamente".[8] Varios poskantianos del siglo XIX y XX, no obstante, en reacción a una u otra forma de "empirismo" o de "positivismo", han hecho todo lo posible por devaluar lo natural y la actitud objetiva. Han insistido por el contrario en las características de lo específicamente humano. Lo que esto significa exactamente puede discutirse, cosa que han hecho hasta la saciedad. Pero se puede decir que entre

[8] Kant, H. J. Paton trad., *The Groundwork of the Metaphysics of Morals*, Nueva York: Harper, 1953, p. 125. Thomas Nagel arguye a favor de una doble visión de nosotros mismos en 'Subjective and objective', in *Mortal Questions*, Cambridge University Press, 1978, pp. 196–213; también Stuart Hampshire, suplemento d de *New York Review of Books*, 26/19, 6 December 1979, e *Innocence and Experience*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1989, pp. 38 ss. Al trazar el contraste entre las explicaciones interpretativas y las causales, no pretendo sugerir que las explicaciones causales son las únicas explicaciones no interpretativas que existen. Existen explicaciones funcionales, por ejemplo, en el sentido matemático, y otras más. Las diferencias entre éstas, sin embargo, no inciden en lo que digo aquí; como ya sugerí en el Capítulo 1, sección IV, no son diferencias que sean fáciles de sustentar independientemente de un proyecto explicativo particular.

otras cosas incluye la capacidad de conocerse a uno mismo, de captar universales, de sostener relaciones con lo que no existe, de usar el lenguaje, de actuar libremente, y de formar parte de un grupo social; de incluir un elemento no espacial; y de no ser identificado con ningún otro objeto en el mundo. Sea cual sea la manera en que se tracen tales diferencias con la relativa naturaleza no humana, no obstante, se trata de diferencias metafísicas. El argumento ha consistido en decir que una o varias de estas cualidades debe servir de apoyo a una explicación "interpretativa" de los asuntos humanos antes que – o como mínimo, ser un añadido esencial a – una explicación causal. El argumento continúa diciendo que las explicaciones causales son adecuadas para las relaciones entre acontecimientos y situaciones en el resto de la naturaleza, incluyendo lo que resta de la naturaleza humana; para las relaciones entre cosas que en el sentido kantiano son "heterónomas", o "fenómenos". Las explicaciones interpretativas, en cambio, son explicaciones de relaciones entre cualidades que se autodefinen, quizás que se autocrean; de las relaciones entre, o dentro de, lo "autónomo", los "noumena".[9]

La segunda de las diferencias más profundas y controvertibles en el argumento sobre la explicación y la interpretación en la historia

[9] Tomo el inventario de lo humano de Richard Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton University Press, 1979, p. 35; Rorty explica además la conexión con otras convicciones relacionadas en p. 353. Charles Taylor – el antagonista escogido para Rorty en esta materia – ha ofrecido defensas influyentes de la importancia del "espíritu" en p.ej. "Self-interpreting animals", en *Human Agency and Language: philosophical papers 1* Cambridge University Press, 1985, pp. 45–76, y "Interpretation and the sciences of man", en *Philosophy and the Human Sciences*, pp. 15–57. Amplia estos pensamientos y su crítica de lo que él llama ahora el opuesto

y en las ciencias sociales se halla entre los que defienden la tesis del contenido holista y los que la atacan. Los holistas pretenden que el mundo es de una sola pieza. Nuestra explicación de cualquiera de sus partes requiere por consiguiente que localicemos esa parte en relación a todas las otras en un supuesto todo internamente conectado y quizás también indivisible. Los anti-holistas, por el contrario, no ven razón alguna para creer que el mundo sea de

---

"naturalismo de la razón sin ataduras [disengaged reason]", en *Sources of the Self*, e.g. pp. 495 ss. En su origen y desarrollo, la disputa ha sido principalmente alemana. Los historiadores y los científicos sociales de otras partes se han preocupado poco por la cuestión y nunca han tenido al respecto una *Methodenstreiten* de tanta intensidad. (Existe un excelente recuento de su génesis en Alemania y de los argumentos de uno de sus defensores más importantes en Michael Ermath, *Wilhelm Dilthey: the critique of historical reason*, University of Chicago Press, 1978. Se puede obtener un sentido indicativo de cómo se relacionaba la explicación causal y la interpretación para el mismo Dilthey en Rudolf A. Maakkreel y Frithjof Rodi eds., *Wilhelm Dilthey, Selected Works I: introduction to the human sciences*, Princeton University Press, 1989, pp. 87 ss.) Charles Maier se pregunta si la fuerza de la distinción en el pensamiento alemán no tiene sus raíces en lo que identifica como una disposición clara y de larga tradición en esa cultura hacia lo que llama "decisionismo estructurado": tratar repetidamente de limitar los resultados mediante un procedimiento claro y firme y cuando se demuestra difícil de aplicar, como sucede a menudo, apelar entonces a las pretensiones contrarias de subjetividad pura y caer en la arbitrariedad (lo que a menudo desespera) (*The Unmasterable Past: history, holocaust and German national identity*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1988, pp. 156–9, donde Maier menciona una preocupación análoga de Jürgen Habermas acerca de sus compatriotas p. ej. en "Sovereignty and the Führerdemokratie", *Times Literary Supplement* 26 September 1986, 1053–4; compárese el penetrante criticismo de Habermas sobre Max Weber en *Communicative Action I*, pp. 143–271, especialmente pp. 269–71).

una manera o de otra antes de averiguarlo, y, ciertamente dicen, no tienen razón alguna para creer que sea de una sola pieza. Nuestra explicación de una cualquiera de sus partes es una interrogante abierta, arguyen, y puede consistir en establecer conexiones con cualquier cantidad de otras cosas. En principio, el holismo se puede aplicar a todos los contenidos del mundo; en tanto argumento general no tiene nada que decir, como en Leibniz, por ejemplo, de la supuesta especificidad de las explicaciones en la historia y en las ciencias sociales. A pesar de todo, un holismo de contenido se manifiesta aún en aquellos "estructuralismos" que sugieren que las estructuras o los sistemas, los conjuntos de elementos relacionados de manera tal que un cambio en uno de ellos causa el cambio en todos los otros, realmente existen. Y hay una línea persistente de pensamiento idealista – Hegel puede ser su inspiración moderna de mayor influencia, y en el capítulo primero mencioné el ejemplo de Oakeshott – que ha suprimido la supuesta especificidad del "espíritu" desde una visión holista para sugerir que el uno sustenta a la otra. Esta línea pretende que las relaciones entre varios, por no decir que entre todos los elementos de la conciencia no son ni externas ni contingentes sino internas y necesarias, como por ejemplo, las relaciones que se dan dentro de un lenguaje natural, y varios tipos de relaciones entre personas y acontecimientos.[10]

[10] Entre los sociólogos, quizás el internalismo más discutido de tipo idealista ha sido la lectura de Peter Winch del último Wittgenstein (*The Idea of a Social Science*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1958); ver mis propios comentarios sobre Wittgenstein en la próxima sección. Charles Taylor ofrece un argumento para lo que llama "individualismo holista" en *Sources of the Self* y para su ampliación al pensamiento social y político en "Cross-purposes".

V

No es sorprendente que hayan sido tan persistentes y acaloradas las disputas acerca de uno u otro modelo de explicación e interpretación en la historia y en las ciencias sociales. El debate ha girado en torno a tres problemas que están frecuentemente conectados y a menudo confundidos: acerca de cómo es el mundo, acerca de cómo los humanos se relacionan con el resto del mundo, y acerca de cómo se debe registrar, describir y explicar algunas o todas las partes de este mundo. Tampoco es sorprendente que algunos de los protagonistas hayan tratado, como en el caso de Runciman, de cabalgar por encima de la *mêlée* a fin de sugerir soluciones a cada uno de los problemas que resulten suficientes como para permitirle al historiador o científico social activo evitar los pantanos filosóficos y continuar con sus investigaciones. Su intención es admirable. Pero no se pueden hacer desaparecer tan fácilmente ni las preguntas que originan los debates, ni las preguntas ulteriores que éstos a su vez engendran. A fin de resolverlas, o por lo menos, a fin de llegar a una conclusión que no las evite simplemente, debemos dar un paso atrás y preguntarnos qué esperamos que hagan nuestras teorías y nuestras actitudes teóricas.

La respuesta estaba clara cuando eran determinados tipos de "idealistas", "realistas" o "empiristas" los que luchaban por los campos de la historia y de las ciencias sociales. Fuese lo que fuese lo que dividía a los combatientes, todos coincidían en lo que estaban defendiendo. Era el conocimiento. Sus interrogantes eran qué cosas conocía ese conocimiento, cómo se lograba, y qué autoridad podía conferírsele. Aún cuando el interés que las impulsaba era ideológico, ninguno sugería que la pura ideología pudiese resolver el asunto. Recientemente, sin embargo, ciertos

pragmatistas han pretendido cambiar las reglas. Dicen que la interrogante no es cómo conocemos, y mucho menos cómo sabemos que conocemos; tampoco es cómo conferirle autoridad a nuestras pretensiones de conocimiento. El asunto es cómo sobrevivir. La idea misma de una realidad que podemos llegar a conocer con nuestros esquemas pero que sea distinta de estos esquemas, continúa su argumento, es una idea que nos ha sido dada por otro esquema. Estas distinciones entre esquema, realidad, cognición y no cognición, y quizás también, por lo menos de la manera en que se las dividía previamente, la misma distinción entre filosofía y ciencia, deberían eliminarse. Lo que decimos sobre el mundo está en función de cómo nos conectamos con él y de los intereses que tenemos al hacerlo.[11]

Este rechazo pragmático a una distinción manejable entre esquema y realidad, versiones y mundos, no es un viejo idealismo con otro nombre, no es un simple antirrealismo. Goodman aviesamente lo considera un "irrealismo".[12] Respeta el mundo y la experiencia

[11] Reúno en lo que aqui digo sobre "los pragmatistas" a una familia de argumentos de autores como Quine, Davidson, Goodman y Putnam (y en este respecto, Rorty también) que difieren considerablemente entre ellos; ver la nota 15. El argumento, sin embargo, no está restringido solamente a aquellos que se ven a si mismos como "pragmatistas": van Fraassen, por ejemplo, llama a su no muy disímil posición "empirismo constructivo" (*The Scientific Image*, Oxford: Clarendon Press, 1980, pp. 11–13; *Laws and Symmetry*, Oxford: Clarendon Press, 1989, pp. 189–93).

[12] Nelson Goodman, *Ways of Worldmaking*, Indianapolis: Hackett, 1978. Putnam recuerda con aprobación el comentario de William James de que la pregunta sobre cuánto la red de nuestras creencias refleja el mundo "en sí mismo" y cuánto es nuestra "contribución conceptual" no tiene más sentido que la pregunta de si un hombre camina más

que de él tengamos. Pero no considera que nuestra experiencia sea ingenua. Nuestra experiencia está guiada por nuestros esquemas. Y éstos están guiados a su vez por nuestros intereses. Tampoco, como a primera vista pareciera, es el irrealismo una forma inaceptable de relativismo. Decir que vemos el mundo – en las ciencias de la naturaleza quizás que lo vemos mejor – desde nuestro propio punto de vista, puede estar sugiriendo que también existen o pueden existir otros puntos de vista. Sin embargo, si los hay, éstos o bien son inaccesibles para nosotros, de manera que no estamos en capacidad de sugerir dónde se encuentran, qué nos dan ni de compararlos con los nuestros; o bien son accesibles e inteligibles, en cuyo caso forman parte de los nuestros. Las afirmaciones de Wittgenstein, por ejemplo, de que "los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo", y de que "lo que llamamos descripciones son instrumentos para usos particulares" parecieran sugerir que una persona que hablara otro lenguaje vería el mundo de una manera diferente, quizás porque querría hacer algo diferente con él, o, como dirían algunos pragmatistas, querría "sobrellevarlo"

esencialmente con la pierna izquierda que con la derecha (*The Many Faces of Realism*, LaSalle: Open Court, 1987, p. 77). Putnam explica con un ejemplo: si una opinión sostiene que hay tres objetos en el mundo y otra que hay siete (los tres originales y las cuatro sumas posibles 1 + 2, 1 + 3, 2 + 3, y 1 + 2 + 3), entonces hay dos realidades, cada una interna a lo que podemos pensar como la práctica intelectual de dos observadores. Hay hechos, en este caso, dos conjuntos de hechos, pero no hay un hecho que tenga sentido independientemente de un esquema. Las ontologías, en el decir de Quine, son relativas a un manual de traducción (*The Pursuit of Truth*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1990, p. 51).

de una manera diferente.[13] Pero los límites de nuestro mundo son los límites de todo sentido. No podemos ver posibilidad alguna, incluyendo la posibilidad de este mundo visto de manera diferente, con otras luces que las nuestras. (Este es el límite de *todos* los condicionales contrafácticos.) De hecho, en lo que podríamos leer como su creciente curiosidad acerca de lo que la filosofía no podía decir, el aparente pragmatismo de Wittgenstein se acercó a un idealismo trascendental. Por consiguiente al final de las *Investigaciones Filosóficas* "uno se encuentra", sugiere Williams, "con un 'nosotros' que no es un grupo distinto de otro grupo en el mundo, sino el descendiente en plural de ese 'yo' idealista que tampoco era un elemento distinto de otro en el mundo". Y esto resulta consistente con lo que Hilary Putnam ha llamado el realismo "interno" o "pragmático" (en tanto distinto del arquimídico o "metafísico") el cual, suponiendo que sea un realismo, es todo lo realista que se puede ser.[14]

Si esto es correcto, no obstante, y creo que lo es, entonces el pragmatista que insiste en que estamos tratando de salir adelante antes que de conocer, se ve forzado a regresar a la pregunta de

[13] "Por lo tanto estoy tratando de decir algo que suene pragmático. Aqui me veo frustrado por una especie de *Weltanschauung*" (*On Certainty*, para. 422).

[14] Wittgenstein, *Tractatus*, 5.62; *Philosophical Investigations*, para. 291. Sobre su posición ulterior, Bernard Williams, "Wittgenstein and idealism", en *Moral Luck*, pp. 144–63, la cita en p. 160, y Jonathan Lear, "Leaving the world alone", *Journal of Philosophy* 79 (1982), 382–403 en 382–92. Como observa Lear (392n), la conclusión – pero no el argumento - es similar a la de Donald Davidson en "The very idea of a conceptual scheme", *Proceedings and Addresses of the Aristotelian Society* 67 (1974), 5–20. (Davidson extiende su argumento al problema de la comprensión de otros en "Judging interpersonal interests", en Jon Elster y Aanund Hylland eds.,

quién somos, desde dónde estamos tratando de sobrevivir, y qué es lo que estamos tratando de sobrellevar. Pareciera que existen sólo dos respuestas. O bien existe una distinción utilizable entre esquema y realidad, en cuyo caso es sólo desde una posición más o menos trascendental o desde cualquier otro tipo de posición previa sobre lo que realmente somos, desde donde podemos ver para lo que sirven nuestros esquemas. O bien no existe tal distinción utilizable, en cuyo caso alcanzamos los límites de lo que podemos decir acerca del mundo y de nuestros esquemas particulares en nuestro esquema general, y en cualquier momento – puesto que no se pueden descartar las revisiones futuras – tener que aceptar el mundo tal como se nos aparece a todos nosotros. Si rechazamos una primera respuesta más "externamente" escéptica, que presupone un punto fuera de nosotros mismos que no podemos alcanzar, y aceptamos una segunda, más "interna", en la cual somos escépticos respecto a los fundamentos de nuestras creencias, escépticos acerca de la idea misma de los fundamentos, pero confiados en el hecho de que son los nuestros, tenemos

---

Foundations of Social Choice Theory, Cambridge y Oslo: Cambridge University Press y Universitetsforlaget, 1986, pp. 195–210.) Hilary Putnam, *Reason, Truth and History*, Cambridge University Press, 1981, pp. 49–74. Como allí dice Putnam, "Quine y Davidson arguyen, en efecto, que un relativista consistente no debería tratar de ninguna manera a los otros como seres hablantes (o pensantes) si sus ruidos son *así* de 'inconmensurables', entonces son *sólo* ruidos), mientras que Platón y Wittgenstein arguyen, en efecto, que un relativista consistente no puede tratarse a si mismo como un ser hablante o pensante" (p. 124); también *Many Faces of Realism*, pp. 3–40. (Rorty [*Philosophy and the Mirror*, también "Method, social science and social hope", *Canadian Journal of Philosophy* 11 (1981), 569–88] se inclina hacia la posición de Quine y Davidson aunque a diferencia de Quine, rehusa privilegiar las descripciones como las de la física.)

una posición razonablemente clara, y quizás la única coherente y asequible a nosotros, desde la cual decidir qué es lo que importa en los tres argumentos sobre la interpretación y qué no es importante.[15]

VI

Primero, nos podemos poner de acuerdo en que todas las descripciones, sencillas o detalladas, son discrecionales. También podemos coincidir en que una descripción sólo será inteligible y defendible en relación al conjunto de descripciones de que forma parte. Pero esto, que es tan cierto de las descripciones de la reflexión práctica como de los "fenómenos" – aún cuando con el propósito de describir el razonamiento práctico pudiéramos preferir las descripciones de los propios agentes simplemente por

15 Existe una diferencia (sacada a colación por Alexander Rosenberg, "Superseding explanation versus understanding: the view from Rorty", *Social Research* 56 (1989), 479–510) entre aquellos pragmatistas (como Dewey – y quizás, uno pudiera añadir, Putnam) que justifican sus pretensiones apelando a lo que ellos consideran que es un programa de necesidades humanas y aquellos (como el mismo Rorty) que insisten en la contingencia de toda fundamentación y puntos de partida, incluyendo a cualquiera que recurra a necesidades. La distinción entre escepticismo "externo" e "interno" la hace Ronald Dworkin en su respuesta a Stanley Fish en "Interpretation and objectivity", en *A Matter of Principle*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1985, pp. 167–77. Fish estaba criticando el artículo de Dworkin "Why law is like literature" (*Matter of Principle*, pp. 146–66) y contestó a la respuesta de Dworkin en "Wrong again", *Texas Law Review* 62 (1983), 299–316, reimpreso en su *Doing What Comes Naturally*, Durham: Duke University Press, 1989.

que son suyas – no disminuye la posibilidad de una convergencia contingente sobre cómo ver y explicar el mundo.[16] (De hecho, y en contra de lo que muchos defensores de la interpretación le harían esperar a uno, es notable lo convergentes y mutuamente inteligibles que son tantas descripciones. La pregunta interesante no es si esto es así o no, sino por qué es así). Mis descripciones de un momento crucial en las relaciones internacionales en el Lejano Oriente al final de la guerra entre Estados Unidos y Japón, y del razonamiento, en la medida en que podemos recobrarlo, de los protagonistas en esas relaciones; o mis descripciones de una pintura en la Italia de finales del siglo XIII y principios del XIV y de lo que reflexionaron quienes la encargaron y quienes la realizaron; pueden diferir de aquellas descripciones hechas por otros. Si hubiera pensado que era decisivo para lo que estaba diciendo sobre ambos casos, habría podido extenderme sobre el conjunto de descripciones más amplio de las que cada una

[16] Rorty arguye que "la pretensión familiar de que la descripción de sí mismo que hace quien habla [o, uno pudiera quizás añadir, una descripción que él pudiera reconocer como suya] normalmente necesita ser tomada en cuenta al determinar cuál de las acciones que está llevando a cabo es lo suficientemente sensata. Pero bien se puede dejar de lado esa descripción. El privilegio que se le adjudica es moral antes que epistémico. La diferencia entre su descripción y la nuestra puede significar, por ejemplo, que no se le debe juzgar según nuestras leyes. No significa que no pueda ser explicado por nuestra ciencia" (*Philosophy and the Mirror*, p. 349, también 'Method, social science and social hope"). Pero captar el razonamiento práctico de alguien como el razonamiento práctico que es, sin embargo, no es, teme Rorty, tener que aceptar la realidad de una esencia interior; tampoco está claro que sea una decisión moral, a menos que el razonamiento práctico sea en sí mismo una categoría moral.

era parte, en donde cada una difería de las opciones accesibles, y explicar por qué preferí la mía. Pero en general, no tuve necesidad de hacerlo. Simplemente dí una indicación de dónde estaban estas diferencias, suficiente para decir lo que quería decir, y asumí que éstas serían inteligibles.[17]

Segundo, el "espíritu" puede ser de hecho una clase aparte del resto de la naturaleza. Pero podemos permanecer agnósticos respecto a sus propiedades si tomamos en cuenta lo que he llamado "comprensión". Nos invita (aunque no se puede decir que nos exija), a lo sumo, a que al explicar las acciones invoquemos las "razones" junto con las "causas". Tampoco tuve necesidad de extenderme sobre las cualidades metafísicas de los estados de cosas y de los acontecimientos – y en el caso de la pintura italiana temprana, de los objetos – que estaba describiendo, a fin de justificar el que estuviese hablando de esas cosas en primer lugar. Al comenzar con los informes aceptados o las experiencias compartidas de lo sucedido, apelando a alguna evidencia histórica, y al menos indirectamente, al ojo, di por sentado que mis caracterizaciones inicialmente eran accesibles incluso para aquellos que luego caracterizarían esas mismas cosas de otra forma; y que se puede sostener una conversación convergente aún en una discusión donde, como en la mía acerca de Duccio, se sugiera una

[17] Compárese la agresiva aseveración de Davidson de que "la 'base' de la comparación interpersonal está . . . provista para cada uno de nosotros por los propios valores centrales. Nosotros no escogemos esas normas, al menos no en ningún sentido corriente; ellas son lo que dirigen y explican nuestras elecciones. De manera que el tener una base u otra no implica juicio alguno, mucho menos un juicio normativo" (Davidson, "Judging interpersonal interests", 209).

forma distinta de verlas. Al metafísico idealista le podemos decir por tanto que, además de ofrecer la garantía por sus creencias, es tarea suya mostrar cómo su caracterización de los estados mentales perturba nuestras presuposiciones más ordinarias e invalida las explicaciones que sugerimos. Al realista metafísico, le podemos decir igualmente que es él quien tiene que mostrarnos cómo la convergencia de nuestro acercamiento en la conversación se basa en un error. (Y al materialista eliminador, que quiere abolir cualquier teoria que aluda a estados mentales o a acontecimientos porque no se puede ligar nomológicamente a la ciencia podemos decirle simplemente que la tal ciencia no nos serviria para lo que queremos hacer).

Tercero, el realista que también es holista puede estar en lo cierto. El mundo pudiera ser de una sola pieza, incluso puesto en marcha por Dios, y conectado de tal manera que el cambio en uno de sus elementos implique el cambio en todos los otros; en la concepción más secular y estructuralista, el mundo puede estar conectado de tal manera que el cambio en una relación implica el cambio en todas las otras. Pero no hay forma de saber esto. La interrogante, como traté demostrar en la disquisición acerca de las "estructuras" en la historia y en las ciencias sociales en el capítulo segundo, es más fértilmente empirica, es decir, es una interrogante para investigar desde nuestras presuposiciones, una interrogante para experimentar, para hacer comparaciones, donde sea posible, o para hacer análisis contrafáctico. Lo mismo ocurre con la pretensión de que los conceptos se conectan de una manera interna y no externa o contingente, de manera que un concepto es inaplicable y aun ininteligible aislado de los otros. De nuevo, cuando esto es verdad – y a menudo será dificil decidir si lo es, como en el caso del concepto de "seguridad" en politica internacional o

de "pulchrina" en la pintura religiosa temprana de Italia, – es un hecho acerca de conjuntos reales de conceptos en culturas reales. Podemos aceptar que sea un asunto "interpretativo" el intento de saber cuándo y cómo lo es, y el de elucidar las consecuencias de que así sea; aceptar que quizás exija que aprendamos un conjunto de reglas y que en el fondo, no hay ninguna meta-regla que nos guie; pero desde una posición poswittgensteiniana y pospragmatista, ésa no es una verdad ni metafísica ni lógica.

En realidad, al abandonar las presuposiciones de tipo metafísico u ontológico, y asumir una actitud más pragmática nos damos cuenta de que ninguno de los tres argumentos que privilegian la "interpretación" en la historia o en las ciencias sociales tiene la fuerza que sus protagonistas pretenden darle. Ninguno, ciertamente, tiene la fuerza del argumento a favor de lo que he llamado "comprensión". Y si eso mismo exige que "interpretemos", sólo lo hace en el sentido común y corriente, en el cual "interpretar" es simplemente dejar espacio para el debate, y nunca "saber" con certeza.

VII

Y, sin embargo, aquellos que defienden uno u otro de los argumentos tradicionales a favor de la "interpretación" en la historia y las ciencias sociales, resisten más o menos explícitamente ese sentido lato. Suponen, como los que han insistido en que la explicación en este tipo de investigación no es formalmente distinta de la explicación en cualquier otro campo, que su tarea es una tarea de la razón teórica: desarrollar y defender "un lenguaje adecuado al mundo" que pueda a la larga presentarnos un "universo independiente de

nosotros mismos, de nuestros gustos y juicios idiosincráticos".[18] Muestran un marcado interés por averiguar cuáles descripciones son auténticas, cuáles son específicamente humanas, qué "significados" pretenden trasmitir los agentes, o cuáles son las relaciones dentro del "todo". En resumidas cuentas, tienen un tradicional interés por la teoría.

Muchos, es verdad, están cuestionando actualmente la expresión normal de este interés en las ciencias humanas. Platón sugirió que aspiramos a la abstracción y a la generalidad en la ciencia por su belleza sin dolor y la sensación de confianza que nos da su estabilidad. Aspiramos a la abstracción de valores puros en la ética porque es absolutamente verdadera y está más allá de la contingencia de nuestras vidas. Los refinamientos de la *techne* son la defensa que necesitamos en contra de la *tuché*. La teoría y el método nos protegen del desorden y de la flaqueza. En la concepción clásica, para Aristóteles al igual que para Platón, esto no tenía nada que ver con la historia. La adjudicación de significados a los acontecimientos vino más tarde, en las narraciones morales de la historia ejemplar y en la narrativa de la Ilustración que las siguió. Son éstas últimas las que han conformado la teoría social, y en las cuales muchos ya no confían. Lo que una vez consolara, ahora limita. Existe el deseo en muchos de escapar de lo que Jürgen Habermas ha descrito dramáticamente como "las características

[18] Bernard Williams, "Consistency and realism", en *Problems of the Self: philosophical papers* 1956–1972, Cambridge University Press, 1973, p. 203; su contraste es con el razonamiento práctico, al que el mundo debe ajustarse. La caracterización del supuesto fin de la razón teórica es de John Dunn en "Responsibility without power: states and the incoherence of the modern conception of the political good", en *Interpreting Political Responsibility: essays* 1981–1989, Cambridge: Polity Press, 1990, p. 127.

totalitarias de una razón instrumental que objetiviza todo lo que la rodea, a si misma incluida, y de las caracteristicas totalizantes de una razón que todo lo incorpora y que como unidad, en última instancia triunfa en todas las distinciones."[19] Por consiguiente, los postestructuralistas han continuado el proyecto estructuralista (más tradicionalmente teórico) de destronar al sujeto humano rechazando la distinción entre un sujeto y sus objetos, distinción que está implicita en la idea del sujeto y la extensión de su razón. Los posmodernistas han intentado reconstituir el sujeto de una manera nueva, ni singular ni racional, pero dedicado únicamente al juego de la deconstrucción. El propio Habermas, opuesto a ambas posiciones, retiene la aspiración kantiana de un modelo firme de razón práctica, pero ha eliminado la metafisica de Kant y utilizado en cambio la teoria de los actos de habla y una psicologia del desarrollo cognitivo en donde se sugiere que, en circunstancias ideales, podemos llegar por separado y luego juntos a convergir hacia una visión verdadera del mundo humano y de nuestras experiencias internas y por lo tanto actuar con autonomía racional para alcanzar un consenso.

Habrá quedado ya claro que un deseo similar me impulsa a rechazar imágenes fijas del mundo social y a dejarle nuevamente espacio a la práctica. Pero las maneras en que estos criticos lo han hecho me producen cierto escepticismo. En primer lugar, tienden a sustituir una vieja metafisica por una nueva. Foucault, deseando

[19] Existe un amplio análisis del argumento platónico en Martha C. Nussbaum, *The Fragility of Goodness: luck and ethics in Greek tragedy and philosophy*, Cambridge University Press, 1986. El comentario de Habermas en Frederick Lawrence trad., *The Philosophical Discourse of Modernity*, Cambridge MA: MIT Press, 1987, p. 341.

mostrar en su postestructuralismo cómo el lenguaje puede ocultar posibilidades que podrían ser vistas, una vez expuestas, como posibilidades para nosotros, las basó en lo que él llama nuestra "ontología". En su posmodernismo, Derrida, pretendiendo que la "no-verdad es verdad", la "no-presencia ... presencia", que "la *différance*, la desaparición de la presencia originadora, es simultáneamente la condición de la posibilidad y la condición de la imposibilidad de la verdad", pareciera estar sugiriendo una primera presencia sin una presencia, un objeto antes que ningún sujeto. En su kantismo revisado, Habermas ha reemplazado la metafísica de los noumena con una imagen metafísica propia de lo que él supone que estamos haciendo siempre y en todas partes cuando exigimos cosas del mundo y pretendemos saber cosas acerca de él.[20]

Segundo y relacionado con esto, los críticos postestructuralistas y posmodernistas tienden también a rechazar la autoridad de nuestra experiencia al rechazar lo que a menudo correctamente consideran como erróneas pretensiones de autoridad teórica sobre

20 Michel Foucault, Lawrence D. Kritzman ed. e introducción, *Michel Foucault, Politics, Philosophy, Culture: interviews and other writings 1977–1984*, Nueva York y Londres: Routledge, 1988, p.ej. pp. 86–95 en p. 95, 30, 38–9. Gary Gutting rechaza esto y la afirmación frecuentemente hecha por otros autores de que los argumentos de Foucault – al menos en su obra temprana – se refutan a sí mismos al sugerir que para nada deberían considerarse como argumentos ontológicos o epistemológicos (*Michel Foucault's Archaeology of Scientific Reason*, Cambridge University Press, 1989, pp. 272–87); y muchas otras observaciones de Foucault son en realidad consistentes con la interpretación de Gutting. Jacques Derrida, *La Dissémination*, Paris: Seuil, 1972, p. 194. Ciertas conversaciones con Kim Humphery me han ayudado en mis reflexiones sobre el postestructuralismo y posmodernismo. Las convicciones del primer

los asuntos humanos; nuestra propia experiencia y la de otros como agentes particulares de la razón práctica en un mundo particular y recalcitrante por igual para toda práctica real. Podemos coincidir en que las viejas imágenes teóricas limitan; que "ningún orden institucional ni ninguna visión imaginaria de las variedades de posibles y deseables asociaciones humanas", como dice Unger, "pueden acabar con los tipos de conexión práctica o pasional que podamos tener buenos motivos para desear y buena oportunidad para establecer". Pero como Unger añade, y como Habermas insiste también, no se sigue que debamos comprometernos tan sólo a la cólera arbitraria o al resentimiento pasivo. El postestructuralismo

---

Habermas están muy sucintamente expuestas en "Knowledge and human interests" en Jeremy J. Shapiro trad., *Knowledge and Human Interests*, Boston: Beacon Press, 1973, en p. 314. Sus convicciones más recientes en *Communicative Action* I, p.ej. pp. 272–338, y II: *reason and the critique of functionalist reason*, Boston: Beacon Press, 1987. Su crítica de los postestructuralistas y posmodernistas en *Discourse of Modernity*. La mejor evaluación de su primera obra, en mi opinión muy pertinente para comprender sus últimas proposiciones, es Raymond Geuss, *The Idea of a Critical Theory: Habermas and the Frankfurt School*, Cambridge University Press, 1981. Si se dice que mi caracterización de su argumento subestima su ingeniosidad; que él se está refiriendo a la manera como en la práctica tratamos de comunicarnos unos con otros, apelando, por así decir, a nuestro razonamiento "interno" desde nuestro "conjunto subjetivo" y no meramente a un conjunto "externo" de razones que debemos aceptar si somos racionales, se puede responder que esta interioridad es demasiado abstracta y general para hacernos capaces de guiar, explicar o para permitirnos criticar las acciones prácticas de cualquier agente real. Los pragmatistas también critican la presuposición curiosamente ingenua de Habermas de que la "verdad" a que todos los agentes están apelando al hablar – además de la aspiración de ser inteligibles, buscar aceptación y ser sinceros – no es problemática.

y el posmodernismo pueden ser fortalecedores en su deconstrucciones, pero no dan instrucciones claras sobre cómo podemos seguir actuando razonablemente en el mundo, o sobre cómo podamos describir y explicar a otros que creyeron estarlo haciendo. (Y los intentos del propio Habermas dependen de una concepción del "nosotros" que está demasiado distante de ningún agente real.)[21]

En verdad, quienes critican el interés tradicional por la razón teórica tradicional en la historia y las ciencias sociales comparten la presuposición de que no se debe confiar a los humanos la tarea de decir qué es lo humano y lo humanamente posible, bien sea para destronar y dividir al sujeto humano, o para abstraerlo una vez más. Al hacer esto caen bajo la acusación de Stanley Cavell de estar tratando de "conseguir que el mundo", o algo, por lo menos, distinto de nosotros, tal como somos en nuestra variedad y particularidad, con nuestros intereses varios y particulares, "provea respuestas independientemente de nuestra responsabilidad por *pretender* que algo sea así (conseguir que Dios nos diga lo que debemos hacer de una manera que sea independiente de nuestra responsabilidad al elegir)"; y de "fijar el mundo", o en el caso de los

21 Roberto Mangabeira Unger, *Passion: an essay on personality*, Nueva York: Free Press, 1984, p. 35. En su cuadro teórico más general en *Politics* Unger se distancia tanto de las antiguas concepciones como de los posmodernistas más radicales (*Social Theory: its situation and its task*, *False Necessity: anti-necessitarian social theory in the service of radical democracy*, y *Plasticity into Power*, Cambridge University Press, 1987). La atribución del resentimiento a muchos postestructuralistas y posmodernistas la hace Unger y también Harold Bloom (el último citado por Richard Rorty, "Unger, Castoriadis and the romance of a national future", en Robin W. Lovin y Michael J. Perry eds., *Critique and Construction: a symposium on Roberto Unger's "Politics"*, Cambridge University Press, 1990, pp. 31–2).

nuevos enemigos del sujeto, de dejarnos sueltos, "para que pueda hacer eso".[22]

La "actitud pragmática", en cambio, alegremente acepta esta responsabilidad. Cualesquiera que sea nuestra creencia sobre nuestro conocimiento, conocemos en virtud de las maneras en que nuestros intereses se conectan con el mundo. Un conocimiento, por lo tanto, que en "última instancia debe ser unificado y estable", o absoluto, tendría que incluir el conocimiento de esta conexión y trascenderlo. Y esto, aunque imaginable, es demasiado pedir. Somos nosotros los que decidimos, con esquemas que nos guían a la par que son guiados por la experiencia. Al mismo tiempo, rechazar pragmáticamente una fina y manejable demarcación entre esquemas y realidad no es dejar de preocuparse por nuestra experiencia y por la manera de pensar sobre ella. Tan sólo requiere de nosotros que reformulemos nuestras ideas sobre las relaciones entre las dos, y que reexaminemos los intereses en esas relaciones. En realidad, si no fuera porque desde un argumento que apenas podría llamarse teórico, el "sentido común" ha adquirido una mala reputación, me sentiría tentado a decir que lo único que estoy tratando de hacer es insistir (en contra de los viejos defensores de la razón teórica en las ciencias humanas y de sus críticos modernistas)

[22] *The Claim of Reason: Wittgenstein, scepticism, morality and tragedy*, Nueva York: Oxford University Press, 1979, p. 216 (subrayado suyo). No obstante, Cavell no está hablando aquí acerca de los posmodernistas. Considerando su deuda con Nietzsche y las admoniciones del propio Nietzsche en contra de la cristiandad, uno se pudiera preguntar si, a pesar suyo, algunos críticos posmodernos (aunque Foucault sea una excepción) no comparten el miedo y el odio a lo humano que tienen los cristianos.

en que le demos más importancia al sentido común en nuestra experiencia del mundo humano.

Esto en lo que respecta a situaciones que en gran medida han sido establecidas por la práctica de otros. Si esto es así, entonces la idea de que podemos aspirar a una comprensión acumulativa y convergente de estas situaciones, que sea también un conocimiento de ellas, está equivocada. El punto de partida de la razón teórica, la idea de un discurso que encajará en el mundo, no es apropiada para una comprensión de este tipo. Puede ser apropiada para la explicación. Lo que estas situaciones realmente fueron o son es una función de lo que los agentes realmente hicieron en las circunstancias reales en que se encontraron. Habrá informes que se ajusten a lo que consideramos los hechos, e informes que no se ajusten. Pero para comprenderlos, tenemos que localizarlos en un espacio de posibilidades, y estas posibilidades, como he venido diciendo, no se pueden conocer. La razón teórica puede fijar límites; pero es nuestro juicio práctico del juicio práctico de los agentes pertinentes lo que lo define.

Por tanto, un modelo "demostrativo" de la teoría, del tipo – dependiendo de que asumamos una actitud pragmática o no – que funciona muy bien para las ciencias de la naturaleza, no nos sirve para comprender en la historia o en las ciencias sociales. Esto no sería así de contar con una psicología que fuera lo suficientemente general como para proyectarla a todos los agentes y, no obstante, lo suficientemente realista como para captar la deliberación práctica de cualquiera de ellos. Nuestra ciencia podría entonces proceder, como admitió Aristóteles, "de premisas que son verdaderas y primarias, o de aquellas cuyo conocimiento original hayamos obtenido a través de premisas que son verdaderas y primarias". Pero carecemos de semejante psicología; ni tenemos la ciencia

política ni la sociología que la sustenten, y el argumento en que he estado insistiendo en este libro arroja dudas sobre las probabilidades de que eso suceda jamás. A lo sumo podemos coincidir en que los agentes habrán querido tener más y no menos de un bien cualquiera. Para algo menos circular y más concreto, lo cual, para ser concreto, deberá responder a agentes reales en dificultades reales, nos vemos forzados a regresar a lo que Aristóteles llamó razonamiento "dialéctico" a partir de "opiniones generalmente aceptadas" las cuales, por ser opiniones, se pueden siempre revisar. A fin de comprender, nos vemos devueltos a la persuasión y al debate.[23]

[23] Aristóteles, *Topica*, 100a25–100b24. John M. Cooper arguye que aunque Aristóteles estuvo de acuerdo en que el razonamiento práctico podía formalizarse después de los hechos, estaba claro que no existía un método formal para guiar la deliberación implícita en una acción (*Reason and Human Good in Aristotle*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1975, pp. 9–58). David Wiggins propone un argumento similar y concluye con su propio "escueto bosquejo de una teoría neo-aristotélica de la razón práctica" ("Deliberation and practical reason", en *Needs, Values, Truth: essays in the philosophy of value*, Aristotelian Society Series vol. Oxford: Blackwell, 1987, pp. 215–38 en pp. 230–4), donde anota que "no existe ninguna razón para esperar que sea posible construir una teoría empírica del agente racional (por muy idealizada que sea) que pueda cumplir con el poder predictivo, la no vacuidad empírica y la capacidad de satisfacer sus propósitos de una hipótesis económica . . . Si la predicción fuera esencial", continúa, "entonces un fenomenólogo o alguien con algún interés fuerte en la conciencia valorativa de su sujeto saldría mejor parado. Pero lo que se necesita aquí no es predicción, sino los procesos de decisión del propio sujeto, constantemente redesplegados en nuevas situaciones o en la nueva comprensión de las anteriores." Y si entonces se objeta que "es poco lo que se está diciendo, porque a todo lo que es difícil se le ha permitido tomar refugio en la noción de aisthesis o *apreciación situacional*", entonces el que objeta debe preguntarse si su

VIII

Para estos fines, por lo tanto, la distinción más interesante no es entre "ciencia" y "no-ciencia", "ciencias humanas" y "humanidades", "ciencias sociales" e "historia", o "hecho" y "teoria", sino entre lo real y lo posible. Pero ésta no es una demarcación más. Y no lo es porque en la comprension cada una depende de la otra. No le he dado a esa comprensión ningún nombre especial. Respeto lo real y su particularidad y la experiencia que de ello tenemos, pero no es lo que normalmente se piensa o se practica como historia o como el tipo de ciencia social que es más peculiarmente empirica. Nos permite cierto grado de comparación, abstracción y extrapolación,

---

teoría "más dura" realmente refleja lo que se necesita para deliberar. Lo que significa no ser capaz de llegar a una psicología adecuada ha sido destacado nuevamente por Bernard Williams (*Ethics and the Limits of Philosophy*, Londres: Fontana/Collins, Cambridge MA: Harvard University Press, 1985, pp. 153–4). Aún si fuéramos a aceptar que como especies habíamos desarrollado "capacidades sociales innatas", y acordar que estas capacidades daban la "base para una ética universalista de derechos naturales y una teoría cognitiva de la verdad" (como hace Robin Fox, "Darwin and the Donation of Durkheim II: Bradley and the Benison of Bergson", en *The Search for Society: Quest for a Biosocial Science and Morality*, New Brunswick: Rutgers University Press, 1989, p. 104), el saber lo que esas capacidades eran no nos ayuda obviamente a decidir qué hacer o cómo explicar lo que otros han hecho en situaciones *particulares*. Persuadir a otros – para que actuén ellos mismos, o para que interpreten las acciones ajenas de cierta manera y no de otra – requiere tanto las habilidades de lo que solía considerarse retórica cuanto las de eso que hemos llegado a considerar ciencia o demostración. (El alcance clásico de la retórica fue reducido durante el entusiasmo de la modernidad temprana por la certeza cognitiva y la generalidad teórica. Los retóricos renunciaron a sus clásicas habilidades de invención, composición y estilo, es decir, las habilidades de la persuasión, y se limitaron a sí

pero no es una teoría social de la post-Ilustración. Nos devuelve nuestros intereses intelectuales, pero no es simplemente un juego posmoderno. Los nombres, sin embargo, aunque dramatizan, también oscurecen y confinan. Lo más importante es siempre la discusión misma. El mío en este caso ha sido que la comprensión de los asuntos humanos comienza y termina con la experiencia de lo real; pero puesto que gira en torno a lo que es causal y prácticamente posible, no es capaz de producir conocimiento, rara vez será general, y no puede consistir simplemente en desplegar una teoría.

---

mismos a las cualidades más simplemente performativas del discurso retórico y a los aspectos correspondientes de voz y gesto (Paul Corcoran, *Political Language and Rhetoric*, Austin: University of Texas Press, 1979, p.ej. p. 124; también Walter J. Ong, *Ramus, Method and the Decay of Dialogue*, Cambridge MA: Harvard University Press, 1983 y – de interés más amplio de lo que su título sugiere – Wilbur S. Howell, *Logic and Rhetoric in England, 1000–1700*, Princeton University Press, 1971).) Es interesante que los posmodernistas como Derrida siguen usando "retórica" con un sentido deliberadamente peyorativo.

Indice alfabético